Te escribo una carta en mi cabeza



Isabel Coixet





Te escribo una carta en mi cabeza

Isabel Coixet

© Círculo de Tiza
© Del texto: Isabel Coixet
© Del prólogo: Laura Ferrero
© De la fotografía de la autora: Zoe Sala Coixet
© De la ilustración: Isabel Coixet

Primera edición: abril 2024
Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo
Corrección: Alberto Honrado
Maquetación: María Torre Sarmiento
Impreso en España por Imprenta Kadmos

ISBN: 978-84-127906-9-6
E-ISBN: 978-84-127906-0-3
Depósito legal: M-10560-2024

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra ni su almacenamiento, tratamiento o transmisión de ninguna manera ni por ningún modo, ya sea electrónico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa por escrito de la sociedad.



Para Zoe,
con amor, devoción, patatas y esperanza.

Índice

Un prólogo para alguien que odia los prólogos

I. Detrás de la pantalla

Abraza la niebla
A los que aman
Cinco películas
Creadores, *showrunners* y demás fauna
De qué no hablo cuando hablo de comedia
Veinte lecciones de cine
El arte de dejar de escribir
El cine lo vio antes
El exorcista
En la habitación de Ava
El vestido rosa de Greta Garbo
El otro lado de la esperanza
Holy Spider
Murakami haciendo desaparecer el elefante
Paraguas, calcetines, gafas
Qué significa hoy ser director de cine
La gavina y el barco
La mancha humana
La zona de interés
Lotería
Los humanos
Los monstruos sagrados no existen
No hay que exagerar con la verdad
Películas que me hubiera gustado rodar
Teloneros
El *triángulo de la tristeza*
Un amor en imágenes
Un amor
El cine y otras causas perdidas
Vanessa

II. Las protagonistas

A mi hija
Ada Blackjack, la tímida valiente
Ahora soy Medea
Callar
¿Cómo son de verdad las personas?
Consentimiento
Corre, Tristán
Cupido es un cabrón
Déjennos ser malas
Días sin Nuria
El espacio que no ocupas
El miedo inútil
El museo de las relaciones rotas
El suicidio y el canto
Dolores
Gaslighting o el arte de silenciar
La cara oculta del consentimiento
La mano dorada
La mujer del abrigo púrpura
La mujer que desayuna con agua
Las malditas gafas de Lolita
Los diarios de Jane B
Lavar el coche
Madame Nadie
Marguerite Duras cosiendo retales
Maternidades
Mazel Tov, Shoshanna Viaje al lugar más pobre de Norteamérica
Mi madre, la incombustible
Nat, la odiada
No decir ¿te acuerdas?
No pongas tus sucias manos sobre Jodie Foster
Olvidar es sano
¿Por qué eres tan guapa?
Soy melancólica
Sobrevivir
Te escribo una carta en mi cabeza
Una quieta desesperación
Victoria y la corona británica

III. El guión

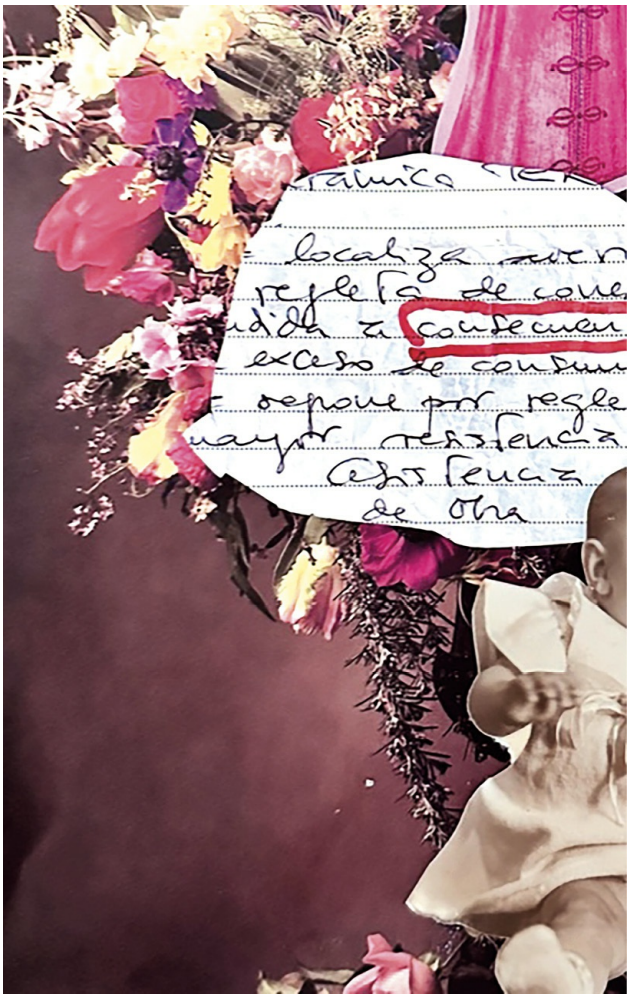
Alguien debería prohibir los domingos por la tarde
Autoidentificación o fraude
Bailad sobre mí
Benidorm no se acaba nunca

Cansinamiento
Cisnes de toalla
Comer de lujo (tranquilo)
Conectados y solos
Cosas que nunca te dije sobre Tokio
Cuatro cosas
De vuelta
Días sin huella
El mundo según los romanos
El porqué de los suspiros
En esos momentos
Esquela
Excusas
La librera infiltrada
La muerte en directo
La peligrosa inutilidad de los gestos
La rareza de lo normal
La realidad sándwich
La vida del cementerio
Levantarse o caer
Libros usados
Lo que más me gusta de los vampiros
Los días chicle
Lugares comunes
¿Me subes el brillo?
Mercado de sueños
Mi aspiradora me mira raro
Molinos de viento
No soy un robot… creo
Pastor de cabras viejas
Pistolas de agua
Portátil
Romper el tiempo
Setecientos millones de parpadeos
Tímida defensa de la química
Todo el mundo es un museo
Todo va a salir bien
Tóxico no es un sinónimo
Tres caras (o mil) de Japón
Tres pies al gato
Una velada francesa y campestre
Un toro es un toro es un toro
Vladivostok
Vuelve el Grinch
Ya están ahí

Ya no llueve como antes
¿Y qué pensaría Martin Luther King?

IV. *Bonus track*

Sonora



Un prólogo para alguien que odia los prólogos

A Isabel Coixet no le gusta la lana que pica. Su aversión a esa textura áspera procede, creo, de una tarde en la oscuridad de una sala de cine. De la primera tarde de cine, de ese momento fundacional en el que una niña de tres años –pelo corto, leotardos de lana que pica, abrigo de paño, caramelos Darlins de limón– arranca a llorar. Y no llora por la lana, o no solo, sino porque en la pantalla, Pinocho es engullido por una ballena y ella cree, desde esa anónima butaca, que podrá impedirlo. Por eso, a pesar de que sus padres intentan convencerla de que no ocurrirá nada –quizás le susurren el consabido "hija, que es una película"– ella no ceja en su empeño. Imagino que piensa que sus gritos serán útiles para disuadir a la ballena de comerse a Pinocho, pero para lo que resultan verdaderamente útiles es para que el acomodador invite a la familia a abandonar la sala. Sin embargo, al día siguiente, tenaz, convence a sus padres para que la lleven de nuevo a ver la historia de ese abuelo solitario llamado Gepetto que se inventa a un nieto para poder seguir agarrándose a la vida. Entonces, cuando aparece la ballena, la niña ya no grita. Aprieta con fuerza los puños. A sus tres años, ha aprendido una lección: la pantalla y la vida son dos mundos que colindan aunque no se comuniquen.

De ese temprano aprendizaje, pero también de la amenaza de la ballena y de la incomodidad de los leotardos de lana, proceden los textos comprendidos en *Te escribo una carta en mi cabeza*, una selección de artículos de Isabel Coixet, la mayor parte de ellos aparecidos en XL Semanal, al que se suman algunos inéditos. Porque podríamos decir que la niña crece, pero algo –o mucho– queda de ella, siempre alerta, sentada en esa butaca que ya nunca abandonará y desde ahí, todo oídos, los ojos bien abiertos, atraviesa la realidad de la mano de las cartas que le va escribiendo. Esas cartas a veces se disfrazan de artículos, de columnas, aunque en ocasiones, la mayoría, toman forma de película y así, habita su filmografía un infinito amor por las posibilidades de la palabra. Cuenta Isabel Coixet en 'El arte de dejar de escribir', una de las columnas aquí comprendidas, que Marcel Broodthaers, poeta belga, amigo de Rene Magritte abandonó la escritura, convencido de que el abismo entre "hacer, decir y contar" era infranqueable. En 1964, llegó a la conclusión de que el lenguaje no tenía sentido, que era únicamente una máscara, un envoltorio, puro vacío. Coixet sabe que los fundamentos de la realidad hunden sus raíces en el *no,* en lo que *casi*, en aquello que después de todo no llegó a suceder. Justamente por esa razón, además de las cartas que escribe se encuentran aquellas que habitan los márgenes y se escriben en la cabeza, como si su vida estuviera marcada por una incesante pugna por esclarecer la verdad oculta de las cosas, que se escinde a menudo entre lo que no se ve, lo que no se dice y lo que no se explica.

Enamorarse del mundo tiene que ver con una renovada capacidad de sentir asombro, y es ese estado de permanente curiosidad el que hilvana estos textos en los que Coixet comparte su búsqueda de la singularidad –a veces llamada belleza– y la encuentra en las cosas aparentemente más corrientes: una buena comida, los cisnes de toalla sobre la colcha del hotel, los cafés

pendientes, su amor por las gafas, el vestido rosa de Greta Garbo, la lluvia, que ya no es como la de antes, o en calcetines de lunares que alguien querido le regaló. También aquí se cuelan nostalgias, homenajes a los que amó y perdió, faros como es la impronta luminosa de Victoria, su madre, o la constante mirada hacia su hija, y son todos estos los elementos que componen algo así como un territorio en el que es preciso adentrarse sin guías o instrucciones que valgan. Porque las instrucciones, bien lo sabe Isabel Coixet, se encogen, caducan.

En la columna 'La rareza de lo normal' recuerda que una vez, en un hotel, le ocurrió que no supo llegar a su habitación a pesar de seguir las indicaciones dispuestas en los pasillos. Arrastraba su maleta, volviendo sobre sus pasos una y otra vez. Pero no hubo manera. Una camarera la sacó del apuro desvelándole el secreto: esas indicaciones no servían ya. Recientemente se había renovado el hotel y la señalización antigua conducía a habitaciones que no existían. Valga esta anécdota como recordatorio de la falibilidad de las indicaciones, de la inutilidad de las instrucciones y recetas. Además, luego, en la vida, no suele aparecer una magnánima camarera que nos recuerda que aquello que antes servía ha dejado de hacerlo ya. Son, pues, estos textos algo así como contraindicaciones, una invitación a cambiar de opinión, alejándonos de lo rotundo y del espejismo de las seguridades. Escribe en 'Lugares comunes': "Me sorprende siempre la vehemencia de muchas personas que son capaces de articular opiniones rotundas, sin vacilaciones. Yo, la vehemencia, la reservo para esas cosas de las que estoy absolutamente segura: alabar la calidad de unas anchoas que están en el punto justo de sal, la belleza de los vencejos cruzando el cielo en escuadrón, las notas de una melodía que me retrotraen a otro momento y otro tiempo, cómo la singular armonía de un rastro evoca un retrato menor de Rembrandt. Y pocas cosas mas. Y aún ésas pueden cambiar. Como Groucho Marx, estos son mis principios, pero si no le gustan tengo otros". Por decirlo de algún modo, sus únicas seguridades, y las que pueblan estos textos, son las no-seguridades. Y a estas las acompañan, claro, algunos amores inquebrantables. Agnès Varda es uno de ellos.

Agnès Varda murió en 2019 y yo me la encontré dos años después, en 2021, en la oficina de Isabel Coixet. Al entrar, después de encender los farolillos rojos que cuelgan del techo, me quedé petrificada: detrás de la columna de la planta de arriba sobresalía una manga de chándal azul. Me detuve al pie de la escalera, sin atreverme a hacer ruido, y fui moviéndome hasta obtener un mejor ángulo de visión. Entonces me eché a reír. Era ella: pelo corto tipo tazón, bicolor – rojizo con una franja blanca que partía de la raíz–, sonrisa pícara. Agnès Varda. Seguí riendo. Isabel Coixet había comprado una figura de cartón a tamaño real de la cineasta belga y, no contenta con aquel primer susto que me dio, en los días sucesivos, como en un juego, la fue moviendo por distintos lugares de la oficina, desplazándola hasta los rincones menos obvios. Así que me sorprendía, día a día, tratando de imaginar en qué sitio amanecería Agnès. Fue así como me acostumbré a trabajar bajo la mirada de las dos, de Isabel y Agnès, hasta que llegó un punto en que no las distinguía, que eran casi la misma persona.

Cuando veo a Isabel Coixet, si llevo un jersey de lana y ella sospecha que pica, lo mira de reojo, desconfiada, y entonces regreso a esa niña que sigue en la butaca del cine. Esa niña que juega, sigue jugando, que ha empezado ya, aunque no lo sepa aún, a escribir cartas llenas de posibilidades, de hipótesis, de deseos. En ellas se cuela el quizás, el tal vez. Porque de lo único que podemos estar seguros al navegar la filmografía de Isabel Coixet o los textos comprendidos

en *Te escribo una carta en mi cabeza* es de que existe el misterio y hacia él hay que caminar. Pero no para entenderlo, solo para abrazarlo.

Laura Ferrero
Barcelona, abril 2024

I. Detrás de la pantalla

Abraza la niebla

Cosas que me hubiera gustado que alguien me contara antes de empezar en el cine (y en la vida)

Muchísimas gracias a todas y a todos los que habéis decidido premiarme, a todos los que estáis aquí enmascarados, a los que no habéis podido venir, a los que por alguna razón que se me escapa habéis creído en mí siempre, tenéis mi eterna gratitud. Soy de esas personas imposibles que cuando no les dan un premio piensan que no se lo merecen, y cuando se lo dan, también.

Me gustaría pronunciar unas palabras dedicadas a las personas que quieren hacer lo que yo hago. Voy a invertir el premio en echarles una mano y estaría bien que, antes de nada, escucharan las cosas que me hubiera gustado que alguien me contara cuando empecé.

1/ Pregúntate por qué quieres hacer cine. ¿Querías ser pediatra y no sacaste bastante nota? ¿No eres un lince en matemáticas y crees que el cine será más fácil? ¿Te gustan las sillas de lona con tu nombre? ¿Piensas que las sillas de lona con tu nombre son cómodas? ¿Crees que si te sientas en una de esas sillas de repente todo el mundo te va a hacer caso? ¿Te han dicho que ligarás más? Si has contestado sí a alguna de estas preguntas, olvídate del cine y dedícate a otra cosa. Las granjas de pollos siempre necesitarán sexadores. Y los chihuahuas, veterinarios, algo que a mí me hubiera gustado ser. Veterinaria digo, no chihuahua.

2/ Lee, pregunta, escucha, observa, mira. Y observa. Y observa. Y escucha. Y fíjate. Observa la sonrisa forzada de una anciana en el autobús cuando te agradece que le cedas el asiento. El gesto furtivo de un niño que se tira de las mangas del jersey que le pica y que una tía bienintencionada le ha regalado. Una pareja silenciosa en un café que se aferra a los planes con amigos para seguir juntos. Y en el camarero, angustiado por llegar a fin de mes, que les trae un cortado que no pidieron.

Y cierra los ojos y en el pequeño cine de tu cabeza proyéctate el temblor en las manos de esa anciana, la exasperación del niño, la pasión desigual de la pareja, el sol deslumbrante reflejado en la cucharilla del cortado. Tienes derecho a inspirarte en todas esas cosas. Pero también si te vas a las quimbambas a hacer un documental sobre una tribu de cuya existencia nadie sabía nada o te inventas un planeta de dinosaurios zombis. Aunque antes, créeme, fíjate de verdad en cómo la vida se desenvuelve ante ti. Porque eso te servirá para rodar a tus amigos y conocidos o para filmar a la tribu que nunca ha visto a alguien como tú. O a los dinosaurios zombis. Eres una cámara. No le tengas nunca miedo a la cámara. Haz de ella tu prolongación. O haz de ti la suya. Construye incesantemente tu punto de vista. Viendo cine, leyendo, soñando, yendo a espectáculos de danza o entrando en un bar y escuchando a los parroquianos que comen anchoas mientras interpelan al televisor.

3/ No pierdas el tiempo en criticar a los que están consiguiendo tu sueño antes que tú, no pierdas el tiempo en quejarte de lo difícil que es todo, en maldecir a los que no te contestan llamadas, *e-mails*, preguntas y ruegos. Quieres dirigir películas; en ningún lugar está escrito que fuera fácil, asúmelo. Cada segundo que pierdes en alimentar tu rencor te aleja de tu objetivo. Créeme: he pasado por ahí. He estado en ese limbo que no lleva a ningún sitio. Abandónalo cuanto antes. Ponte las pilas. Y si no te las pones, no te quejes. O quéjate sin que nadie te vea.

4/ Festivales de cine: otra trampa. A pocos metros de aquí hay una cafetería en la que hace treinta años exactamente, una mañana como hoy, me senté con los periódicos que destrozaban mi primera película. Cada crítica era más sangrienta que la anterior. Estuve horas en esa cafetería en *shock*. Pasaron siete años hasta que pude dirigir la segunda. Y aún hoy al venir aquí y pasar por delante de ella no he podido evitar un escalofrío. Me hubiera gustado decirle a esa chica que se deshidrató llorando en la terraza que los festivales de cine, además de lugares donde descubrir películas, son las plazas de toros donde torean los egos de los directores, de los productores, de los actores y de los directores de festivales. Cuanto más elitistas, más arbitrarios. Así que si tienes un ego pequeño y frágil, como yo, tarde o temprano sufrirás. No es el fin del mundo, créeme. Escuece, pero nada que sumergirte en un nuevo proyecto no pueda curar. No te va a querer todo el mundo: grábate eso en la cabeza. Tatúatelo si hace falta.

5/ Respeta a todos los miembros del equipo, desde el meritorio hasta los que se ocupan del *catering*. Todos están ahí para que tú puedas realizar tu sueño. Sé agradecido. No menosprecies la opinión de nadie ni emitas órdenes arbitrarias solo para demostrar quién manda. Un set de rodaje no es un lugar para volcar tus frustraciones. Ven llorado, meado y psicoanalizado de casa.

6/ Que dirijas películas no quiere decir que seas un oráculo sobre política o historia o ética. Te preguntarán cosas de las que a veces no tienes ni idea o de las que ni siquiera te has formado una opinión. No tengas nunca miedo a decir lo que piensas o a decir que no sabes qué pensar. Los directores no somos gurús ni políticos ni mesías ni epidemiólogos ni politólogos. Tu discurso está en lo que haces. Tus películas, lo quieras o no, serán siempre productos de la historia, la política y la ética. Del mundo en el que te has criado. De tu mirada sobre él: sea amable, dura, rabiosa o inquisitiva.

Y, como dijo uno de mis personajes, "entenderlo todo hace a la mente perezosa".

7/ Dirigir actores: algo por lo que siempre me preguntan. Para mí es fácil porque me enamoro de ellos. Así de simple. Si no te gustan los actores, si les temes, o son para ti un obstáculo inevitable, reconsidera lo de todos los pollos que necesitan sexador. O la animación. Pero incluso para la animación necesitas empatía, conocimiento de la naturaleza humana, paciencia, ternura, cariño. Piensa en Miyazaki.

8/ Carteles, *marketing,* maneras de vender películas… créeme, nadie sabe nada. En estos treinta años de carrera, una de las pocas cosas que he aprendido es que todo el mundo a tu alrededor quiere poner la patita en tu película. Lo cual es estupendo si tienen buenas ideas. Raramente es así. Esfuérzate lo que puedas en la promoción, pero desengáñate: si, por lo que sea, la gente no quiere ver lo que has hecho no irán. Tu deber es hacer la mejor película que puedas y sientas. Quizás es para menos gente de lo que creías o deseabas. No pasa nada. Hay alguien allá afuera que conectará con ella. En el cine nunca, nunca, nunca hay garantías. Comete siempre tus

propios errores.

9/ No hagas películas pensando en el público o en los festivales o en los críticos o en tu madre. Bueno, en ti sí, mamá. Pero nunca les des la espalda. Una película es un encuentro de tu mirada con la del espectador… Una película no puede ser el espejo de tu vanidad. Es un espejo que compartir. Con dos. O con dos mil. O con doscientos mil. A veces, querer llegar a dos millones puede hacer que te quedes sin nadie. Y no hay nada más triste que hacer películas para nadie. Tú incluido.

10/ Habrá gente que cuestione tu papel en la sociedad, te llamarán rata, lacayo, titiritero, farsante, inútil, pretencioso, idiota, pedirán tu cabeza públicamente. No es bonito, pero tampoco es el fin del mundo. Ojalá todas esas personas dedicaran sus bríos a mejorar la vida: viviríamos en un mundo notablemente mejor. Mientras tanto, aprieta los dientes y recuerda que haces cine y no eres un predicador, no sueltes sermones. Sé desobediente. Ríete de tu sombra. Ten presente siempre que, incluso para los que la desprecian, la cultura es el futuro. Y que se metan sus apelativos donde les quepan.

11/ La falta de dinero, equipo, presupuesto nunca puede ser una excusa. Nunca. Crécete ante las limitaciones. Adáptate. Vivimos en una ola de incertidumbre como pocas veces se han visto en la historia de la humanidad. A falta de certezas, abraza la niebla. No queda otra. La niebla.

12/ Este último punto está dedicado a las mujeres cineastas que empiezan. Todo lo que he dicho antes se aplica por supuesto a vosotras, pero tengo dos noticias: la mala noticia es que todo lo que he apuntado tendréis que multiplicarlo por mil, tendréis que observar mil veces más, tendréis que fijaros más, que esforzaros más, que ser mil veces más fuertes, estar mil veces más serenas, más centradas, más curtidas. Os insinuarán una y mil veces que todo lo que obtenéis es por ser mujeres y, perversamente, los obstáculos que os pondrán serán por serlo. La buena noticia, creedme, es que, por fin, en los últimos años siento que esto está cambiando, que hay un interés real por nuestra mirada, por nuestra manera de filmar y de estar en el mundo. Ha costado llegar hasta aquí. Recordad siempre a las que han abierto camino. Nunca os creáis la última Coca-Cola en el desierto, el último huevo duro del *picnic*. Si queréis rezar a alguien, rezad a Agnès Varda. Ayudaos todo lo que podáis entre vosotras, esa es hoy por hoy, nuestra mayor responsabilidad.

Yo me esforzaré en apoyaros hasta que llegue un día en que no haga falta. Hasta ese día, abracemos juntas la niebla.

Posdata: Respeto absoluto a los sexadores de pollos, a los veterinarios, y a los camareros. Y a los chihuahuas.

A los que aman

Escribo esto en un tren que me lleva a una ciudad que será mi hogar los próximos tres meses. Me acabo de acordar de todas las cosas que he olvidado poner en la maleta. Libros, gafas, champú, regalos y algo que me ronda la cabeza y que no acabo de recordar. Los periódicos vienen todavía llenos de comentarios a la presentación de Ricky Gervais en los Golden Globes. Que esta asociación de prensa extranjera que cuenta con apenas cien miembros haya conseguido que sus

premios arrastren a la *crème de la crème* de Hollywood es una prueba más de la vanidad hueca del mundillo de la supuesta meca del cine, esa gente que hoy se viste de negro, mañana con transparencias y pasado, si hace falta, se encadenarán un rato a un koala disecado. A la prensa americana el discurso demoledor de Ricky le ha parecido cínico y sin fundamento, a la prensa inglesa, genial, mayormente porque cualquier cosa que chinche a los americanos hará relamerse a los británicos. El espectáculo de esa audiencia tuneada hasta las cejas (¡nunca mejor dicho en el caso de Stellan Skarsgard!) tragando sapos es algo impagable que el público no podrá agradecerle bastante al autor de *The Office*, *Extras* y *After Life*, tres grandes *shows* que demuestran que Gervais sí es un creador al que le importan las cosas fundamentales: narrar con humor e ingenio historias extraordinarias sobre gente normal.

Todas las críticas a Gervais, me han hecho pensar en algo que un amable lector me mencionó no hace demasiado: muchas veces doy mucha más importancia a los comentarios hirientes y negativos, que a los positivos y alentadores. Y ahora recuerdo que, junto con las cosas olvidadas en casa, eso es lo que me rondaba por la cabeza, agradecer y celebrar como merecen los textos, comentarios, cartas y mensajes que cada día me llegan de gente que se siente tocada por lo que hago. Así pues, aquí va mi profundo agradecimiento a todos aquellos que expresan, muchas veces con una elocuencia bellísima que me corta el aliento, hasta qué punto les conmueve mi trabajo. En los momentos de desaliento, quiero tener muy presentes todos los testimonios de espectadores que me hacen sentir de una manera palpable que mis imágenes, mis palabras, mis canciones, mis personajes, mi mundo no son solo míos, sino que conectan con ellos y les hacen soñar, sentir, vivir. Mi natural derrotista me hace muchas veces pasar por encima de todo esto y no darle importancia, cuando es un tesoro que no tantos creadores en el mundo consiguen. Gracias a todos los que compartís vuestras vivencias, soledades, aventuras, filias y fobias conmigo. Aunque a veces no lo demuestre y no os pueda contestar, sois el fuel que hace que sienta que lo que hago tiene sentido. Hace años hice una película que se llamó *A los que aman*. No me he dado cuenta hasta hace poco de que todas mis películas deberían llamarse así. No lo olvidéis. No lo olvidaré.

Cinco películas

Para mí, estas cinco películas representan el alto precio que las mujeres pagamos por nuestra libertad.

Wanda (Barbara Loden)

Wanda es una película profundamente incómoda. Una mujer que deja que su marido obtenga la custodia de sus hijos porque es consciente de no servir como madre. Una mujer que comete error tras error en pos de algo que no sabe ni nombrar. Vemos los trompicones que da Wanda por la vida, interpretada por la propia Barbara Loden, que nos hacen enfrentarnos a partes de nosotros que no nos gustan.

Aún hoy, tantos años después, *Wanda* es una película que hace daño, como cuando te das una serie de golpes seguidos en la misma rodilla. Escuece.

Palm Trees and Power Lines (Jamie Dack)

Una película con un tempo perfecto. El juego implacable de la seducción y la fascinación que un adulto puede ejercer sobre una adolescente, contado con un absorbente amor al detalle en medio

de un paisaje desolado que remarca aún más la soledad de la protagonista. Y un final que es de los más dolorosos que recuerdo en un *film*. Impecable puesta en escena y una actuación llena de vida y vulnerabilidad de la protagonista.

La nuit du douze (Dominik Moll)

¿Cómo convertir un suceso terrible pero desgraciadamente cotidiano en una historia que lo es todo menos banal? La investigación sobre un crimen real (una chica hallada con el cuerpo enteramente calcinado, en un pueblo pequeño) se convierte en un poderoso documento sociológico que muestra los criterios completamente sesgados con los que se tratan los crímenes de género. Si a las mujeres que sobreviven a una agresión se las cuestiona constantemente, sobre las muertas se echa tierra y maldad.

Una película que poco a poco desvela sus cartas y se va abriendo al espectador

Party Girl (Samuel Theis, Claire Burger y Marie Amachoukeli)

A caballo entre la realidad y la ficción, *Party Girl* es la historia de Angélique, una prostituta con varios hijos que no quiere renunciar a su oficio tras la propuesta de un antiguo cliente. Una película sobre la libertad por encima de todo, hasta del bienestar personal. La protagonista (cuyo hijo es uno de los directores y cuya historia personal no está lejos de la ficción de la película) es un prodigio de saber estar ante la cámara.

Holy Spider (Ali Abbasi)

Basada en la historia real de la captura de un fanático religioso que asesina prostitutas en una ciudad de Irán, *Holy Spider* se vive como una película de terror, de terror aumentado por el sentimiento de que todo lo que viven sus mujeres protagonistas es absolutamente verídico. El constante trato degradante que recibe la mujer periodista que investiga el caso es un cúmulo de agresiones cotidianas que te ponen en el lugar donde están las mujeres de Irán y el férreo control que ejercen sobre ellas los ayatolás. Angustiante, con un ritmo que no decae ni un momento y un final que hiela la sangre.

Creadores, *showrunners* y demás fauna

Ahora que se habla tanto de apropiación cultural, hay cosas que me parecen mucho más peligrosas y poco éticas, porque más que apropiación, son un latrocinio cultural: el mundo de los *remakes* y las revisiones de películas y series que se vuelven a rodar con idénticas tramas, pero con distintos actores y nuevas producciones... Creo que, hasta cierto punto, es normal que los creadores busquemos inspiración en el pasado, en otros autores y en otras obras. Pero sí hay algo que me indigna en todo esto: que la fuente original de una producción quede oscurecida por el morrazo que le echan unos cuantos para prácticamente atribuirse la creación de un formato que fue creado, genuinamente creado, antes que ellos nacieran. Cuando vi que se hacía una adaptación de *Secretos de un matrimonio*, la serie que Ingmar Bergman había creado en 1973 para la televisión sueca, recuerdo que lo primero que pensé es qué necesidad había. Ahora mismo, en Filmin, aquellos que no hayan visto lo que a mí me parece uno de los más certeros retratos de una pareja burguesa en el primer mundo, pueden verla y entender por qué Bergman sigue siendo un director cuya obra perdura y perdurará. Y un director de actores sin parangón, que supo extraer de gente de talento inmenso interpretaciones llenas de una vida y una verdad absolutamente irrepetibles. La nueva versión de esta obra maestra pretende poner al día su argumento y está interpretada por dos buenos actores: Oscar Isaac y Jessica Chastain. Si no existiera el precedente

de Liv Ullman y Erland Josephson, hasta podría parecerme que sus interpretaciones son encomiables. El problema es que sí existe y, a medida que avanzaba la serie, yo recordaba más y más la rabia sucia y real, la crudeza venenosa y la increíble vulnerabilidad que destilaban los actores suecos. El problema es que, viendo a los americanos, no podía dejar de notar el esfuerzo que hacían: sentí que veía a una pareja de buenos actores fingiendo que hacían de suecos atormentados. No había desgarro, me parecía que el director había llevado a los intérpretes a un juego actoral correcto, ilustrativo, lleno de clichés, hueco. Todo es correcto, Hagai Levi ha introducido un beso entre mujeres, una pareja de amigos que practica el poliamor, una mujer que gana más dinero que su marido, que es el que cuida de la hija de ambos… pero todos esos cambios, unidos a que el personaje de Oscar Isaac viene de una familia ortodoxa y el personaje de Chastain tiene un *affaire* con un amante israelí, son completamente irrelevantes y están metidos con calzador.

Muchos espectadores que no han visto la obra de Bergman seguramente apreciarán el esfuerzo nada desdeñable de Jessica Chastain y Oscar Isaac. El problema es que Hagai Levi hace una versión edulcorada, plastificada y vacía de una bomba de relojería creada por un hombre que nunca creyó en el matrimonio, pero sí en el odio. Que supo despojar de artificio la puesta en escena cinematográfica hasta llegar a la médula de las relaciones humanas.

En los créditos se antepone el nombre de Hagai Levi como director, guionista y "creador" al de Ingmar Bergman. En la versión original de este último, basta escuchar la voz rota de Erland Josephson diciendo "… aquí estamos en medio de la noche en una ciudad oscura, sin fanfarrias…" para saber que la vida en pareja puede ser tanto o más solitaria que la vida en soledad.

De qué no hablo cuando hablo de comedia

De la saga de los apellidos, sean vascos, andaluces, catalanes o murcianos.

No hablo del chiste ni de la réplica ingeniosa ni de la burla ni de la sal gorda ni del exabrupto ni de la mofa ni de todo lo que ha constituido la comedia cinematográfica española, excluyendo a Berlanga y a Ferreri (que ya sé que era italiano, para el caso es casi lo mismo), que me parecen dos maestros universales cuyas películas ganan con el tiempo: véase la manera vergonzante en la que uno de los herederos de Pujol ha mencionado a Sazatornil en *La escopeta nacional*, en el juicio que le ha llevado a reunirse con Ignacio González en Soto del Real, cárcel que este último inauguró. De estar vivo Berlanga (¡cómo le necesitamos ahora mismo!) hace una secuela, seguro.

Comedia: hablo de Billy Wilder y ese equilibrio prodigioso entre la ternura y la acidez, el humor y el dolor, la inteligencia y las emociones. Hablo de Blake Edwards y ese dominio de la locura y la comedia física, el ingenio y la ingenuidad. Hablo de *Annie Hall* y hasta del primer *Zoolander*, de Lina Wertmuller y Vittorio Gassman. Hablo de ese momento de *El verdugo*, para mí una de las más bellas y terribles películas de la historia del cine, cuando la Guardia Civil entra en barca en las cuevas del Drach para buscar a Nino Manfredi.

Hablo de una visión de la vida que, si en primer plano es tragedia, se convierte en comedia en el plano general. De la comedia y la tragedia, que son vecinas como las máscaras sonriente y doliente que se encuentran en la enseña de muchos teatros.

Veinte lecciones de cine

Lección uno

- Presentación.
- Quién soy. Qué he hecho.
- Desde mi primer corto a mi última película.
- Todos los terrenos que he tocado: cortos, largos, spots, *music videos*, largos documentales, cortos documentales, series de televisión.
- Resaltar el hecho de que yo no fui a una escuela de cine, aprendí viendo películas y haciéndolas.
- La pasión por contar historias que no me abandona desde que hice mi primer corto en super-8.
- Cuáles son las virtudes necesarias para empezar en el cine: la paciencia, la testarudez, el afán por llegar a los demás, la obsesión por la imagen, por narrar historias con imágenes.
- Qué vamos a aprender: vamos a aprender a hacer frente a las principales cuestiones a las que se enfrenta cualquiera que quiera empezar en el mundo del cine. Se trata de que te plantees una serie de cuestiones básicas, seguramente ya lo has hecho. ¿Es el lenguaje audiovisual la manera con la que quiero narrar el mundo? Supongo que ahora mismo me dirás "sí". Espero que al final de estas lecciones estés todavía más seguro y sobre todo más feliz de tu elección.

Lección dos

- La escritura. Uno de los caminos más directos para empezar en el cine es la escritura. La estructura de una buena película está en un buen guion.
- El guion no es el tema. Un tema puede ser absolutamente fascinante, pero si no sabemos desarrollarlo puede ser una completa estupidez. Por el contrario, un tema o historia al que sobre el papel no le daríamos la menos importancia, con un guion bien armado puede resultar realmente fascinante.
- ¿Cómo empezar a escribir? Pues bien, empecemos por los personajes: edades, aspecto, pasado, presente, aspiraciones, ilusiones, traumas. ¿Cómo empiezan la historia? ¿Cómo terminan? ¿Las cosas que les pasan les cambian? Eso es lo que llamamos arco dramático. Que puede ser también un arco inexistente: hay muchos personajes en la historia del cine cuya fatalidad es esa justamente: a pesar de los problemas, las tragedias y los giros de guion no aprenden nada, no cambian. Ahí reside su drama. También ocurre en la vida, ¿no os parece?
- Una vez tenemos claro los personajes, pasemos a la trama. ¿Qué les pasa? ¿Cómo se relacionan? ¿Son sociables? ¿Son asociales y solitarios? ¿Qué ven? ¿Cómo lo asimilan? ¿Cómo reaccionan? Estas preguntas se aplican tanto a una película intimista como a una comedia o a una película de acción.
- La base de un guion es la escaleta y la base de la escaleta es la imaginación. Imaginaos la película que queréis hacer en la cabeza. Anotad: qué veo primero en mi película, qué quiero mostrar al espectador. Normalmente la escaleta se organiza por localizaciones:

estoy en un descampado, veo a un personaje que se acerca a un bulto indeterminado. Ahora veo al personaje parado al lado del bulto y veo que el bulto es una oveja muerta. ¿Qué pongo a continuación? Si cambio de localización, pongo 2 en la escaleta. Pongamos que después de ver la oveja, por corte pasamos a un quirófano donde un veterinario le practica la autopsia a la oveja: eso es 2.

- El guion será la suma del material y la estructura apuntada en la escaleta, más desarrollada, con más detalle y los diálogos.
- Uno de los ejercicios mejores que se pueden hacer para escribir guiones es leer guiones, hoy se pueden encontrar cientos de *websites* donde es posible descargarse los mejores de la historia y analizarlos. Propongo que leáis tres guiones muy diferentes de tres cineastas que escriben y dirigen su propio material. *No Country for Old Men* de los hermanos Coen, *Reservoir Dogs* de Quentin Tarantino y *Lost in Translation* de Sofia Coppola. Fijaos que los dos primeros emplean métodos completamente diferentes. Los hermanos Coen utilizan diálogos muy cortos y le dan mucha importancia al silencio. Los diálogos nunca son el motor de la acción. Tarantino es lo opuesto: la verborrea constante de sus personajes es el motor de la acción en todas sus películas. En el caso de Sofia Coppola, es la atmósfera espacial y temporal la que se utiliza como motor de la acción y la que determina el comportamiento de sus personajes. Si queréis escribir vuestros propios guiones es importante estudiar con detenimiento la estructura de un guion. Y mejor empezar leyendo los mejores guiones que encontréis.

Lección tres

- Creo que es la pregunta que más veces me han hecho: ¿De dónde salen las ideas? ¿Es una cuestión de imaginación? ¿De inspiración? ¿De esfuerzo? ¿De insistencia? ¿De trabajo? En realidad, es todo eso junto. Las ideas vienen cuando estamos abiertos a ellas, cuando estamos a la escucha. A la escucha de las historias de los otros, de las conversaciones que oímos en los bares, en el supermercado, en el metro. De las narraciones, novelas, ensayos históricos que leemos. De estar a la escucha de nuestro propio yo, de estar en contacto con las cosas que nos conmueven, que nos hacen vibrar, que nos emocionan, que nos intrigan.
- Uno de los ejemplos para mí más gráficos del origen de las ideas es la definición que da el poeta conde de Lautréamont cuando le preguntan qué es la poesía. Él dice: "Es el encuentro de un paraguas y una máquina de coser en una mesa de quirófano". Es decir, tenemos dos elementos que no tienen nada que ver en un lugar que no les corresponde… aparentemente, porque de repente esos elementos incongruentes pueden colisionar o podemos hacerlos encajar en nuestras cabezas. Se trata de estar abierto a considerar que cualquier cosa puede ser el desencadenante de una historia.
- Hay otra cosa a tener en cuenta: las ideas y la inspiración son solo un principio. Hay una buena noticia: todo el mundo, absolutamente todo el mundo, puede tener una idea brillante o un concepto genial para hacer una película. Lo que ocurre es que desarrollarla, trabajarla, llevarla a un nivel superior es cuestión de esfuerzo, dedicación y trabajo. La inspiración sola no lleva a ningún sitio.

- Uno de los ejercicios más simples que podemos hacer para ejercitar la imaginación es fabular, imaginar las vidas de los desconocidos con los que nos topamos cada día, en un bar, en una terraza, en un supermercado, en el metro. En una de mis películas, *Cosas que nunca te dije*, hay una escena que se hizo muy famosa y que aún la gente recuerda. Nuestra protagonista se encuentra a una mujer llorando en el supermercado, cerca de la sección de helados, la mujer le dice que llora porque no tienen su helado favorito. La verdad es que esa mujer llorando a lágrima viva en el supermercado existió y me inspiré en ella. No le pregunté por qué lloraba, pero el contexto del supermercado me pareció un lugar extraño para tener un ataque de lágrimas y lo del helado me lo inventé, pensé que era una excusa que sonaba plausible en el contexto, aunque ocultaba la auténtica razón por la que lloraba: el helado era solo una excusa.
- Mi obsesión por las lavanderías también viene de las horas que me pasaba en ellas cuando vivía en Estados Unidos. Como antes de ir allí nunca había estado una lavandería, a mí me parecía un lugar exótico y como tenías que pasar varias horas si querías salir con la ropa seca, empecé a imaginarme historias románticas que pasaban allí, aunque a mí, salvo un hombre de más de ochenta años que insistía en que quería adoptarme, nunca me sucedió nada remotamente romántico.

El arte de dejar de escribir

Marcel Broodthaers, poeta belga, amigo de René Magritte, abandonó la escritura, convencido de que el abismo entre "hacer, decir y contar" era infranqueable. En 1964, llegó a la conclusión de que el lenguaje no tenía sentido, era únicamente una carcasa, un envoltorio vacío. Su último trabajo fue una serie de cajas albergando poemas no escritos, la nada. Lo que mostraban era la posibilidad de un poema: esa ambigüedad final, que cada uno puede interpretar como quiere. O no interpretar.

Jean Arthur Rimbaud dejó de escribir a los veinticuatro años, convencido de que no había nada más que quisiera decir, que todo estaba ya dicho. Dejó una poderosa obra que hoy, ciento ochenta años después de su publicación, conecta con lectores de todas las generaciones. Y se embarcó en una vida oscura en Etiopía traficando con esclavos. Resulta imposible conectar al poeta que escribió *Una temporada en el infierno* y *Le bateau ivre* con el hombre que murió solo, de un cáncer óseo en un hotel, enfermo y amargado. ¿Demasiada brillantez demasiado pronto? ¿Lucidez extrema?

Las renuncias de Rimbaud y la de Marcel Broodthaers no son nada comunes. Los artistas suelen apurar su tiempo en esta tierra hasta los últimos momentos, si les queda aliento e inspiración. Cuando se retiran, solo los realmente famosos lo anuncian. Nadie en su momento supo que Herman Melville había dejado de escribir. De hecho, Rimbaud se sumergió en una vida sin escritura, tan solo comunicándoselo a Verlaine y a su escasa familia por carta. En el siglo XIX, un escritor no era la celebridad que es hoy en día. Celebridad a la que se obliga a opinar y firmar libros y aparecer en congresos y debates y revistas de entretenimiento y otras sandeces que lo único que hacen es distraerle de la escritura (¡todo esto podría aplicarse también a un guionista de cine o a un director!).

Alice Munro ha declarado a los ochenta y tantos que ha dejado de escribir "para convertirse en una ciudadana más", otros autores afirman su voluntad de escribir hasta el último momento de sus vidas, justamente para mantenerse vivos.

J. D. Salinger es otro famoso caso de escritor que dejó de escribir (al menos que sepamos) durante los cuarenta últimos años de su vida, aunque oficialmente buscó el retiro del mundanal ruido para escribir una gran obra, que hasta ahora nadie conoce.

Recuerdo una anécdota que ocurrió en un taller literario del escritor Reynolds Price. Price les dice a sus estudiantes que por una semana tienen que guardar en un cajón los textos en los que estén trabajando sin reescribirlos ni tocarlos. No pueden ni siquiera agregarles una coma. A la semana, los reúne a todos en clase y les pregunta si han cumplido la tarea. Todos alzan la mano. El profesor les mira un momento y antes de salir por la puerta les dice que cualquier persona capaz de abandonar un texto una semana entera, o un solo día, nunca llegará a ser escritor.

No sé si lo que dijo Price a sus alumnos es quizás una exageración, pero hay algo que sí se: que cuando todos los autores vivos de ahora mismo dejen de publicar, aparecerán todavía manuscritos desconocidos de Joyce Carol Oates, que yo creo que desde el más allá continuará escribiendo.

El cine lo vio antes

Desde que Georges Méliès rodó en 1901 el *Viaje a la luna*, el cine ha mostrado una asombrosa capacidad para anticipar muchos hitos en la historia de la humanidad. Desde la presencia constante y machacona de la publicidad (*Blade Runner*), hasta la obsesiva vigilancia con cámaras (*El show de Truman*), las posibilidades de la renovación celular (*Gatacca*) hasta un sinfín de plagas, desastres, catástrofes y hazañas que en su día nos parecieron pura fantasía y hoy sin embargo las asimilamos con total naturalidad.

Hasta que Stanley Kubrick rodó *2001, una odisea del espacio* —quizás la película más visionaria de la historia — en el cine se mencionaba la presencia de vida en otros planetas de una manera absolutamente anecdótica: los extraterrestres eran mostrados hasta entonces bajo la apariencia de monstruos semihumanos cuya única misión era destruir la tierra y en el camino raptar a unos cuantos terrícolas. Kubrick (y Arthur C. Clarke, el autor de la novela en la que el *film* está basado) es el primero en despojar de cualquier folclorismo la presencia de ese ente más allá de las fronteras del universo conocido: un monolito de un material desconocido cuyo misterio es seguramente lo más cercano al conocimiento que alcanzaremos a tener… al menos de momento. Otra de las imágenes anticipatorias de 2001 es la dependencia del hombre de la máquina, personificada en ese HAL implacable que empieza a tomar decisiones por sí mismo y que hay que desconectar para seguir siendo libre: algo que en los últimos años se está haciendo cada vez más imprescindible si queremos preservar nuestra salud mental. La antológica escena de la desconexión de HAL hubiera debido servirnos de aviso.

Recuerdo bien cuando vi *Blade Runner*, la fascinación que sentí por todos los *gadgets* visuales que aparecían en la película: el comando de voz para el ordenador, las ampliaciones milimétricas de las fotografías que permitían ver cosas que no se apreciaban a simple vista… Hoy cualquier tableta de uso en el hogar permite no solo esos procesos sino cientos más complejos y sofisticados. Y cualquier viajero a Japón que se detenga en el cruce de Shibuya o Shinjuku, podrá experimentar ese momento *Blade Runner* cuando decenas de pantallas gigantes, algunas con

efectos 4D, hablan, cantan, exhalan humo o te sumergen en arrecifes paradisíacos. Los androides de *Blade Runner* poseen tantas cualidades o más que los humanos y una suprema inocencia que les hace creer a pies juntillas que los recuerdos que les han implantado son reales: ahora mismo las técnicas de curación de personas que han sufrido graves daños psicológicos pasan por el borrado de recuerdos y la sugestión de otros nuevos y mejores. También en ese terreno *Blade Runner* se adelantó a su época.

Pero de entre todas las películas que se adelantaron a su tiempo, mi preferida es la cinta de Spike Jonze, *Her*. El *film*, protagonizado por Joaquim Phoenix y la voz de Scarlett Johansson, es un gran anticipo del mundo en el que ya vivimos: un mundo en que lo virtual, lo que no podemos ver ni acariciar ni besar ni tocar, se convierte en más real para nosotros que lo tangible. Cada vez más personas en el mundo mantienen conversaciones íntimas con Siri o con Alexa, contándoles cosas que no han confiado ni a su mejor amigo, imaginando una vida entera con esas voces sin cuerpo que parecen pendientes de ellos, perennemente a la escucha.

Como dijo el gran poeta Dylan Thomas, "miramos esa función de sombras que se besan o matan, con fragancia de celuloide, la mentira es amor". Y en el caso del mundo que nos espera, el celuloide huele a verdad.

El exorcista

William Friedkin, el director de *El exorcista*, tenía métodos muy particulares para dirigir a los actores, y en esta película, rodada en 1973, no se privó de ello: ya Gene Hackman, aún después de ganar el Óscar con la anterior película de Friedkin, *French Connection*, dijo (y cumplió) que no volvería a trabajar con él. Le gustaba tiranizarlos y, si lo consideraba oportuno, incluso abofetearlos. Para rodar las escenas del interior de la casa de Regan, llegó a colocar equipos especiales de refrigeración en el interior para que la temperatura no llegará a los cero grados y así, al hablar, los actores expulsaban vaho y, en general, tenían un aspecto vulnerable y frágil. Como consecuencia, los miembros del equipo sufrieron toda clase de resfriados e incluso neumonías. El decorado se quemó varias veces sin que se supieran las razones. Otra de las cosas que hacía el director para crear tensión en el plató era de cuando en cuando sacar un rifle y disparar. Para rodar las escenas del padre Karras, aprovechó la tristeza real en el rostro del actor Jason Miller, cuyo hijo pequeño había tenido un accidente y se debatía entre la vida y la muerte. El niño sobrevivió (y se convirtió en el actor Jason Patric), pero su padre no volvió a interpretar a un personaje protagonista y rechazó el papel de Travis en *Taxi Driver*. El director se peleó con dos autores legendarios de bandas sonoras, Bernard Hermann y Lalo Schifrin, para acabar utilizando el tema de un desconocido en aquel momento: Mike Oldfield. Hoy, solo escuchar esos primeros acordes de *Tubular Bells* nos traslada a la enrarecida atmósfera de la película.

Friedkin estuvo casi un año buscando una voz para que fuera la de Regan poseída ("mira lo que ha hecho la cochina de tu hija") y la encontró en la veterana de Hollywood, Mercedes McCambridge. Cuando le explicó lo que quería, McCambridge se tomó varios *whiskies*, huevos crudos, se fumó un puro y grabó la voz del diablo con las manos atadas en el estudio. Nadie, ni siquiera Friedkin salió indemne de ese rodaje: poco después de este, el hijo de Mercedes McCambridge asesinó a su esposa y a sus hijos y se suicidó, culpando a su madre de darle de lado.

En su biografía *Friedkin Connection*, aparecida en 2017, el director hace un repaso de su carrera y narra los altibajos de esta en el más puro estilo hollywoodesco: leyéndole parece que fuera el único director con talento del mundo, todos los demás son unos quejicas y unos pusilánimes comparados con él. El libro está tan lleno de vanidad que apaga los logros reales de Friedkin, que fue un notable director con un sentido soberbio de la puesta en escena. El único momento de debilidad que muestra es cuando le mostró a Bernard Hermann el primer montaje de la película para que le echara una mano. Hermann al terminar la proyección le dijo "igual puedo hacer algo para salvar esta mierda". Friedkin, furioso, le echó de la sala con cajas destempladas. Y el resto es historia.

En la habitación de Ava

Nunca imaginé cuando salía esta mañana de mi casa que hoy dormiría en la habitación del hotel Intercontinental donde pernoctó durante años Ava Gardner en Madrid. Y aquí estoy, escribiendo estas líneas con la sensación de ser una intrusa en la *suite* dorada y azul que ocupó la diva. Uno de los libros donde podemos apreciar un destello de la mujer escondida tras el mito es *The Secret Conversations*, de Peter Evans, publicado tras su muerte. En el libro se reúnen las transcripciones de las conversaciones que tuvieron lugar en Londres durante sus últimos años. El humor, la timidez y la autocrítica constante de la actriz se mezclan con una mal disimulada nostalgia y un creciente temor a la muerte en soledad. Ava echa de menos sus años de esplendor y, a la vez, los critica sin tapujos. Todo el libro está recorrido por una corriente de amor y odio a su profesión y a los hombres de su vida, a los que califica de diversiones pasajeras. "Esos tipos que pululaban a mi alrededor". Quizás Sinatra es el único al que le sigue uniendo una amistad telefónica, el único en el que puede confiar en caso de necesidad. Una de las imágenes imborrables que describe es la llegada de Sinatra el día de su cumpleaños, en Nochebuena, al plató en medio de la selva en Kenia durante el rodaje de *Mogambo*: las luces de Navidad alrededor de un baobab, el aterrizaje de Sinatra en una avioneta con pavos vivos y sus pasteles favoritos de coco y chocolate que le había preparado su hermana, los extras africanos bailando mientras Sinatra cantaba villancicos y John Ford leía en voz alta la Biblia. Habla también de cómo la etiqueta del "animal más bello de Hollywood" había arruinado sus posibilidades de interpretar personajes más complejos, más interesantes, "ya sabes" —le dice a Peter Evans— "de esos que les dan Óscars a las actrices". Sin embargo, cuando Peter Evans le pregunta si echa de menos haber tenido una carrera de actriz seria, Ava le responde que no… Y, sin embargo, se equivoca. Basta verla en su entrada en escena en *La noche de la iguana* interpretando a Maxine, la dueña del hotel destartalado en el que se reúnen las almas perdidas de Tennessee Williams, para darse cuenta de que Ava Gardner era una actriz de talento. Su ligero doble mentón, sus caderas rotundas, el hombro descubierto, la sonrisa amarga de la mujer que sabe que seguirá haciendo el amor, aunque no sea con quien en el fondo desea, todo ello compone un personaje valiente, contradictorio, de una sensualidad e inteligencia muy poco comunes. Solo John Houston supo aprovechar la personalidad de Ava Gardner y darle un personaje a su altura. Y fue demasiado tarde.

Sentada en la terraza de esta *suite* legendaria, me pregunto qué sentía Ava Gardner mientras se preparaba para ir a Lhardy o a Chicote. Qué le pasaba por la cabeza. ¿Recordaría esa infancia que pasó descalza y se preguntaría con incredulidad cómo había llegado hasta aquí? ¿Ansiaría otra

vida y no encontraría la manera de cambiarla? ¿Se sentiría sola a menudo? Y cuando de recepción la llamaran para decirle que el chófer la estaba esperando, ¿reprimiría las ganas de quitarse los zapatos y el maquillaje y quedarse en la terraza simplemente contemplando estos bellísimos cielos de Madrid, como yo ahora mismo?

El vestido rosa de Greta Garbo

Ocurrió en Los Ángeles en 2012. Los sobrinos y herederos de Greta Garbo subastaron su guardarropa y este estuvo expuesto durante tres días para los posibles compradores. Entre sus incalculables trajes de corte masculino, zapatos y bolsos, podían encontrarse decenas de camisas, vestidos y abrigos de llamativos colores: fucsia, verde, azul, rosa. Los que la conocieron no podían creer que aquellas prendas en seda, satén y brocados pertenecieran a la actriz de *Ninotchka*. Nunca la habían visto vestir otra cosa que pantalones de *tweed* y zapatillas deportivas blancas. Todo lo que rodea los años de retirada de la Garbo está envuelto en un halo de misterio. Se retiró en 1941 y murió en 1990. Confieso que lo que más me ha intrigado del mito Garbo es algo probablemente poco mitológico: ¿Cómo consiguió vivir —al parecer con un confortable tren de vida— casi cincuenta años sin trabajar? ¿Eran tan altos sus emolumentos que le permitieron ahorrar hasta ese punto? ¿Sabía de inversiones y cosas así? Se sabe que poseía varias propiedades en Rodeo Drive, pero también que coleccionaba cuadros valiosísimos de Renoir, Kandinsky y Pierre Bonnard. ¿Alguien financiaba su existencia? Y si es así, ¿quién? Los millonarios Onassis y Niarchos fueron amigos suyos, pero no fueron sus amantes y ninguno de ambos se caracterizaba por su generosidad con los amigos (y tampoco con sus amantes).

Greta Garbo nunca dijo "quiero estar sola", dijo "quiero que me dejen en paz" y casi lo consiguió cuando, tras una estancia en Suiza, fijó su residencia en Nueva York en 1960. De esa época son sus memorables encuentros, como el del periodista que se acercó y comenzó su entrevista diciendo "yo me pregunto…", a lo que ella adujo "mejor no preguntarse" y desapareció. Otra vez, caminando por la Quinta Avenida con una amiga, vieron como una limusina las perseguía, hasta que una chica hablando en sueco salió de ella pretendiendo postrarse a los pies de la actriz, que consiguió huir, mientras su amiga sostenía a la chica, que resultó ser la actriz sueca Liv Ullmann, que se encontraba en la ciudad con un montaje de Anna Christie (que Garbo había interpretado en el cine) y que quería invitar a su compatriota al teatro.

Cuando todos los compradores habían hecho sus ofertas por los diferentes lotes con cifras astronómicas, quedó solamente un vestido rosa nunca estrenado, que finalmente fue a parar a un coleccionista anónimo de Bielorrusia. ¿Por qué el guardarropa de Greta Garbo estaba lleno de ropa de colores que jamás utilizó? ¿Qué la movía a comprar esas prendas? ¿Se paseaba en la intimidad de su apartamento de siete habitaciones con vistas a Central Park con ellas, soñando con vidas que no llegó a tener? ¿Por qué yo, y seguro que miles de personas en el mundo, seguimos intrigados por los detalles de esa vida que ahora ya nadie podrá desvelarnos?

El otro lado de la esperanza

Vaya por delante que soy una admiradora irredenta del finlandés Aki Kaurismäki, uno de los cineastas de los que más he aprendido y que más satisfacciones me ha dado. Tengo recuerdos

imborrables de sus películas, desde *La chica de la fábrica de cerillas* hasta *Le Havre* pasando por *Contraté a un asesino a sueldo*, donde Jean-Pierre Léaud, en una interpretación memorable, pronunciaba una frase que no se me ha quitado de la cabeza desde que vi la película: "I love your blue eyes… are they blue?". Cada película de Kaurismäki es una oda a la bondad, que no al buenismo: el autor nunca olvida que, aunque sus protagonistas son fundamentalmente buenos, viven en un mundo de gente fundamentalmente mala cuyo único objetivo es amargarles la vida a los primeros. Su última película, *El otro lado de la esperanza*, que obtuvo merecidamente el premio al mejor director en el pasado Festival de Berlín, es una prueba más de su talante único: es una proeza decir tanto con —aparentemente— tan poco y es casi imposible tratar un tema tan complejo como el de los refugiados con tal claridad de ideas, tanta ternura (y a la vez tanta dureza) y tanto sentido del humor. Que en casi la misma secuencia podamos reírnos de los vanos esfuerzos del protagonista por hacer *sushi* y, acto seguido, sentirnos asqueados de la malsana estupidez de un grupo de mastuerzos que forman el "Ejército de Liberación de Finlandia" es algo que muy pocos cineastas del mundo saben hacer. Vuelven a salir, como en todas sus películas, hombres con traje y talante de otra época y mujeres rubias que fuman y beben en lugares imposibles donde se comen sardinas de lata y patatas hervidas, coches inmensos de los 50, grupos (cada vez más viejos) que tocan blues finlandés en todas las esquinas de un Helsinki sórdido a más no poder, decisiones repentinas que se toman sin palabras… Pero ahora, la presencia de refugiados que llegan a esta ambigua tierra de promisión ("Estoy enamorado de este país y no veo la hora de largarme") pone a prueba a los héroes de Kaurismäki, que saben estar a la altura de las circunstancias, a diferencia de las autoridades y las instituciones que oyen sin escuchar los testimonios de estos hombres y mujeres que llegan cada día a los países europeos, tras periplos heroicos. No quiero destripar la trama de la película, solo decirles que me parece, junto a *Fuocoamare*, el mejor retrato de esta Europa resquebrajada que nos ha tocado vivir y a la vez un alegato (palabra que a Kaurismäki seguro que le daría alergia) en pro de que los gobiernos y los ciudadanos nos arremanguemos para escuchar y acoger a gente que un día ha vuelto del trabajo a casa y se ha encontrado con que ya no había casa. *El otro lado de la esperanza* es un pequeño milagro: una película que da razones sencillas y tangibles para seguir creyendo en la raza humana.

Holy Spider

Si tuviera que nombrar la película que me hubiera hecho sentir más miedo, furia e indignación a partes iguales en los últimos tiempos, esta sería *Holy Spider*, del director Ali Abbasi. Su protagonista, Zar Amir Ebrahimi, recibió el premio a la mejor interpretación en el pasado Festival de Cannes, pero si de mí dependiera le daría todos los premios habidos y por haber: es esta probablemente la mejor película de horror reciente, y sus personajes no son zombis ni cambian de forma ni les salen colmillos, ni pezuñas ni tienen poderes. Sus personajes tienen hijos, juegan con ellos, rezan, van a comer a casa de los suegros. Sus personajes existen, son de carne y hueso, están convencidos de que su dios aplaude que asesinen mujeres, de que su misión es legítima y de que lo que hacen es lo correcto. Pero el horror de *Holy Spider* no reside solo en su trama. La trama la hemos visto otras veces: un asesino en serie mata a dieciséis prostitutas porque se cree llamado por su dios para limpiar las calles de mujeres corrompidas. Una periodista decide investigar ante la desidia de la policía y consigue dar con él (tras poner en peligro su vida) y, con la complicidad de otro periodista, llevarle ante las autoridades. Los crímenes son horrendos y

muy gráficos, pero no más o menos que en otras películas del mismo género. Está basado, como muchos *thrillers*, en hechos reales (en este caso los crímenes de Saeed Hanaei, que sucedieron entre 2002 y 2003). Lo que horroriza de verdad en *Holy Spider* es la suma de microagresiones y agresiones de todo tipo que su protagonista sufre por el hecho de ser mujer. Desde el momento que llega a la ciudad santa de Mashhad, el recepcionista pretende que no hay habitación para ella porque no está casada, le riñe por no llevar el pañuelo bien ajustado, la ningunea. Las autoridades eclesiásticas y la policía la consideran menos que nada. Es más, un policía le repite la misma frase que el asesino utiliza para todas sus víctimas: "Eres un ser sin valor". Ella, una y otra vez, se toca el pañuelo para comprobar que está en su sitio y ese gesto nervioso, a regañadientes, contra su voluntad, permea toda la cinta, no en vano el asesino utiliza en ocasiones el hijab para matar a sus víctimas. Y asistimos a otro espanto, una vez detenido ese asesino, un espanto que hiela la sangre, porque sabemos perfectamente que lo que cuenta la cinta no es el producto de la imaginación de un Stephen King sentado en su butaca de cuero en su casa junto a un lago en las afueras de Maine: es la cotidianeidad de millones de mujeres en un país cuya estructura está maquiavélicamente concebida para hacer un infierno de la vida de esas mujeres. Cuando vi *Holy Spider*, entendí perfectamente por qué hay tantas mujeres arriesgando su vida en este momento en las calles de Irán. Ninguna distopía puede ser peor que el mundo que se ve en esta cinta. Las imágenes finales son seguramente la cosa más desalentadora que he visto jamás. Solo queda esperar que el auténtico final, el que reclaman con su sangre las personas que se están manifestando estos meses en Irán, llegue más pronto que tarde.

Murakami haciendo desaparecer el elefante

Esta conversación transcurre en dos ciudades del mundo y, aunque la distancia entre ellas es considerable, una corriente de silenciosa simpatía se instala entre Aoyama (Tokio) y Gràcia (Barcelona) y permite a dos grandes tímidos, Haruki Murakami y yo, establecer algo que podríamos calificar de conversación.

El coche que me viene a buscar a Shinjuku no hace ningún ruido. El tráfico de las dos de la tarde de Tokio pasa a través de los cristales del vehículo como un cortejo silencioso y yo me pregunto si no soy una comparsa de algún sueño olvidado de Haruki Murakami y, como Sumire en *Sputknik Sweetheart*, pronto me veré a mí misma en otro coche yendo en la dirección opuesta mientras otro conductor —no mi risueño amigo Nobu— me dirije torcidas miradas a través del espejo retrovisor.

Todavía no acabo de creer que Haruki Murakami vaya a entrevistarme para el periódico japonés de mayor tirada. Todavía pienso que se tratará de otro Murakami (un apellido en Japón equivalente a nuestro Martínez) y que las amables chicas de Movieye, la compañía que distribuye mis películas en Japón, que son las que han insistido en que era el propio escritor, me han querido gastar una broma.

Pero llegamos a un edificio de cuatro pisos de una calle tranquila y en el segundo piso me abre la puerta una mujer de pelo corto que me conduce a una habitación espartana, con una ventana que da a un aparcamiento y a algunos árboles secos. Me ofrece un té. Sorbiéndolo hasta que se enfríe, mirando la mesa, el ordenador, algunos deuvedés fuera de la funda me doy cuenta de que este es el lugar donde habita el escritor al que admiro. Veo una postal de un elefante, un disco de

Chet Baker. Al cabo de unos minutos entra en la habitación, me estrecha la mano, balbucea una presentación, nos sentamos. Él también está bebiendo té. Bebemos unos instantes en silencio, esos silencios iniciales que a veces esconden ganas de salir corriendo, pero en este caso es solo un preámbulo de calma antes de que uno de los dos tome carrerilla, me digo que, después de todo, es él quien tiene que entrevistarme. Yo tengo que limitarme a contestar, me repito una y otra vez.

Me pregunta cuánto tiempo llevo en Tokio, si me gusta, si nuestro equipo se entiende bien con el japonés, cómo es que mis bandas sonoras tienen siempre sus canciones favoritas, de dónde viene el título de mi película *Mapa de los sonidos de Tokio*.... Contesto. Tokio me gusta muchísimo, especialmente Koenji y Shimokitasawa. Nuestro equipo se entiende muy bien con el japonés y el título de la película viene de la obsesión del narrador de la cinta con los sonidos de las personas, con la manera en que los sonidos definen las ciudades y las emociones. En cuanto a las canciones, siempre escojo temas que tienen un especial significado para mí y para mis personajes. Me dice que dos de sus canciones favoritas son "Senza fine" y "God Only Knows". Que conoció a Antony and the Johnsons gracias a *La vida secreta de las palabras* y que *Mi vida sin mí* le hizo llorar como nunca había llorado en una película. No me puedo creer que Murakami sepa cosas de mis películas, de hecho, empiezo a sospechar otra vez que no estoy delante del escritor, sino de algún doble contratado. Y, sin embargo, es él, el autor de *Norwegian Wood*, de *El pájaro que da cuerda al mundo*, *Kafka en la orilla*, *After Dark* y tantas novelas, ensayos y cuentos magistrales que a mí y a lectores de todo el mundo nos han hecho incondicionales de su escritura.

Pero en realidad ardo en deseos de preguntarle cosas a él. Me dice que cree que entre sus novelas y mis películas hay unos vínculos subterráneos que, cada vez que ve una de ellas, nota, aunque no sabría definir. Sí, es cierto, le digo, yo tampoco sabría definirlos, ¡pero es que creo que es mejor que no lo intentemos! Ambos reímos. Sé que mucha gente piensa que Haruki Murakami es una especie de eremita huraño al que solo le gusta hacer *footing*, nadar y escribir. Pero la persona que yo conozco es todo menos huraño, de hecho, tiene un gran sentido del humor que utiliza especialmente para reírse de sí mismo. Es también una persona terriblemente humilde. Quizás el más humilde de los genios. Y, para mí, esa humildad le engrandece: habla de sus novelas como "iluminaciones", como narraciones que vienen a él y que lo único que hace es transcribir. Es refrescante conocer a un hombre que habla de lo que hace con tal candor, sin darse jamás ninguna importancia (qué diferencia abismal entre él y tanto seudogenio pedante que inunda estos días las portadas de todos los medios con gestos teatrales baratos y que habla, con una pretensión que raya con la vergüenza ajena, de sus obras como logros titánicos a caballo entre el tormento y el éxtasis).

Acabo de leer su último libro, *What I Talk About When I Talk About Running*, y le pregunto si no hablará tanto de correr para evitar las preguntas sobre escribir. Se ríe y me dice que quizás, después de todo correr es algo concreto, algo que puede medirse, aunque en su caso también es un estado mental paralelo al del proceso de escribir.

Hablamos de cientos de cosas durante horas, bebemos innumerables tazas de té.

Toru Watanabe, Midori, Kizuki, el elefante que desapareció con su cuidador, Toru Okada… todos los protagonistas de sus historias pasadas y de las futuras toman parte en la conversación y les dejamos hablar, yo, con fascinación, él con benevolencia, como cuando un hijo tiene una idea brillante y le faltan las palabras para definirla. Pasan unos meses, estamos en Barcelona.

El elefante ha desaparecido, la conversación continua.

Paraguas, calcetines, gafas

Creo que podría llenarse una habitación entera con todos los paraguas, calcetines y gafas que he perdido en la vida. Generalmente perdemos justamente aquellas cosas que son más valiosas para nosotros, los calcetines de lunares que alguien nos trajo de Japón, las gafas que acabamos de estrenar, el paraguas con luz en el mango, rollo *Blade Runner*, que tanto nos costó obtener. Y, en cambio, no hay manera de librarse de los calcetines con tomates, los paraguas con las ballenas rotas y las gafas con las que nos vemos como una descendiente de *Las Chicas de Oro*. Todas esas cosas se pasean por los armarios y los cajones aferrándose a ellos, resistiéndose a desaparecer de nuestras vidas. Pasa lo mismo con los recuerdos: ¿Cuántas veces nos despertamos por la mañana habiendo soñado con alguien que nos importa bien poco? O ¿cuántas veces, de repente, en medio de un trayecto en avión, nos viene a la memoria un recuerdo embarazoso de cuando metimos la pata hasta el fondo en una discusión o mentimos sin saber por qué y sin ningún motivo en una conversación casual? Igual que los cúmulos de grasa y otras porquerías circulan libremente por nuestro organismo, listos para provocarnos un ictus el día menos pensado, cargamos con nosotros miles de cosas, datos, gestos, personas, textos, imágenes que no nos benefician en nada, que ponen la zancadilla a nuestros pensamientos, que nos entristecen, que nos enfadan. Y cuanto más deseamos librarnos de ellos, más se obstinan en quedarse. Cuando pienso en la inteligencia artificial, se me ocurre que quizás una solución para todo este caos mental sería (como apuntaron los de la serie británica *Years and Years*) transferir a un cerebro externo solo nuestras cosas buenas, lo mejor de cada uno de nosotros: esas mañanas de abril con sol y fresquito vivificante que pasamos en una plantación de lavanda, los recuerdos más vivos de las personas que ya no están, las mejores páginas que hemos leído (o las que más nos han marcado), los momentos en que aparcamos la tristeza y la melancolía y, por un breve segundo, sentimos que la vida es formidable y merece la pena, todas las canciones de nuestras *playlists* favoritas. Ese cerebro externo sería un destilado de nosotros, solo con lo bueno, desechando la basura que flota en nosotros amargándonos la existencia para nada. Pero entonces, si solo recordáramos los grandes momentos escogidos de nuestra existencia, ¿podríamos sentirlos tan plenos como cuando podíamos compararlos con los malos? ¿Necesitamos los bajones para experimentar los subidones? No tengo respuestas, pero no creo que en un futuro próximo me dedique a tener un cerebro en la nube lleno de grandes éxitos.

Acabo estas líneas llevando con unas gafas horrorosas de las que hace veinte años intento librarme, parezco Sophia, la mayor de las *Golden Girls* (Estelle Getty, que en realidad no era mucho mayor que las otras "chicas") y me digo que, después de todo, hay cosas y personas mucho peores a las que parecerse.

Qué significa hoy ser director de cine

Me siento como el pintor de un oscuro pueblo de Umbria yendo a ver a Leonardo da Vinci. O como un arquitecto de *bungalows* a punto de entrar en un edificio de Le Corbusier. Las películas de Martin Scorsese me han acompañado en todos los momentos de mi vida desde que en un oscuro cine de barrio vi dos veces seguidas *Malas calles*, y la cámara vibrante que acompañaba a Robert De Niro entrando en el bar donde le esperaba Harvey Keitel, de muy mal humor, mientras sonaba "Jumpin Jack Flash" cambió mi manera de ver el cine. Y la vida.

Martin Scorsese: Me alegro de que por fin podamos hablar, estas últimas semanas han sido muy accidentadas para mí.

Isabel Coixet: Sí. Pero por fin estamos hablando, así que… Bueno, felicidades por el premio.

MS: Ha sido una gran alegría… Adoro España y cualquier cosa que me traiga aquí… ¡es genial!

IC: ¿No estás cansado de tantos premios, homenajes, entrevistas?

MS: Bueno… de las entrevistas, ¡sí! (reímos)

IC: Me lo imagino. No te tomes esto como una entrevista entonces, sino como un consultorio. Como si un director en crisis va a ver a su oráculo para consultarle.

MS: ¡Me gusta! ¡Un oráculo! Un consultorio amoroso. Dispara.

IC: ¿Alguna vez en tu vida te has planteado: "OK, ya está, no voy a hacer más películas, se acabó"?

MS: Sí. Después de rodar *Hugo*. *Hugo* satisfizo una parte de mí, una parte enamorada de la imagen, del cine, también del cariño a la imagen y al pasado. Cuando la terminé, me dije "es mi última película". La manera en que se hacen las películas ahora, las dificultades financieras, técnicas, las presiones en términos de producción, de presupuestos… Poner en marcha un mecanismo tan complejo para poner en escena algo que para mí es fundamental y relevante, pero que en el fondo te preguntas si lo es también para los demás… ¿Qué significa ser un profesional del cine en esos términos?, una expresión que siempre he detestado. Cuando terminé *Hugo*, pensé que la única película que quería hacer verdaderamente era *Silencio*, pero no veía que eso fuese posible. Y no pensé que la industria, que estaba y está cambiando a una velocidad increíble, estuviera interesada en *Silencio*.

IC: ¿Y cómo conseguiste convencerlos para producir *Silencio*?

MS: Me dije que, si hacía otra película, otra película interesante, comercial, con Leo DiCaprio, igual entonces estaría otra vez en la posición para poder hacer *Silencio*. Y así fue. Hicimos *El lobo de Wall Street* y esa película me dio la energía y el crédito en la industria para poder hacer *Silencio*.

IC: *Silencio* es una película impresionante. Y hay algo que pensé viéndola. Pensé "es como una versión católica de *Goodfellas*".

MS (ríe): En cierto sentido, ¡sí!

IC: Si hasta terminan igual: Ray Liotta en protección de testigos hablando de lo banal que es su vida ahora y Andrew Garfield con su mujer y los niños…

MS: Pero el personaje de Andrew Garfield no ha perdido la fe, guarda la cruz en su puño…

IC: ¿Es eso fe? ¿Qué es la fe si no se manifiesta?

MS: Él en realidad descubre su fe cuando esta ha sido cuestionada por los demás a su alrededor, los que quieren destruirla (aquí entramos en una complicada discusión en bucle sobre la fe que no viene al caso).

IC: Sé que eres el máximo impulsor del fondo para recuperar el patrimonio cinematográfico africano, que has contribuido con tu dinero y tu ayuda a restaurar y dar a conocer películas que de otro modo se hubieran perdido.

MS: Estas películas cuentan historias desde un punto de vista absolutamente puro, incontaminado, y están contadas desde la mirada de cineastas africanos, no desde un punto de vista europeo o americano. Son fascinantes. Hace veinte años, vi una película maravillosa, *Yeleen*, de Souleymane Cissé, en televisión, de madrugada. Me impresionó. Le contacté. Fui a Mali, conocí a otros directores, descubrí más películas y así empezó el World Cinema Project.

Restauramos y preservamos películas que a veces se daban ya por perdidas, en países sin laboratorios ni forma ni dinero para conservarlas. Películas de las que apenas se conserva el negativo. Cuando presentamos el proyecto en Cannes, Cissé dijo "si no conservamos las películas de los 60 y los 70 de países como Mali, Uganda, Senegal, Chad… la gente, los ciudadanos no sabrán quiénes son ni de dónde vienen, la historia se perderá".

IC: ¿Hay alguna película que tengas en la recámara, que hayas intentado hacer repetidas veces sin conseguirlo?

MS: Sí. Pero después de haber conseguido hacer *Silencio*, pensé que ya no habría tantas oportunidades para mí, que quizás no tendría energía. Tengo setenta y cinco años y todo se vuelve más lento, uno se vuelve más lento y…

IC: Hablas tan rápido como la primera vez que te vi hace treinta años.

MS: Puede ser. Pero ya sabes a lo que me refiero… La energía física que se necesita… Tú debes de saberlo, tú cargas la cámara todo el rato… lo que me llena de envidia…

IC: Todo lo que he conseguido es ser un poco jorobada del lado derecho… (risas). ¡Volvamos a tus proyectos! Yo te veo dirigiendo hasta en silla de ruedas y con bombona de oxígeno, como John Huston.

MS: Ahora también estoy ilusionado con muchas otras ideas, producir a nuevos directores, restaurar películas. El tiempo se acaba. Y hay que escoger realmente las cosas que merecen la pena. Estoy montando una película con nuestra amiga Thelma, *The Irishman*. Es una oportunidad de volver a trabajar con Bobby De Niro. Y claro, es sobre un asesino a sueldo, pero desde otro punto de vista, más desnudo, más sobrio. Estoy intentando encontrar un acercamiento más natural, no, natural no es la palabra. Estoy intentando encontrar la esencia de lo que quiero decir. Incluso en los primeros planos de una persona hablando. Eso me ha llevado a recordar el documental que hice sobre mis padres, *Italianamerican*. Mover la cámara es maravilloso, claro, pero… no sé si hay algo más que se pueda decir o que yo puedo decir con el movimiento, con una grúa o con un dron o con cien drones… Ahora cualquiera puede hacerlo. Cualquiera puede hacer cualquier cosa. Por eso, hacer películas es un desafío mucho mayor que nunca en la historia.

IC: Sí. Tienes que ser muy valiente, muy libre y muy cuidadoso… todo eso al mismo tiempo.

MS: Exacto. Porque ya no hay tiempo para lo… superfluo. Lo innecesario. Y preguntarte constantemente, ¿qué es lo necesario? ¿Qué historia está ahí agazapada, escondida, qué historia merece la pena y el esfuerzo y el coraje que hace falta para hacer una película? Eso es lo que los directores tenemos que plantearnos todos los días.

IC: Estoy contigo. Y tengo fe en ti.

MS: (ríe): Otro día hablaremos de la fe.

IC: Otro día.

La gavina y el barco

El bar, que huele a cuero y a lavanda, está completamente revestido de madera. Tiene incluso una claraboya, que acentúa aún más la idea de que estás en un camarote. Es la clase de lugar donde es muy fácil imaginarse a Hemingway pidiendo uno, dos o cinco *scotchs*. O a Orson Welles o a Ava Gardner o a Elizabeth Taylor abriendo mucho sus legendarios ojos violeta. Y lo cierto es que todos ellos estuvieron aquí, en el bar El Barco en el hostal La Gavina en S'agaró, el único hotel

de su categoría que ha sabido ponerse al día sin sacrificar un ápice de su encanto. Me pregunto si los lugares conservan la impronta de aquellos que los habitaron. Si algo de su espíritu quedó en sus pasillos, en sus salones, en sus balcones, debajo de sus camas… Una vez, cerca de Copenhague, en la casa donde nació y murió Isak Dinesen, creí ver por un momento su reflejo fugaz en un espejo. Otra vez, en el hotel de París donde residió Oscar Wilde, l'Hotel, me pareció escuchar una risotada repentina en un pasillo vacío. En *A Ghost Story*, (una belleza de película que habla como pocas de la eternidad) la presencia de Casey Affleck se hace notar en las rendijas, en las paredes, en agujeros inaccesibles… Me fascinan esas presencias. Me hacen pensar en esa corriente indisoluble que une a nuestros antepasados con nuestros descendientes, que nos emparenta hasta con esos iconos a los que admiramos, aunque nunca los hayamos conocido.

Las fotos en blanco y negro, expuestas en las galerías del hotel nos enseñan a una Ava Gardner pletórica corriendo por la playa de Sant Pol, a Elizabeth Taylor cruzando la puerta del hostal La Gavina con un bolso de paja, a Cole Porter brindando, a Josep Pla con su boina, a Orson Welles (que aquí conoció a Josep Pla, aunque este no era muy peliculero), a Jack Nicholson proyectando sus cejas hacia el fotógrafo… Quiero creer y creo que fueron felices en este lugar. En la majestuosa piscina presidida por una escultura de Joan Rebull, en sus habitaciones con vistas al Mediterráneo, en sus cuidados jardines.

Me encanta este lugar y su peculiar disposición: en la playa, pero al resguardo de esta. Con todas las comodidades de hoy, pero con un poso tradicional, que, en tiempos de cambios incesantes, es un bálsamo para el espíritu fatigado. He venido aquí buscando inspiración y, para mi sorpresa, la he encontrado: por fin conseguí acabar el texto que había empezado mil veces y no conseguía terminar. Me pregunto ingenuamente si algo del espíritu de Welles, que se hospedó aquí mientras rodaba *Míster Arkadín* me habrá influido, aunque supongo que no. Orson Welles siempre tenía enormes dificultades en acabar lo que empezaba. Tendré que atribuirlo a la peculiar atmósfera de este sitio, que es uno de esos que, cuando te vas, ya empiezas a urdir cómo regresar.

Hay ya poquísimos lugares como este, que han sabido conservar su exquisita personalidad, mimando los detalles y poniéndose al día sin perder idiosincrasia: el verdadero lujo.

La mancha humana

La mancha humana, de Philip Roth, está ambientada en 1998 en los Estados Unidos, durante el período de las audiencias de *impeachment* del presidente Bill Clinton y el escándalo de Monica Lewinsky. Es la tercera de las novelas de posguerra de Roth que aborda grandes temas sociales, junto con *La conjura contra América*, siendo *American Pastoral*, a mi juicio, la mejor de ellas (y también a juicio del propio Roth).

La novela contiene un giro que, así como funciona perfectamente en el libro, falló estrepitosamente en su representación cinematográfica: resulta que, sin que nadie en su vida presente lo sepa, ni siquiera sus hijos, su protagonista, el profesor Coleman Silk, es negro, un afroamericano de piel clara que se ha hecho pasar por un judío blanco durante toda su vida adulta para evitar la discriminación.

Roth describió en un artículo en 2012 para *The New Yorker* cómo su novela se inspiró en un evento en la vida de su amigo Melvin Tumin, "profesor de sociología en Princeton durante unos treinta años". Tumin fue objeto de una "caza de brujas", pero finalmente fue declarado inocente

en un asunto que involucraba el uso de lenguaje supuestamente racista en relación con dos estudiantes afroamericanos. Ya hace más de diez años que incidentes de este tipo, con comentarios u opiniones aparentemente inofensivos, son motivo de suspensión o expulsión de profesores. Los alumnos se sienten ofendidos por ellos y exigen a los rectores que expulsen a los profesores que han incurrido en ellos y que despiertan (*trigger*) sentimientos incómodos. Esto ha dado origen a un retroceso palpable en la vida académica. Si no nos arriesgamos a desafiar lo pautado, lo establecido, lo que provoca rechazo o incomodidad, si solo queremos escuchar cosas amables contadas en tono aséptico, va a ser difícil que de las universidades salgan estudiantes preparados para enfrentarse a la vida real, además de que las probabilidades de un debate enriquecedor también disminuyen peligrosamente.

En la novela de Roth, la mancha humana literal es, por supuesto, la mancha de semen que Bill Clinton dejó en el vestido azul de la entonces becaria Monica Lewinsky. Pero la mancha es también la paradoja de hacerse pasar por judío para evitar una discriminación racial aún peor. Roth también apunta a una dimensión trascendental de la mancha: son todas las mezquindades, los pensamientos y acciones ruines, esa parte oscura, egoísta y narcisista que todos, especialmente aquellos que la niegan, tenemos dentro. Nos pasamos la vida ocultando esa mancha, negándola. Pretendiendo que no nos pertenece, que ha llegado a nosotros por casualidad. Que son los otros los que la han depositado en nosotros. Pero en el fondo lo sabemos. Estamos manchados. Somos cómplices de la perpetuación del horror, aunque pretendamos no verlo y hacer como que no va con nosotros. Justificamos a los que nos caen bien, aunque no tengan maldita la justificación, solo porque nos caen bien y estamos siempre dispuestos a cerrar los ojos ante conductas objetivamente deleznables, solo porque son los de nuestra cuerda. No vemos nuestra propia mancha y juzgamos obsesivamente la del vecino. En palabras de Roth: "Dejamos una mancha, dejamos un rastro, dejamos nuestra impronta. Impureza, crueldad, abuso, error, excremento, semen… no hay otra manera de estar aquí. Nada que ver con la desobediencia. Nada que ver con la gracia, la salvación o la redención. Está en todos. Habitando. Inherente. Definiendo. La mancha que está ahí antes de su marca".

La zona de interés

El epílogo de las memorias del fallecido Martin Amis, *Experience*, traza la primera visita del autor a Auschwitz a finales de la década de 1990. Ya había escrito una novela sobre el Holocausto, la experimental *La flecha del tiempo* (1991), que abordaba el tema, retrocediendo a través de la locura aterradoramente racional y pensada de los campos de exterminio. Al cerrar *Experience*, unas memorias que giran en torno a dos acontecimientos traumáticos (la muerte de su padre y el asesinato de una prima muy cercana a él), con un viaje a Auschwitz, Amis insiste en la importancia central del genocidio para comprender su, a menudo pesimista, visión del mundo. En su última entrevista, cuando se le preguntó sobre su permanente interés por el tema, citó a W. G. Sebald: "Ninguna persona seria piensa jamás en otra cosa".

Jonathan Glazer, el director de *Sexy Beast*, *Birth* y *Under my Skin*, ha tardado ocho años en llevar al cine esta personal adaptación de la novela de Martin Amis, prescindiendo de todo lo accesorio (de hecho, cambiando parte de la trama y conservando solo algunas características de la familia) y yendo al meollo de esta: apenas a diez metros de Auschwitz, separada por un muro,

existía una vida cómoda, luminosa, de niños que iban al colegio y hacían travesuras y montaban a caballo e iban en canoa por lagos idílicos y mujeres con bebés rubios en brazos que cultivaban dalias y se probaban con deleite los abrigos de pieles de las mujeres judías que acababan de ser gaseadas justo delante del jardín. Nunca vemos qué sucede en el interior del campo, lo escuchamos, vemos el humo salir de las chimeneas, hay un cuidadísimo trabajo de sonido que hace presente un fuera de campo absolutamente aterrador. Este es un *film* sobre la "banalidad del mal" de Hannah Arendt, sobre "las figuras en traje de negocios", como las describe Amis, "diseñadores, ingenieros, los administradores de las plantas de IG Farben en Frankfurt, Leverkusen y Ludwigshafen, con cuadernos con tapas de cuero y cintas métricas amarillas retráctiles, que se abren paso delicadamente entre los cuerpos de los heridos, los inconscientes y los muertos". Se trata de demostrar, citando a Bauman, cómo "la burocracia es intrínsecamente capaz de realizar acciones genocidas".

La fuerza fundamental de esta película magistral es que sabe, y demuestra, que, aunque hay respuestas a las preguntas que Auschwitz plantea, nunca debemos dejar de hacerlas. Y hoy más que nunca, porque me temo que la película llega en un momento extremadamente difícil. Y, sin embargo, la manera tan eficaz y sutil con que Glazer cuenta una historia sobre la que pensábamos que no se podía decir nada más nos expone al mismo horror con el que no tenemos más remedio que convivir cada día: hay personas iguales que nosotros que han sido víctimas, otros han sido verdugos, otros cómplices de estos. ¿Cuán cerca estamos de unos y otros? ¿No existe ninguna otra posibilidad? No, parece decir la película: somos víctimas, verdugos o cómplices activos o pasivos.

"Había una vieja historia sobre un rey que le pidió a su mago favorito que creara un espejo mágico. Este espejo no mostraba tu reflejo, sino quién eras realmente. Pero el rey no podía mirarse en el espejo sin darse la vuelta, ni tampoco sus cortesanos. Nadie pudo".

¿Qué pasa cuando descubrimos quiénes somos realmente? ¿Y cómo somos capaces de aceptarlo ? *La zona de interés* es una película violentamente colorista y oscura, ambientada en un telón de fondo de maldad pura, y un vívido viaje a las profundas y odiosas contradicciones del alma humana. Un espejo donde resulta insoportable mirarse.

Lotería

Nunca me han gustado los juegos de azar. Poseo una mentalidad seudocalvinista: hay que ganarse las cosas con trabajo y esfuerzo, lo demás no tiene valor, sangre, sudor y lágrimas, etc., etc. Loterías, bonolotos, cupones, tómbolas o peregrinas inversiones en criptomonedas se me antojan maneras obscenas de ganar dinero. No entiendo el atractivo del bingo o del casino. Nada me parece más aburrido que la bolita que salta por los números de una ruleta hasta el punto de que una vez que se me ocurrió acompañar a un amigo jugador a Montecarlo, creyendo que sería un lugar mítico en el que contemplar a gusto la gran comedia humana, me quedé dormida en un sillón, cerca de la mesa de *blackjack*. Tuvieron que llamarme la atención, mientras mi amigo perdía la camisa (que afortunadamente no era la única que tenía). Cuando llega la Navidad y alguien me ofrece un billete o un décimo, lo compro y luego me olvido, hasta que caduca y lo encuentro arrugado y con los colores desvaídos en el fondo de un bolso. ¿Quizás inconscientemente pienso que recibir inopinadamente una desorbitada cantidad de dinero me iba a perjudicar? ¿Me pongo el esparadrapo antes de la herida? Nunca lo sabré. Sin embargo, hay dos

grandes relatos sobre la lotería en los que pienso a menudo. Uno es *La lotería*, de la gran Shirley Jackson. En un pequeño pueblo de un lugar de América, cada año sus trescientos habitantes celebran una tradición: se reúnen todos en la plaza, como hicieron desde tiempos inmemoriales sus antecesores, alrededor una caja negra que el alcalde ha colocado en un taburete. Cuando empieza la lotería, los jefes de cada familia se acercan para sacar un papel de la caja. Mientras tanto, una mujer protesta porque no le han dejado bastante tiempo a su marido para escoger el papel, y el lector va dándose cuenta de que el objetivo de la lotería es mucho más siniestro que el sorteo de un lote de alimentos o una vaca. Cuando el relato se publicó en *The New Yorker*, en junio de 1948, provocó una ola de indignación y muchos suscriptores abandonaron la revista. Hoy está considerado como uno de los grandes relatos de la literatura norteamericana y las preocupaciones de Shirley Jackson sobre el antisemitismo latente que pueden sacarse del relato han sido objeto de incontables estudios.

Otro relato, este real, aparece en el libro póstumo de Marceline Loridan Ivens, *C'etait génial de vivre,* alguien a quien admiro profundamente y de la que ya he hablado en otras ocasiones. Cuenta la autora, superviviente del campo de concentración de Birkenau, donde falleció su padre, que en unas vacaciones en Nápoles en los años 60 empezó a hablar con un grupo de chavales, uno de ellos le preguntó por el número que llevaba tatuado en el brazo. Marceline le respondió que era el que le habían tatuado los oficiales nazis cuando entró en Birkenau junto con miles de prisioneros judíos más. El chaval, ni corto ni perezoso, sacó un bolígrafo y apuntó el número en un papel. "Para la lotería nacional", dijo, "a ver si me da suerte…".

Los humanos

Llegan las temporadas de premios cinematográficos y me aplico a ver todas las películas que puedo con el bloc de notas a mano para recordar detalles a la hora de votar: la utilización de la luz o los decorados, un pliegue magistralmente ejecutado en un vestido, los matices en la interpretación de actores nunca antes vistos, el sonido, los efectos, los diálogos, las bandas sonoras. Gracias a los adelantos técnicos puedo ver en casa hasta ciento ochenta películas, la mayoría no estrenadas, en la sala de proyección virtual de la Academia de Hollywood. No crean que este gran privilegio es gratis, las cuotas de la Academia son altas y cada año, cuando las pago, me pregunto cuántos cineastas pueden permitirse ese lujo. Como es de prever, si no pagas, no puedes votar, que es algo que seguramente no tendrá el mismo significado para un cineasta de Ghana o Haití que para uno de Noruega. Poco se habla en todas estas pomposas entregas de premios de la precariedad de actores y directores, de sus fracasos y sus miserias. El brillo de los trajes prestados, el desfile de modelos y *flashes* y periodistas con alcachofa preguntando quién es el diseñador del vestido que luce la actriz de turno oculta un mundo tan o más precario que el de muchas profesiones menos vistosas, no se dejen engañar.

Una de las cosas que no puedo evitar preguntarme al ver cualquier película es el origen social de los protagonistas. En las películas de los países del Este y en las coreanas siempre está claro quién y cómo gana el sustento en una familia. En las nórdicas, los personajes nunca tienen problemas económicos. En las españolas, ese tema lo tocamos por encima, con grandes excepciones, como la última y formidable película de Neus Ballús que tiene a tres fontaneros como protagonistas, *Seis días corrientes*, para mí una de las mejores películas de este año.

En las películas americanas, los personajes hablan de tener problemas económicos, pero los ves con grandes coches llegando a casas con jardín y piscina. O yendo al supermercado y llenando el carrito hasta arriba, después de comer en un restaurante donde han pagado cincuenta dólares por un filete. Por eso, *The Humans*, el primer *film* de Stephen Karam como director me ha sorprendido tanto. Hacía tiempo que no veía una cinta norteamericana donde sintieras que los protagonistas realmente sufren problemas económicos reales: la lucha por pagar la hipoteca o el alquiler, los prohibitivos precios de cuidar a un familiar dependiente, el lastre de pagar el crédito para ir a la universidad, la falta de pensiones propiamente dichas que hacen que mucha gente se vea en la calle tras años de servicios prestados… El edificio en el que transcurre *The Humans* es decrépito hasta decir basta, lleno de grietas, de sonidos intempestivos, de mugre, de cucarachas. Es una película dura, áspera, nada complaciente, con un extraño halo como de fin de una era: la era del mal llamado sueño americano.

No sé si es una película que llegará alguna vez a los cines de Europa o languidecerá en algún rincón de alguna oscura plataforma, pero si tienen oportunidad de verla, no dejen de hacerlo. Es humana y tiene escala humana. Y eso, hoy es mucho.

Los monstruos sagrados no existen

En el verano de 2015, recibí la llamada de un productor francés de televisión que me preguntaba si quería participar en un programa para Canal+ Francia, como parte de una serie en la que Gérard Depardieu comía en diversas ciudades europeas con una personalidad de la ciudad. Habían grabado ya en Viena, Roma, Londres y ahora era el turno de Barcelona. Al parecer, Depardieu había visto mis películas (ambos habíamos participado en el proyecto *Paris je t'aime*) y me proponía la filmación de una comida entre ambos en un lugar de mi elección. Dije que sí inmediatamente. Depardieu significaba para mi Marguerite Duras, Barbara, Truffaut, *Les valseuses*, Vera Granger: un sinfín de referencias fascinantes que habían marcado mi vida.

Era junio, hacía calor. Llegué pronto al restaurante, saludé al equipo, las dos cámaras ya estaban preparadas, los técnicos de sonido me microfonaron, el actor estaba en el baño. El presentador del programa se me acercó hecho un manojo de nervios y me rogó que estuviera tranquila y que tuviera paciencia porque Gérard estaba cansado y no le gustaba el calor. Le dije que no se preocupara. Apareció en ese momento el actor quejándose efectivamente a grito pelado del calor. Lo primero que me dijo es que por qué había escogido un lugar sin aire acondicionado. Lo segundo fue, mostrándome su flamante pasaporte ruso, que qué me parecía Putin. No esperó a que le respondiera y empezó a hablar maravillas de su colega Putin con interjecciones como *putain de chaleur espagnol*. Lo que siguió fue una de las comidas más desquiciadas de mi vida. Recuerdo un desfile continuo de botellas de vino blanco, recuerdo boquerones, jamón, recuerdo camareros trayendo platos de bombas de la Barceloneta y sonsos fritos, gritos, muchos gritos, obscenidades (tenía que comentar el físico de todas las mujeres que pasaban por el restaurante, cosa que yo penosamente intentaba pasar por alto, esta es la única cosa de la que me arrepiento), kleenex sudados por doquier, su camisa blanca empapada de sudor, recuerdo al desesperado presentador intentando que habláramos de gastronomía y mis intentos no menos desesperados de hablar de los orígenes de aquel barrio y de aquel restaurante. Yo intentaba aferrarme en mi cabeza a Duras, Barbara, Truffaut, etc., pero Depardieu solo quería hablar de los abusivos impuestos que

se pagaban en Francia y de lo bien que le trataban en Rusia. Hubo un momento, cuando ya traían los postres, en que ya no pude más y unas palabras fatídicas salieron de mi boca: "A mí tu amigo Putin me parece un dictador y un asesino". Allí ya se desencarriló definitivamente la cosa y Depardieu me acusó de formar parte de la izquierda idiota que no entendía que el ejemplo a seguir era tratar a los millonarios con guante blanco, como hacía su colega Vladimir. Yo solo maldecía el momento en que comer con Gérard Depardieu y grabar un programa de televisión me habían parecido buenas ideas. Luego me enteré de que en cada ciudad había pasado prácticamente lo mismo: aquellos programas afortunadamente nunca vieron la luz del día. Me fui del restaurante cuando empezó a beber orujo directamente de la botella: me daba pena ver a aquel inmenso actor comportarse como el ser patético y visiblemente alcoholizado con el que había comido. Pero que a alguien no le guste pagar impuestos en su país, o que sea amigo de Putin o que se beba tres botellas de vino seguidas como quien bebe agua con gas, no le convierte en un abusador ni en un criminal. Y, sin embargo, cuando aparecieron las primeras acusaciones contra él, no puedo decir que me sorprendiera. La persona que había tenido delante durante tres horas eternas era claramente alguien que creía que todo le estaba permitido, alguien acostumbrado a salirse con la suya siempre, en cualquier circunstancia. Alguien tan encastillado en su propio magnetismo y en su aura que parecía completamente ajeno a cualquier argumento exterior.

En los últimos cinco años una serie de mujeres han acusado al actor de varios grados de abusos sexuales, desde tocamientos en pleno rodaje hasta la violación (en dos casos). La fiscalía francesa ha admitido dos de estas denuncias y ahora una tercera por parte de una periodista española. Por otro lado, France 2 emitió la semana pasada un programa, Complement d'Enquete, en el que se ve y se escucha al actor hacer toda clase de comentarios asquerosos, los peores sexualizando a una niña de once años. Las imágenes han pasado por un control judicial para demostrar que no ha habido ninguna manipulación en su montaje. Lo que resulta particularmente penoso es que desde el mismísimo presidente Macron hasta una serie de actores, directores y escritores que son sus colegas defiendan en un manifiesto publicado por *Le Figaro* a Gérard Depardieu del "injusto y espantoso linchamiento" al que está siendo sometido, con el argumento de que es "un tesoro nacional francés, un monstruo sagrado y el mejor actor de la historia", además de equiparar las acusaciones contra él con "un ataque al arte". Por supuesto ni una mención a las mujeres que se han atrevido a denunciarle, ni siquiera para otorgarles también el beneficio de la duda, porque sus testimonios y el *modus operandi* del actor resulta sospechosamente familiar en todos los casos. Como si esa encarnación "del arte" le otorgara una inmunidad total para hacer lo que le diera la gana.

Nadie está poniendo en tela de juicio la calidad de Depardieu como actor o como patrimonio de la humanidad o como "gigante del cine". Como nadie discute que Polanski es un director de talento o Plácido Domingo poseía una espléndida voz. Hablamos de como el estatus de monstruos sagrados y la veneración que suscitaban han permitido a tantos y tantos artistas no rendir cuentas nunca de sus conductas abusivas. En ningún lugar del mundo. Nosotros, los admiradores, hemos preferido en muchas ocasiones mirar para otro lado porque la idea de que alguien a quien venerábamos y respetábamos fuera un ser deleznable no nos cabía en la cabeza, no encajaba con lo que queríamos creer. Yo misma, ¿por qué no me levanté de esa mesa a la primera inconveniencia, al primer improperio, en vez de aguantar aquella cháchara insoportable? Porque en mi cabeza tenía fijada la escena del *parking* de *La mujer de al lado*, los diálogos con Duras en *El*

camión, el dueto con Barbara en *Lily passion*. No quería ver que el hombre que tenía delante era alguien capaz de ser un monstruo sagrado y comportarse sencillamente como un monstruo. Ahora, muchos de estos hombres dicen ser "víctimas de las víctimas", lo que recuerda, en otra esfera, al concepto de "dictadura de las minorías". Los que firman el manifiesto a favor de Depardieu afirman que el hombre al que conocen es incapaz de hacer las cosas de las que se le acusa: esa es otra de las características de los depredadores. Depardieu nunca abusó de las consagradas actrices Carole Bouquet (con la que convivió durante años), Natalie Baye, Carla Bruni o de Catherine Deneuve. Sus víctimas han sido siempre jóvenes actrices, aspirantes a escritoras, periodistas: mujeres vulnerables, sin aura, sin estatus, sin inmunidad, que difícilmente van a ser escuchadas o creídas. ¿Cómo van a ser creídas si hasta el mismo presidente de Francia las niega? Una de las primeras en acusarle fue Emmanuelle Deveber, una actriz que debutó con él en la película *Danton* en 1980 y que posteriormente abandonó el cine. El día después de la emisión del programa Complement d'Enquete se suicidó tirándose al Sena.

No hay que exagerar con la verdad

Siempre he soñado con escribir y rodar una comedia, el género más difícil, delicado y arriesgado al que un autor se puede enfrentar. Por eso, cuando por casualidad descubrí en Netflix la serie *División Palermo*, tuve una revelación: jamás seré capaz de hacer algo tan perfecto y redondo como esta serie argentina que une lo mejor de la mala leche de las creaciones del británico Ricky Gervais con el pulso de las mejores comedias italianas. Lo bueno es que, aunque no pueda crearla, alguien la ha hecho para que pueda disfrutarla.

División Palermo, creada e interpretada por Santiago Korovsky, parte de una idea cuyo solo enunciado es una declaración de intenciones: para lavar la imagen de la falta de diversidad en la policía, en una operación de *marketing*, los altos cargos deciden crear una división con miembros de distintos colectivos: una mujer en una silla de ruedas, un judío, un invidente, una mujer trans, un gordo, un enano, un inmigrante peruano y un viejo sordo, liderados por un policía entusiasta al que le falta un brazo (el fenomenal Daniel Hendler). El judío (Santiago Korovsky) llega por azar a esta división tras ser plantado por su novia (¿"Ser judío cuenta como discapacidad? No, pero es pertenecer a una minoría") y nada más entrar en ella se ve envuelto en un tiroteo, en el que resulta herido un compañero, que constituye el eje de la trama de la serie.

Lo que sucede a partir del momento en que se crea este grupo singular es un formidable retrato de la estupidez generalizada y el buenismo que impera en nuestros días. *División Palermo*, con un inteligentísimo sentido del humor, pone contra las cuerdas la hipocresía que, con la excusa de integrar a las minorías y darles un lugar en la sociedad, las infantiliza y condena una vez más a la inacción y a la irrelevancia.

Los personajes discapacitados de la serie saben perfectamente que los están utilizando para lavar la imagen de la policía: poseen una humanidad y una lucidez formidables, pero no son ni mejores ni peores que los supuestamente normativos. Constantemente la gente atribuye a los miembros de esas minorías cualidades que no poseen ("*Sos* una guerrera") para tranquilizar su conciencia y seguir sin ver al otro. Se solemniza, se impone la mirada y la actitud pretendidamente inclusivas y debajo de ellas descubrimos las mismas actitudes racistas, rancias y paternalistas de siempre, solo que con un barniz nuevo. Pero la magia de esta serie también está en los tronchantes personajes

secundarios que acompañan a los protagonistas: el padre del protagonista que solo le ve méritos a la hermana, la anciana recepcionista que vende perfumes de imitación, los policías "reales" que son tan desastre o más que los que integran esta división, las intempestivas apariciones de la ministra del Interior, siempre a través de una pantalla, animando con palabras huecas a los aprendices de policía. Lo genial de *División Palermo* es el retrato de la inoperancia policial que hace de espejo de la inoperancia social. Y los mil detalles memorables: desde la elección de las canciones (que van de Kool & The Gang a Amistades Peligrosas pasando por Gilbert O'Sullivan) hasta los diálogos brillantes y las réplicas como la que da título a este artículo: "No hay que exagerar con la verdad".

Películas que me hubiera gustado rodar

Me piden en la Filmoteca Española una lista de películas para programar en septiembre y me pongo a ello. Lo más complicado es reducirlas porque hay muchísimas películas que amo. Decido hacer una primera lista con las que en determinados momentos de mi vida me marcaron, eliminando películas más clásicas que se programan en todas las filmotecas del mundo una y otra vez.

Uno de los síntomas más claros de que me ha gustado una película es cuando al acabar siento una envidia irreprimible: me hubiera gustado hacerla, rodarla, trabajar esa idea, escribirla, parirla.

Durante toda mi vida de espectadora he pasado muchos ratos, más de los que puedo recordar, sentada en butacas de cine, una vez terminados los créditos, poseída por el espíritu del *film*, marinando un estado mental en el que se mezclan la admiración, los celos y la ansiedad a partes casi iguales. Luego, al salir a la calle, todo eso se ha visto sustituido por una idea fija: ser mejor cineasta, esforzarme más, hacer mejores películas. Ser, en definitiva, mejor persona.

Las películas que he seleccionado forman parte de todas esas obras que me han empujado a hacerlo mejor. No sé si son obras maestras o no, pero a mí me han enseñado a mirar hacia otros lugares, a devolverme una idea del mundo y de mí misma, llevándome a recorrer París buscando un gato (*Chacun cherche son chat*, Cédric Klapisch), a los confines de la tundra para cumplir falsos rituales funerarios (*Silent Souls*) o a escarpadas rocas de cartón piedra de los estudios Pinewood para demostrar que "sé adónde voy". Y es esa justamente, *I Know Where I'm Going* (Sé adónde voy), de 1945, dirigida por Michael Powell y Emeric Pressburger, la película más antigua de la lista. ¿Cuándo vi por primera vez esa película? Juraría que fue en televisión, cuando todavía no existía más que un solo canal. Pero recuerdo bien la dicha que me produjo. Es la historia de una mujer, Joan, que está a punto de cumplir su sueño, casarse con un millonario, para lo cual debe llegar desde Manchester a la isla (ficticia) de Kiloran. Joan (Wendy Hiller) se mueve siempre a lo largo de la historia con movimientos ágiles, determinados, como si supiera sin dudarlo adónde quiere ir. Y, sin embargo, toda la trama la lleva exactamente por lugares adonde no quiere ir: a los brazos de otro hombre que también parece reacio a seguirla. La película, rodada en la isla escocesa de Mull, uno de los lugares favoritos de Michael Powell, es un canto al azar, a las trampas que nos ponemos a nosotros mismos cuando nos imponemos tareas que en el fondo no deseamos. Creemos saber donde queremos ir y en el camino nos perdemos otros destinos que nos hubieran colmado. En *I Know Where I'm Going*, las fuerzas de la naturaleza se alían para que Joan no cumpla su sueño, pero encuentre una vida más plena y sincera. Me doy cuenta de que ese es,

en el fondo, el denominador común de las películas que me gustan y de las películas que he rodado. El deseo del momento verdadero. El ansia de una vida mejor, a pesar de todo. Y por todo.

Teloneros

Ahí están, en el escenario dándolo todo, ajenos al público indiferente que no ha pagado por verlos a ellos sino a otros, los cabeza de cartel. Confieso que el entusiasmo y la inquebrantable voluntad con que los teloneros salen a tocar como si no percibieran el desinterés del público me produce algo entre la admiración y la vergüenza ajena. Me gustaría poseer ese arrojo, ese "da igual que no nos conozcan, nos van a escuchar quieran o no". No lo tengo. Soy la clase de telonero que intentaría pasar el trago pidiendo perdón por estar en el escenario y hasta intentaría devolverles el dinero a los que han venido. Y la clase de espectador que sobreactúa aplaudiendo a los teloneros, me gusten o no. Afortunadamente para la música y la humanidad, las posibilidades de que me contraten para servir de aperitivo a Metallica o a Harry Styles son nulas.

Recuerdo un concierto en Buenos Aires de Guns N' Roses donde el público empezó a tirar botellas de cerveza a los teloneros, un grupo que luego, años después, se hizo muy popular. Verlos en escena, resistiendo la lluvia de objetos e insultos, desafiantes y energéticos, es algo que nunca olvidaré. Los teloneros de hoy pueden ser las estrellas de mañana. Nunca se está demasiado alto para no caer. Probablemente los Guns N' Roses nunca imaginaron en ese momento que en pocos años la tortilla fuera a dar la vuelta. No olvidaré tampoco todos esos momentos en el teatro cuando una voz anuncia que el actor o la actriz que iba a actuar ha tenido un percance y le sustituye el o la suplente, y la sala se vacía de espectadores decepcionados que reclaman el importe de su entrada, mientras los que nos quedamos asistimos a interpretaciones épicas. Momentos así han cimentado la carrera de numerosas estrellas tanto del teatro como del cine, además de proporcionar a escritores y guionistas interesantes tramas de ficción. Las oportunidades de oro, estar en un determinado lugar en el momento adecuado y ocupar el espacio que deja libre por accidente una figura consagrada, es algo que siempre me ha fascinado. Jimi Hendrix fue telonero de The Monkees y un año más tarde convocaba él solo a diez veces el público de estos. Lady Gaga y Rihanna fueron teloneras de The Pussycat Dolls y hoy nadie (o muy pocos) recuerdan a The Pussycat Dolls, mientras que Lady Gaga y Rihanna son estrellas planetarias.

Eva al desnudo (*All About Eve*, de Joseph Leo Mankiewicz) es probablemente la mejor película que se ha hecho sobre el tema de la actriz suplente, y Bette Davis y Anne Baxter hicieron inmortales los personajes de Eva Harrington (la aspirante) y Margo Channing (la actriz consagrada). Las sibilinas tropelías de Eva para conseguir que Margo Channing llegue tarde a la representación le consiguen el papel soñado, pero su plan, como suele a ocurrir, solo funciona a medias. Si en esa película hay una perdedora es el personaje de Celeste Holm, que cree ayudar a un alma desvalida cuando lo único que hace es traicionar a Margo Channing, una mujer volátil, colérica, pero noble e incapaz de hacer daño. Karen (Celeste Holm) tendrá que vivir toda la vida con el peso de un secreto: traicionó a su mejor amiga (Margo) para ayudar a alguien que no lo merecía (Eva) y en el proceso casi pierde a su marido.

No hay suficientes Margo Channing en el mundo. Nosotras no traicionamos.

El *triángulo de la tristeza*

La película ganadora del Festival de Cannes del año pasado contiene escenas antológicas junto con alguna escatológica que dura demasiado, o quizás no duraba tanto, pero a mí se me hizo eterna. No llevo bien las secuencias en las que el depósito de la taza de un váter revienta y las heces invaden un espacio, haciendo caer a los actores. Una vez escribí y rodé una parecida y fui incapaz de conservarla en el montaje: pensé que el espectador no merece que le castiguemos con imágenes que no querría vivir en la vida real, a menos que quieras decir algo con ellas y no se me ocurría ninguna buena razón para conservarlas en mi película. En el *film* del director danés, hay una escena de una pareja en un restaurante sobre quién paga la cuenta. Yo pondría esa escena en todas las escuelas de guionistas y en todas las facultades de Historia, porque algo tan banal, gracias a la precisión de los diálogos, deviene un retrato de las relaciones de poder en una pareja y del sistema capitalista en particular. Esa escena, más que los discursos del capitán marxista del barco (Woody Harrelson) donde transcurre la primera parte del *film*, es aguda, brillante y precisa: está dicho todo.

El triángulo de tristeza son las arrugas que se forman en el entrecejo y que mucha gente de todas las edades decide tratar con bótox. El problema es que, si planchas el entrecejo, la tristeza te sale por otro sitio, porque la tristeza es un sentimiento que no puede quedarse encapsulado. Te sale en las aletas de la nariz o en las comisuras de los labios. Te sale. Y entonces, los médicos estéticos van a la caza de los signos de la tristeza y los planchan y ya no tienes triángulo, sino una indefinible expresión de asombro perpetuo y de pena en el fondo de los ojos: una callada desesperación. Casi la misma que una (joven y bellísima) actriz de *El triángulo de la tristeza* tiene mientras se hace *selfie* tras *selfie* con cara entre dulce y desdeñosa. Sabemos que la actriz murió antes de que la película se estrenara, a causa de una misteriosa bacteria que adquirió años atrás cuando le extirparon el bazo, tras un accidente de coche en Ciudad del Cabo, de donde era originaria. Su personaje parece estar siempre pendiente de vivir para postear, no en vano ha obtenido el viaje en un barco de lujo a cambio de que lo promocione en sus redes sociales. Al naufragar este, ya no tiene nada que aparentar ni que postear, solo un enorme vacío se abre ante ella, tan grande como el mar que rodea a todos los personajes. Y estallan los conflictos de los náufragos que parecen salidos de una versión freak de *Supervivientes* (que ya es decir…).

Cuando acabo de ver la película siento miedo. Más miedo que ante cualquier película de terror de género. ¿Es esto nuestro destino? ¿Hemos perdido el norte hasta el punto de no saber dónde estamos, quiénes somos, qué hacer? ¿Traicionaríamos nuestros valores por un paquete de ganchitos? ¿Será el triángulo de la tristeza aún más letal que el triángulo de las Bermudas?

Un amor en imágenes

Todos vemos en nuestra cabeza una película al leer un libro y esa película solo nos pertenece a nosotros. A veces, los protagonistas de la novela tienen nuestras caras o las caras de nuestros seres queridos u odiados. A veces, las caras de actores conocidos; otras, rostros de seres desconocidos, que son la suma de miles de rostros con los que nos hemos cruzado en la vida. Si el texto es especialmente bueno, olemos lo que los protagonistas huelen, sentimos la humedad, el frío, el sudor, el contacto de una piel cálida, el asco ante un animal despanzurrado en la carretera, o la

emoción ante la lluvia después de semanas de sequía.

Cuando leí *Un amor*, de Sara Mesa, la última cosa que buscaba era una novela para adaptar al cine. Admiraba la prosa inclemente de la autora que había descubierto en *Cicatriz* y que me había hecho esperar con impaciencia sus libros. Recuerdo leer la novela de una sentada. El impacto primero como un golpe sordo en el esternón. La identificación con Nat, su protagonista: he sido Nat y supongo que, camuflada en algún lugar bajo un ligero barniz de madurez y frágil equilibrio, sigo siendo Nat.

La segunda vez que leí el libro, vi la película. No quiero decir con esto que supiera exactamente cómo iba a ser, pero sí que veía la atmósfera, la ominosa sensación de tranquilidad bajo la que late un mar de suspicacia, desconfianza, ruindad. Veía las manos de Nat hurgando en la tierra mojada, arrastrando el moho detrás de una baldosa rota en la cocina. A veces, basta un detalle para empujarte a contar una película: unas manos, el rostro de un perro que evita tu mirada, manchas de humedad, el ruido de unas botellas vacías en una caja de madera cuando alguien les da una patada. Todas esas cosas y muchas más están en *Un amor*. Encontrarme con sorpresas en el rodaje, gracias a la colaboración inestimable del elenco de actores más brutalmente armónico con el que he trabajado, me ha hecho volver a tener esperanza en el poder de las historias para entender el mundo. Mi ADN está en cada fotograma de esta cinta.

Yo la he hecho por muchas razones, entre ellas la más importante: porque no podía no hacerla.

Un amor

10 razones para una adaptación.

1. Cuando terminé la adaptación de *The Bookshop*, me dije que nunca jamás rodaría otra adaptación literaria. Y, sin embargo, como a menudo sucede en mi vida, me tengo que tragar mis propias palabras. Llegó a mis manos *Un amor* y sentí lo mismo que cuando leí *La librería*. La necesidad imperiosa de llevarla al cine. El impulso que te hace leer una y otra vez una obra y reconstruirla y deconstruirla en tu cabeza. Un pálpito. He aprendido a seguir estos impulsos hasta el final. ¡Con excelentes resultados!

2. Nat, la protagonista, es una mujer joven que llega de una gran ciudad a un pueblo viejo y pequeño. A un pueblo, La Escapa, perteneciente a la España vacía. Está escapando de la hostilidad, la inhumanidad y la despersonalización de las grandes ciudades. Cree que, en este lugar pequeño, en apariencia amable, va a encontrar la paz que tanto anhela. Pero lo que encuentra la pone entre la espada y la pared y la hace enfrentarse al eterno enemigo, del que nunca hay escapatoria: ella misma.

3. Nat es una mujer sola en un mundo de hombres: el rudo dueño de la casa en la que habita, el vecino escurridizo y amable y el catalizador de la narración, el hombre al que llaman "el Alemán". El hombre al que ella empieza despreciando y por el que acaba casi perdiendo la razón. Todas las contradicciones y pulsiones en las que se debate la mujer de hoy están en Nat: ¿Es el sexo solo sexo? ¿Cuándo se convierte en algo más? ¿Cómo navegar todos los matices del consentimiento? ¿Es la seducción un arma inocente? ¿Cuándo esa arma se vuelve contra quien la esgrime?

4. *Un amor* tiene también personajes y situaciones que bordean la comedia: la perfecta familia de

vecinos de la ciudad, con sus barbacoas y su felicidad impostada, nos recuerdan que raramente Instagram y sus fotos tuneadas son un reflejo de lo que pasa tras la fachada de las imágenes demasiado perfectas. La novela capta eso con inteligencia.

5. El sexo. El sexo en toda su pureza. Su inocencia y su animalidad. El sexo, el acto sexual en todos sus niveles, es el otro gran protagonista de *Un amor*. Otro gran motivo para adaptarla.

6. El paisaje de un pueblo en mitad de la nada. La belleza desolada de su única montaña. Las tormentas. El frío. El calor. El viento. El polvo. Los elementos atmosféricos que dotan a la historia de una épica muy particular

7. Todas las mujeres que han leído *Un amor* se han sentido interpeladas por Nat, unidas a este personaje, identificadas con ella. Para los hombres el atractivo del personaje está en su opacidad, en su misterio, en el aparente sinsentido de sus decisiones.

8. *Un amor* es cruda, poética, salvaje, turbadora, luminosa, oscura, cristalina, *sexy*, provocativa, original, intrigante, misteriosa, profundamente contemporánea y universal. Va a ser traducida a dieciocho idiomas en los próximos meses.

9. La adaptación de *Un amor* puede resolver algunas de las dudas que los lectores experimentan durante su lectura. Me propongo adaptarla con fidelidad, pero haciéndola más accesible para el espectador medio, sin perder un ápice de su originalidad y espíritu

10. Pocas veces un texto encuentra tanta unanimidad en los lectores y la crítica. Es un desafío apasionante adaptarla en imágenes.

¡Y no hay nada que me ponga más que un desafío!

El cine y otras causas perdidas

Hay un documental sobre el rodaje de una película de Terry Gilliam, “Lost in la Mancha” que recomiendo siempre a los jóvenes cineastas. En él vemos como todas las cosas que pueden ir mal en un rodaje, van efectivamente mal. Para mí es una auténtica lección de cine y resiliencia: cuando todo se pone en contra tuya en un rodaje, lo mejor que puedes hacer es irte a casa y dejarlo estar porque aunque en ese momento lo parezca, el fin de un rodaje no es el fin del mundo. Y cuando veas que en un lugar donde apenas llueve, de repente cae una tormenta que se lleva por delante, la mitad de tu equipo, igual es que el universo te está intentando decir algo. Terry Gilliam reemprendió, veinte años después, el rodaje de su peculiar y algo naïf versión de Don Quijote. Y es la confirmación que hay cosas que es mejor soñarlas y dejarlo así.

Otro documental fascinante, éste muy reciente que se puede ver en Filmin es “Kim’s video” . Durante dos décadas, los cinéfilos de la ciudad de Nueva York tuvieron acceso a un tesoro de películas raras y esotéricas a través de Kim’s Video. Originalmente dirigida por el enigmático Yongman Kim desde su negocio de tintorería, su franquicia finalmente acumuló 55.000 títulos de alquiler, algunos obtenidos ilícitamente. En 2008, frente a una industria cambiante, el Sr. Kim se vio obligado a cerrar el videoclub y se ofreció a regalar su colección a alguna fundación o universidad siempre que permaneciera intacta y estuviera disponible para los miembros de Kim’s Video y la comunidad cinéfila. En un intento por revitalizar el turismo, el pueblo italiano de

Salemi, Sicilia, se ofrece para albergar el archivo y ahí entra el cineasta David Redmon, quien le da crédito a Kim's Video por su educación cinematográfica. Con los fantasmas del cine del pasado guiándole en su camino, Redmon se embarca en una búsqueda aparentemente quijotesca para rastrear qué pasó con la legendaria colección y lo que descubre me dejó patidifusa: la colección está en un almacén con goteras, en las afueras del pueblo, criando polvo. Nunca se ha prestado ninguna película ni se ha publicitado la colección más que el día de su llegada al pueblo donde fue recibida por un personaje muy turbio, alcalde en ese momento del pueblo, aliado y amigo de Berlusconi y hoy secretario de educación con Meloni, acusado en las últimas semanas ni más ni menos que de robar un valiosísimo cuadro: Vittorio Sgarbi. David Redmon el director, siguiendo la pista del escurridizo Sgarbi, descubre su conexión con un mafioso de dudosa reputación, que en teoría era el encargado de crear una fundación para la colección y se queda con toda la desfachatez del mundo con el dinero destinado a tal fin. Cuando el cineasta presiona a las autoridades del pueblo, todos se lo sacan de encima con buenas palabras , excepto la única persona que le dice la verdad sobre la relación de Sgarbi con el mafioso Gianmarinaro. Y misteriosamente este exalcalde fallece días después. Pero el cineasta no desfallece en su quijotesca misión de rescatar la videocolección de Kim de Salemi y para ello recurre a la más inverosímil de las estrategias: pretextar que va a rodar una película de atracos y así hacer desaparecer del pueblo siciliano, todas las cintas que aún no han sido destruidas.

El entretenido documental de David Redmon y Ashley Sabin, que se puede ver en Filmin, abarca varias formas cinematográficas, desde cine-ensayo y no ficción de investigación, hasta cine experimental, para crear una inconexa pero eficaz oda al amor por el cine y por las causas perdidas. Conceptos que últimamente, por desgracia, se confunden…

Vanessa

Cuando yo tenía nueve años, mis padres, como casi todos los jueves, me llevaron al cine de nuestro barrio. Esos jueves de sesión doble de cine, fueran las películas que fueran, *westerns*, dramas, comedias, Disney, musicales marcaron para siempre mi vida de espectadora y cineasta, cosa que nunca agradeceré lo suficiente. Recuerdo el olor a caramelos de menta de la sala, el rojo de las butacas, ese momento mágico cuando se apagaban las luces: la felicidad. Una de las películas de aquel jueves —no recuerdo la otra— era *Isadora*, de Karel Reisz, con Vanessa Redgrave encarnando a la genial bailarina. No sé si alcancé a entender del todo la película, pero si sé que fue definitiva para elegir mi profesión y el rostro de Vanessa Redgrave se me quedó grabado en la retina como ningún otro rostro de la historia del cine.

Hoy, en esta noche mallorquina, gracias a Filmin y al Festival Atlàntida, estoy sentada al lado de Vanessa Redgrave. Es un extrañísimo sentimiento: entre solemne y familiar. Desde *Blow Up*, *Morgan*, *Julia*, *Camelot* hasta todas las veces que la he visto en el teatro en *Los papeles de Aspern* o hace poco en *El año del pensamiento mágico* en Broadway,

II. Las protagonistas

.

A mi hija

Si pudiera hacer que pasaras un rato en mi cabeza, verías que es posible salir de casi todos los baches. Maltrecha, magullada, herida. No siempre más sabia, a veces inerte, a veces confusa como un topo que sale a la luz después de una temporada en un túnel. Pero sales. Si pudiera hacerte sentir lo que yo he sentido (créeme, en mis películas lo he intentado, quizás inútilmente) a lo mejor esta mala época o este mal rato no te parecería tan indescifrable, tan solitario, tan eterno. Si pudiera prestarte todo lo que he adquirido, o me han prestado también, tendrías armas para enfrentarte a todos tus fantasmas y a los fantasmas que te esperan agazapados en el camino con el disfraz de amigos. Si pudiera ser una esponja gigante, absorbería todas tus lágrimas y penas y enfados, podrías empezar de nuevo, sin rencores, sin resquemor, sin desconfianza. Si pudiera contarte todas las veces que yo he vuelto a empezar…

Pero me temo que no puedo. No te basta mi experiencia ni mis citas de Marco Aurelio ni mi apoyo incondicional ni mi cariño. Necesitas bajar al barro y luchar y ensuciarte y ganar o perder tus batallas, sin que mis ojos alarmados te detengan. No puedo prestarte mi brújula porque la tienes que construir tú y encontrar tu norte y tu suroeste, o lo que diablos quieras encontrar, dejando al margen las coordenadas de mi camino de vida. Sí, lo confieso, eso me cuesta trabajo entenderlo, pero, palabra, estoy en ello. Estaré siempre en ello.

No tengo consejos que darte, pero si puedo decirte algunas cosas. Decirte que en el peor de los momentos, encontrarás algo, una fruslería, un meme, una palabra, el salto fallido de un gato que aterriza en el tiesto del cactus, que te hará reír. Y la risa, muchas veces, será tu único aliado: sentir por unos segundos el absurdo de la existencia y sentirlo riendo. Es verdad que hay personas amargadas, frustradas y dañinas que destilarán sus venenos y te alcanzarán. Será solo un rato, créeme, pronto ese mismo veneno les emponzoñará a ellos. Tarde o temprano ocurre. No hace falta que seas testigo de ello, ojalá para entonces ya estés lejos de sus vidas. No quieras ver ese lamentable espectáculo, aunque ahora darías lo que fuera por estar ahí cuando ocurra. Otra cosa: no menosprecies el esfuerzo o el sacrificio. Tampoco tienes que valorarlos como yo hago. Vengo de una generación y de una clase y de un género donde todo se conseguía a fuerza de sangre, sudor y lágrimas. Puedes ahorrarte la sangre, pero algo de sudor o lágrimas no creo que puedas evitar. Me gustaría equivocarme. No había Bezos ni bitcoins ni Zuckerbergs cuando yo crecía. Visto desde ahora, me parece una ventaja. Igual de nacer ahora, estaría encerrada en mi habitación rumiando incesantemente mis cuitas, en guerra con el mundo exterior, sintiéndome

impotente para cambiarlo. O estaría preparando oposiciones a guardabosques porque lo más digno que se me hubiera ocurrido es velar por la salud de una selva de hayas y robles y castaños. Quién sabe o qué sabe nadie.

Sé que tu batalla está en otro lado, todavía no sabes ni dónde ni cuándo. Veo tu búsqueda incesante. Ojalá sigas buscando. Y yo que lo vea. Te quiero.

Ada Blackjack, la tímida valiente

Hay nombres que se te quedan en la trastienda de la memoria y, de cuando en cuando, resurgen con fuerza y vuelven a ti, sin que sepas muy bien cómo ni por qué. Es el caso de esta mujer de nombre rotundo, cuya vida y andanzas descubrí cuando buscaba datos para una película que dirigí hace años, *Nadie quiere la noche*. Su nombre, Ada Blackjack, una inuit a la que la prensa de la época llamó "La Robinson Crusoe mujer", que fue encontrada en 1923 en el islote Wrangel, al norte de Siberia, desnutrida y al límite de sus fuerzas, por la tripulación del buque Donaldson.

Ada Blackjack nació en 1898 en Solomon, Alaska. Los misioneros ingleses la enseñaron a leer y escribir y el oficio de sastra. Se casó y tuvo tres hijos, los dos primeros murieron y el tercero estaba enfermo de tuberculosis. Su marido la abandonó y para poder sufragar el tratamiento de su hijo, se presentó voluntaria a un experimento del explorador Vilhjalmur Stefansson, que quería reclamar el islote Wrangel para Canadá y, a la vez, probar su habitabilidad. Otro de sus objetivos era crear (¡en los años 20 ya!) una compañía que organizará tours turísticos para viajeros con posibles y ansias de aventuras exclusivas. La expedición al islote iba a ser por un año y la protagonizaban tres americanos y un canadiense con credenciales científicas y amplia experiencia, y Ada Blackjack, que iba en calidad de cocinera y sastra. El 16 de septiembre de 1921, los cinco miembros de la expedición fueron depositados en el islote, con víveres para seis meses porque se creía que el lugar poseía abundante caza. Al principio todo fue a las mil maravillas: capturaron varios osos polares, focas y ocas. Pero al llegar el otoño, los animales fueron desapareciendo y uno de los miembros de la expedición contrajo escorbuto. Los tres hombres sanos decidieron abandonar el islote a través del hielo para pedir ayuda, dejando a Ada sola con el enfermo. Nunca regresaron. El enfermo falleció y Ada tuvo que componérselas para sobrevivir a dos inviernos, sin dejar que el fuego se apagara, leyendo cada día la Biblia para mantener la cordura y cazando pequeños animales. Cuando fue encontrada, había sobrevivido veintitrés meses sola y estaba al borde de la inanición. Su historia apareció en la prensa de todo el mundo, aunque ella solo hizo declaraciones para defenderse cuando fue acusada de asesinar a sus compañeros y rechazó los honores que le ofrecieron, arguyendo que hizo lo que cualquier madre en su lugar habría hecho. Se escribieron obras de teatro, novelas y hasta películas sobre su historia. Con el dinero de la expedición (nunca quiso un centavo por contar su historia) llevo a su hijo a un hospital en Seattle donde fue curado. Regresó a Alaska a vivir hasta los ochenta y cinco años.

Ahora soy Medea

Sucedió hace muchos años, una clase de latín. Sí, era el tiempo en que estudiabas griego y latín y hasta francés. Ese tiempo. El profesor se llamaba Solano y era un hombre de una intensidad

bestial. Todavía resuena en mi cabeza su voz, siempre al borde del quebranto y hasta del alarido, pronunciando con acento tenebroso las inmortales palabras de Medea tras matar a sus hijos: "¡*Medea nunc sum*!". "Ahora soy Medea". Recuerdo su mirada enfebrecida, los ojos saltones, la mano levantada, mirándonos inquisitivo, fiero, como si fuéramos sus hijos agonizantes. Sus explicaciones nos dejaban boquiabiertos: "Medea no mata a sus hijos para vengarse, no hay ni un asomo de venganza en ese acto, los mata para *ser*, porque solo una mujer sola, despojada de todo rastro de feminidad, de maternidad, una mujer que ha vuelto a ser *yerma* puede enfrentarse a la traición suprema del hombre que ama". Y así seguía hablando como en trance, alzando las manos, mirando al cielo, como si fuera Irene Papas en una película en blanco y negro de Cacoyannis. Nosotros le temíamos. Para mí ir a su clase era siempre una sacudida. Me daba miedo y a la vez me daba cuenta de que sus explicaciones, o a veces la ausencia de ellas, eran un desafío a las teorías de interpretación de los clásicos, que él se saltaba el temario y nos ponía delante de situaciones incómodas para que intentáramos pensar por nuestra cuenta: esa era su manera de hacernos vivir las obras de los clásicos, de que entendiéramos su intemporalidad. Una de sus clases consistió en hacernos imaginar cómo sería nuestro estado de ánimo en el momento justo antes de arrancarnos los ojos como Edipo. El grado de desesperación que sentiríamos. Esos instantes antes del acto de automutilación supremo. Había alumnos que se reían de él. Que ya en ese momento cuestionaban en voz alta la utilidad de sus clases. Uno de ellos, un día, le dijo que no veía el menor interés en estudiar una lengua muerta. Solano se lo quedó mirando unos segundos que fueron eternos para todos, luego abrió la puerta de la clase, le indicó que se fuera y empezó con una voz atronadora a decirle que el que estaba muerto era él y que él —el profesor Solano— no quería muertos en su clase, porque de quererlos, daría clase en un cementerio. Luego nos miró a todos. "¿Hay algún muerto más en esta clase?". No se movió nadie. Dio un portazo y se pasó el resto de la clase hablando en latín sobre la muerte, la vida y los muertos en vida. Era un hombre intenso, contradictorio, apasionado, enfadado con un mundo en el que ya intuía que no iba a tener un lugar. A veces le recuerdo. En el tono de ciertas voces que oigo por casualidad en un bar o un restaurante o en la radio. Cuando veo determinados gestos en actores en películas o en el teatro. Creo reconocerle en el metro, dándome cuenta de que ahora tendrá ochenta años y su pelo no será negro azabache como el que tenía en el instituto, siempre pulcramente peinado a un lado con brillantina, vestido con un *pullover* gris y un pantalón de pana verde. Y en todos estos años, nunca he olvidado esa manera de levantar la mano, sus ojos cerrados y el lamento solemne en su voz declamando: "¡*Medea nunc sum*!".

Callar

Opiniones y culos: más o menos acertadas, más o menos grandes, todo el mundo tiene. Y vivimos en un momento en el que resulta imposible ignorar las opiniones de los demás porque pululan y llenan el aire y a veces hay tantas opiniones flotando por ahí que uno ya no sabe qué opina de las cosas de las que todo el mundo tiene una opinión. Reconozco que cada vez me resulta más difícil saber qué pienso realmente de algo cuando alguien me pregunta. Cuando poseo mucha información de un tema, toneladas de referencias, libros leídos, etc., me resulta imposible opinar de una manera simple, decir que estoy a favor o en contra, sin sentir que traiciono lo que realmente pienso, porque la cosa es que, cuanto más sé de algo, menos inclinada me siento a opinar sobre ello. Cuando apenas sé de algo, me da corte opinar y hago cualquier cosa para evitar

decir lo que pienso que al fin y a la postre, será solo una impresión momentánea que igual cambia en el momento en el que sepa un poco más.

Ahora, cada cinco minutos, hay alguien bienintencionado que te llama o te envía un *e-mail* para que opines sobre la maternidad, las madres de alquiler, la prohibición de las terrazas, la victoria milagrosa del Barça contra el Paris St. Germain, la investigación sobre células madre, los concursos de belleza para niñas, el velo musulmán o las ventajas del té verde sobre el café. La prensa, la radio, la televisión están llenas de gente opinando y gente que opina sobre los que opinan: una ruidosa marea de opinionitis que no es el mejor caldo de cultivo para que uno pueda formar su propio criterio.

Cuando la opinión que se me pide es sobre cuestiones que tienen que ver con el mundo de la mujer, reconozco que pierdo los papeles porque ya no puedo más. Me he pasado treinta años de mi vida contestando a las mismas preguntas y me ha quedado una afonía perpetua y un encefalograma plano. Me siento como la octogenaria que, en la marcha de las mujeres de Washington, llevaba una pancarta que decía: "No puedo creer que todavía tenga que estar protestando contra esta mierda". Mis interlocutores evidentemente no tienen la culpa, pero existe un límite humano a las veces que una mujer puede contestar a la pregunta "¿y qué dificultades ha encontrado usted en la vida por el hecho de ser mujer?". Reconozco que soy de esa clase de personas que detesta la repetición: si por mí fuera nunca repetiría el mismo camino de vuelta a casa, el mismo restaurante, la misma canción, así que mi reacción alérgica a la pregunta de marras, también se explicaría por ahí. Soy como esos cantantes que se ponen de mala leche cuando los fans les piden la canción con la que se hicieron famosos y que para ellos ya no tiene sentido y no pueden soportar.

Sueño a menudo con un silencio lo suficientemente elocuente como para acallar todas las preguntas y todas las respuestas. Sueño con la dignidad del que se calla.

¿Cómo son de verdad las personas?

Ellas dicen que ella, una gorda, les afeaba que ganaran peso. Ella, una defensora de no juzgar los cuerpos de los demás, dice que jamás lo hizo. Una persona que dejó de trabajar con ella dice que fue desagradable, descortés y maleducada. Otra que sigue trabajando con ella dice que es un cielo. Cada una habla de la misma persona y todas hablan de ellas mismas. Supongo que el caso de la talentosa cantante y flautista Lizzo y las bailarinas que la han denunciado por diversos y, hasta cierto punto, confusos motivos, traerá mucha cola hasta el día en que llegue a juicio si es que llega y las partes no alcanzan antes un acuerdo económico. Las tres bailarinas ya han aparecido en varios *talk shows* en Estados Unidos hablando del trauma que sufrieron y del ambiente hostil que se respiraba en la *troupe*. Lizzo respondió en Instagram a las acusaciones, negándolas, lo que motivó que las bailarinas volvieran a aparecer en televisión mostrando su enojo por la falta de empatía con la cantante. Y así.

Estos y otros casos recientes me hacen pensar en todas las cosas que me han pasado en mi carrera. Todas las humillaciones, broncas, chistes a mi costa, malas palabras, acusaciones fundadas en nada que he aguantado con los dientes apretados. Me pregunto, si todo esto me hubiera pasado ahora, ¿hubiera aguantado sin rechistar como hice entonces?

También me he preguntado si en situaciones donde yo ya tenía el control y un cierto poder, ¿no he traspasado ciertos límites, con una excesiva familiaridad con la gente con la que he trabajado? ¿Dónde están los límites? ¿Podrán dos personas dar versiones tan opuestas de mí: que es maravilloso trabajar conmigo y un espanto, al mismo tiempo?

Viendo el documental de Anna Nicole Smith me ocurre algo parecido: hay tantas versiones de ella que no se con cuál quedarme. ¿Era Anna Nicole una rubia dulce e inocente? ¿Una mujer calculadora, falsa y fría? ¿Una mujer inteligente que fingía ser tonta? ¿Nada de todo eso?

¿Qué sabemos en realidad de las personas? ¿El maltratador sistemático de mujeres puede ser el vecino modelo que se ocupa de los ficus del rellano y recicla con rigor cartesiano los *packs* de leche de avena? ¿Por qué cuando se produce un crimen pavoroso siempre hay alguien que dice que ya lo veía venir mientras otros hablan solo de "un hombre educadísimo, completamente dedicado a su familia que amaba a su mujer y a sus hijos?".

Todos tenemos mil caras y, según el entorno o los estímulos, sacamos la que podemos o la que nos sale. Y no hay gente más falsa que aquella que proclama lo auténtica que es.

Y en cuanto a Lizzo, mucha gente que se la tenía jurada (convengamos que tanta insistencia en la *body positivity* puede llegar a estragar hasta a las más convencidas) se frota las manos ante la posibilidad de cancelar a la cantante y legiones de expertos en relaciones públicas ya trabajan redactando los manifiestos con que Lizzo pedirá veladamente perdón y continuará con su exitosa carrera, quizás yéndose al otro extremo, siendo extremadamente tolerante y amable con su equipo y cagándose en sus muertos por dentro.

Consentimiento

Este texto nace de un cansancio inimaginable. El cansancio de alguien que ha escuchado demasiadas veces, durante demasiado tiempo, las siguientes cosas: "Con quince años esa ya sabía lo que hacía" (¿el tipo de treinta, cuarenta o sesenta también lo sabía?), "Es que el paradigma ha cambiado" (lo que era un abuso hace veinte años es un abuso ahora, lo que ha cambiado es la noción de impunidad), "Si bebes y vas a casa del tipo, no te quejes luego de lo te que pase" (si un violador está borracho es un eximente; si la víctima ha bebido, se considera que se lo estaba buscando), "Enseño a mi hija a ser una guerrera" (¿y a tu hijo cuándo le enseñarás a ser menos guerrero, a asumir que la vulnerabilidad, el contacto con las emociones también es un valor?), "Es un padre estupendo, colabora en todo, cambia los pañales" (¿y qué quiere?, ¿una medalla?, ¿una placa conmemorativa en la calle donde nació?). Sí, los lugares comunes aburren de comunes que son, lo sé. Esos lugares comunes que son el tipo llamándote frígida en un pasillo de hotel porque te vas a tu habitación ("¿No ves cómo me pones?"). Son las personas que sistemáticamente sospechan de las víctimas y a las que se les llena la boca hablando de las falsas denuncias. Son los *hashtags* que simplifican la complejidad de la naturaleza humana. Son los que llamarán "zorra" a la protagonista de *Promising Young Woman*. Los que se mofan de la *app* danesa Iconsent, pero no porque sea inútil, sino porque no ven la necesidad de que exista la negociación del consentimiento. Los que no ven agresión en que un hombre se quite el condón antes de terminar. Los que minimizan sistemáticamente las consecuencias de la coacción emocional. Los que nunca creerán que los hombres que admiran puedan ser otra cosa que lo que quieren creer que son. Somos todos los que en un momento de nuestra vida también hemos dicho eso de: "¿A estas

alturas, para qué se mete en líos denunciando, qué gana con eso?". En mi inocencia estaba absolutamente convencida de que en este siglo todas estas cosas formarían parte de un pasado lejano. Creía firmemente que llevaría a mis nietos a un museo de historia donde las violaciones, la coacción emocional, la obligación de llevar determinados atuendos por obligación, la disparidad salarial o la aberrante, desde cualquier punto de vista, ausencia de mujeres en los puestos claves de las decisiones se verían representadas con vetustos diaporamas o rancias proyecciones, que ellos contemplarían con incredulidad, mientras yo intentaba explicarles que sí, que aunque cueste creerlo, las cosas eran así. Me imaginaba a mí misma explicándoles que hubo un tiempo remoto en que en las películas y las series el asalto sexual era trivializado hasta extremos grotescos (¿Hola *Juego de Tronos*?) y que muy raramente se mostraban las consecuencias reales del trauma de la violencia sexual, consecuencias que no tienen fecha de caducidad. Por desgracia vivimos en una especie de museo, lleno de anacronismos vivientes: se llama realidad.

Hace unos meses, leí una noticia que me afectó de una manera especial. Los periodistas Albert Llimós y Núria Juanico publicaron en el diario *Ara* un reportaje sobre una escuela de teatro de Lleida en la que durante veinte años varias generaciones de alumnas sufrieron los abusos de un profesor que reúne todas las características de un manipulador de manual y que actuaba con total impunidad. Quise hablar con ellas y encontré a nueve mujeres que, si yo fuera el encargado de elaborar el proyecto de ley sobre el consentimiento, como el que se aprobará (o no) el 3 de marzo, las estaría escuchando ahora mismo. Su peripecia, desde la adolescencia hasta hoy, es un camino que ha sido recorrido antes por millones de mujeres de todo el mundo, la diferencia es la brutal toma de conciencia que han hecho juntas, la manera serena que tienen de afrontar un pasado que les ha dejado cicatrices que siempre estarán ahí, pero que no va a impedirles ser y hacer lo que quieran. El relato de estas nueve exalumnas contiene todos los elementos que hacen del consentimiento el tema clave en las relaciones humanas. Las reacciones a sus testimonios, tanto desde el ámbito jurídico, sociológico, familiar, son un aviso para navegantes: solo el convencimiento que tienen de que lo que les pasó podría haberse evitado las mueve a trabajar para evitar que vuelva a ocurrir.

Es imposible tratar el consentimiento sin intentar entender la gelatina mental que tenemos en la cabeza, fruto de una educación que parece estar diseñada expresamente para dañar la construcción del punto de vista y del libre albedrío. Y en el caso de la adolescencia, hay siempre que tener en cuenta el hambre lógica del adolescente por que alguien le valore, le vea. Esa hambre que es explotada vilmente por adultos que tienen el poder de ver y escoger y dañar, a veces irremediablemente.

Trabajando con estas mujeres, me doy cuenta cada día de cuánto tenemos todavía que escuchar, cuánto por aprender. La única opción viable que se me ocurre es que estemos dispuestos a levantar la alfombra y barrer. Haya lo que haya debajo de la alfombra. Aunque bien mirado lo mejor será tirar la alfombra a la basura y empezar de una vez a pisar el suelo.

Corre, Tristán

Admiro a las mujeres que llevan tacones altos en los aeropuertos y caminan erguidas, con un aplomo que me es tan ajeno como las fiestas populares de la antigua Macedonia. Llevo sentada en un banco cerca de una puerta de embarque, esperando un avión que no se sabe si saldrá hoy,

mañana o nunca unas cuantas horas. La voz de megafonía afirma con rotundidad que estamos en el aeropuerto Josep Tarradellas. Como si no lo supiéramos. Fantaseo con esa voz de megafonía: la voz dice "bienvenidos a Marte". "Bienvenidos a la antesala de la quinta dimensión". "Bienvenidos al resto de sus vidas". "Bienvenidos a este lugar absurdo donde comprarán colonia tres euros más barata que en las tiendas de fuera y bocadillos cinco euros más caros que en ningún sitio". Pasan familias con muchos niños. Las familias tienen invariablemente un aire cansado y desorientado. Azafatas y pilotos. Los uniformes de todos, cada vez más ajados, más desgastados. Hombres en pantalón corto, algunos demasiado corto, como si fueran a correr una maratón. En un aeropuerto hay que resignarse a no saber. En mi caso, hace tiempo que me he resignado a no saber fuera del aeropuerto también. Cuando estaba facturando, una pareja de austríacos de unos setenta años, recién salidos de una película de Ulrich Seidl, delante de mí, le estaba gritando a la empleada de la compañía aérea. Hablaban de derechos, de injusticia, de denuncias con una indignación y una soberbia patéticas. La empleada intentaba mantener la calma. Ellos seguían erre que erre. Le pedían el nombre a la empleada como si ella tuviera la culpa de los noventa euros extra que tenían que pagar. Como si ella se los fuera a quedar para correrse una juerga con las otras empleadas. La empleada finalmente tuvo que llamar a seguridad y los austríacos se fueron en ese momento, gritando todavía mientras se alejaban. Intento mostrar mi solidaridad con la empleada, pero está demasiado afectada por lo que le acaba de pasar. Dice que es cada vez más frecuente. Que le insultan, le gritan. Que la semana pasada le escupieron. Que ella nunca creyó que su trabajo iba a consistir en apretar los dientes. Que a los empleados hombres no les pasa. O no les pasa tanto. Que cuando gente como los austríacos se encuentra con un empleado, no se atreven a montarle el número. Llegan dos agentes de seguridad y me miran como si me fueran a arrestar. No, les dice la empleada, no es esta chica, era una pareja que se acaba de ir. Le doy las gracias calurosamente por llamarme chica. Cuando he pasado por el control de equipaje de mano, he visto un bichito negro en las bandejas de plástico donde pones el ordenador y las llaves de casa. En esas bandejas blancas se esconden todas las ironías de nuestro mundo. Mejor dicho, todos los sarcasmos. Y más bacterias de las que podemos nombrar.

Ahora dicen que en cuarenta y cinco minutos nos dirán algo, que el vuelo que regresaba de no sé dónde ha sufrido retrasos debido a una fuerte y repentina tormenta eléctrica.

Una niña pasa corriendo delante de mí seguida de un cachorrito desbocado que solo la ve a ella, mientras esquiva las maletas con ruedas.

"Corre, Tristán, corre" —dice.

Sí, Tristán, corre, aléjate de aquí con tu ama, vete lejos de este lugar lleno de desesperación, corre.

Cupido es un cabrón

Cupido es un serafín maléfico que tira dos tipos de flechas: unas para que la gente se enamore y otras para que nadie se enamore de ti. A veces, para hacer sufrir tira una flecha de cada clase a la misma persona y esta sufre lo indecible. Un auténtico cabrón el tal Cupido, lo que no impide que la industria del regalo cuqui le siga celebrando año tras año con corazones, globos y figuritas donde le muestran engañosamente como a un bebé rosado y desnudo que tira sus flechas al azar, como cantaba la inefable Karina.

El enamoramiento es un estado singular, es como poseer un objetivo telescópico en los ojos que difumina todo lo que no sea la persona amada. Es un estado apasionante y apasionado, que hace que todo tenga colores más vivos, sabores más fuertes, una luz cegadora. Y lo más bello es que es un estado pasajero. Ni las parejas mejor avenidas podrían soportar mucho tiempo permanecer en ese estado flotante donde resulta casi físicamente doloroso estar lejos del objeto de nuestro amor. En una reciente conversación, alguien me confesaba que en el momento en que ese estado vibrante dejaba paso al cariño más reposado, él prefería abandonar y alejarse de la vida del otro para siempre. Yo le discutía que justamente abandonar en ese momento para mí suponía una desvalorización de la etapa del enamoramiento, que la aventura vital que supone amar debe vivirse con sus altibajos, sus momentos malos, sus rincones oscuros. Que abandonar en la cúspide "porque nada de lo que siga podrá igualar ese momento inicial, esa pasión", es perderse un sinfín de cosas, algunas desagradables, cierto, pero todas apasionantes, que forman parte de esa aventura que es vivir. No sé si convencí al hombre enamorado de la idea del amor y de las mariposas en el estómago, pero lo cierto es que muchas personas —y yo he sido una de ellas— viven todavía confundiendo el subidón de oxitocina con el amor, el calentón con el enamoramiento. Y, al menos en mi caso, el momento en que supe distinguir entre esos estados y aprendí a ser honesta conmigo misma fue cuando pude tener relaciones más plenas con otros seres humanos. Cuando digo ser honesta, no hablo del tan traído y llevado "quererse a uno mismo". Mucha literatura actual de autoayuda hace hincapié en la necesidad de amarnos a nosotros mismos antes de amar a otros. Yo no estoy tan segura. ¿Me quiero yo? No sé: sí sé de qué pie cojeo, sé cuándo inevitablemente voy a meter la pata, cuándo está a punto de salirme el dragón furioso que llevo dentro, cuándo necesito controlarme, cuándo es mejor quedarme sola para lamerme las heridas. Yo no me quiero, me conozco bastante y tan solo me tengo un cierto cariño. Y si veo a Cupido, que se prepare, porque le meteré las flechas por salva sea la parte.

Déjennos ser malas

Hace unos pocos días vino un periodista italiano a hacerme una entrevista para hablar de mi carrera, bla, bla, bla. Creo que, si digo una cosa más sobre mi carrera, se me caerá la mandíbula al suelo con el bostezo más grande del mundo, que no es que no aprecie mis películas, que las aprecio, lo que me aburre sobremanera es darle vueltas a asuntos que he dicho y repetido unas doscientas mil veces intentando que mi voz no sonara a la de un Yoda soñoliento. En fin, que el italiano en un momento dado me pregunta, sin venir a cuento, qué pienso del juicio Depp/Heard y de qué *team* soy yo. Me sale del alma: le digo que el juicio del siglo me la refanfinfla y le busco en el diccionario la traducción de "refanfinfla" a su lengua (*me ne frega*). Respecto a lo de los *teams*, le digo que lo mismo. Que la vida es demasiado corta y compleja para gastarla viendo las retransmisiones de un juicio, del que nunca entenderé por qué se retransmite en directo, en primer lugar. Insiste y le digo que tengo prisa, me dice que si la razón de que no quiera pronunciarme es porque… Le corto en seco, porque ya veo por donde va, "mira Giacomo tú me preguntas por mis películas y te digo lo que necesites saber, de lo demás, todo lo que yo diga no tiene más valor que el que pueda tener el ujier que dejaba pasar a la gente a la sala del juicio de marras". Giacomo se queda parado e intenta empezar de nuevo, pero para entonces, el espíritu de Jack Nicholson en *A Few Good Men* se ha apoderado de mí y empiezo mi particular versión de la

escena legendaria de "The truth? You can't handle the truth!" (¿La verdad? ¡Usted no puede aguantar la verdad!). "Lo que sí te puedo decir es que no puedo estar más harta de esa dicotomía ponzoñosa de putas y santas, de ángeles y demonias, de Madres Teresa de Calcuta y Cruellas de Ville, de diosas y cucarachas. Que las mujeres estamos agotadas de tener que ser siempre las víctimas perfectas, que en este mundo en el que las hipérboles empiezan ya a quedarse cortas, parece que haya que sobreactuar varios pueblos para que alguien te crea, que sí, las mujeres mentimos y asesinamos y abandonamos a nuestros hijos y robamos y somos infieles, sí, todo eso es cierto, pero, te lo digo sin ningún género de dudas y sin que la voz me tiemble que el precio que pagamos por todos esos defectos y crímenes es invariablemente el triple, si no más que el que pagan los hombres. Que a igual delito (aquí ya escucho el clamor de los tambores *haters*, bienvenidos) las que pagan el pato son las mujeres. Y, caro Giacomo, no me preguntes que por qué lo sé, porque lo sé, porque llevo un montón de años en este planeta, con los ojos y los oídos y la sesera alerta. Y no solo lo he visto y sentido: lo he sufrido en mis propias carnes, desde mucho antes que tú nacieras, caro. Y aquí estoy, sin ser ni víctima ni santa ni diosa ni genia ni la hez ni nada por el estilo. Pero, por favor, déjame, déjanos ser malas, porque del contrario, nos podemos volver realmente malas, y, ay Giacomo, ese día todo será llanto y crujir de dientes, porque llegaréis a casa y no habrá nada en la nevera y las camas estarán sin hacer. *Ciao*, y si quieres que hable ahora de mis películas, voy a necesitar un aperol spritz. O tres".

Días sin Nuria

Cuando alguien nos veía juntas, siempre creía que éramos hermanas. Algo sí nos parecíamos, aunque la gente tiende a crear parecidos imaginarios entre las mujeres que llevan gafas. Me llamaba *sis*. Y yo a ella, *sister Nuria*. Nos conocimos una tarde de lluvia en un vestíbulo de un hotel de Valladolid, donde ella trabajaba para el festival de cine como traductora, oficio que desempeñó hasta poco antes de su muerte. La vi en diversas ocasiones en acción y me alucinaba la perfección y la delicadeza con que traducía. De hecho, delicadeza es la primera palabra que se me ocurre al pensar en ella. Delicadeza de pensamiento, de corazón, de habla. Nuria era la delicadeza personificada. Muchas veces hacía que me avergonzara de mi talante seco, cortante, arisco. Escucharla era siempre un placer. Tengo su voz grabada en mi cabeza, su cadencia parsimoniosa, cantarina, bella. Hasta en el hospital, con la cicatriz atravesándole el cráneo, había belleza en su mirada esperanzada, había dulzura en sus palabras. Era alguien capaz de ser increíblemente fuerte en su vulnerabilidad. Repaso sus últimos correos. Repaso nuestras conversaciones. Amar, ser amada, ser entendida. Me doy cuenta de que esos eran nuestros temas, que siempre giraban en torno a un anhelo que a ella no le costaba nada formular: "Enamorarse es bajar las murallas, abrir la membrana, dejar entrar al otro, sea quien sea ese otro, con todo lo que tiene de intruso, de ajeno". Transcribo esta frase en un lugar que ella amaba, rodeada de lavanda y de higueras que se preparan para dar frutos este verano. Me gustaría que la mermelada de higos que preparó un verano todavía llenara de olor la cocina. Me gustaría volver a verla una vez más, bordando un cojín, mientras hablaba de Proust y yo, que nunca he sido capaz de coser correctamente un botón, me quedaba boquiabierta por su destreza. Me gustaría volver a verla en Sète comiendo ostras y bebiendo vino blanco. Me gustaría volver a verla en la arena de Sant Feliu. Me gustaría atravesar el Pont Neuf en Paris y verla asomada al Sena en la otra orilla. Me gustaría encontrarla de nuevo mientras compra gambas en La Boquería y escoge las mejores y hace un *suquet* para chuparse los

dedos. Verla con su sobrino, al que adoraba. Volver a vivir nuestro último paseo por el Prado a medianoche. Nuestras últimas risas en el Rastro. Hasta me gustaría tomarme un café y que me hablara de todas esas cosas que le rompían el corazón: la incomprensión, la dureza de la supervivencia, los desplantes de gente que no le llegaba a la suela del zapato, todas esas partes duras e inevitables de la vida que ella sobrellevaba con una elegancia que siempre me sorprendía.

Un día caminamos atravesando Barcelona y nos paramos en todos los lugares que habían significado algo en nuestras vidas, algunos ya desaparecidos. Bancos, parques, bares, esquinas. Desde ese día, su presencia llena también esos lugares, que ya le pertenecen en mi imaginación para siempre.

Nuria sabía consolar como nadie, nadie me consolará de su pérdida.

El espacio que no ocupas

En la película *Compartimento n.º 6*, una mujer finlandesa monta en un tren en Moscú hacia el norte y se ve obligada a compartir vagón con un minero hosco y violento. Nada más entrar en el vagón, la mesa que está entre su asiento y el de él está invadida por las botellas, pieles de naranja, colillas y salchichas que el minero devora, mientras no deja de mirarla con un descaro provocador. No hay ni un resquicio para las cosas de ella, nada. La película avanza como el tren que los lleva a San Petersburgo y más allá. Hay tormentas de nieve, pasajeros que suben y bajan, encuentros improbables. Es una cinta interesante, a veces hasta poética, con interpretaciones excepcionales, que no plantea dilemas fáciles… Y sin embargo yo no pude apreciarla porque me pasé toda la proyección obsesionada con el detalle de la mesa invadida por la basura de él. Hay en la película la cuestión de cómo dos seres completamente opuestos pueden llegar a converger de alguna manera. Pero yo, por más que lo intentaba, no conseguía deshacerme de esa imagen, como si en ella se concentraran todas las cosas que me molestan profundamente en el mundo. Todas las veces que alguien —un hombre en el 95 por ciento de los casos, esto es así— ha ocupado todo el espacio que en teoría deberíamos haber compartido en el tren, en los aviones, en habitaciones de hotel, en restaurantes, en las salas de espera… Todas las veces que no he dicho nada ante esas invasiones. Todas las veces que he pretendido que no pasaba nada. Que estaba todo bien. Me ponía en el lugar de la finlandesa y me daban ganas de gritarle "¡huye, no seas boba!". Porque si un hombre no te deja espacio ni para apoyar un libro, no te hará un lugar en su corazón. Por desgracia, los personajes de la pantalla no escuchan nuestras advertencias.

Otra imagen: mi hija de pequeña, todas las veces que íbamos a un restaurante, empezaba a desplegar sobre la mesa un arsenal de cuadernos, pegatinas, rotuladores, reglas, lápices de colores, gafas de juguete, muñecos de peluche. A mí me ponía nerviosa lo que hacía, sufría cuando los camareros protestaban porque no había espacio para los platos en la mesa. Ahora, cuando lo recuerdo, la entiendo. Entiendo su afán de recrear un ambiente conocido dentro de un ambiente hostil. Su manera de decir esta soy yo y este es mi espacio, aquí y en todas partes. Su manera de reclamar un terreno que a su madre le costó dios y ayuda reclamar y aún le cuesta.

Jack Nicholson en *Wolf*, de Mike Nichols, una vez le ha mordido un lobo, empieza a mear en el suelo de un aseo público para marcar su territorio como hacen algunos animales. Yo nunca he querido marcar el territorio, pero esa imagen desquiciada de Jack Nicholson meándole los pantalones a James Spader se me quedó grabada. Todos los espacios que no he ocupado por

vergüenza, miedo, delicadeza, qué sé yo, tienen un lugar privilegiado en mi abultada carga mental. Igual tendré que esperar a que me muerda un lobo para reconquistarlos. O a volver a tener seis años.

El miedo inútil

A veces me preguntan si no tengo miedo antes de un rodaje y siempre respondo que no solo tengo miedo antes de un rodaje, sino que tengo miedo antes de ir al dentista, antes de ciertas reuniones, antes de ciertas llamadas, a veces tengo hasta miedo en determinados actos sociales. ¿Qué hago pues para combatirlo? Hago como si no lo tuviera. Me tiendo trampas a mí misma. Compongo una narración en mi cabeza en la que me proyecto no teniendo miedo y aunque el miedo subsista, el truco funciona porque soy capaz de actuar como si no lo tuviera. Al menos, un rato.

Miedo es la falta de confianza: en uno mismo, en los demás, en el destino, en el universo. Miedo es estar convencido de que el avión va a caer con la primera turbulencia. Que el camión cargado de gas metano va a volcar delante de nosotros cuando el asfalto está ardiendo. Que cuando nos llaman al despacho del director es para darnos la patada y no para felicitarnos. Que la ambigua cara del doctor no es por problemas en el turno de noche sino porque la biopsia trae malas noticias. Que el "tenemos que hablar" de tu pareja precede a una ruptura sin vuelta atrás. Todas esas cosas son posibles: el avión que cae, el camión que vuelca, la biopsia positiva, el despido, la ruptura. Y, sin embargo, es completamente desproporcionado el número de horas que le dedicamos a sufrir ese miedo anticipatorio con lo que realmente nos sucede en la vida. Mirando atrás me doy cuenta de la cantidad de tiempo que le he dedicado a tener miedo injustificado. Si pudiera volver atrás, borraría toda esa angustia inútil (además de todas las horas que he dedicado a otras actividades idiotas como comprar por internet, de lo que afortunadamente ya me he quitado).

Es curioso y trágico cómo los recuerdos del miedo se quedan grabados de forma indeleble. Cuando mi hija tenía tres años, caminaba con ella y una amiguita suya de la misma edad por una transitada calle de mi ciudad, ellas jugaban a soltarse de mi mano y a volver cuando yo las llamaba. A pocos metros de una calle por la que no dejaban de pasar autobuses, se soltaron y vi con una precisión terrorífica que, si no gritaba muy muy alto, el autobús las atropellaría (vi el dolor de la otra madre cuando le contara lo que había pasado, los cuerpos inertes de las niñas, esa devastación para la que no hay palabras, lo vi todo). De mi boca salió tal alarido que no solo las niñas se quedaron paradas mientras ante ellas el autobús pasaba a toda velocidad moviéndoles el pelo, toda la calle se paró mirándome como si estuviera loca. Lo siguiente que recuerdo es abrazarlas, llorando a lágrima viva las tres. Las niñas porque se habían asustado, yo porque todas las imágenes de mi cabeza no se habían hecho realidad, aunque hasta hoy recuerdo con precisión los detalles de esas imágenes como si hubieran ocurrido.

El miedo es un sentimiento extraño porque, aunque es poderoso y constante, se le puede engañar y hasta domesticar, como uno de esos gatos salvajes que pueden comportarse dócilmente durante años y un día, de repente, la presencia de un chihuahua o la aparición de una pecera con peces rojos hace salir la bestia que llevan dentro. Y ese es el día que hay que temer de verdad, el

día que los trucos ya no funcionen. Ese día tendré que recurrir a otro truco. Se admiten sugerencias.

El museo de las relaciones rotas

Un vestido de boda de seda blanca embutido en una jarra de cristal con tapa metálica. Un tubo de pasta de dientes arrugado y vacío. Cartas de amor apenas legibles, semiquemadas. Un sujetador gastado de tanto ir a la lavadora. Cerillas. Espejos. Pelusa de jersey. Un teléfono Nokia que hace veinte años que no se fabrica. No hay nada por pequeño, humilde y banal que sea que no tenga cabida en este museo de Zagreb que recoge mementos de personas de todo el mundo que han pasado por una ruptura. Pasear por él es repasar la propia historia. Las pequeñas decepciones y desalientos que construyen ese tortuoso camino de la vida sentimental. Una botella de vino que probablemente estará picada es el símbolo de una historia truncada: un hombre y una mujer casados con otras personas que tienen una relación adúltera durante años, maquinan dejar a sus respectivas parejas y compran una botella de vino que se prometen abrir el día que estén juntos por fin. Ese día nunca llega. La mujer dona la botella de vino al museo porque su mera presencia le recuerda todo lo que no sucedió. Ese futuro soñado que fue motor de tantos años de esperanzas y proyectos truncados. En otro rincón, un pin minúsculo de la serie *X-Files* con el eslogan "I want to believe" (quiero creer). Una chica ha donado ese pin, regalo de un hombre que quiso hacerle creer que la amaba. La abandonó una semana después de regalárselo.

El museo fue fundado en el año 2006 por una pareja, Olinka Vîstika y Drazen Gruvišic, tras romper su relación y hoy es el museo más visitado de Zagreb, además de exhibir sus contenidos por todo el mundo. Es un museo cambiante y creciente, que recibe constantemente nuevas donaciones que un equipo filtra, basándose en su poder narrativo. Visitándolo nos damos cuenta del papel que les atribuimos a los objetos en nuestra vida. Cómo la lámina de plata arrugada de una chocolatina nos retrotrae al momento en que las devorábamos para combatir la impaciencia por ver al ser amado. Un vaso roto, un bote de pepinillos, un peine que conserva un pelo de alguien que ya no está. Una camisa desgarrada. Unas gafas de sol. Vivimos rodeados de mementos de vidas pasadas, de personas que se cruzaron en nuestra vida y dejaron un leve rastro que se concreta en un bonsái reseco, en un pedazo de sábana, en una bolsa de caramelos caducados. Muchas veces, esas minucias han perdido totalmente su valor simbólico y su poder evocador, pero cualquiera de los objetos que se exhiben en este lugar podría habernos pertenecido y puede despertar en nosotros el recuerdo, nuestro propio museo de las relaciones rotas.

Lógicamente, los curadores museísticos, esos insufribles mandarines del mundo del arte, desprecian por irrelevante y comercial al museo de Zagreb. En una de sus salas se exhibe un collar perruno de esos con luces que venden en las tiendas de animales y en los bazares chinos y que se utiliza para que los animales pequeños sean más visibles en los paseos nocturnos. El donante es un hombre casado con una mujer con la que compartía un perro. Cuando el matrimonio se rompe, el hombre se queda al perro. Un día recibe el collar con luces en el correo. La mujer acaba de suicidarse y lo último que ha hecho es comprar y enviarle ese collar que hoy se exhibe en la oscuridad de una sala del museo de Zagreb. Pocas instalaciones artísticas me parecen más elocuentes que ese collar de seis euros de plástico que habla de dolor y decepción con tanta o más fuerza que la obra del artista más consagrado.

El suicidio y el canto

Los *landays* son poemas cortos, casi exabruptos, que las mujeres pastunes de los valles de Afganistán recitan mientras trabajan. La vida cotidiana, los vaivenes amorosos, las desdichas, las injusticias, todo tiene cabida en estos poderosos haikus que, como toda actividad artística femenina, también han sido prohibidos por los talibanes. La situación en el país es hoy más insostenible que nunca.

Un matrimonio vende a su hija de diez años por el equivalente a quinientos euros a un hombre de cuarenta, para poder saldar sus deudas. Una chica de dieciocho años se ve forzada a casarse con un adicto a la heroína al que no ha visto nunca para que su familia no se muera de hambre. Las mujeres profesionales, abogadas, médicas, jueces, peluqueras, tras vidas dedicadas a sus vocaciones, no pueden trabajar, bailar, reunirse, ir al médico, respirar, vivir. Y las consecuencias están siendo letales. El consumo de drogas y ansiolíticos se ha disparado en Afganistán entre las mujeres. Y los suicidios de niñas tan pequeñas como de once años, a menudo casadas con hombres del triple de edad, empiezan a ser una tragedia cotidiana. La desesperación las lleva a rociarse con gasolina y prenderse fuego.

Los talibanes no han publicado datos sobre esta ola de suicidios y han prohibido a los trabajadores de la salud compartir estadísticas actualizadas en varias provincias, dicen los médicos. Pero estos acordaron compartir en privado las cifras del año comprendido entre agosto de 2021 y agosto de 2022 para resaltar una crisis de salud pública urgente. Los datos (que no han cesado de aumentar en 2023) sugieren que Afganistán se ha convertido en uno de los pocos países del mundo donde mueren más mujeres que hombres por suicidio. Las cifras son parciales, pero dan una visión general de la amplia diversidad demográfica y geográfica de Afganistán. Cubren provincias dominadas de diversas formas por todos los principales grupos étnicos de Afganistán, provincias que van desde los desiertos del sur hasta las montañas del norte, y áreas en gran medida rurales y otras alrededor de las principales ciudades.

Funcionarios de la ONU y activistas de derechos humanos han dado la alarma sobre este fuerte aumento en el número de suicidios y lo han vinculado explícitamente a las restricciones talibanes en todos los aspectos de la existencia de las mujeres, desde la prohibición de recibir educación por encima del nivel elemental y la de la mayor parte del trabajo, hasta la de entrar a parques, baños públicos y otros espacios públicos sin ir acompañadas de un varón. “Afganistán se encuentra en medio de una crisis sin precedentes de salud mental precipitada por una crisis de derechos de las mujeres”, dijo Alison Davidian, representante nacional de ONU Mujeres. “Estamos siendo testigos de un momento en el que un número creciente de mujeres y niñas ven la vida como una tortura y morir como una liberación”. Uno de los *landays* contenido en el libro *El suicidio o el canto* de Sayd Bahodin Majruh (Ediciones del Oriente y del Mediterráneo) refleja en tres líneas el Afganistán de hoy: “Yo llamo, tú eres piedra. Un día cuando me busques, descubrirás que me he marchado”.

Dolores

No le gusta su nombre y se ríe de su nombre. “Si a mí nunca me duele nada”.

Pero no quiere que la llamen Loli ni Lola ni Lolita porque no ve la relación que tienen los dos nombres y si sus padres la hubieran llamado Lola, pues Lola sería. Pero es Dolores. Hacía meses que no la veía, desde antes del verano. Nos sentamos en una terraza del pueblo a tomar un vino, ella se toma un vermut. "Te lo digo antes de que te lo digan, que ya sé que te lo van a decir, que tengo cáncer". Y se ríe. Y le da un sorbo al vermut. "Y eso, cómo, qué, cuándo, dónde". "De pecho, parece que gordo". Y se vuelve a reír y creo que se ríe más al ver mi cara reaccionando a su risa. "Ayer me dieron cuatro horas de quimio". "¿Qué? ¿Y estás bien, te encuentras bien?" "Cansada, pero bien, me han dicho que igual mañana estoy chunga. Oye, qué horror el vermut me sabe raro". Enciende un cigarro. Le voy a decir que no fume, pero me aguanto porque le da una calada y lo apaga, también le sabe raro. "¿Y si me rapo el pelo antes de que se me caiga? Eso salía en una película tuya, ¿no?". Tiene una melena castaña brillante y frondosa. Me la imagino por un momento una mañana mirando un mechón de pelo reluciente en la almohada y tocándose la cabeza en la que ya se empiezan a ver claros importantes. No sé si decirle que se lo corte o que igual a ella no se le cae, a veces no se cae, depende del organismo, a veces se vuelve gris en un día. "Tengo un gen de esos malos, así que tendrán que hacerme la doble mastectomía, bueno, eso parece… y… en fin, que voy a ir viendo pelucas". Ya no se ríe, no se termina el vermut. Se va a comprar el pan, nos vemos mañana, dice. Pero al día siguiente no está para salir de casa. Hablamos por teléfono. "Es como si mi cuerpo quisiera expulsar toda la mierda esa que me metieron dentro, por la boca, por la piel, por las uñas, por todos lados…". "Descansa, digo, ponte una peli, no pienses, ¿te llevo algo?". "No, no necesito nada, bueno, despertarme y que todo esto sea un mal sueño". En la plaza del pueblo, me encuentro con una amiga suya: "La voy a reñir a Dolores, es que no se cuida, está siempre ayudando a todo el mundo, ¡tiene que dejar de trabajar y de fumar!". "No la riñas, mujer, que es peor, creo yo… ". La amiga está angustiada, más que Dolores. La veo a los dos días, se encuentra mejor, hasta se ríe, "qué alivio que esa sensación tan horrible no esté ya, qué alivio". Dolores hace planes para Navidad, para Año Nuevo, para Reyes. Luego se para y dice "bueno, igual estoy fatal y no puedo ir a ningún sitio… pero yo los planes los hago por si acaso". Admiro su sentido pragmático, su vivacidad, su alegría. Admiro su energía y la manera que tiene de hablar del cáncer. Dice que cuando se lo dijeron, repitió diez veces la palabra "para no tenerle tanto miedo". Dice que no se angustió, que lo aceptó enseguida y se puso a hacer planes. Las fiestas, las vacaciones, los viajes.

Que ya sabe que será un año "complicadito". Y yo no sé muy bien qué decirle, así que me levanto y le traigo un vermut, con una raja de limón, que he leído no sé dónde que el limón quita un poco el sabor metálico que deja en la boca la quimio. Brindamos, "salud". "Huy, salud dice esta". Y se echa a reír.

Gaslighting o el arte de silenciar

El *gaslighting* es una técnica de intimidación y manipulación mental como ninguna otra. El depredador descalifica sádicamente a su presa, una mujer, hasta el punto de hacerla dudar de su propia razón, invirtiendo los roles: él es la víctima, ella es el problema. Es un término que pasó al lenguaje común en Estados Unidos y que se inspira en el título de una magistral película de George Cukor, estrenada en 1944, *Gaslight* (*Luz de gas*). La historia se desarrolla en el siglo XIX, una joven rica (Ingrid Bergman) casada con un hombre con un oscuro secreto (Charles Boyer),

que la aísla, la manipula, la menosprecia hasta el punto de hacerla parecer loca a los ojos de su entorno: cada vez que se encuentra sola en casa, la luz de gas pierde intensidad, de manera inexplicable, como si alguien estuviera presente en la casa. El responsable, sin embargo, niega tajantemente esa presencia en la casa y la víctima acaba dudando de su propia cordura.

El tema de desacreditar a una esposa que, sin embargo, era amorosa y devota, atrajo tan poderosamente a las desesperadas amas de casa de la década de 1950 que la palabra se convirtió en un concepto. Y la expresión *gaslighting* apareció en las sentencias de divorcio, como relata Hélène Frappat en su ensayo *Gaslighting, el método de silenciar a las mujeres*. El hombre que utiliza la técnica del *gaslighting* es, en cierto modo, el equivalente del perverso narcisista. Todos sabemos más o menos que en la historia los *gaslighters* son legión: borran a las mujeres de la investigación colectiva, incluso cuando han participado activamente en ella. Apartan de la historia del arte a las artistas, minimizan sus logros y, en su ultima reencarnación, afirman tajantemente que lo que consiguen las mujeres se debe a las cuotas, a que se han acostado con alguien o a, simplemente, la última ola feminista que presiona a los comités y jurados para que premien a las mujeres por el hecho de serlo, olvidando sospechosamente que llevamos tres mil años de historia primando en todos los terrenos a los hombres por el mero hecho de serlo.

En los últimos años yo tengo la sensación de que la realidad (léase "las cosas que pasan") está utilizando la técnica de la luz de gas para volvernos locos a todos y que no sepamos dónde nos da el aire. No solo son ya las noticias falsas, los hechos alternativos o las teorías conspiranoicas, ahora es la multiplicidad de opiniones y adhesiones y posicionamientos con que cada día nos bombardean inmediatamente tras cualquier suceso, desde todos los medios de comunicación y las redes sociales. Es agotador intentar, cada mañana, procesar las noticias e intentar entender qué está pasando realmente y por qué aquellas cosas que en otro tiempo eran los requisitos fundamentales que te indicaban qué pensar, qué sentir, qué decir y cómo actuar, ya no lo son. Ahora, la opinión gana terreno a la información y las noticias nos llegan sesgadas por corrientes que, salvo notables excepciones, se sitúan entre la superioridad moral, la ñoñería y la estupidez. Parece más importante estar del lado bueno de la historia y mostrarse, rayando en el exhibicionismo, moralmente ultrajado que analizar con rigor los hechos y ahorrarse el sermón buenista.

A esto se añade una cuestión, quizás banal para muchos, pero que a mí me revuelve las tripas: cuando tú sabes que los mismos que escriben sentidos y seudopoéticos textos mostrando su santurrona solidaridad con "las víctimas de todos los lados" son unos perfectos cabrones con su entorno.

Qué fácil es solidarizarse con las fotografías de bebés ensangrentados y qué difícil ser alguien más o menos íntegro, cabal, generoso y compasivo con los que tenemos al lado.

La cara oculta del consentimiento

Una de las escenas más desgarradoras del libro de Vanessa Springora *El consentimiento* es el momento en que ella, con quince años, sin saber dónde acudir después de que el escritor Gabriel Matzneff, treinta años mayor que ella, la hubiera estado sometiendo a presiones y chantajes sin tasa, llega entre lágrimas a casa del filósofo Cioran y es recibida por este y su pareja. La adolescente les cuenta los altibajos de su relación, las dudas que la asaltan, las mentiras de

Matzneff. Y la única respuesta que recibe es una leve incredulidad y un consejo: que se someta dócilmente a la tiranía de una mente superior. Si un par de intelectuales son capaces de actuar así, ¿qué no hará el resto de la gente?

Cuando leí hace un año, en este mismo periódico, el reportaje sobre los hechos del Aula de Teatre de Lleida, una escuela de teatro para niños y adolescentes, algo familiar resonó en mí: los ecos de otras voces que, en otras circunstancias, habían sufrido las mismas presiones, los mismos chantajes más o menos sutiles, las mismas jugarretas, los mismos abusos. Albert Llimós y Núria Juanico hicieron un trabajo ejemplar, un completo y exhaustivo trabajo de campo sobre veinte años de abusos en una institución cuyo fin es, proteger, cuidar y dar herramientas creativas a los estudiantes para que conozcan y exploren el mundo del teatro. Pero el mundo del teatro poco o nada tiene que ver con los métodos de las clases para adolescentes de Antonio Gómez. Recuerdo leer los relatos de las mujeres que valerosamente se han atrevido a contar cómo eran las cosas durante mucho tiempo en el Aula y no salir de mi asombro ante la impunidad con que los tocamientos, los abusos sexuales, los abusos de poder, los juegos altamente sexualizados disfrazados de ejercicios para romper el hielo, las insinuaciones soeces eran normalizados o ignorados por el mundo adulto que rodeaba a los alumnos. Hay aún, a pesar de que pocos ponen en duda los hechos que denunciaron algunas alumnas, una especie de pacto de silencio alrededor de lo que pasaba allí. Se quiere silenciar a unas mujeres que lo único que quieren es que se reconozcan los hechos, que se sanee la institución y que ninguna chica más tenga que pasar por lo que ellas pasaron. Algo teóricamente fácil. Teóricamente… Cuando las nueve mujeres protagonistas del artículo denunciaron los hechos estos ya habían prescrito por un leve margen. Haría falta que otras generaciones quisieran denunciarlos. Pero todos sabemos lo que conlleva denunciar. No estamos en una sociedad que quiera escuchar lo que pasa en el lado oscuro. Estamos en una sociedad donde se revictimiza a las víctimas, no dando crédito a su testimonio y culpándolas del comportamiento del otro: del que perpetra el delito. ¿Cuántas veces hemos escuchado eso de "claro, tú con quince años eras tremenda"? Nos cuesta horrores creer que personas a las que admiramos tienen comportamientos de mierda. Nos resulta imposible. Es mucho más fácil mirar a otro lado. No dar crédito a lo que rompería el mito que nos hemos montado en la cabeza. Pero las heridas solo se curan si se cierran bien. Ojalá más mujeres se atrevan a denunciar los hechos, ojalá.

Cuando leí ese artículo, contacté con Albert y Núria y les expliqué lo que quería: hacer un documental sobre el caso, hablar con las chicas, preguntarles si querían dar sus testimonios ante una cámara y contar su historia, con su ayuda. Ellos me pusieron en contacto con ellas. Hablamos. Siempre puse por delante algo para mí fundamental, que es el respeto. Respeto a sus palabras, a sus intenciones, a sus personas. Respeto a las niñas que fueron y a las mujeres que son ahora. Tenemos un título, "El techo amarillo", que es el título de uno de los textos que salió publicado en estas páginas, escrito por una de las víctimas, que resume muy bien la huella de la cicatriz que deja una experiencia de abuso. Estamos rodándolo ahora mismo, con Albert, Núria y un equipo de mujeres que cree en su historia y que es consciente de la importancia de la palabra para exorcizar el pasado.

Ellas nos están dando su confianza. Espero que yo y todo mi equipo seamos dignas de ella.

La mano dorada

No sé cómo acabamos hablando de esto. Yo hubiera preferido hablar de otra cosa en este momento. De un libro, del precio de la luz, de una película, de la última vez que me reí en el teatro, yo qué sé. Mientras pasan hombres y mujeres arrastrando goteros, con vendajes que parecen ya parte de la cabeza o de un brazo, sillas de ruedas y enfermeras diligentes, nos revolvemos nerviosamente en los asientos de plástico que crujen con un sonido como de animales que sufren, en esta sala de espera pintada de verde claro. No empezamos a hablar inmediatamente. Empieza ella y me pregunta si sé hasta cuándo son las visitas. Viene de un pueblo a cincuenta kilómetros y tiene que organizarse con los autobuses. Se hizo ayer una PCR y está angustiada por si le piden el justificante impreso, "¿tú crees que les importará que fuera de ayer?". La tranquilizo y le digo que seguro que la dejarán pasar. Me dice que no soporta los hospitales. Dice que tiene una cuñada a la que le encantan. Que no hay cosa que le guste más a su cuñada que visitar enfermos, comparar medicaciones, comentar los casos con vecinos, amigos, familia. "Es que se le nota que disfruta".

Yo le digo que hay gente así, que siempre la ha habido. Gente que se crece en la adversidad de los demás, que les valida, que les hace sentirse mejor consigo mismos. Como si acompañando al otro en su enfermedad alejaran a esta de su existencia.

Y entonces, me cuenta ese día que le hizo odiar los hospitales. Ese día que su hija se cayó de la bicicleta y se dio un coscorrón y llegó a casa, "mamá, no estoy bien" y empezó a vomitar. Y cómo la llevaron de urgencias y las devolvieron a casa porque no era nada. Y la noche siguiente, además de los vómitos, la niña empezó a tener convulsiones. Y vuelta al hospital, y entonces ya todo es confusión, el médico que le dice que hay que operar ya porque, si no lo hacen, la niña no vivirá y que las posibilidades de que sobreviva, sin embargo, son escasas. La cabeza dando vueltas, la sangre que abandona la cabeza. "Y todo el rato con esa sensación de que no te está pasando a ti". El koala de peluche al que la niña se aferra con fuerza, como sabiendo que va a necesitarlo en ese largo viaje de la operación en el quirófano. Dijeron que serían mínimo diez horas, fueron catorce. Estar en una sala de espera como esta, sabiendo que en cualquier momento alguien con cara contrita puede aparecer con malas noticias. Sabiendo que hay unos filamentos en el cerebro de una niña que están siendo cortados por manos expertas pero exhaustas. El tiempo se estira como un chicle cuando una mujer aparece y le pone una medalla dorada en la mano, no sabe de qué santo, ni sabe por qué dice que no es creyente. "Da igual, dice la mujer", que desaparece por donde ha venido. Muchas horas. Sin sed, sin hambre, sin calor, sin frío. Cerrando los ojos y solo viendo los ojos de la niña y las orejas del peluche. "Todo ha salido muy bien". Un alivio físico inenarrable, una sensación de plenitud, como nadar en un mar de terciopelo. Las horas al lado de la cama hasta que la niña se despierta. "Zumo, quiero zumo", dice. "Yo te lo traeré, mi vida, lo voy a buscar". "Mamá, ¿qué tienes en la mano?". "No sé, hija, no sé". Y ella abre la mano y se da cuenta de que lleva muchas horas sin abrir el puño y que la medalla le ha teñido la mano de dorado, y mientras va a buscarle el zumo a la niña, se mira la mano dorada y piensa que no le importaría que ese dorado no se borrara nunca.

La mujer del abrigo púrpura

La mujer cuyo rostro aparece en todos los cuadros de los últimos treinta años de Matisse se llamaba Lydia Délectorskaya. La vemos pensativa, embutida en un flamante abrigo púrpura, rodeada de plantas y cerámicas de vivísimos colores: es un cuadro que pintó Matisse desde su silla de ruedas, tras una operación para extirparle un cáncer de colon. Es una llamada a la vida cuando Henry Matisse creyó estar cerca de la muerte.

Cuando Lydia tenía trece años en Rusia, sus padres murieron durante una epidemia de tifus y cólera en Tomsk, donde vivía la familia, y la hermana de su madre llevó a la niña a Harbin (China). Allí, a los diecinueve años, se casó y se fue con su marido a París, pero pronto quedó claro que tenían muy poco en común. Después del divorcio, se encontró en un país desconocido sin amigos, sin dinero ni dominio del idioma. Y encontró trabajo como mujer para todo en la casa que compartían el pintor y su mujer Amélie.

Además de sus rasgos eslavos muy marcados, que atrajeron a Matisse como artista, Lydia poseía las cualidades que poco a poco la hicieron indispensable para él. Su decencia, prudencia, habilidad organizativa y precisión en todo contribuyeron al hecho de que todos los asuntos de la casa pasaran gradualmente a su jurisdicción: Lydia comenzó a administrar tanto la casa como los asuntos de Matisse.

Todo llegó tan lejos que Amélie, la esposa del artista, empezó a insistir para que su exenfermera y chica para todo saliera de casa. "La señora quería que me fuera, y no por celos femeninos, sino porque administraba todos sus asuntos y ocupaba demasiado espacio en la casa", recordó Lydia. Pero el artista ya no pudo prescindir de su asistente rusa, y entonces Amélie decidió que era ella quien debía irse. Las primeras pinturas que Matisse hizo de Lydia combinaban el fenomenal virtuosismo que le había costado tantos años perfeccionar con su capacidad instintiva original para utilizar el color. El hijo de Matisse, Pierre, le dijo a su padre que se había renovado como pintor con *Desnudo rosa*, para el que Lydia posó durante un período de seis meses. En el momento de su encuentro, Matisse llevaba treinta y nueve años casado con su fiel Amélie, quien crio a sus dos hijos y a una hija ilegítima del pintor.

En 1939, inició el proceso de divorcio y el abogado de madame Matisse redactó un acta según la cual todos los bienes de los cónyuges, incluidos cuadros y dibujos, debían dividirse por la mitad. Pero el artista no podía permitirse el lujo de sobrevivir a tal estrés y el divorcio nunca se produjo. Lydia nunca insistió en ello. A pesar de que no se sentía muy cómoda con el estatus poco claro de secretaria del artista, no podía dejarlo pasar por el destructivo proceso de divorcio. Aunque Matisse estaba dispuesto a hacerlo por ella: "Señora Lydia, veo lo difícil que es para usted y, si quiere, estoy dispuesto a divorciarme de madame Matisse", sugirió. Lydia siempre se negó.

Los visitantes del estudio del artista nunca se cansaron de especular sobre el papel de la bella y enigmática secretaria conocida como "madame Lydia", pero pocos dudaban de que su supervivencia dependía de ella, como hombre y como artista. En su última década, enfrentado al agotamiento y la mala salud, Lydia hizo posible que pintara sus últimas obras maestras: la capilla de Vence y los recortes de papel de colores que son la culminación de su arte. Matisse murió el 3 de noviembre de 1954. Tenía ochenta y cuatro años. El día anterior, Lydia se había acercado a su cama con su cabello recién lavado enrollado en un turbante de toalla, acentuando la severidad clásica y la pureza del perfil que Matisse había dibujado y pintado tantas veces. La dibujó con un

bolígrafo, sosteniendo el último dibujo que hizo con el brazo extendido para evaluar su calidad antes de pronunciar con gravedad: "Vale".

La mujer que desayuna con agua

No ha probado el café nunca, ni la Coca-Cola ni el alcohol. Desayuna con agua y zumo de manzana. No tiene televisor. Solo ve películas antiguas, cuando las ve. ¿Series? No, no ve ni entiende por qué todo el mundo las ve. No sabe muy bien qué ocurre a unos pocos kilómetros de donde vive. Le cuesta seguir una conversación porque no entiende la mitad de lo que decimos. Ha tenido muchos hijos de tres parejas y no, no ha supuesto ningún problema, unos cuidaban de los otros. Vive en la granja que le dejaron sus abuelos. No cree en la medicina convencional. Se levanta cada mañana a las seis y a las diez ya está dando cabezadas. Vive en su propia cápsula de tiempo. Nunca ha estado en un hotel, siempre viaja con tienda de campaña. Tampoco ha cogido un avión. No come carne. Su ropa siempre es de segunda mano. No tiene teléfono móvil. Una parte de mí se inclina a admirarla profundamente y la otra, solo querría cogerla por los hombros y zarandearla. Se lo digo, pero no me entiende. Lo más alarmante de ella es la falta total de sentido del humor. Querría decirle que hay un mundo más allá de la granja, que igual no es tan malo como ella cree. Querría decirle que no hace falta que insista tanto en sus madrugones y en su rechazo frontal a tantas cosas que nunca ha probado, que los demás (en este caso, una amiga y yo) también madrugamos y no comulgamos con todo lo que vemos. Parece creer que el resto del mundo somos un puñado de descerebrados que nos pasamos el día mirando el móvil, emborrachándonos y despilfarrando lo que ganamos. Hay algo de vanidoso y fatuo en su actitud disfrazado de falsa humildad. Ese tono santurrón con el que afirma que no sabe de qué hablamos cuando comentamos la boda de Jennifer López o el atentado a Salman Rushdie o lo que sea, porque ni lee ni escucha ni ve las noticias. Se vanagloria de su ignorancia y eso me pone en guardia. Siempre tengo que sospechar de la gente que no bebe y que está contenta de ser como es. Creo que la razón por la que una mujer como ella me saca de mis casillas es porque justamente tiene algo que a mí me falta: está absolutamente satisfecha de la vida que lleva y piensa que todo el mundo se equivoca llevando otras vidas. A mí me sucede lo contrario, pueden ocurrírseme siempre mil vidas mejores, qué digo, un millón. Y es verdad que envidio que haya renunciado a la carne, que es algo que siempre pienso que debo hacer y nunca hago. Y que no tenga teléfono, eso también se lo envidio. Igual la envidio más de lo que quiero admitir.

Me gustaría saber si siempre es así de tranquila, me gustaría saber muchas cosas, pero no lo pone fácil. Tiene esa mirada de "lo que ves es lo que hay". Miro a la amiga que está conmigo y ella también parece estar devanándose los sesos para mantener la conversación a flote: siempre es trabajoso cuando la otra persona carece de sentido del humor.

Mientras nosotras nos interesamos por su vida, ella no siente la menor curiosidad por lo que hacemos. No nos pregunta nada y así la conversación va languideciendo hasta que ella bosteza y yo saco el *champagne* y le ofrezco, y me mira como si le hubiera ofrecido veneno. Le digo que lo siento, que se me olvida que no bebe, sonríe beatíficamente. Son las diez y ya tiene que irse porque, claro, madrugar, ordeñar las cabras, los siete niños…

Cuando se va, le digo a mi amiga que qué le ha parecido y ella dice: "Creo que 'Yo desayuno con agua' es la frase más triste del mundo". Le digo que tiene razón. Abrimos la botella de

champagne y nos la bebemos, brindando a la salud de la mujer que desayuna con agua.

Las malditas gafas de Lolita

Veo la primera parte del documental *Phoenix Rising*, en el que la actriz Evan Rachel Wood cuenta los abusos a los que fue sometida por parte del cantante Marilyn Mason. Es muy interesante como el *film* desbroza los elementos que convergen en la seducción que Manson ejerció sobre ella. Y tienen que ver con la sexualización intensiva que la actriz, apenas una adolescente cuando empezó en el cine, fue objeto por parte de la maquinaria de Hollywood: papeles que explotaban su aspecto de niña y que la mostraban con muchísimo más descaro y madurez que los que tenía en la vida real, reportajes de moda con ropa que no le correspondía y la guinda, el encuentro con un hombre veinte años mayor (ella tiene dieciocho, él treinta y siete cuando empiezan a salir) al que ella admira y —la gran trampa— que la hace sentirse especial, elegida… Hablando con víctimas de abusos sexuales en la adolescencia, ese es el termino que sale una y otra vez: un hombre mayor al que admiras se fija en ti, empieza a cortejarte, te seduce. Te bombardea con cartas de amor, detalles, regalos. Te dice que tú le has descubierto lo que es el amor. Te crees la única, la elegida, te sientes especial. Es un patrón que se repite en millones de casos en la realidad. En cambio, en la ficción, el espacio está ocupado por el dañino mito de Lolita, la preadolescente perversa que seduce al adulto y le trae de cabeza. No me malinterpreten: a mí Nabokov me parece un escritor excelso y *Lolita* una gran novela. Lo que ocurre es que, por desgracia, ha cimentado un mito que ha servido para que los depredadores, indefectiblemente, se atribuyan el papel de víctimas: son "ellas" las que los han seducido, son "ellas" las que les han destrozado la vida, son "ellas" las abusadoras, las perversas, las culpables. Que es justamente lo que Marilyn Manson está diciendo en su defensa. Y lo dice con toda la desfachatez del mundo, no solo ante las acusaciones de Evan Rachel Wood, sino de todas las mujeres que le han acusado, cuyas historias coinciden casi literalmente y que corroboran absolutamente las declaraciones de la actriz.

Uno de los momentos más terribles ocurre durante la grabación de un videoclip para un tema del cantante. Se supone que en el rodaje Wood y Manson van a fingir que tienen sexo, pero Manson decide no fingir y viola a la actriz para las cámaras, cuando eso no era lo pactado. No puedes menos que preguntarte por qué ninguno de los numerosos miembros del equipo paró el rodaje o se cercioró de que el acto sexual era consentido, o dijo algo. Algo. Mucha gente se preguntará por qué ella misma no paró los hechos. Pero ahí está el quid de la cuestión, como la misma Evan Rachel Wood dice: era un rodaje y "la niña que había crecido entre cámaras, solo sabía parar cuando un director dice "cut", nadie me había enseñado a defenderme, solo a obedecer". La canción se llama "Gafas en forma de corazón". Las malditas gafas de Lolita.

Los diarios de Jane B

Agnès Varda filmó a Jane Birkin, creándole un autorretrato a medida: *Jane B. por Agnès V.*, película que anticipa algunos de los temas y estilos de *Los espigadores y la espigadora*. Es una película sobre los hijos, la vejez, el amor o la imposibilidad de este, la soledad y las escaleras, hay muchas en la película. Después de la experiencia, escribió para ella *Kung Fu master!*, un *film*

donde hizo que el hijo que Varda tuvo con Jacques Demy, Mathieu Demy, de quince años, interpretara a un niño enamorado de la madre de su compañera de clase (Charlotte Gainsbourg), amor correspondido por la madre: Jane Birkin. *Kung Fu Master!* acaba trágicamente, el personaje de Jane Birkin acaba la película en una soledad más densa aún que cuando empieza el *film*. Es para mí quizás la mejor interpretación como actriz de Birkin: arriesgada, tierna, triste, amarga, divertida, inocente, valiente. Birkin y Varda consiguen que entendamos algo difícilmente justificable. Y, sin embargo, la trama de la película y las expresiones de Birkin, que a veces parece ser aún más joven que el niño, nos sitúan en un terreno sumamente incómodo: ya dijo Varda que, si buscamos comodidad, vayamos a una tienda de sillones.

Muere Birkin y con ella muere una época: la de los apartamentos de paredes negras, los capazos, las pamelas, los *shorts*, Saint-Tropez, Regine's, los pantalones de campana, el alcohol para desayunar, muere otra vez Gainsbourg con sus dedos teñidos de nicotina, y sus camisas abiertas y sus juegos de palabras, "alone in Babylone". Muere su poderoso hilillo de voz y ese acento que nunca perdió y esa inseguridad que permea sus *Munkey Diaries*. Leer sus diarios, prodigiosamente escritos, es entrar en otra dimensión de Jane Birkin. Confieso que hasta que no los leí, no entendí todas las facetas de esta mujer, un millón de veces más inteligente y lúcida de lo que parecía. El relato de su vida escrito desde el año 1957, cuando era una niña, es un viaje a la otra cara de Jane Birkin: una mujer capaz de una fortaleza y decisión impresionantes y de una fragilidad e inseguridad no menos impresionantes. El relato de su pesadillesco matrimonio con John Barry, de su no menos turbulenta unión con Gainsbourg, que duró trece años pero que fijó para siempre en el imaginario del público el binomio Serge/Jane como una especie de realeza pop de la que ella supo zafarse a medias.

La última película que protagonizó, el documental dirigido por Charlotte Gainsbourg (*Jane por Charlotte*), la muestra cansada, enferma, agotada, pero llena de una inagotable curiosidad. La muerte de su primera hija, Kate Barry, planea por toda la cinta. El esfuerzo por entender, por salir adelante, por ser ella misma, por amar a su manera, por actuar con todas sus eternas dudas sobre su capacidad. Es conmovedor contemplar esa lucha incansable, bien entrados los setenta, por superar esa inseguridad constante que no la abandona ni aún en los momentos de plenitud. Esa es para mí la gran lección de *Jane B*: cómo supo acallar esa maligna voz interior que le decía que no valía nada. Valió la pena.

Lavar el coche

Llegué a Los Ángeles con la disposición del que va a un funeral. Sabía exactamente lo que me esperaba: reuniones interminables, sesiones de trabajo con treinta interlocutores más los que intervenían vía Skype, *castings* donde no se buscaba talento sino proporciones perfectas, explicaciones minuciosas que acababan con el último resquicio de inspiración que me quedaba, en suma, la vida del realizador publicitario en su máximo esplendor, o sea, una serie de catastróficas desdichas (muy bien pagadas, eso sí) que ponen a prueba la paciencia de un santo o una santa.

La luz de Los Ángeles siempre me aturde con su claridad lechosa: es un fogonazo constante que lima tu sensibilidad (al menos, la mía) y te atonta. Sientes menos, piensas menos, te alegras menos y lloras menos. Todas las horas que pasas para ir de un extremo a otro de la ciudad cruzando autopistas atascadas, con el asfalto lleno de neumáticos rotos, tienen la virtud de

colocarte en una especie de nirvana estúpido, en un limbo donde tu yo se diluye y los contornos de los demás también. Esta no es la ciudad que acogió a los creadores de entreguerras y les hizo florecer, es la ciudad que fagocita el talento de los que acuden a ella, deslumbrados por la posibilidad de hacer cine con presupuestos millonarios y poseer una piscina desbordante y que les ahoga en dinero y en tratos maquiavélicos que les distraen de su verdadera vocación.

La productora para la que trabajaba me asignó una oficina para que me concentrara en lo que tenía que hacer, que no era mucho, repasar una y otra vez un *storyboard* de veintitrés viñetas que había tenido que ser bendecido por varios comités. La oficina tenía una ventana grande que daba a uno de esos *parkings* interiores cuajados de palmeras, donde yacían los cochazos de los que trabajaban en las lujosas oficinas de los edificios colindantes. Como me sabía de memoria las viñetas del *storyboard*, dedicaba mucho tiempo a mirar las palmeras del *parking* y los coches que iban y venían. Una mañana, nada más llegar a la oficina, me serví un café aguado del que consumía varios litros al día y lo que vi por la ventana casi hizo que me lo tirara por encima: tres chicas en bikini y shorts cortísimos estaban limpiando un coche gigantesco, casi un tanque (nunca he sido buena con las marcas de los coches), mientras desde una ventana del edificio ante el que el coche estaba aparcado un hombre las filmaba con una pequeña cámara de vídeo. Pensé al principio que se trataría de algún rodaje de un videoclip de mal gusto para un grupo de rap, pero las chicas de la oficina me sacaron de mi error: dos días a la semana, el tipo de la oficina, un famoso director de cine, contrataba a las tres chicas en bikini y *shorts* para que le limpiaran el coche. De todo esto hace quince años, pero no olvidaré la sensación de estupor, asco e indignación que sentí esa y todas las mañanas cuando veía llegar a las chicas que se desvestían en el *parking* para lavar el coche del famoso director, cuyas películas, si bien antes de estos hechos no me gustaban, después ya me daban auténtica repugnancia.

Esta mañana, repasando la prensa, he caído en un artículo donde una conocida actriz habla de su horrible experiencia con un director que para hacerle un *casting*, entre otras muchas cosas, la obligó a ponerse ropa *sexy* y lavarle el Ferrari en un *parking* mientras la filmaba y que luego se negó a darle el material filmado.

Se trata de la misma persona: Michael Bay.

Madame Nadie

Creemos saberlo todo de la cara que nos sonríe desde la camiseta, el póster o el posavasos. Un rostro que ha presidido las vidas de varias generaciones, inmutable, rubio, congelado en una mueca de felicidad postiza: Marilyn Monroe, Norma Jean, Blonde, MM. Pero si nos acercamos más, si empezamos a rascar en la prístina superficie de la actriz, aparecen tantas mujeres que es imposible saber dónde empieza la mujer y acaba el mito, dónde se derrumba la leyenda y aparece ella. Si hay un misterio inagotable e insondable en la historia del cine es Marilyn. Por esas cosas del destino, llegan a mis manos documentos con las notas (escasas) que Anna Freud (la hija de Sigmund Freud) tomó durante el verano de 1956 sobre las sesiones que tuvo con Marilyn Monroe.

La actriz se hallaba en Londres rodando *El príncipe y la corista* con Laurence Olivier. El actor, que también era el director de la película, se limitaba a contestar a las numerosas preguntas de la actriz con un "Querida, basta con que te muestres *sexy*". Se llevan mal desde el principio y la

actriz no consigue llegar puntual ni uno solo de los días del rodaje, paralizada por un miedo acuciante a ponerse ante las cámaras. Antes de llegar a Inglaterra, Marilyn había encontrado en los diarios de su entonces marido, Arthur Miller, unos comentarios sobre ella que la habían herido profundamente: el escritor había anotado con grandes letras que se arrepentía de haberse casado con la actriz. Anna Freud se encuentra en su diván con una mujer contradictoria, asustada, explosiva, ambiciosa, mucho más cultivada de lo que cree. Una mujer que juega con su poder de seducción: una mujer capaz de desdoblarse en una niña asustada con una infancia de pesadilla (Norma) que contempla, no sin estupefacción, como Marilyn se convierte en la mujer más deseada del mundo. Esa dicotomía constante marca la vida y la carrera de la actriz: se casa con Arthur Miller para conseguir una validación intelectual y dejar de ser considerada un cuerpo y una cara hermosos, pero eso no hace sino acentuar ese rol. En su lucha por ser tomada por una actriz "seria" olvida su increíble potencial como sublime actriz de comedia. Y se rodea de gente que admira, pero que justamente está fascinada con las partes que desprecia de sí misma.

MM ya tenía un psicoanalista en California, pero el deseo de ser atendida por la propia hija del padre del psicoanálisis es más fuerte que su fidelidad: se tiene constancia de las seis sesiones que mantuvieron gracias a los documentos depositados en la Fundación Anna Freud de Londres. En el testamento de Marilyn, esta legó una parte de sus bienes a dicha Fundación, que hoy sigue atendiendo la salud mental de niños, adolescentes y familias. Una de las primeras cosas que la actriz le contó a la psicoanalista es el nombre bajo el que solía reservar en los hoteles en los que se alojaba de incógnito: Madame Nadie.

Marguerite Duras cosiendo retales

La voz de Marguerite Duras aparece a menudo en sus películas. Ella descubrió tarde su poder, esa fuerza tranquila y magnética que no se achica incluso ante voces tan percutantes como la de Gérard Depardieu en *Le camion*. A veces, una de sus actrices fetiche, Delphine Seyrig, parece imitar su fraseo, sus silencios, la manera de empezar las frases con esa ambigüedad sutil entre el punto y seguido y el punto y aparte. Hoy, en la Virreina en Barcelona, se puede ver una exposición dedicada a ella con valioso material: podemos ver desde *Navire night*, o la misma *Le camion*, hasta *India Song*, cuyo tema principal, firmado por Carlo d'Alessio, ha sido durante años, desde que la descubrí a mis catorce en la Filmoteca de la calle Mercaders, la banda sonora que habita mi cabeza y aparece en ella en el momento menos pensado. Y ese impagable documento en el que Godard esquiva la mirada de Duras y pretende no haber leído nada de ella. Acaba de aparecer en Gallimard un interesante *Lettres retrouvées* donde Michelle Porte cuenta cómo se filmó ese improbable encuentro entre Godard y Duras. Confieso que no pueden gustarme más los chismes literarios. Son para mí la prueba de que nuestros mitos son terriblemente humanos. Godard cabreado al darse cuenta de que la auténtica protagonista del documental era Duras y no él. La historia no será clemente con el ego y las malas maneras de muchas leyendas.

Duras no se llamaba Duras, sino Donnadieu, y ella se quitó en cuanto pudo el nombre familiar, el nombre con el que firmó ese maldito informe en Indochina del que luego renegó. Ese informe que iba contra todo lo que creía. El nombre de la adolescente que tuvo un amante chino. El nombre de una madre que luchaba inútilmente por alejar el implacable océano. Duras, a diferencia de Donnadieu, no se acaba nunca. La Duras resistente, amante, libre. La Duras dolor.

La Duras teatro, cine, novelas, ensaladas de col y sopa de cebolla en Le petit Saint Benoit, justo delante de la casa en la que vivió veinte años y murió en 1996, en la calle Saint Benoit, a dos pasos del Cafe de Flore donde hoy los turistas vuelven a hacer cola para comer huevos revueltos cuyos precios desorbitados harían a Marguerite, siempre frugal, revolverse en su tumba.

Estoy ahora en esa calle y miro la placa que conmemora su presencia allí. Luego, en el Petit Saint Benoit pido su menú favorito y mientras deshago las migas de pan sobre el mantel a cuadros me pregunto cuánto de ella queda aquí y solo puedo responderme lo que sé que queda en mí de esta mujer de cuello corto, ojos penetrantes y fraseo mágico.

Una de las cosas que más le gustaban a Marguerite Duras era ir a mercadillos, comprar retales y coser con ellos chaquetas, faldas o cojines. En la foto del libro de Michelle Porte sonríe como una niña delante de la máquina de coser, haciendo aplicadamente una falda que haría compañía a todas las prendas que languidecían en su armario y que no se pondría nunca.

Maternidades

No tenga nada que opinar sobre los dos sets de gemelos sobre los que disputan un conocido cantante español y su expareja. Dios sabe las cosas que hay tras la fachada de la vida de las parejas, de cualquier pareja y cualquier especulación sobra. Pero sí hay algo que cada vez que sale la noticia en los medios me hace pensar y mucho. Y supongo que lo que voy a decir a mucha gente puede parecerle mal o llevarle a estar en profundo desacuerdo conmigo. Pienso en la madre o las madres de esos niños. Intento ponerme en la piel de una mujer a la que han pagado para parir a dos o a cuatro niños y que ahora solo los ve en foto en las páginas descoloridas de una revista. Y esté donde esté, esa imagen va a afectarla y mucho. Estoy convencida de que las personas que cuentan con un vientre de alquiler para ser padres son unos progenitores estupendos y aman a sus hijos con locura. Seguro. Pero de que las mujeres que han parido a esos niños, a cambio de dinero o altruísticamente, que de todo hay, pagan y pagarán un precio muy alto por haber renunciado a ellos estoy más que convencida. Por muy claras que tengan las cosas. Aunque tengan más hijos. El cuerpo de una mujer recuerda. Recuerda a pesar de todas las circunstancias, a pesar de todo. Las mujeres que han abortado recuerdan. Las mujeres que dan a sus hijos en adopción recuerdan. Y por mucho que sea lo mejor para los niños, para ellas, para las familias, para quien sea, el vínculo, desde el momento de la gestación, existe. Y parece que, en aras de no sé muy bien qué, estamos haciendo como que no existe.

Hoy la maternidad es un concepto que llena las librerías, las universidades y las aulas de pensamiento con nociones que ponen en cuestión todo lo que creíamos saber sobre ella. Cada día se publican docenas de ensayos que diseccionan la manera en que la maternidad ha evolucionado y cómo las nuevas generaciones la manejan. Y sin embargo a mí se me antoja que, aunque creemos úteros artificiales y semen hecho con nanotecnología, las cuestiones fundamentales siguen siendo las mismas: muchas mujeres del primer mundo desean ser madres (aunque detesten a las suyas) y no quieren ser definidas por ello, y en el tercer mundo, las mujeres dan a luz apenas salidas de las faldas de su madre, sin cuestionarse si lo desean o no. Me basta mirar a mi alrededor para ver cómo hay mujeres estupendas que han descartado la maternidad por mil razones, todas válidas, y que no tienen el menor problema con el tema, mientras que otras sufren lo indecible en la lucha por ser madres, metiéndose en el proceloso periplo de las clínicas de

fertilidad, esos organismos que, como los anuncios de las cremas anticelulíticas, empiezan por hacer sentir mal a sus clientas.

Uno de los mejores textos que he leído sobre la maternidad está en la novela de Guadalupe Nettel *La hija única*, publicada recientemente en Anagrama. Ser madre tras múltiples e infructuosos intentos. Ser madre de un polluelo que no ha salido del huevo que la paloma ha empollado. Ser madre de un bebé al que los médicos auguran una muerte pronta. Ser madre por unos momentos del niño de un vecino que maltrata a su madre, que no sabe cómo quererle. Es un libro que te deja con el convencimiento de que no hay atajos hacia la maternidad. Y que ser madre es un milagro caprichoso, lleno de dolor y luz.

Mazel Tov, Shoshanna Viaje al lugar más pobre de Norteamérica

Me recoje media hora después de mi llamada a la compañía de taxis. No había conseguido llamarme desde su teléfono americano para avisarme de que llegaría tarde. Mi teléfono, como ya le dije, es español y tenía que marcar el prefijo internacional, su teléfono no la dejaba, dice. El coche lleva pintada una abeja en la puerta, es el símbolo de la compañía, Busy Bee. La conductora se llama Alison, es de risa fácil y tiene unas uñas postizas larguísimas de color azul cobalto. La uña del medio es dorada. Si Liberace hubiera llevado uñas postizas, hubieran sido así. Me indica que me siente a su lado porque, si no me importa, vamos a recoger a otras personas a un hospital cercano. No hay problema, digo. Lleva la radio puesta y está sonando "I Don't Owe You Anything" de Tanya Tucker, una canción country fiera y melancólica que, como todas las de Tanya Tucker, habla de la muerte como quien habla de un rodeo más o menos accidentado. Me encanta su voz, le digo a Alison. Tanya Tucker. "Sí. debe de ser muy mayor ahora". "Bueno, sí y ¿quién no?" le digo". Se ríe. Me pregunta de dónde soy. No le suena ni España ni Barcelona, pero se ríe igual, como si le hubiera contado un chiste graciosísimo. "Eso suena como si estuviera lejos". Bastante, le digo, bastante lejos. Su teléfono suena incesantemente. Rechaza todas las llamadas con un gesto de fastidio. Sus uñas azules rechinan contra la pantalla del teléfono. Finalmente contesta. "No voy a ir a Kyrias Joel a esta hora de la tarde, olvídalo, no iré, si no quieren que vaya un hombre, que las lleven sus maridos". Cuelga, medio enfadada medio risueña. Kyrias Joel, donde viven los hasídicos, aquí cerca, ¿verdad? "Sí, las mujeres no pueden conducir y tampoco pueden ir en un coche con un conductor hombre que no sea de su familia, así que a mí me toca toda este área… es un buen negocio para mí, pero se quejan por todo, si llevo manga corta, si pongo música, si llevo los labios pintados, tengo que llevar una chaqueta en el coche para que no protesten… bueno, espero que la mujer a la que vamos a recoger no proteste porque tú estás en el coche, tiene seis hijos y ha llevado a la más pequeña al hospital esta mañana…".

Kyrias Joel está a apenas sesenta millas de Nueva York. Las familias hasídicas que no podían pagar los altos alquileres de Williamsburg se trasladaron hace veinticinco años a este lugar que es oficialmente el más pobre de America, con una población de veintidós mil personas en su mayoría de la secta hasídica ultraortodoxa Satmar, creada por un rabino rumano. Los hombres se dedican principalmente a estudiar la Torá, las mujeres a cuidar de los niños y la casa.

Viven de los subsidios, los cupones de comida y las donaciones de familias más adineradas. No pagan impuestos, pero votan en bloque, así que el Gobierno de turno les promete y construye centros de salud y escuelas. En las últimas elecciones votaron a Trump. Los tribunales

mayoritariamente fallan a su favor en los juicios, especialmente en casos de divorcios dentro de la secta, cuando es la mujer la que quiere divorciarse. La justicia le otorga la custodia al padre en el 99 por ciento de los casos: los niños tienen el deber de criarse con un padre religioso y observante de las normas de conducta hasídicas. En el momento de la boda, las mujeres se rapan el pelo y llevan peluca hasta que mueren. Nunca llevan pantalones ni vestidos de manga corta o tirantes. Los hombres llevan el mismo atuendo desde tiempos inmemoriales (traje negro, sombrero que varía de tamaño y camisa blanca, y se dejan un par de rizos a cada lado porque la interpretación talmúdica de la Torá prohíbe afeitarse las sienes). Las tiendas de postizos de pelo son negocios florecientes. Y las fábricas de *matzo ball*, las bolas de harina de la sopa tradicional. Las familias tienen una media de cinco hijos. Muchas pasan de los siete. Los veo pasear muchas veces por la carretera en esta zona del estado de Nueva York, alrededor de los campamentos de verano, delante de las casas con el césped lleno de coches de plástico de colores y triciclos. Una vez paré porque vi a unos niños que parecían esperar que los llevaran. No quisieron subir a mi coche. En 1986 un grupo de niños se negó a subir en un autobús escolar conducido por una mujer. Desde entonces, los autobuses escolares para escuelas hasídicas no han vuelto a contratarlas. Hay algo de heroico en su rechazo a dejarse contaminar por la sociedad en la que están inmersos, de conservar sus costumbres, sus cánticos, sus sombreros de piel aún en el momento más caluroso del año, que me fascina. Y como en casi todo lo heroico, también hay algo de tremendamente intolerante e inhumano.

Llegamos al hospital y Alison apaga la música y pone las noticias. "No pueden escuchar música no aprobada". Una mujer con una falda hasta los pies y un turbante sube al coche con una niña de unos nueve meses agarrada al cuello. Alison la ayuda a plegar el cochecito. La niña tose como si estuviera muy acatarrada. Es agosto y hace calor, pero la niña, rubita y pequeña, va vestida con un grueso jersey que parece tejido a mano. Emprendemos la marcha mientras la radio habla de la llegada de Trump a Biarritz. Querría preguntarle algo a la mujer del turbante, pero me da un pudor tremendo, quién soy yo para preguntarle por su turbante, su manera de vivir, su fe, así que me limito a sonreír a la niña por el espejo retrovisor. Le pregunto a Alison qué le parece Trump. "Bueno… al menos siempre dice lo que piensa, no se corta". No puedo evitar que se me escape: "Pero lo que piensa es… horrible!". "Sí, bueno, puede ser, pero es sincero… y es muy gracioso, llama Pocahontas a Elizabeth Warren" añade, muerta de risa. "¿Te imaginas? ¡Pocahontas! Yo volveré a votarle, creo". Así que es esto lo que les cautiva: la bufonería, la desfachatez. Todo lo demás, el espanto, el muro, los niños separados de sus padres, el desprecio a las mujeres que no son su hija, las mentiras sistemáticas, las decisiones económicas siempre en beneficio de esas élites que afirma despreciar da igual. La mujer del turbante no hace ningún intento de participar en nuestra conversación. Le está dando un biberón de zumo a la niña. Cuando termina, la niña suelta un eructo sonoro que interrumpe un comentario en la radio sobre la incipiente complicidad entre Donald Trump y Boris Johnson. Las tres nos echamos a reír. Alison más fuerte, mientras golpea el volante con sus uñas azules.

No hablamos durante un largo trecho. Sé que nada de lo que yo pueda decir o argumentar va a cambiar lo que Alison siente sobre su presidente ni hará que la mujer del turbante quiera dejarse crecer el pelo de nuevo. Ni nada de lo que ellas puedan decir cambiará mi convencimiento de que raparse el pelo porque a un rabino hace doscientos años le excitaba el pelo de la mujer de su

vecino, o votar a un candidato porque es sumamente entretenido, son cosas que no tienen sentido. Pero, en este momento, ¿hay algo que lo tenga?

Todo lo que no decimos flota en el aire como polvo suspendido. Aquí y ahora, solo somos tres mujeres en un taxi que no tienen nada en común, salvo el eructo de un bebé satisfecho. O quizás sí, quizás hay miles de cosas que compartimos, deseos, sueños, añoranzas, proyectos, emociones, pero no hay tiempo ni voluntad ni espacio para que lo averigüe, porque llegamos a mi destino. Le pago a Alison, le sonrío a la niña, le pregunto a la mujer del turbante cómo se llama esta. Titubea, pero me lo dice. "Shoshanna"... "*Mazel Tov*, Shoshanna", digo, "buena suerte".

Mi madre, la incombustible

Uno de mis primeros recuerdos de infancia es mi padre enseñándome una foto de Anouk Aimée en una revista y diciéndome: "Esta actriz es igualita que tu madre". Y yo asintiendo, por supuesto. Porque, efectivamente, un aire se daban y mi madre, Victoria Castillo, siempre tuvo un aire de artista de cine europeo de los 60, cuando las actrices llevaban gafas negras graduadas de pasta, como de vampiresa, y cardados. Veo las fotos de mi madre entonces en ektachrome un poco deslucido, y esa impronta está siempre allí: la manera de posar, erguida siempre, la barbilla desafiante, la ropa conjuntada, las gafas, el cardado y un porte de una elegancia inusitada. Ahora veo las fotos que le hace su nieta, mi hija, como las que se publican ahora aquí, y me parece una transición natural porque ella, en el fondo, nació para modelo de alta costura. Nació para llevar vestidos de Lanvin y de Balenciaga y de Dior. Nació para llevar toda clase de sombreros y tocados en la cabeza, hasta boinas francesas, que le quedan mejor que a muchas chicas francesas que pueblan las terrazas de París. Nació para otra vida. Pero ha sabido adaptarse perfectamente a la que le ha tocado, con todos sus altibajos. Creo que esa es realmente la clave de la pasmosa juventud de la que hace gala y de su inagotable energía: mi madre tiene una envidiable capacidad para pasar por alto los golpes de la vida y centrarse siempre en las partes más positivas de esta. A mi madre no se le quedan las cosas enquistadas, sabe echarse a la espalda los inevitables altibajos y remontar siempre. No hay en ella el menor resquicio para la amargura, para los rencores. Dice que ha vivido una vida muy plena y que todavía siente curiosidad por ver lo que está por venir.

Y lo más importante: a los ochenta y nueve años, tiene ilusión por las cosas y le siguen encantando la ropa, el maquillaje y los bolsos (bueno, ¡los bolsos lo que más!). Le gusta combinar prendas y mirarse en el espejo y darse o no el aprobado ante lo que ve. Es una *fashion addict* aventurera a la que no le da miedo experimentar con formas y colores. Igual se pone un abrigo fucsia, que una chaqueta verde fosforescente, que una prenda negra *oversize* o una capa de terciopelo.

Ese espíritu abierto a todo la acompaña también en todos los ámbitos de la vida: mi madre va al cine, al teatro, a la ópera, no se pierde un estreno. Está al día de todo lo que pasa: quién es quién en política nacional, internacional, local. Tiene opiniones radicales sobre todos los temas (y hemos tenido a veces grandes discusiones sobre alguno…), pero siempre ha sido profundamente tolerante. Yo no recuerdo en mi adolescencia demasiadas prohibiciones o reprimendas. Una de las cosas por las que les estoy profundamente agradecida tanto a ella como a mi padre es justamente ese carácter tolerante que empezó por la escuela a la que nos llevaron a mí y a mi hermano: una escuela Montessori que era un oasis en el gris panorama de la España de Franco.

Mis padres siempre han sido una pareja inusual: eran un matrimonio fusional. Se amaban y se dedicaban siempre grandes muestras de cariño. Estaban absolutamente convencidos de que habían nacido para estar juntos, que ese era su destino. No hubo día en que mi padre no le dijera a mi madre cuánto la amaba o lo guapa que estaba, lo cual era estupendo, claro, pero nos puso tanto a mi hermano como a mí el listón muy alto. Lo último que me dijo mi padre antes de morir fue que mi madre había sido el amor de su vida y la persona más importante de esta. Siempre lo supe y lo entendí. Hoy, la ausencia de mi padre planea siempre en la vida de mi madre. No hay conversación en la que no salga Juan, Juanito como ella le llamaba. Está siempre acompañándola, y ella le evoca y habla con él, le cuenta los acontecimientos del día antes de dormir. Pienso que esa es la única vida eterna y la más deseable a la que podemos aspirar: que alguien nos quiera tanto que cuando muramos nos lleve dentro, como un pebetero en el corazón con una llama encendida. Una llama eterna y momentánea. Como un hálito.

Nat, la odiada

Estos días recibo multitud de mensajes sobre un tema que, cuando Sara Mesa, al plantearle la adaptación cinematográfica de su novela *Un amor*, me comentó, confieso que no le di ninguna importancia: "¿Te das cuenta de que vas a hacer una película sobre uno de los personajes más detestados de la literatura española?". Recuerdo ahora esas palabras proféticas con asombro. Nunca pensé hasta qué punto Sara Mesa tenía razón. Nunca pensé que nadie tuviera motivos para odiar a Nat. Yo no los veía. En honor a la verdad hay afortunadamente muchísima más gente que la comprende muy bien, que conecta profundamente con el personaje y con la interpretación sublime que Laia Costa hace de ella.

Pero ya desde las primeras reacciones a la película, vi que había algo en ese personaje que sacaba de quicio a cierta parte de la audiencia, tanto hombres como mujeres. Personas que le reprochan al personaje su vulnerabilidad, su obcecación, su fragilidad, sus errores. Son como esos supuestos amigos que cuando te ven debilucha te dicen "tienes que animarte". Que cuando les cuentas cómo has metido la pata con alguien en el plano sentimental te dicen "se veía venir". Que si estás pensando en cambiar de ciudad o trabajo te miran con desdén: "¿A estas alturas?". Y siempre ese afán paternalista (que también hallamos en algún que otro personaje de la película) en arreglarte la vida porque ellos sí saben cómo hay que vivir mientras que tú (yo) o Nat no sabéis por dónde os da el aire.

Son las personas que imparten dogmas, críticas y consejos a diestro y siniestro y que hallan una insana satisfacción en encontrar las faltas en los demás. Esa superioridad moral al juzgar a un personaje de ficción que palpablemente está pasando un mal momento no me da demasiadas esperanzas sobre el comportamiento de esa gente en la vida real. Es curioso como los mismos que juzgan a Nat no solo por permanecer en el pueblo, sino por acudir a cumplir su parte del trato con el Alemán (que, como en la novela, le ofrece arreglarle las goteras a cambio de un encuentro sexual, "que me dejes entrar en ti un rato"), no tienen la menor objeción al comportamiento de este, ni siquiera al hecho de que él es el instigador, porque después de todo ella "consiente". Reconozco que aquí se me funden bastante los plomos. Y es que la palabra consentimiento se me atraviesa. Cuando la escucho, oigo el eco de un sí resignado, mustio, no muy convencido. Consentir no es querer ni desear ni anhelar. Es otorgar casi con desgana. Es dejar que ocurra,

como si nuestra voluntad quedara suspendida en algún lugar entre el deseo y el rechazo. El consentimiento tiene aristas duras e incómodas, es difícil hablar de él porque solo en la teoría y en los tribunales hay síes y noes irrevocables y rotundos. La vida y las películas y las novelas con vida son otra cosa y, sin embargo, ahí tenemos la palabra: en el centro mismo del debate o del relato o de la narrativa, se admiten apuestas. Quien consiente no es nunca el que perpetra, es el que se coloca en el espacio donde van a ocurrir las cosas. ¿Sabe Nat si desea? ¿Es consciente de lo que su consentimiento va a acarrearle? Creo que claramente, no. Creo que no está en condiciones, creo que cuando se ve en esa situación, en su fuero interno sabe que ha cometido un error y no sabe cómo salir de esa situación y se disocia.

Otorgar no es consentir. Ceder no es consentir. Dudar no es consentir. Poner el peso de la decisión en el que calla o duda o no sabe es una arista más en la tramoya de esta palabra maldita, a ratos vacía, densa, oscura, críptica, cansina: consentimiento.

No decir ¿te acuerdas?

No decir ¿te acuerdas? es muy difícil. Nuestras conversaciones están plagadas de ello cuando hablamos con personas con las que compartimos un pasado. Y cuando la veo a ella ahora tengo que recordar que ella no se acuerda. O sí. A veces. A veces describe cosas que vivimos juntas con más detalle de lo que yo las recuerdo. Otras me mira como si no supiera de lo que le estoy hablando. Vamos adelante, vamos atrás. La conversación es como una moviola de cuando el cine era celuloide: a veces se quema el fotograma del presente y hay que parar, como si el tiempo fuera solo una encrucijada donde podemos pasar del pasado al futuro sin pisar el ahora. ¿Cómo era yo entonces? ¿Entonces, cuándo? Como ahora, le digo, eras como ahora, eres la misma. Y no la engaño: es la misma, con mala leche, lista, presa de un ideal de belleza imposible, con raptos inesperados de ternura. La misma. Con esa rigidez heredada que ha hecho que no pudiera ser todo lo feliz que hubiera podido. Inasible. Distante. Buena. Tímida. Soberbia. Bueno, creo yo. Qué importa todo eso ahora, me digo. Qué importan los agravios y los reproches y lo que hubiera podido ser. El restaurante está a tope y hay demasiado ruido. A las dos nos molesta el ruido. Dice que el ruido la confunde y que no puede pensar. Me pasa lo mismo. Pero ella dice que es peor en su caso porque el ruido se une al zumbido que tiene en los oídos y se multiplica. "¿Cómo es eso del zumbido?". "No sé, como grillos con un martillo y… yo qué sé". "Pero no es siempre, ¿no?". Me mira como si no supiera que significa "siempre". Dice que le cuesta cada vez más saber cuándo está bien, cuándo es la de siempre y cuándo no está bien, cuándo está suspendida en ese limbo viscoso que es la enfermedad. Dice que ayer escuchó veinte veces la misma canción y se quedó varada en la misma página de un libro y se encontró en la calle sin saber por qué o para qué o cómo había llegado hasta allí. Dice que hablar por teléfono es una tortura, que está mucho rato antes de saber con quién está hablando, aunque ve sus caras y reconoce sus voces. Como si alguien le hubiera arrebatado la última pieza de un puzle y se la enseñara en la distancia. Dice que por la noche se despierta y va a beber agua y ve su reflejo en la nevera de acero inoxidable y piensa que, a lo mejor, un día, muy pronto, no reconocerá ese reflejo. Y llora.

Hemos pedido cosas para compartir y me pregunta varias veces por el nombre de un queso. Lo devora y cuando se acaba ya no quiere comer nada más. La mesa rebosa de platos. "Tú siempre pides demasiado". "Sí, a la vida" le digo. Se ríe. "Lo pedimos para llevar". "Menuda merienda".

Como si no supiéramos que lo que pidamos para llevar languidecerá en la nevera y no lo comeremos. "¿Cómo se llamaba el queso?", me pregunta otra vez y se me escapa el temido "¿no te acuerdas?". "No, no me acuerdo", me dice desafiante y un poco enfadada. "No me acuerdo".

No pongas tus sucias manos sobre Jodie Foster

La primera vez que lo vi fue en Berlín, hace treinta años, alguien me dijo quién era y que había escrito algo bueno de una película que yo acababa de presentar allí. Era tan ingenua que no se me ocurrió nada más que acercarme a presentarme para darle las gracias. Mi mano se quedó congelada en el aire, mi gesto perdido en el espacio que nos separaba: sin contestarme, poniendo cara de espanto, se dio la vuelta y se fue con paso apresurado. Luego, otros directores con más experiencia me afearon mi conducta y me dijeron que eso era lo peor que podía haber hecho, que a ese hombre no había que hablarle ni saludarle ni acercársele ni nada, que seguramente con mi acto —acercarme a darle las gracias— me habría granjeado su odio eterno. Me pareció marciano, pero ya empezaba a ver que, en el mundo del cine, en todo lo que hay alrededor de él (que poco tiene que ver con lo que de verdad, al menos a mí, me importa, que es esa endiablada maquinaria luminosa que hace que las mentiras pasen por amor, como decía Dylan Thomas), todo tenía muy poco sentido.

Pasaron los años, hice más películas, a veces él me hacía el honor de verlas y emitir sus juicios sumarísimos en los que primaban sus fobias, sus manías (a veces hasta sus filias), las cosas que le ponían, las que le asqueaban o le horrorizaban o le hacían vomitar directamente. Supe que, en ocasiones, se iba de las sesiones a los quince minutos, tras los cuales se permitía hablar de la película como si la hubiera terminado. A veces el tono de lo que escribía trascendía (en el peor sentido) el de una crítica para convertirse en una pataleta infantil destinada a hacer daño con esa saña que me recordaba momentos de patio del colegio. Cuando algo le gustaba, siempre era por motivos ajenos a la película: era lo que a él le provocaba, lo que él proyectaba o quería proyectar. Nunca una apreciación técnica, un comentario constructivo, un aporte, algo. Solo largas letanías sobre lo horroroso de su oficio, que le obligaba a pasarse días enteros quemando su precioso tiempo en salas oscuras viendo películas infames (prueba a ser sexador de pollos en una fábrica en Rubí, que diría Hidrogenesse).

Supongo que una de las ventajas de hacer cine, siendo un pulpo en el garaje del mundo del cine (y sin haber ido a una escuela de cine) es esa, que los festivales, las críticas, el ruido alrededor de las películas en el fondo te la soplan.

Entre muchos cineastas, conseguir su beneplácito se convirtió en una aspiración, en una misión. Otros sabíamos de antemano que la misión era imposible, que, quizás por unos instantes, lo consiguiéramos, pero a la siguiente película, caería inexorable la guillotina de su veredicto: hastío, inanidad, vacía intensidad, impostura, no me pone, no me interpela, etc., etc. Conseguir no gustarle se convirtió en una especie de broma privada: "A mí esta vez me ha puesto peor que a ti". "Ya, ¡pero a mí en la última sí que me puso mal y con más texto!". Cuando una vez admitió que le gustaba una de mis películas, me preocupé y pensé que igual el hombre estaba enfermo o algo.

Mientras tanto, él iba lanzando perlas para la historia con argumentos cada vez más interesantes. A la segunda película de un conocido director le reprochó que no empleara a la ninfa de quince años (hoy reconocida actriz) de su primera película porque aquella chavala sí que

le daba morbo. Inexorablemente, cada vez que en una sala de cine ve a la gente reírse, solemne declara que él no se ha reído ni una vez. Si una película está firmada por un director de nombre oriental, ya tiene papeletas para disgustarle. Por no hablar del temita de las mujeres directoras, que ya se sabe que donde esté Clint Eastwood…

Supongo que muchos conocerán un texto legendario de Manuel Vicent, "No pongas tus sucias manos sobre Mozart" (si no, lo pueden encontrar fácilmente en la web). En él un padre comprensivo y bondadoso acoge a los amigos de su hija en casa, deja que se beban su *whisky*, dejen todo hecho un asco, se fumen su tabaco… pero hay un momento en que al padre se le acaba la paciencia y es cuando la hija va a cogerle un disco de Mozart. A mí me ha pasado lo mismo cuando he leído y he oído (mientras sus contertulios radiofónicos le ríen las gracias) cómo nuestro hombre. hablando de *True Detective*, se disgustaba con la inclusión de una mujer negra y una chica *queer*, y calificaba de "ajada" a Jodie Foster y refiriéndose a ella decía que "hay gente que envejece mal", que "no está adecentada". Considerando que está interpretando a una policía en Alaska a quince grados bajo cero de media con un caso peliagudo por resolver, me pregunto qué clase de "adecentamiento" esperaba nuestro hombre: ¿Uniforme *by* Yves Saint Laurent? ¿Retoque de raíces? ¿Sombra aquí, sombra allá? Y aunque la serie me importe un pimiento, yo la he visto por Jodie Foster y cuando ella sale veo a una actriz formidable que tiene la edad que tiene y punto. Actriz a la que por supuesto los comentarios sobre su físico, por lo que sé, le resbalan completamente. Pero a mí ese comentario cruel, despiadado y, sobre todo, gratuito, hizo, como al padre del texto de Manuel Vicent, que se me fuera la pinza.

Hasta este momento nada de lo que escribiera o dijera este hombre había conseguido sacarme de quicio, era ruido blanco, pero esta vez sí: ponme, ponnos a caldo, remuévete en tu butaca hastiado con lo que hacemos o abstente, vomita, regurgita tu bilis, haz lo que te dé la gana mientras te rían las gracias, pero por favor, no pongas nunca más tus sucias manos sobre Jodie Foster.

Olvidar es sano

Ser tonto, egoísta y con buena salud son las cualidades indispensables para ser feliz, decía Gustave Flaubert, especialmente la primera. También, añadiría yo a esa tríada, ayuda la mala memoria, que nunca será lo bastante valorada, salvo si eres un concursante televisivo y no recuerdas las fechas del reinado de Ataulfo. Olvidar es un verbo indispensable para seguir adelante después de una tragedia. Y ¿cómo olvidar cuando todo nos recuerda lo que pasó?, o ¿cómo olvidar si justamente esos acontecimientos que nos amargaron la vida son el armazón de ella misma, nuestra fuente de ingresos, aquello por lo que nuestros contemporáneos nos reconocen? Cada día, en las cadenas de televisión vemos ejemplos de gente que se regocija en lo que ellos llaman "su verdad", como si hubiera tantas verdades como variedades de yogur en el supermercado. Hay que echarse a temblar cuando alguien, sea quien sea, se sienta en un sillón para contarnos su verdad, porque invariablemente es una narración construida, deconstruida, ensayada y apañada sobre los vestigios de lo que algún día tuvo algo de verdad.

Veo el documental recién estrenado sobre la vida de Tina Turner y aunque conocía algunos de los hechos, vistos en su conjunto, me abruman incluso más que cuando los supe por primera vez. He aquí una mujer de indudable talento y carisma, sometida hasta extremos estremecedores por

un marido mediocre que no puede soportar su brillo y que la golpea sistemáticamente por cualquier cosa, sin ningún motivo. Hasta el día que ella no puede soportarlo y se va con una maleta, dejándole a él todas las propiedades y el dinero que habían conseguido juntos. Una de las cosas que sorprende es el extremo aislamiento de la cantante en un mundo fundamentalmente social: nadie a quién acudir, nadie que dijera una palabra de los moretones que le cubrían la cara, de los intentos de suicidio, de la desesperación. Ni los músicos, ni la familia, ni los encargados de la discográfica, nadie.

Escuchar a Tina Turner hablar con calma y conmiseración de Ike es una de las grandes lecciones de este documental. A los cuarenta años, Tina Turner se ve obligada a empezar de nuevo, actuando en clubs de mala muerte en Las Vegas, hasta que le llega una segunda oportunidad. Y la aprovecha. Y se transforma en una auténtica *pop star*, a años luz de la cantante que fue con Ike. Tina Turner no dejó nunca que el largo período en el que sufrió abusos la definiera. Y escapó de todo ello, gracias según ella a la meditación y al descubrimiento del budismo. Yo añadiría que gracias a su admirable falta de rencor. Este documental en el que asistimos a las tres vidas de Tina Turner nos proporciona también una clave fundamental: es importante dejar ir las cosas, echar lastre, perdonar y, tras echar una buena mirada atrás, no volver a mirar nunca más. No lo parece a primera vista, pero el olvido es muy saludable… ¿Qué les estaba yo diciendo?

¿Por qué eres tan guapa?

La mujer erguida frunce los labios cuando le pasa al lado una mujer despeinada, cargada con un bebé en el pecho y una maleta enorme, que le pide inmediatamente disculpas. Ay, si las miradas mataran. La mujer erguida lleva un traje estampado príncipe de Gales y medias y zapatos relucientes y un bolso de piel marrón Hermès y desearía no estar en esta cola del AVE, rodeada de gente con mochilas y maletas y bocadillos y vasos de café. La veo mirar a su alrededor y nadie goza de su aprobación: todos le sobramos, las mujeres con niños, los grupos de viajeros ruidosos, los ancianos que se prestan gel hidroalcohólico y pañuelos de papel, los adolescentes que miran vídeos de TikTok con la música y las risas a tope y especialmente la pareja de chicas que van haciéndose arrumacos justo delante de ella. Cada beso, cada caricia, cada palabra que susurran, le hace fruncir más los labios, alzar más las cejas, el pie se le revuelve en la media color carne dentro del zapato granate hecho a mano.

He conocido a muchas mujeres así, mujeres para las que el contento ajeno es motivo de amargura y escarnio. A hombres también, claro. Pero me afecta más, lo confieso, cuando es una mujer la que se comporta así. Veo a una igual emponzoñarse la vida, a ella y a los que la rodean, por la más estúpida de las razones: porque la felicidad ajena le devuelve una imagen que se resiste a admitir, la de su propia rigidez.

Veo tristeza, vacío, soledad, anquilosamiento: los sentimientos son como los músculos, hay que ejercitarlos para vibrar y sentirlos. Veo amigos que desaparecen porque, por mucho cariño que le tengas a la mujer de labios fruncidos, nadie quiere sentirse perennemente juzgado, analizado, despreciado. Sé que hay muchas cosas en el pasado de esta mujer, sé que esa coraza de desagrado no se construye en dos días ni en cinco y me gustaría sentarla delante de mí y reírme en su cara de esa mueca de asco profunda, esa expresión continua de oler mierda. Cómo querría sacudirle los

hombros y decirle que nada de esto es necesario: ni el erguimiento ni el fruncimiento de labios, ni la mueca, ni nada. Decirle que la vida es demasiado corta para ser prisionera de una actitud que debió adquirir ya en la adolescencia. Decirle que a veces yo también he sido esa mujer (menos las medias color carne, que me parecen un invento satánico, y el bolso Hermès) y que luego me ha dado la risa, cuando he caído en la cuenta. Decirle muchas cosas que seguramente no quiere escuchar porque quizás ella misma se las ha dicho, pero es más fácil y seguro seguir odiando al mundo que entenderlo y tolerarlo. Decirle que sé que hay dolor y a veces tragedias y sinsabores tras cada fruncimiento de labios y que nunca sabremos hasta qué punto. Y que hay heridas que, mientras las alimentemos de patrañas, van a seguir supurando hasta los restos.

Pero ahora, cuando la vuelvo a mirar, veo una expresión repentina de desconcierto en su cara: una chica de la pareja que tiene delante le ha dicho a su novia "pero ¿por qué eres tan guapa?" y ha sido un golpe bajo, la mujer no sabe qué cara poner ni dónde mirar y me parece adivinar una sonrisa que le asoma en la cara, muy a su pesar.

Soy melancólica

1. Soy melancólica desde que mi memoria alcanza. Ya lo era a los cinco años, cuando se me escapaban los globos que me regalaba mi padre. Yo creo que me gustaba más llorar cuando el globo se escapaba que sonreír teniéndolo en la mano. Es una manera de estar en el mundo y de ir por la vida, valorando los momentos de tristeza, de pérdida, de fracaso, sin por eso relegar los momentos de alegría, ¡que los melancólicos podemos ser alegres!

2. Yo creo que de niña ya era feminista, ya me daba cuenta de que ser mujer no es ninguna ganga y ya me parecía profundamente injusto. Recuerdo haber visto de muy pequeña una película, *Isadora*, con Vanessa Redgrave, sobre la bailarina Isadora Duncan. Recuerdo que la película empezaba con Isadora de niña quemando el certificado de boda de sus padres. Creo que en ese momento decidí que nunca me casaría, que casarse era para pusilánimes y que yo no iba a cambiar mi nombre por el de otro ni me pondría un vestido blanco ni haría lo que se esperaba de mí.

3. Yo trabajo los personajes femeninos intentando plasmar todas sus contradicciones, toda su complejidad, toda su riqueza. De entrada, creo que los personajes femeninos son mucho más interesantes que los masculinos. Las mujeres, en general, tienen que recorrer un camino más largo que los hombres para ser ellas mismas, solo eso ya las hace más fascinantes. Intento capturar las ambivalencias de las mujeres, su manera de hacer malabarismos con todos los papeles que les toca interpretar en la vida, ¡que son muchos!

4. El problema es que el estereotipo funciona. Pero lo sorprendente y lo bueno de este momento en que vivimos es que hay espacio para todos: para los prototipos relamidos de *Emily in Paris* con sus aspiraciones ridículas y su grosera superficialidad y para personajes como el que interpreta Kate Winslet en *Mare of Easttown*, sin maquillaje ni artificio. Ambos funcionan, y también es deber del público reclamar otra clase de referentes, ¡que ya va siendo hora!

5. Después de la guerra de los Balcanes, hice un documental allí sobre una organización que trataba a las mujeres que habían sido torturadas y violadas. El personaje de Hanna está

construido a partir de testimonios reales de esas mujeres. Recuerdo que, cuando empecé a escribir la película, la última cosa que yo quería era hablar de lo que había visto, de lo que había escuchado, de lo que había sentido, y, sin embargo, no podía desprenderme de ello, se convirtió en una obsesión para mí. Y aunque no era lo que tenía previsto en mi proyecto original, Hanna se convirtió en la protagonista de la película. Recuerdo como uno de los momentos más bonitos de mi carrera el pase que hicimos de la película en Sarajevo junto con las mujeres que me lo habían inspirado y ver su reacción. Para mí fue un gran alivio, porque por mucho que yo les hubiera pedido permiso y les hubiera dicho lo que pensaba hacer siempre te quedas con la idea de que te estás apropiando de sus historias. Lo cierto es que sentí que ellas se sentían vindicadas por la película, que les había devuelto de alguna manera una dignidad que la guerra y la historia les habían arrebatado. Nunca olvidaré a esas mujeres, nunca.

6. ¿Yo con diez años? Tímida, miope, esforzada, con un enorme sentido de la responsabilidad. Muy consciente de los problemas que veía en el mundo, en mi entorno, en mi casa. Lo que más me gustaba en el mundo era esconderme para leer, como ahora.

7. Creo que me he hecho bastante impermeable a los ataques y las críticas del mundo de las redes. Da mucho trabajo bloquear a los odiadores profesionales. Mi próxima meta es no tener redes. Que Zuckerberg se meta su metaverso por donde quiera, pero sin mí.

8. ¿Dos cosas que le pediría a la política cultural?
Tendrían que ser tres: ¡salud, dinero y amor! Y un cambio en los planes educativos que estimulase la apreciación de la cultura y que desenganchase a los adolescentes del teléfono.

9. Soy un desastre vendiendo mis cosas y procuro siempre que eso lo hagan otras personas. La publicidad me dio soltura con la cámara, sentido de la estructura de un plano, muchas tablas.

10. Sinceramente, veo muy difícil que el cine se recupere.

11. Llevo muchos años diciendo esto: que no tenemos que pedir, tenemos que exigir y tenemos que hacerlo con mucha más rotundidad de lo que lo hacemos. Que nadie nos va a regalar nada, que tenemos que apropiarnos y ocupar nuestro lugar. Con firmeza y sin que nos amedrente el aluvión de críticas y voces indignadas, esas voces masculinas que se alteran a la primera de cambio.

12. No soy muy dada a dar consejos… ¡igual la niña de doce años podría darme alguno a mí!

Sobrevivir

El padre de Marx le dijo que el tiempo que pasaba escribiendo *El capital* lo podía emplear en acumular uno. Lo cual le hubiera sido imposible a Marx porque estaba por otra labor, la de liberar a los trabajadores de un sistema que les oprimía.

Mi padre trabajó cuarenta años en la FECSA, Fuerzas Eléctricas de Catalunya. Empezó a los catorce años y terminó a los cincuenta y cuatro. Su padre, mi abuelo, también había trabajado allí, murió de una pulmonía cuando mi padre tenía trece años y la compensación para su viuda y su hijo fue un puesto de trabajo en la compañía. Hay una foto del primer día de trabajo de mi padre, adolescente, cadavérico, vestido con un mono que le sobra por todos lados, rodeado de hombres

de la edad de su difunto padre. Mi padre, con cara de niño perdido, intenta sonreír, los compañeros ríen y hacen gestos a la cámara, como si quisieran darle la bienvenida a ese mundo de torres eléctricas, horas extras, turnos interminables, sábados trabajando, a ese mundo de hombres. Cuando me enfadaba con mi padre, recordaba esa foto y se me pasaba el enfado. ¿Cómo enfadarse con un hombre que nació en 1932 y solo conoció el hambre, la miseria, la incertidumbre y tuvo que crecer de golpe para sobrevivir? Había otras cosas que me irritaban de él: que comía mucho y muy despacio y cuando yo le decía "qué lento eres", indefectiblemente me contaba cuando de niño, después de dos días sin comer, alguien les dio a mi abuela y a él medio pollo y del ansia que tenía se lo comió en dos bocados y lo vomitó. Y yo acababa la historia con un bostezo, hasta la próxima vez que volvía a contármela.

En todas las comidas familiares salían historias del hambre: de cuando tuvieron que comer pieles de naranjas, o algo que igual era gato o nabos durante días. Los cuentos que nos contaba también tenían que ver con eso: eran siempre historias de viajes a lugares paradisíacos llenos de helados y golosinas, jaujas donde podías entrar en cualquier tienda y llevarte todo lo que quisieras en grandes capachos por si no te cabía en los bolsillos. A mi padre le encantaban las mesas llenas, invitar a gente, su lema era siempre "más vale que sobre". Los bufés libres eran el colmo de la felicidad para él: podía pasarse el rato embelesado mirando los surtidos de entremeses, platos calientes y postres. Y luego lo contaba con todo lujo de detalles: "¡Había langostinos! Y… hasta ostras". Era feliz también en los hipermercados: aquella acumulación de mayonesas y mostazas y cajas de cereales le ponía de un humor excelente. Como si todos aquellos estantes llenos a rebosar fueran el parapeto perfecto para esa otra guerra que siempre temió que volviera. Se volvía magnánimo y me permitía añadir al carrito cajas de rotuladores. Yo siempre cogía los más baratos y él me acompañaba otra vez a la estantería, "¿No preferirías estos otros?". A mí me entraba una parálisis tremenda mirando los precios sin saber qué hacer hasta que él decidía comprarme los caros. Yo siempre temía coger esos, porque era dolorosamente consciente de que aquellos rotuladores equivalían a una hora extra de mi padre en la compañía. Y esa hora ya nada ni nadie se la van nunca a devolver.

Te escribo una carta en mi cabeza

Te escribo una carta en mi cabeza y luego cuando te veo evito cuidadosamente las palabras de esa carta que no escribo. Te escribo una carta en mi cabeza hecha de pensamientos difusos, palabras tiernas e ideas que en la cabeza parecen claras pero que igual vienen de algún lugar oscuro que quizás nunca conseguiré identificar. Es una carta que llevo escribiendo desde que naciste, ¿sabes? Yo querría (a veces, no siempre) poner mi cabeza junto a la tuya y que todo eso que quiero decirte pasara mágicamente como cuando juntas dos teléfonos y se pasan las fotos de uno a otro por eso que llaman Airdrop, cómo me gustaría eso, así podrías saber que te veo, que te entiendo, que te llevo siempre conmigo, que es verdad que me cuesta aceptarte (aceptar ciertas cosas que no me gustan ni me gustarán, cosas que igual ni siquiera tienen que ver contigo sino conmigo, como a ti te cuesta aceptar ciertas cosas mías). Ahora hay miles de películas y libros y obras de teatro que hablan de madres e hijas, las miro, las leo y las investigo, buscando pistas que me acerquen a ti, a nuestro vínculo, tú lo sabes porque hemos bromeado juntas sobre *Grey Gardens*, incluso sobre esa de Joan Crawford que es la pesadilla de cualquier madre y cualquier hija. No he encontrado en

esos textos y en esas imágenes nada, o muy poco, que se acerque a nosotras. No es que seamos más especiales que cualquier otra madre e hija, no, es que en la pantalla o en los libros las cosas están fijadas, intuyes los antes y los después, pero es difícil mostrar cómo los lazos que unen a las personas evolucionan, cambian, mutan. Que desde que te pusieron en mis brazos cuando naciste y me miraste sin llorar con los ojos tan abiertos han pasado tantas cosas que no sé como relacionarlas con lo que veo o lo que leo.

He intentado escribir sobre ello y no he podido porque se me saltan las lágrimas, es un rollo. Me cuesta escribir llorando, noto el trayecto lento y pesado de las lágrimas que caen en el teclado y todo me parece cursi, inútil y vacío. Sé que proyecto todo el rato, ya me conoces. Que a veces ese proyectar hace que me cueste ver lo que hay, lo que hay ahora. No sé medir las cosas, el impacto de las cosas. De repente, cosas que te he dicho sin pensar me vuelven y me abofetearía por habértelas dicho. No he sabido ser madre, lo admito. Ser madre no es ser *coach* ni ser amiga ni ser abuela (fantaseo con que sería una abuela estupenda) ni ser colega ni ser contable ni ser policía ni detective ni casera ni cocinera ni fontanera ni confesora. O a lo mejor es ser todo esto, sin que se note. No sé lo que es. Me estoy resignando a no saberlo. Me da risa la gente que dice que basta con amar a los hijos. Que con quererles ya has hecho lo más importante. De verdad que me dan risa. Amar es solo un cimiento, uno de los cimientos, quizás el más fácil. Todo lo demás: entender, aceptar, cuidar, proteger sin sobreproteger, ayudar, escuchar, estar alerta, ver, ver de verdad, sin vendas en los ojos, empujar, dar, esperar, es condenadamente difícil.

Te escribo una carta en mi cabeza. Quizás un día me siente y la escriba. O a lo mejor ya no hará falta porque la has recibido.

Una quieta desesperación

Estaba leyendo una novela de una joven autora que describe cómo después de un encuentro sexual una chica se despierta al lado de un chico al que ha conquistado tras numerosas peripecias. El sol empieza a entrar por la ventana, los pájaros cantan, su enamorado no se ha ido en mitad de la noche como ella temía… y en ese preciso instante de extática beatitud, la protagonista empieza a pensar en todas las personas que en ese mismo instante en el mundo están siendo violadas, torturadas, acusadas injustamente, asesinadas. Cuánto más beatífica es su propia situación, más negras son las imágenes que la asaltan. Ese párrafo me afectó profundamente. Lo leí y releí varias veces. Dejé el libro en la mesita de noche y me levanté a por un vaso de agua. Miré por la ventana. Eran las dos y media de la madrugada. Supe que me esperaba una noche en blanco.

Lo que acababa de leer había resonado en mí con el eco de una melodía conocida. Toda mi vida, desde niña, en los momentos más felices, he sentido cerca la sombra del dolor de los otros. Y me estallaba (y me estalla) la cabeza cuando me comía un helado y pensaba en toda la gente que llevaba días sin comer. Nunca he podido entender totalmente cómo pueden suceder tantas cosas horribles y maravillosas al mismo tiempo, exactamente al mismo tiempo, en el mundo. Lo que es peor es soy penosamente consciente de que el hecho de que yo sufra o deje de sufrir por los horrores que pasan lejos de mí da exactamente igual. Que es un sufrimiento estéril, inútil… Actualmente, cada día miro obsesivamente los vídeos de animación que la artista ucraniana Marynka Dovhanych publica cada día en Instagram (@odminey) desde que empezó la guerra, acompañados de textos breves donde describe su día a día: el miedo, los sueños, las esperanzas

rotas, los súbitos ataques de pánico, la desesperanza, la rabia… Con trazos rotundos y colores vivos, Marynka transmite con crudeza y sensibilidad el dolor de vivir inmerecidamente una situación espantosa. Habla de ese momento en el que oyó la primera explosión y todavía nadie creía que lo que sucedía estaba sucediendo. Cuenta cómo mira obsesivamente Google Earth para ver cuántos edificios de los que conoció están todavía en pie, cuántos han sido destrozados. Cómo el consumo de dulces está dañando seriamente la dentadura de mucha gente. Cómo con cada crimen, con cada violación, crece el odio al invasor. Los vaivenes continuos de su estado de ánimo. Las conversaciones con su abuela, que mantiene el temple, aunque las bombas caen cada vez más cerca. Y entre todo el horror, una canción de su infancia, un gatito rescatado de las ruinas, el rostro de una mujer que sale a ofrecer huevos de Pascua la sacan por unos instantes de la pesadilla de una guerra que parece que nunca va a acabar. Leer los textos y mirar los dibujos de Marynka cada día me vuelve a colocar en ese estado de quieta desesperación que, supongo, no me abandonará mientras viva.

Victoria y la corona británica

Hay días en los que tiene poco más de catorce y otros en los que siente cada uno de los ochenta y ocho que dice su DNI que tiene. Días de salir al balcón a tomar el sol a ver si pilla algo de esa dichosa vitamina D que le falta. Días de tertulias con sus hermanas, cuando se pasan horas merendando, filosofando, repasando asuntos familiares, "quién dijo qué y cómo lo dijo y a quién se le ocurre decir lo que dijo" y arreglando el mundo. Tardes de teléfono y café, aunque el café si no es bueno, para qué tomarlo. La nevera a tope siempre, no vaya a ser que pase algo y nos pille sin rape, sin merluza, sin jamón, sin fresas. Qué bien le sale el caldo, qué caldo más bueno hace. Y la tortilla y las croquetas y las albóndigas y el calamar relleno. Aunque ella dice que no le gusta cocinar, que antes tampoco le gustaba, pero eso sí, que antes le salía mejor. Ha cocinado y ha limpiado cada día de su vida. Y ha cosido y ha zurcido y ha ido a la compra y nunca la he oído quejarse, nunca. No puede estarse quieta. Las rodillas y un pie, a veces, le dan mucha guerra. Se apaña con bolsas de hielo, pocos calmantes, nunca le ha gustado tomar pastillas, a los médicos hay que hacerles un caso relativo, casi nunca ha estado enferma. La casa está llena de fotos que la muestran serena, sonriendo casi imperceptiblemente, con la clase de sonrisa misteriosa que enamoró a mi padre. Ah, mi padre. Juan. Juanito para ella. No hay conversación en la que no salga, hables de lo que hables. El primer momento en que lo vio entrando en el salón de baile y se dijo "es para mí". El largo noviazgo. Las películas que vieron, los cientos de películas que vieron. Todas esas horas del vermut. Todos esos paseos. La luna de miel en Mallorca, cuando perdieron el barco de vuelta porque se equivocaron de fecha, "fíjate, equivocarse tu padre que lo apuntaba todo". Los primeros años de casados. Cuando llegamos nosotros, mi hermano y yo. El primer coche de segunda mano que se estropeaba nada más salir de viaje. Las letras. Las hipotecas. La libreta con los números de mi padre. El *camping*. Las barbacoas. Eso que llaman vivir. Cuando mira atrás es capaz de recordar solo las cosas buenas, cuando le preguntas por las malas, pone cara de no saber de qué le hablas. Las únicas cosas malas fueron las dolencias de mi padre, su sufrimiento tantos años, eso es lo único malo que recuerda. Pero pronto eso queda borrado por la fuerza inagotable del amor que se profesaban, "tu padre siempre supo quererme y me quiso mucho y yo sabía que me quería". Y sueña mucho con él, que llama a la puerta y ella le ve y le

abraza y está muy delgadito y entonces se da cuenta de que no es él y se despierta y se pone a llorar. A veces hablamos del otro mundo: siempre está ahí entre dos aguas, quiere creer que volverá a ver a Juanito, luego se desanima y piensa que no, y luego ya no sabe que creer.

Ahora la reina de Inglaterra le acaba de dar a Victoria un gran disgusto: ha autorizado a Camilla a ser reina consorte y a mi madre se la llevan los demonios porque Lady Di, dice, debe estar revolviéndose en su tumba. Yo le digo que de haber vivido Lady Di ahora iría por el cuarto marido y el sexto *lifting* y que seguramente hasta se alegraría de que el marrón de la corona le caiga a otra. Hay personas que no han nacido para llevar corona, pero como mi madre Victoria, son unas auténticas reinas.

III. El guión

Alguien debería prohibir los domingos por la tarde

No me gusta mi voz. Cuando la escucho grabada es como si todos mis defectos y vulnerabilidades afloraran en ella. Por eso procuro no escucharme. Mucha gente detesta su propia voz. Como si al prestarle atención, se nos hiciera añicos la imagen idealizada que nos hacemos de ella. Hay personas que ni siquiera son capaces de reconocer su voz grabada. Eso me ha ocurrido en más de una ocasión. Hace ya dos años, Radio 3 me ofreció la oportunidad de hacer un programa cada domingo por la tarde, en el que puedo compartir con los oyentes textos de todo tipo, canciones, poemas, confesiones, frases, manifiestos, conversaciones robadas, hasta me permito alguna entrevista. Paso mucho tiempo sopesando las cosas que leo y las canciones que las acompañan. Puedo modificar una *playlist* treinta veces hasta que me parece que doy con la combinación correcta. ¿Demasiadas canciones tristes de The Tindersticks? Las compenso con algo de Bertrand Burgalat ¿Textos sacados de un manual para jóvenes parejas católicas de los años 50? Los mezclo con *funky* setentero y temas que poco o nada tengan que ver con los libros para ejercicios espirituales. Me divierto en hacer combinaciones locas o a veces no tan locas. Con el programa he descubierto que las cartas de la mujer de Tolstoi tienen correspondencias con ciertas cartas de Sylvia Plath, que fragmentos de *El maestro y Margarita* casan armoniosamente con temas de Cardi B o con tangos de Gardel. Que las canciones de Nick Drake y Françoise Hardy se complementan bien con textos de Joan Didion. Y que cualquier texto, hasta el más banal, suena mil veces mejor encima de una banda sonora de Ryuichi Sakamoto.

El programa, que se llama "Alguien debería prohibir los domingos por la tarde", se emite justamente los domingos a las cinco de la tarde, una hora aciaga (por motivos que ya he explicado otras veces en esta columna), cuando mucha gente está al volante yendo y viniendo de algún lugar donde pasaron el fin de semana. Me consta que escuchan el programa en el coche e inconscientemente pienso en combinaciones de palabras y música que acompañen diversos trayectos, diferentes paisajes. A veces, los domingos, me imagino cómo sonará mi voz en esos lugares. Una carretera cruzando la Alcarria. La autovía saliendo de Vigo. La autopista con la que se llega a Málaga. Me gusta también imaginarme a alguien en un balcón, a la sombra, apoyado en la barandilla, silencioso, mientras de fondo suena el programa. Me gusta pensar que la radio está ahí, discretamente en segundo plano, desgranando palabras y música, haciendo compañía, haciendo mucha compañía. Me imagino también a las personas que escuchan el programa en diferido, en el pódcast de Radio 3, en otros momentos que no son domingo. ¿Sentirán lo mismo, aunque sea miércoles por la tarde o jueves por la noche? Cuando grabo el programa, también siento que ese oyente al que no conozco me hace compañía a mí.

Autoidentificación o fraude

Hará un par de años, antes de que pariera su séptimo o decimosexto hijo, que ya he perdido la cuenta, se descubrió que Hilaria Baldwin, la autodenominada mallorquina esposa de Alec Baldwin, ni era mallorquina ni sus padres tenían la menor relación con Mallorca ni le habían dado para desayunar sobrasada ni ensaimadas de niña. A Hillary Lynn Hayward-Thomas, nacida en Boston, Massachusetts, le había parecido más exótico y colorista decir que era mallorquina, porque decir que era de Boston se le hacía bola o algo. Cuando se descubrió el pastel, ella, ni corta ni perezosa, dijo que desde siempre se había identificado con Mallorca y sus gentes y que, aunque no hubiera nacido allí, se sentía más próxima a la cultura de allí que a la de Estados Unidos. Hoy sigue dando la tabarra, hablándoles en español (que no en mallorquín, que ya puestos se podía esforzar un poquito) a su numerosa prole y practicando yoga hasta cuando cocina "tumbet". La mentira de Hillary Lynn Baldwin es hasta cierto punto inofensiva. La mujer no debe de estar muy bien de la cabeza, pero oye, mientras no arrastre en su fantasía a su caterva de niños y *nannys* y se limite a escuchar una *playlist* con Tomeu Peña a la cabeza de cuando en cuando, no hace daño a nadie.

El caso de la recientemente fallecida Sacheen Littlefeather o Marie Louise Cruz, como se llamaba realmente, plantea cuestiones más complejas. Cuando en 1973, Marlon Brando ganó el Óscar por *El Padrino*, decidió rechazarlo y envió a Sacheen a dar un discurso sobre el indigno tratamiento que el cine de Hollywood había dado a los nativos norteamericanos. Como el discurso de Brando era de nueve páginas y los organizadores le habían advertido que solo disponía de un minuto, en caso de que Brando saliera premiado, cuando Sacheen subió al escenario, vestida con un traje étnico y peinada con trenzas, pronunció unas palabras, hoy legendarias, que la consagraron como activista de los derechos de las naciones nativas americanas. Recuerdo de niña haber visto en televisión ese momento y escuchar a mis padres comentar el suceso con enorme admiración, ya que adoraban a Marlon Brando. Lo que las cámaras no recogieron fue la airada reacción de John Wayne, que pretendía subir al escenario para atacar a Sacheen y tuvo que ser sujetado por los agentes de seguridad de la ceremonia. La Academia de Hollywood se disculpó hace dos años, antes de su muerte, con Sacheen por el trato que le dieron durante la ceremonia. Ella pronunció un emotivo discurso, fue la última vez que apareció en público.

Hoy sabemos que Sacheen no era de origen nativo americano, sino que era mejicana y la mayoría de las historias que contó a la prensa sobre su infancia y su pasado no eran verdad. Era una aspirante a actriz que se obsesionó con la figura de los nativos, que se dio cuenta de que siendo mejicana no iba a llegar muy lejos en Estados Unidos, que conoció a Brando (muy sensible a las cuestiones indígenas) a través de Francis Ford Coppola y que ambos planearon la acción por una buena causa. Cuando vemos hoy la estudiada dignidad con que Sacheen rechaza el Óscar que intenta entregarle Roger Moore ante la mirada estupefacta de Liv Ullman, pienso que el mundo perdió una buena actriz y ganó una falsa activista. Nada bueno sale de renegar de tus orígenes.

Bailad sobre mí

Nos hacemos tantas películas en la cabeza en la pantalla negra de nuestras noches blancas. Tantas. Son las cinco de la mañana y ya sé que no volveré a dormir. Me he despertado con el ruido de los vecinos de la habitación de al lado, en este hotel donde paso la noche. Oigo voces de dos hombres. Borrachos. Hablan en un idioma eslavo, no sé cual. Discuten en voz alta. Luego ríen. Luego follan, suspiran, gimen, no demasiado rato, gracias a Dios. Luego se duchan. Ahora roncan. Todo esto en cuarenta y cinco minutos que me han parecido cuatro horas. En la calle, hay trabajadores del ayuntamiento que riegan la calle. Me gusta que las calles estén mojadas por la mañana. Desde mi habitación los veo con sus uniformes amarillos, concienzudamente mojando las aceras, me hacen pensar en *Taxi Driver*, cuando Travis sueña con una lluvia que limpie las calles de toda la escoria. ¿Qué hacen cuando llueve los que riegan las calles con mangueras? ¿Travis y yo compartimos la misma idea de escoria?

He pasado una hora leyendo noticias truculentas de todas partes en el móvil. Todo es un horror. Casi todo. Un horror. Ahora paso otra hora en Instagram hasta que me canso de ver vídeos de artistas que hacen cosas inauditas con plumas o con flores o con trocitos de cristal y arrojo el teléfono sobre la cama. Vuelvo a cogerlo, se me ha olvidado reenviar uno de los vídeos de las plumas. Ay. Otros veinte minutos. Una vez más tiro el teléfono en la colcha. Cojo el libro de la mesita de noche. Linn Ullmann, *Los inquietos*. No encuentro el punto donde lo dejé anoche. Abro el libro por las páginas donde Linn Ullmann cuenta cómo cuando era una niña iba con su padre Ingmar Bergman en el coche. Su padre conducía. Al lado del padre, su hijo Daniel, de diez años. Detrás Linn, que tenía cinco años. El padre mira a las mujeres que pasan y las puntúa de cero a diez. Anima al hijo a hacerlo. El padre da ocho puntos a una mujer que cruza ante ellos con un cesto, el niño, siete. El padre insiste en que es más bien un "ocho". El niño no da su brazo a torcer.

La niña del asiento de atrás no dice nada. Y a mí, leyendo el libro de Linn Ullmann, intentando conciliar la imagen que tengo en mi cabeza del sueco que dirigió *Persona* con esa especie de tipo resabiado, resentido y frío que pinta este magnífico libro, me va a estallar la cabeza. Me levanto de la cama a buscar un ibuprofeno de seiscientos gramos, de esos que ya no venden.

"No temo a la muerte sino a los prolegómenos" dijo Leonard Cohen, y lo pienso mientras escucho a Claude Nougaro (que he puesto con el volumen a tope como fútil venganza contra los vecinos que me han despertado y que ahora roncan), que escribió una canción que se llama "Dansez sur moi" (Bailad sobre mí) donde dice que las bodas son fuegos de artificio y los funerales, fuegos de paja. La escucho y no puedo evitar pensar en la muerte y me pregunto si la temo y sí, claro que la temo y sé exactamente por qué la temo: porque cuando morimos ya no podemos rectificar.

Benidorm no se acaba nunca

Es una ciudad chicle que crece y decrece, que muta y cambia y se hace poética y mundana y sofisticada y chabacana. Es joven y viejuna y hasta *vintage* por momentos (que vendría a ser como viejuna pero con clase). Es una tierra paradójica y amable y ancha y ajena. Es esquiva al principio y abierta a la que le das una oportunidad. La he fotografiado siempre en invierno, no la he visitado en otra estación. De hecho, la temo en otra estación. No me considero en absoluto "fotógrafa". Hago fotos. Robo momentos para evocarlos más tarde, en historias, en secuencias, en

fragmentos de películas. Tengo álbumes clasificados por temas: "Parejas en bancos", "Gente durmiendo en lugares *random*", "Miradas asesinas", "Final de trayecto", "Belleza robada", "Niños y gatos", "Inicio de una historia", "Viento y épica natural" y así… Como en tantos aspectos de mi vida, no en todos, soy pragmática. Las hago siempre con el iPhone (estas están hechas con el iPhone Pro 12 Max). Tuve cámaras en el pasado, pero me las robaron y las que no me robaron, las regalé. Hacer fotos con el iPhone te da la posibilidad de estar alerta, de no juzgar lo que ves, de encuadrarlo de la manera más neutra posible, de capturar momentos que, de otro modo, se escaparían. Vivo para esos momentos: la pareja que se besa en un mirador mientras se hace un *selfie*, sobreactuando una felicidad que quizás incluso sienten, la mujer que se refugia bajo una pamela en la biblioplaya para devorar *Semana*, la espesa niebla que cubre los rascacielos y te hace pensar en un set de *Dune*, los ubicuos cochecitos en los lugares más insospechados, las salas de espera con mobiliario salido de una película de Roy Andersson.

Benidorm es una amalgama de lugares y no lugares, de tópicos y paradojas y sorpresas, de cielos furiosamente azules y de atardeceres apabullantes.

Es un festín para entrenar la mirada. Un festín que recomiendo.

Cansinamiento

Ya me imagino al sin par Álex Grijelmo con una mueca de repugnancia ante el término que titula este artículo, pero no se me ocurre otro como no sea "hastío", pero no sé si el hastío contiene todo lo que siento, lo que creo muchos sentimos. Cansinamiento: sensación de ir en una bicicleta estática con una instructora que te grita consignas en un idioma que no conoces para conseguir llegar a ningún sitio, mientras contemplas como otros te miran perplejos porque saben tan poco como tú. Cansinamiento: mezcla de cansancio y hastío con toques de rabia reprimida y algo de bilis almacenada. Cansinamiento: cuando por muchos esfuerzos que hacemos para estar bien, nos sentimos a merced de variables que no podemos controlar ni siquiera entender.

El cansinamiento te deja sin energía para discutir y, lo que es peor, te deja sin sentido del humor: te dejan de hacer gracia las guasas que siempre te salvaban el día o la tarde. No es divertido. Te vuelves cansina para ti misma. Te sumerges en una especie de apatía gaseosa desde que se te quitan las ganas de opinar: estás en ese estado en el que ya no sabes ni que opinas, si es que alguna vez tuviste opinión. No tienes ganas de sacarle punta a las imágenes que en otro momento hasta te hubieran noqueado: un amigo te envía una fotografía de una mujer haciendo *striptease* con mascarilla en un *cabaret* de Polonia ante un público de hombres también con máscara. La imagen ni siquiera es ya chocante: las mascarillas ni siquiera acentúan lo grotesco de la fotografía, solo la tristeza de toda la situación, esos rostros tapados que miran unos pechos al aire. Es muy raro, aunque ahora ya todo lo es. Lo que sabemos, lo que no sabemos, lo que los expertos dicen, lo que otros expertos contradicen. Las cifras, otra vez las cifras, esos números invariablemente engañosos con los que quieren ("ellos", esa entelequia) que hagamos esto o lo otro o que dejemos de hacer aquello, cuando lo único que queremos es un poquito de claridad y agua fresca del botijo, expresión que escuché una vez en un bar de Almagro y que desde entonces significa para mí una meta muy querenciosa. Otra cosa que escuché, esta vez en una terraza en Barcelona: "Al próximo que me pida un test de antígenos, le doy con la mano abierta".

Ahora me sorprendo leyendo novelas decimonónicas, viendo películas que hablan de cosas que ignoraba (como la excelsa *Summer of Soul*), escuchando música barroca, cocinando sopas contundentes y especiadas, siguiendo la actualidad de países a diez mil kilómetros del mío, y sé que detrás de todo eso hay una pulsión escapista y cobarde: no enfrentarme otra vez a esta realidad de bordes desdibujados que me supera, me convierte en una ameba y me hace sentir eso que yo llamo cansinamiento, cuando lo único que quiero es algo de claridad y mucha agua fresca del botijo.

Cisnes de toalla

Llegar a la habitación de un hotel tras un largo viaje tiene estas cosas: que sobre la colcha de la cama, como mudos testigos de tu extrañeza y de tu cansancio, a veces encuentras toallas modeladas como cisnes, palomas o flores. Hay algo de inocente y tierno en estas formas, te imaginas perfectamente a la mujer (normalmente es una mujer) que, tras limpiar concienzudamente la habitación, haciendo desaparecer las huellas de los últimos huéspedes, se dispone a dar la bienvenida a los nuevos con estas figuras que inmediatamente son destruidas para ser utilizadas para su función primigenia: secar.

El arte de hacer figuras con las toallas se llama toalloflexia y nació con la invención de la toalla en el siglo XVII en Turquía, en la ciudad de Bursa. Las toallas eran entonces meros pedazos de tela de algodón o de lino tejido que se llamaban "pestamel". Estos mantos cubrían todo el cuerpo. Su uso era típico en los baños turcos ya que se mantenían ligeros al mojarse y eran bastante absorbentes. En el siglo XVIII se añadieron aros en los bordes y decoraciones bordadas, práctica que ha durado hasta hoy. Aunque la expresión "tirar la toalla" se utiliza en el boxeo y en la vida cuando abandonamos un proyecto, su origen no es deportivo, sino que se remonta a la época de los romanos. Durante la época de los romanos, en los combates entre gladiadores, los espectadores portaban pañuelos para secarse el sudor. Si un gladiador estaba herido y no podía continuar la pelea, podía señalar con un pañuelo y pedir clemencia al juez o al emperador, según el caso. Si ellos tiraban sus pañuelos al suelo era la señal de que la pelea había terminado. No sé por qué estas escenas en la arena de gladiadores y emperadores me aterran en las películas. Recuerdo con terror a Peter Ustinov como Nerón, moviendo caprichosamente el dedo arriba o abajo y condenando así la vida de gladiadores o cristianos. Esa arbitrariedad con la que se decide la vida o la muerte de alguien siempre me ha dado miedo. Durante años he tenido una pesadilla recurrente: corro una maratón en un circo romano y todos corren mucho más que yo, que me quedo cada vez más rezagada y tengo la convicción de que, si no avanzo más rápido, alguien decidirá dar paso a los leones para que me devoren. Y este sueño me remite indefectiblemente a las figuras hechas en toalla, ignoro absolutamente el porqué: cuando entro en una habitación de hotel y las veo sobre la cama, me vienen siempre a la mente ráfagas de imágenes del universo de los circos romanos, fanfarrias aterradoras, rugido de leones. En una de mis películas, *Nieva en Benidorm*, un cisne de toalla obsesiona al protagonista: es el símbolo de todo lo que se le escapa a ese británico melancólico que se pierde en Benidorm buscando a su hermano. Muchas personas vieron en ello un detalle kitsch que se perdía en el paisaje aún más kitsch de Benidorm, pero para mí los cisnes de toalla eran un poderoso recordatorio de que vivimos en un mundo donde todo es arbitrario, donde vivir o morir solo depende de un giro del destino, en un mundo donde hay

muchas cosas que no tienen ninguna explicación por más que nos empeñemos en crear un relato que las justifica. Y, sin embargo, parecemos estar programados para buscarle las explicaciones a todo, nos remontamos a la historia para decirnos "claro, si es que esto se debe a esto y esto otro y lo de más allá". Nos iremos de este mundo sin tener ni idea de cómo llegamos a él ni de por y para qué, y sin que esa ignorancia nos haya impedido disfrutar a ratos de la vida. Nunca sabremos por qué alguien un día decidió modelar las toallas como flores, corazones o cisnes. O cisnes en forma de corazón, que también los hay.

Comer de lujo (tranquilo)

Todo el mundo habla de "lujo tranquilo". El término describe un tipo de lujo que pretende pasar desapercibido al primer golpe de vista: el *antibling-bling*. Pensemos en marcas como The Row, Jil Sander y Loro Piana. La estética no incluye logotipos aparentes, tendencias de corta duración o piezas llamativas que hagan ostentación de riqueza. Es difícil decir por qué las redes sociales se han obsesionado tanto con este tipo de tendencia, pero después de una temporada de colaboraciones y colecciones repletas de logotipos, el cambio es un soplo de aire fresco. Se empezó a hablar de "quiet luxury" cuando en la temporada 4 de *Succession*, Tom critica a Bridget por llevar un bolso gigante de Burberry (2.890 euros). Sin embargo, en la serie, la comida no es especialmente "tranquila" ni "lujosa". La comida en *Succession* no está para comer, está para impresionar, hacer bonito, actuar a modo de metáfora de lo que quieren o desean o les falta a los personajes.

En un episodio típico de *Succession*, la comida está por todas partes, como complemento a la trama y las intrigas que forman la columna vertebral de la serie. Los pasteles se alinean en las mesas de conferencias, en las salas de reuniones de Waystar Royco, los platos de canapés flotan en la pantalla en las fiestas, los desayunos bufet se sirven sobre la impecable mantelería blanca de restaurante. Sin embargo, considerando la cantidad de comida en exhibición, es raro que alguna vez veamos a los personajes más ricos, como Kendall, hacer algo tan exponencialmente humano como comer.

¿Cuál sería el equivalente en el mundo de la gastronomía de este concepto?

De entrada, lo que no es "lujo tranquilo" para mí está claro: los menús de treinta y dos platos y cinco postres que algunos restaurantes de tres estrellas se empeñan en seguir haciendo: no hay jugo gástrico ni estómago que lo aguante. Si a esos menús le añadimos maridaje con vinos diferentes, tenemos el paisaje ideal para una tormenta perfecta: resaca y gastritis.

Afortunadamente ya hay muchos cocineros que tienen piedad de sus comensales y trabajan en consonancia. Jesús Sanchez (Cenador de Amós), Quique Dacosta, los Hermanos Torres, Fina Puigdevall (Les Cols), todos ellos son muy conscientes de que ofrecer un festín creativo y mágico a sus comensales no está reñido con el equilibrio y la mesura. Es hora de acabar con la idea de cuanto más mejor: el reto de un cocinero hoy en día es sorprender con la sencillez, sin florituras inútiles, sin barroquismos estragantes.

Escribo esto en Roma, en el *hall* de un hotel legendario de cinco estrellas. En mi última visita, hará veinte años, el hotel poseía un innegable encanto decadente que hacía posible evocar la época remota en que albergó a huéspedes como León Tolstoi o Pirandello. Hoy, una araña descomunal, blanca y azul preside el salón y cada tarde luces rojas y verdes cambian al compás de

una música disco, que inunda el ambiente con su barata cadencia machacona. Sobre las siete, se anuncia el *sabrage*, el corte con sable de botellas de *champagne* que los turistas americanos y chinos se esfuerzan en filmar con sus teléfonos, en medio de una serenata de *ohhhhs* y *ahhhhs* y *wooooows*. No tengo nada contra la apertura de botellas de *champagne* en cualquiera de sus formas, pero la ostentosa obscenidad del espectáculo me choca.

Salgo a la calle con Reed, mi pareja, intentando esquivar a las hordas de turistas que invaden la ciudad: mochilas, *segways*, grupos siguiendo a un guía con paraguas o pañuelo o hasta megáfono, familias numerosas que vienen del Vaticano. Pasamos por un clásico, la salumería Roscioli, antaño desconocida, hoy con colas de espera de tres horas. Pasamos por *trattorias* abarrotadas buscando simplemente un lugar tranquilo. A dos calles de Roscioli, en un pasaje escondido, lo encontramos: un lugar diminuto con dos mesas en la calle, especializado en pescado. No hay nadie. Nos sentamos. Carta corta, precios razonables (para Roma), servicio amable. Pedimos una *Zupetta*. Dos copas de Franciacorta.

Y nos sorprenden con una bullabesa a la italiana con gambas frescas y calamares, deliciosa. Este mediodía de sábado en una esquina de Roma, por pura casualidad, nos hemos encontrado con el epítome del "lujo tranquilo" en el lugar menos pensado.

Conectados y solos

Me peino, intentando inútilmente que mi pelo presente un aspecto presentable. Toso. Respiro, me concentro, enciendo la cámara. Empiezo a hablar mirando el objetivo. Dos frases, me quedo en blanco. Repito la operación. Consigo decir tres frases esta vez. Vuelvo a callarme. Sé lo que quiero decir, conozco al dedillo la materia y, sin embargo, una apatía paralizante me hace callar. Es como si un vago desaliento me silenciara. Como si, de salida, supiera que, diga lo que diga, nada va a calar en mi interlocutor, nada traspasará la maldita cámara del ordenador ni llegará a su pantalla, por más elocuente que me muestre, por más energía y convicción que le eche a mi discurso. Este fenómeno me pasa mucho últimamente, cada vez que me piden un vídeo de apoyo o de explicación, o un enésimo Zoom, el sentimiento de soledad ante la cámara me asfixia y las palabras se empeñan en no salir. Como si mi cerebro reptiliano me estuviera recordando que no somos seres diseñados para lidiar con reflejos de otros seres en una pantalla, que eso es después de todo, tan solo un simulacro. Como ya preveía la autora Sherry Turkle (profesora de ciencia y tecnología en el Massachusetts Institute of Technology) a lo largo de sus últimos ensayos, estamos sacrificando la conversación por algo a lo que con harto esfuerzo podemos calificar de conexión. Estamos abandonando el cara a cara, la lectura del otro a través de sus gestos, silencios, microexpresiones, temblores, tics. La conversación no solo es necesaria para entenderse, también para construirse, para saber dónde estamos, quiénes son esos que tenemos enfrente o al lado. Y quiénes somos nosotros respecto a ellos. Veo a grupos de adolescentes en un banco de un parque y solo veo nucas inclinadas hacia una pantalla de teléfono y cuando levantan la mirada es solo para advertir al de al lado de que le acaban de enviar un vídeo, un mensaje, si es que levantan la mirada para hacerlo. ¿Cómo vamos a saber qué pensamos de las cosas cuando tras horas de pretendidas comunicaciones, nos sentimos más vacíos que cuando empezamos? ¿Cómo no sentirnos solos en un mundo en el que hay días en los que apenas hablamos con nadie porque solo enviamos textos o mensajes de voz o gifs o memes o emojis, por muy simpáticos y ocurrentes

que sean estos? Las interacciones en el mundo real, asediado por la incertidumbre de la pandemia, se van haciendo más y más raras y las consecuencias de este aislamiento, de esta nueva clase de soledad son impredecibles. Porque es una soledad en una falsa compañía. Una cómoda compañía que no nos desafía, ni nos molesta ni nos acompaña verdaderamente. No nos volvemos más listos ni más empáticos ni más sabios encadenando un Zoom tras otro, vocalizando palabras huecas ante la cámara del teléfono. O pasando de una página a otra buscando algo que no sabemos qué es y que nunca encontraremos porque no está allí: un fulgor de verdad, un soplo de aire, una bofetada de realidad.

Cosas que nunca te dije sobre Tokio

Muchas veces me has preguntado, amigo lector, qué tiene Japón para gustarme tanto. Yo te respondo casi siempre con cuatro tópicos que te dejan tranquilo y que a mí me permiten reservarme cosas que he visto, vivido y sentido en este país que, cuanto más conozco, más quiero. No te he dicho cuánto me gusta el letargo del desfase horario, que aquí adquiere la dulzura de las páginas de Yasunari Kabawata. Tampoco te he hablado del sonido furioso y constante de las cicadas en verano, que son capaces de hacerse oír hasta cuando llegas a la habitación del piso 32 de tu hotel. En la habitación: la disposición y forma de las toallas, una para cada parte del cuerpo. El ligero olor a menta y limón de las sábanas. La ventana que no se puede abrir y que en cualquier otro lugar del mundo sería claustrofóbica y que aquí es una pantalla silenciosa desde la que ver sin participar del estruendo de trece millones de almas respirando al unísono. La alegría desbordante e infantil de la gente comiendo en los *izakayas*. La elegancia del gesto de una mujer que se recoge la manga del kimono para servir sake en diminutas copas de cerámica negra mate. La cara intensamente triste de una adolescente vestida de rosa comiendo patatas fritas del McDonald's con palillos en una esquina de Takeshi Dori. El color ligeramente ocre del arroz avinagrado que utilizan los maestros de *sushi* tradicionales. Los paraguas para protegerse del sol que llevan las mujeres de piel nacarada. Los cuervos. Los cuervos graznando por encima de los billones de cables que atan la ciudad como las cuerdas de las fotos de Araki marcando la piel desnuda de mujeres frágiles de mirada fiera. La piel gastada de las manos de un maestro de *sushi* amasando cada bola de arroz con aéreo gesto de prestidigitador. Las botas de agua de los cocineros de los puestos de ramen que derraman el líquido de la cocción de los fideos en el suelo. El olor dulzón y penetrante del *curry* japonés. Las mujeres que se tapan la boca cuando ríen. Las flores blancas que día tras día y año tras año coloca en la puerta de su bar diminuto en Koenji el dueño de un establecimiento enamorado de Francia. Las inmensas librerías. La gente que lee en el metro, en los cafés, en el tren, en los parques, en la calle. El orgullo de los ancianos dirigiendo el tráfico en los *parkings*. Los callejones de Shimokitazawa. La gente sentada en cajas de cerveza bebiendo cerveza en los callejones de Shimokitazawa. Los cafés donde solo se escucha música clásica con altavoces de madera construidos a mano. Los canales secretos que cruzan la ciudad. Los bambús desmesurados que crecen a los lados de las autopistas. Los hombres que regalan ballenas hechas de origami a los turistas. La inmutable aceptación de que un día como hoy llegará el gran terremoto que acabará con todos los terremotos y todo esto será tan solo una colección de recuerdos empapados de melancolía.

Cuatro cosas

Por azares del destino, he tenido que escribir una serie de lecciones que destilaran todos los conocimientos que he ido adquiriendo en mi vida de cineasta y eso me ha empujado a preguntarme a mí misma qué es lo que realmente he aprendido en la vida en general. Cada equis tiempo me da por estas cosas: quién soy, qué he aprendido, adónde voy, qué quiero, qué olvidé que quería, qué tengo que cambiar antes que sea demasiado tarde, por qué tragos ya no quiero pasar… Lo cierto es que, si soy honesta conmigo misma, tampoco es que sea para tirar cohetes. En todo este tiempo vivido, me parece que tendría que tener las cosas más claras, las ideas menos difusas. No creo que estas cuatro cosas sean pilares de sabiduría ni oráculos ni nada, y doy por supuesto que mucha gente habrá aprendido —por su propio bien— muchas más de cuatro. Ingenuamente pensé que a estas alturas tendría todo mucho más claro: me equivoqué.

Una de las cosas que considero importantes (y que, por desgracia, no aplico lo suficiente) es no demorarse demasiado en pedir disculpas o perdón cuando has hecho daño a alguien. Y añado a esto: da igual si no querías herir, da igual si has sido malinterpretado, si a alguien le ha herido algo que hayas dicho o hecho, no tardes en decir que lo sientes. Si me apuras, hasta da lo mismo que no lo sientas. Creo que muchos conflictos podrían evitarse si el tiempo de reacción de las personas para tragarse el orgullo se acortara. Que tragarse el orgullo no es indigesto, sino pragmático.

La segunda cosa importante: recuerda que eres mortal. Y recuérdalo en más de un sentido: para arriesgarte, para ser generoso (y evitar ser el más rico del cementerio), para meter la pata, para reírte de ti mismo, para no tener miedo a hacer el ridículo, para decir ¿por qué no? en vez de no. Y recuerda que todos somos mortales, todos. Hasta Mozart. Hasta Nick Cave.

Una tercera cosa: casi todo está sobrevalorado: el esfuerzo, el trabajo, el amor, la *pizza*… Las hipérboles a la hora de calificar las cosas (estupendo, fabuloso, fenomenal, genial) nos dejan siempre con una extraña sensación de vacío. Como si todo fuera un simulacro que nos decepciona indefectiblemente. Vivir sin expectativas o sin demasiadas expectativas no es fácil, pero a la larga compensa, diría yo. Se evitan muchas desilusiones.

Y la última cosa va del olvido. He olvidado muchas cosas y a muchas personas y es mejor así. ¿Cómo pude convencerme alguna vez de que saber la filmografía o la bibliografía de determinados autores me iba a servir para algo? ¿A santo de qué? Toda esa sopa de nombres raros que han pululado por mi cabeza tanto tiempo. Esas cronologías que en su momento me parecieron fundamentales (¿el orden de la publicación de los libros de Patrick Modiano le importa a alguien?). O ¿tiene algún sentido recordar los nombres de personas que no hicieron sino fastidiarme la vida todo lo que pudieron?

Olvidar puede ser sanísimo, a ver si me acuerdo.

De vuelta

Hay momentos en que hasta me hace gracia estar de vuelta de muchas cosas. Cuando alguien por enésima vez intenta explicarme algo que yo he argumentado por activa y por pasiva desde hace décadas. Cuando siento que no hay tantas cosas que me produzcan una ilusión extática y desmesurada (eso a veces me entristece). Cuando veo que todo lo que he defendido a lo largo de

mi vida y mi carrera es vilipendiado e insultado por algún mequetrefe descerebrado que ni siquiera sabe quien soy o qué he hecho. Cuando me veo escuchando y viendo cómo copian sin ningún reparo cosas que he escrito y he filmado, sin citar la fuente y encima copiándolo mal, que ya tiene delito (cuento aquí todas las veces que he recibido cortos y manuscritos titulados "La vida sin mí"). Supongo que es inevitable en la vida de un autor que cuando has desarrollado una larga carrera te salgan detractores y falsos admiradores y exégetas exagerados y personas que se toman demasiado en serio cosas que ni tú misma te tomas en serio. Sé que ese escaparme continuamente de clasificaciones y etiquetas y cajitas tiene un precio, aunque no sé dónde está escrito que todas las cosas buenas de la vida tengan que tener un precio. Supongo que es de las pocas cosas que he conseguido: soy consciente del trabajo que he realizado y a la vez soy capaz de reírme de mi sombra, algo que aconsejo siempre que puedo y tengo ocasión, y es probablemente el mejor consejo que puedo dar para mantener el equilibrio y la salud mental. Las personas que se toman demasiado en serio acaban siendo parodias de sí mismas, como los personajes de un gran guiñol, triste solitario y final. Como Norma Desmond acercándose a la cámara de Erich Von Stroheim al final de *Sunset Boulevard*.

Pero lo cierto es que, aunque no quiera, estoy de vuelta. De muchas cosas. De las palabras vacías, refritos de otras palabras no menos vacías. De los discursos huecos. Del buenismo pero también del "malismo", esa infantil obsesión por enaltecer a los malos de la película. De los que descubren la sopa de ajo, haciéndola pasar por crema de tupinambur. De percibir el miedo general a decir lo que se piensa y disfrazarlo de palabras rimbombantes que solo esconden la falta total de criterio propio y las ganas (que en otro tiempo yo tuve) de que te acepten, de pertenecer. De todas esas cosas que constituyen el 95 por ciento de lo que escuchamos en los telediarios y leemos en los periódicos. A veces escuchando o leyendo ciertas cosas, me sorprendo interpelando a una pantalla o a una portada de periódico con un silencioso "¿pero estáis tontos o qué?". Sé que voy a ser una vieja cascarrabias y deslenguada y ya me relamo con el momento en que no solo podré decir que estoy de vuelta, sino que mi "¿pero estáis tontos o qué?" resonará atronador en las calles de mi castigada ciudad, donde la gente se llena la boca con ese gran concepto de la "libertad de expresión" mientras queman magnolios (ya se han aburrido de los contenedores), roban chándales de Versace o patinetes eléctricos o tabaco o no hacen el mínimo esfuerzo por entender qué es la libertad y qué es la expresión.

Podría decir que estoy de vuelta o también podría decir que estoy harta. Igual la hartura conoce límites y estar de vuelta no. En todo caso, si escucháis una voz trémula, algún día en cualquier esquina, gritando ¿pero estáis tontos o qué?, seguramente seré yo.

Días sin huella

Es una película de Billy Wilder. Y un disco de no recuerdo qué grupo ochentero. Es la sensación de patinar por la superficie de la vida sin dejar rastro, sin que nada permanezca. Es mirar el devenir de las cosas como si no te pertenecieran ni tú a ellas. Es cansancio. Es agotamiento. Es un sentimiento difuso de pedalear en una rueda que no mueve ningún molino, que no mueve nada salvo a ella misma, mientras te debates entre dejar de pedalear y hacerlo con más ahínco. O quemar la rueda. Es mirar un lago helado y no desear tirar una piedra y ver cómo el hielo cruje y se rompe. No desear, sobre todo no desear. No arriesgarse. No preguntarse nada. No ansiar. No

sentir urgencia. Es el vértigo de una gallina sin cabeza ante el zorro al que no ve. Es un rompecabezas sin dificultad, unos tallarines de sobre, melocotón en almíbar, sonrisa automática, mantenga la distancia, vigile sus pertenencias. Una voz grabada en un *parking* completamente vacío.

Hay días así, jornadas enteras que no recordamos, que pasan como un suspiro pero que se sienten pesadas. Jornadas sin sonreír. Sin intercambio. Momentos en los que captamos nuestro reflejo en el espejo, máscara en la cara, rodeados de más individuos enmascarados y una ola de extrañeza sigue invadiéndonos: no, nunca me acostumbraré, nunca, aunque haga como que sí, aunque intente pensar en ello como un mal menor.

Hay algo de necesario en estas jornadas en las que no nos pasa nada, en estas jornadas olvidables e intercambiables, jornadas proclives a la asepsia y a la amnesia. Quizás por contraste valoremos más los acontecimientos memorables, las risas, las alegrías, las sorpresas. Quiero creer que, si las horas estuvieran salpicadas de belleza y excitación y cambios, igual no las valorábamos, ni las viviríamos igual. Quiero creer.

Siempre me sorprende que, en las películas policíacas, la gente, los que son interrogados, recuerde nimiedades que acaecieron semanas atrás, meses. Lo que desayunaron, a qué hora salieron de casa, con quien se cruzaron, qué pensaron de ese individuo con bigote con el que subieron al ascensor… ¿Cómo lo hacen? ¿Acaso el guionista recuerda estas cosas en la vida real? ¿Soy yo la única sonámbula? ¿La única que solo recuerda raramente los destellos de las cosas, ese fulgor? Seguro que no. Quizás por eso nunca he escrito una escena de interrogatorio. Ni he pensado en hacerlo.

Me gustaría creer que somos muchos los que tenemos esos días que ningún escritor relatará, que no aparecerán en ninguna película, en ninguna pieza de teatro. Porque todos queremos de algún modo brillar y recordar y que nos recuerden. Vivir con sus vaivenes y sus subidas y bajadas y curvas y caminos de piedra. ¿A quién le interesan los senderos que no van a ninguna parte?

Los días sin huella se suceden, monótonos e impasibles, mientras esperamos que algo pase. Quizás algún día eche de menos esta levedad, esta nada.

El mundo según los romanos

El taxista nos pregunta entre hastiado y desconfiado dónde vamos. Se lo decimos, musita un OK por lo bajo. Entramos. Hemos pillado un taxi de milagro. Estamos cansados. No de andar sino del ruido y de la gente. Hay gente por todas partes, hasta en los lugares más insospechados. Hace un calor espantoso para ser otoño, pero eso no detiene a las hordas de turistas que han tomado la ciudad y que la patean en grupos cada vez más grandes, en patinete, en *segway*, con guías sonoras colgadas al cuello, mochilas repletas de agua, barras energéticas y una moral a prueba de bomba por ver cada monumento, cada catacumba, cada trozo de ruina, cada piedra y no perderse nada. No hay lugar en las terrazas para tomar un café con tranquilidad, es imposible. Y ya no es solo el centro histórico, el Trasteveré, la *isola* Tiberina, los barrios periféricos… La ciudad ya no pertenece a sus habitantes. ¿A quién pertenece? En la radio comentan la ruptura sentimental de Meloni. El taxista no entiende que la primera ministra lo haya anunciado por Instagram, dice que estas cosas no se hacen así. Que las cosas se hablan, aunque la pareja de Meloni era un pieza de cuidado. Eso de intentar ligarse a las ayudantes de su mujer, vaya *stronzo*. Y corrupto. ¿Qué le

parece ella como política? No habla de política en el taxi, dice. Y, además, él no vota. Hace años que no vota. Tampoco habla de fútbol. Avanzamos con mucha lentitud, el taxista nos señala unas obras que se tenían que terminar hace cinco años: han anunciado que se tardarán otros cinco años mas. Roma es así, dice. Y no le extrañaría que en diez años tampoco se hubieran terminado. Tampoco han subido las tarifas fijas para ir a los dos aeropuertos, ¡es un verdadero escándalo! Pasan corriendo tres frailes jovencitos con gafas los tres. Vaya pájaros, comenta el taxista. A estas alturas, hacerse fraile, pasarse la vida rezando, a quién se le ocurre. Aunque mejor eso que drogarse. Cuando Roma era Roma, se acuerda de los inviernos en la ciudad, todavía nevaba cada diciembre y veía a los frailes caminar por la nieve con las sandalias enterrándose en ella. Le digo que me considero afortunada porque un invierno hace muchos años estuve en el Pantheon y la nieve caía por el agujero del techo y no había nadie. Ahora hay colas de dos horas y hay que pagar para entrar. También hay que hacer cola en las heladerías, en las pizzerías, en las salumerias que se hacen famosas nadie sabe muy bien por qué. Un grupo coreano visitó hace poco una pastelería y se hizo unas fotos comiendo *cannoli* y ahora los turistas coreanos lo primero que hacen al llegar a la ciudad es ir a esa pastelería a hacerse fotos, cuando encima, exclama indignado el taxista, los *cannoli* ni siquiera son romanos. Hace veinte años a nadie se le hubiera ocurrido hacer cola para comprar un *panino* con *porchetta* o un helado o un *cannoli*. No había nadie en la Piazza Navona y el Campo dei Fiori era una verdadera plaza de mercado y no ese despliegue de especies en bolsas de celofán, *limoncello* de garrafón y delantales made in China impresos con los genitales del *David* de Donatello. La gente debería quedarse más en sus casas, dice. ¿Sería eso justo? ¿Roma solo para los romanos? ¿Cómo se decide a quién se le deja entrar en Roma y a quién no? ¿Ponemos test en los aeropuertos y estaciones? ¿Solo pueden visitar la ciudad los que hayan visto todas las películas de Passolini, hayan leído a Marco Aurelio y distingan entre *penne*, *macheroni* y *rigatoni*? Eso tampoco, dice el taxista. No, claro que no. ¿Entonces? Entonces, suspira, nos resignamos, los turistas tienen que hacer el turista, los políticos prometer cosas que todos sabemos que no cumplirán, los coreanos comer *cannoli* sicilianos sin saber que son sicilianos, los frailes rezar. Y los taxistas romanos conducir y refunfuñar. Sí, dice refunfuñando divertido, así es.

El porqué de los suspiros

Me fascinan las personas que dedican su vida a la investigación. Yo quise ser una de ellas y fracasé estrepitosamente. Tras pasarme dos años en una hemeroteca (hablo de la era preinternet, por supuesto) y otro año en archivos de ayuntamientos de Aragón, haciendo acopio de documentos sobre las comunidades libertarias durante la Guerra Civil, una mañana dejé de engañarme a mí misma y me enfrenté a la realidad: a mí lo que me gustaba más que investigar, era inventar. Fantasear, crear, recrear. Romantizar. Lo cierto es que fue un profesor de la Facultad de Historia el que me lo dijo, tras leer un texto que escribí sobre la comunidad de Graus (Huesca), quizás la más armónica de las que se crearon en ese período: "Coixet, dedíquese a la ficción porque esto que me trae es una invención de usted, porque de dónde saca esto de que los de Graus tuvieron siempre nostalgia de ese escaso año y medio que duró la cosa? ¡Eso es una suposición de usted! No me puso mala nota, pero no volví a pisar un archivo. A veces yo sí siento nostalgia del olor a cerrado y del polvo, de esos lugares donde se refugia el pasado en medio de un caótico desorden y tú debes abrirte paso en él y descubrir ese testimonio que cambió el curso de ciertos acontecimientos de la historia. Pero no he vuelto a mirar atrás, aunque reconozco que el poso que

da haber estudiado historia, me marcó para siempre.

Hoy, a poco que uno navegue, Google te trae, sin que se lo pidas, investigaciones del más variado pelaje. Un grupo de científicos australianos ha dedicado varios años a certificar las aventuras sexuales de los cangrejos de Byron Bay, el lugar de moda, con ciertos tipos de botella de cerveza australiana. Otro grupo, este en Estados Unidos, ha concluido, tras dos años de conjeturas, que las tortugas de patas rojas, que bostezan una media de cinco veces cada hora, a diferencia de los humanos, no se contagian el bostezo entre sí. Unos estudiosos franceses, tras hacer el seguimiento de doce carteros a lo largo de varios meses, han llegado a la conclusión de que, con la ropa puesta, hay una diferencia térmica en el escroto humano: el lado izquierdo está ligeramente más caliente que el derecho. Una de las guerras más absurdas de la historia (que ya es decir) se produjo entre Bolonia y Módena (1325) a raíz del robo de un cubo de agua: de ahí que se llame "la guerra del cubo". Este conflicto, que ya dio en su día origen a numerosos textos, sigue proporcionando a los historiadores materia para seguir investigando y especulando, además de explicar la ancestral tirria que se tienen estas dos ciudades. Ahora existe una tesis, incluso, que afirma que la tirria venía de antes, pero todavía no se han puesto de acuerdo sobre el tema.

Hay una rama de la investigación que siempre me ha fascinado: la que investiga la naturaleza del suspiro. Se supone que suspiramos inconscientemente unas doce veces por ahora, para evitar el colapso de los alvéolos de los pulmones. Pues bien, un grupo de sabios ha invertido años y cuantiosos fondos en averiguar la relación entre el número de veces que una persona suspira y su propensión a pedir postre o renunciar a él en un restaurante. A mayor número de suspiros por hora, más ganas tienes de decir "por supuesto" cuando te ofrecen la carta de los postres de un restaurante. Ahora lo entiendo todo.

En esos momentos

Hay días de verano en los que cuesta pensar. Y caminar y leer y comer patatas fritas. O cruzar la acera, contestar al teléfono, tender la ropa, pensar en la lista de la compra, qué falta en la nevera o ¿comemos hoy fuera? Hay días de verano en los que cuesta respirar. Sientes como si el mundo exterior a ti, el que no está a tu alcance, pero cuya sombra onerosa sientes todo el rato, se hiciera más pesado, más presente, hiriente e inexpugnable. La tierra arde. La tierra tiembla. Las lluvias arrasan tras sequías inmemoriales. La geopolítica deviene una farsa ante la que solo cabe reaccionar con furia y estupor. No hace falta cerrar los ojos para ver todo el dolor que les espera a millones de personas que, por ese azar que nadie ha reclamado, nacen en Haití, en Afganistán, en Chad, en Yemen. En lugares donde cada paso que se da para una vida mejor deviene una pesadilla por razones ajenas a sus habitantes, que solo pueden explicarse por la infalible mezcla de la codicia y el fanatismo, aliñados con soberbia, resentimiento y falta absoluta de empatía. Me veo a mí misma mirando con odio las fotografías de los talibanes en el palacio presidencial en Kabul: no puedo sentir la más mínima empatía con sujetos que no me considerarían a mí digna de ella. Que no consideran a ninguna mujer digna de ella. Me hago preguntas absurdas: de poseer un dron selectivo que acabara con ellos, ¿lo utilizaría? ¿Existen otras maneras de hacerlo? Si los billones de dólares que se gastaron contra ellos no han conseguido eliminarlos, ¿qué pasara ahora? Todos esos misiles, rifles, balas, cohetes ¿han terminado simplemente sufragando el exilio dorado de los gobernantes corruptos? ¿Es la corrupción la lacra a combatir? ¿Es la codicia el último refugio de los descreídos, de los que nunca fueron inocentes? ¿Cómo convencer a un hombre que ha crecido viendo tratar a las mujeres de su alrededor peor que a los perros de que no es humano seguir perpetuando ese trato, que no tiene el más mínimo sentido? ¿No lo sentirán así alguna vez en su fuero interno, ni tan siquiera unos instantes? ¿Cuál es nuestra responsabilidad en todo esto? ¿Basta firmar peticiones, protestar, estar alerta, enviar dinero, ayuda, basta con eso?

Una de las cosas que más me chocó en el primer año de universidad, cuando asistí a las clases de Josep Fontana en Introducción a la Historia, fue darme cuenta —y Fontana lo contaba con un fatalismo inigualable— de que, contrariamente a lo que yo creía a pies juntillas, los pueblos que conocen su historia sí pueden estar condenados a repetirla, porque conocen la historia que desean conocer, la que justifica mejor sus hazañas presentes.

En esos momentos en que el verano me ahoga y siento que lo que pasa me supera, recurro a las nubes que pasan veloces, hoy que hace viento, al agua del río que pasa como terciopelo sobre las piedras, al sonido de las ramas que crujen chocando unas con otras mecidas por el mismo viento que empuja a las nubes. Y siento que, en algún lugar del mundo, los que sufren agradecen que no los olvidemos.

Esquela

Mari Luz recorre cada noche La Alberca y reza en cuatro esquinas del pueblo por las almas del purgatorio. Le pregunto que por qué reza por las ánimas del purgatorio y no por las que están en el infierno y me dice que por esas ya no hay nada que hacer. Me abstengo de decirle que el purgatorio fue oficialmente barrido de la Iglesia católica hace unos años porque no quiero quitarle

la ilusión. Igual han sido sus rezos los que han hecho que se vacíe el limbo. Me dice que cuando reza por las ánimas de noche, con sus pasos resonando por los adoquines del pueblo, se acuerda y ruega por todos aquellos difuntos a los que conoció en vida, que eso la hace estar cerca de ellos. Admiro y confieso, envidio, la fe de Mari Luz. Me gustaría rezar también por las personas que amé y que ya no están. A veces, paseando, en ciertos lugares de esta ciudad, me vienen recuerdos de mi abuela, de mi padre, de amigos que ya no están. En la calle Padre Claret, en el Passeig de Sant Joan, en el Clínic, en el cine Texas, en algunas porterías, en ciertas calles. A veces un sabor, una copa de vino blanco muy seco y muy frío, me lleva a pensar en Núria Pujol, en Rosa María Sardà, en Dora… Y entonces, cuando la imagen de esas personas me vuelve, escucho sus voces como si estuvieran aquí y me duele pensar que ya no podré marcar sus teléfonos, quedar con ellas en una librería, en un café, que ya no podré discutir o compartir lecturas o chismes o vídeos absurdos. Mi plegaria es una plegaria muy egoísta, ruego para que sus recuerdos no me duelan, aunque sé que el día que ya no duelan, me dolerán doblemente.

Entro en un bar de un pueblo de quinientos habitantes, esta vez en La Rioja, la televisión habla de muertes en Yemen, en Ucrania, condenas de muerte en Irán, luego conectan con un reportero en las fiestas patronales de un pueblo de la comarca donde la reina de las fiestas se prepara para salir en carroza. Tres hombres mayores en una mesa tomando café, hablando de sus cosas, aparece un cuarto con la prensa local. Este último se pone a hojearla. Pide un cortado corto de café con sacarina y dice "yo empiezo siempre el periódico por la esquela". Los otros dicen que ellos también. La chica del bar asiente: su padre hacía lo mismo, siempre empezaba por ahí. Empezar por las necrológicas es algo que yo he pensado alguna vez como inicio de una película. Vemos a un anciano leer con gesto de estupor una página en la prensa, es la esquela de alguien que conoce, y desde ella vamos adentrándonos desde el final en la vida de alguien hasta su nacimiento, que también fue anunciado en la prensa. Una película que fuera una vuelta atrás cronológica desde el momento del último aliento hasta llegar al primero. La esquela como principio para así poder modificar las cosas. Ay, si pudiéramos decidir cómo serán nuestras esquelas…

Excusas

Llegamos a la parada de metro de la Basílica de Saint-Denis. Hemos dejado muy atrás a los turistas que invaden estos días París. Pero solo once paradas de metro separan este lugar de la Place Vendôme. En cuanto salimos a la superficie, nos recibe la silueta desgastada y rotunda de un edificio brutalista de principios de los 70. A sus pies, un mercado dominguero donde se mezclan franceses de todo origen: antillanos, argelinos, senegaleses, marroquíes, tunecinos, mujeres, hombres, niños.

Muchos velos y turbantes al lado de alambicados corsés en vinilo negro con cadenas y diminutos tangas de *animal print*. Tapetes para rezar y reproducciones en metal de textos del Corán se codean con logradas imitaciones chinas de las zapatillas deportivas Yeezy. Un vendedor de gafas de sol proclama el origen italiano de estas a gritos: "Lunettes d'Italie, lunettes d'Italie, lunettes d'Itaaaaaaalie". Muchos carritos de la compra, muchas sillas con niños que no quieren estar en esas sillas. Entramos en la parte cubierta del mercado y tomamos un cortado en una barra que todavía guarda una separación de plástico entre camareros y clientes. El propietario habla con un

cliente, mi pareja les pregunta por quien votaron: uno por Macron, el otro, que en la primera ronda había votado por Mélenchon, en esta se abstuvo. "Todo está manipulado, da igual el candidato, da realmente igual porque nuestra vida no cambiará". En las últimas semanas hemos escuchado muchas veces esa afirmación. Yo misma lo he pensado muchas veces, a la hora de votar en mi país y, sin embargo, aunque he estado tentada muchas veces de abstenerme, he acabado votando. La democracia creo que también es eso, votar arrugando la nariz, votar porque ha costado mucho tener el derecho de votar y más aún si eres una mujer. Votar porque en los sitios donde se puede votar, hay siempre un resquicio de esperanza. En los otros, no la hay. De eso estoy segura.

Los del bar nos recomiendan que vayamos a la fiesta de los tulipanes en el Parque de la Legión de Honor. Vamos y una auténtica avalancha de tulipanes de todos los colores nos recibe. Hay niños corriendo por la hierba y una orquesta de hombres en pantalón de peto. Mujeres africanas de Costa de Marfil cocinando, puestos de copas de *champagne* a tres euros, zumos, galletas, vinos naturales, adolescentes haciendo ejercicios con aros al ritmo de Stromae.

Pedimos un cuscús en una de las terrazas y nos sirven una olla hasta los topes con caldo y verduras y pollo y merguez y sémola. Me traslada inmediatamente a Fez: sabe tan auténtico como los que comía allí casi cada día. Hablamos con la camarera, que es portuguesa y nos dice que la cocinera es una mujer serbia de setenta y cinco años. Y nos cuenta que está ayudando a la mujer y a su marido, que hace poco que han reabierto el lugar, después del covid. Se ha abstenido en las elecciones —dice— porque trabaja en una asociación que acoge a gente sin hogar y, como en los últimos meses han aumentado mucho, no ha podido prestar atención a los candidatos. Probablemente esta sea la mejor excusa para la abstención que he oído nunca: no he votado —dice— porque llevo un año duchando y cortando el pelo y vistiendo a personas que hacía meses que no se lavaban. Los que no hacemos eso no tenemos excusa.

La librera infiltrada

La primera librería que contó en mi vida fue Documenta, cuando estaba cerca de la Rambla, en la calle Cardenal Casañas. Recuerdo tener dieciséis años y salir del metro en Liceo con el corazón en un puño y el dinero meticulosamente contado en el monedero camino de Documenta, sabiendo que me llegaría para un libro, quizás con suerte para dos. Recuerdo el escaparate, el olor a papel al entrar, la voz histriónica de uno de sus propietarios, las mesas de novedades, la disposición en las estanterías. Las horas pasadas intentando escoger un libro entre tantos. Las portadas de Alianza Editorial. Ese valioso tiempo de descubrimientos y revelaciones en el que se mezclaban sin ningún empacho Lawrence Durrell y Stendhal y Dashiell Hammett y Marx y Engels y Borges y Baroja y los tres Raymond: Chandler, Radiguet, Roussel. Después, en la caja, la última punzada de incertidumbre, que se desvanecía ante la aprobación del librero. La salida de la librería con el libro entre las manos y la alegría y ansiedad de saber todos los que quedaban ahí esperándome para la próxima vez. Y la vuelta a casa en metro devorando el libro que había comprado mientras el mundo se desvanecía alrededor y a menudo me pasaba de parada.

Siempre he medido mi estabilidad económica en libros: cada vez que entro en una librería y siento que puedo llevarme todos los libros que quiera es que todo va bien. También mis estados anímicos: si me cargo de novelas policíacas es que necesito escapar de mí misma, si compro

novelas de jóvenes autoras californianas es que necesito sentir que no soy la única persona a la que California deprime. Si me embarco en series de libros temáticos es que en la cabeza me bulle una idea alrededor de ese tema, sea la escena *underground* de los 70 o el sur de Italia durante el Renacimiento, la vida en los suburbios de Toronto o series de diarios femeninos de autoras semiolvidadas.

La librería Alibri me ofreció hacer durante una tarde de librera infiltrada, de recomendadora de libros de entre sus bien surtidos estantes y no dudé en aceptar la invitación sin saber muy bien en qué me metía. Recomendar libros para el verano cuando no conoces bien a tu interlocutor puede ser hasta peligroso. ¿Cómo recomendar a alguien las ochocientas páginas de la última biografía de Sylvia Plath, *Salmo rojo*, cuando te preguntan por alguna que te haya fascinado, sin saber si la persona tiene problemas de cervicales o si le interesa lo más mínimo la autora de *La campana de cristal* (inciso: ¿cómo puede saber la autora de la biografía no solo lo que cocinaba Plath sino lo que querría haber cocinado y no cocinó?)

¿Cómo recomendar una novela histórica cuando detesto las novelas históricas (excepto las de Robert Graves o Marguerite Yourcenar)?

¿Cómo sugerir un libro que no deprima cuando los buenos libros casi siempre lo hacen? A estos y otros dilemas tuve que hacer frente en unas breves horas y aún hoy, semanas después, me pregunto si mis sugerencias convencieron a los amables lectores que vinieron a verme y se llevaron los libros de los que les hablé. En todo caso, espero que no ocurra lo que cuenta el propietario de la librería argentina El Rufián Melancólico, que tiene un cliente que, cuando no le gusta lo que le recomienda, le trae el libro y lo rompe página tras página delante de él.

La muerte en directo

Creo que no hay dos *hashtags* que me horroricen más que #sevienencositas y #estápasando. El primero, el de las cositas, me produce urticaria: no me gusta nada el uso indiscriminado de los diminutivos (“un besito”, “bebita”, “amorcito”, “cosita”) y veo una amenaza apenas velada en el “se vienen”, es como si oliera un espanto que se avecina. El “está pasando” me produce literalmente pavor. Normalmente veo que la gente lo utiliza para hablar de cosas estupendas que pasan, inauguraciones, fiestas, estrenos, bodas, bautizos, celebraciones, presentaciones, en fin, los mil y un actos sociales que pueblan Instagram y que muestran la vida estupenda que mucha gente que no se pierde la apertura de un sobre tiene y publicita para probarse a sí mismos y a los demás su propia y fundamental importancia. Lo que ocurre es que vivimos en un mundo en el que el horror también se retransmite en directo. Un mundo en el que un chaval de dieciocho años entra en un supermercado con una escopeta comprada en una tienda de antigüedades y retransmite en directo por el canal Twich, la plataforma teóricamente de juegos, la matanza de trece personas, once de color y dos blancas. Twich pertenece a Amazon y la plataforma tardó dos minutos en parar la retransmisión de los crímenes, pero para entonces, ese vídeo, ese criminal #estápasando, ya se había compartido por todas partes, por mucho que Angela Hession, la presidenta de Twich, alegara que “habían reaccionado con mucha celeridad teniendo en cuenta las circunstancias”. Lo que quiere decir que Twich tardó dos minutos en distinguir la muerte real de trece personas en directo con un juego más de los que los millones de seguidores de Twich comparten cada día. El asesino había previamente manifestado en la plataforma de chat Discord (que no se ha

pronunciado sobre el tema) la lista de las cosas que necesitaba para culminar sus abyectas intenciones: ninguno de los seguidores del tipo, conociendo su plan, hicieron nada por detenerlo o alertar a las autoridades, todos, sin embargo, compartieron el vídeo de la matanza en directo. El odio en la red (a los negros, a las mujeres, a los gordos, a los trans, etc.) es una realidad que las plataformas no saben cómo contener y que solo se pone sobre la mesa cuando ocurren hechos como los de Buffalo. El atacante de Buffalo había previamente publicado un manifiesto de ciento ochenta páginas reproduciendo una vieja teoría racista que lleva años circulando en Estados Unidos: que los blancos están siendo reemplazados por orientales, negros y latinos y que nada mejor que masacrarlos a todos para impedirlo. Basta poner en el buscador el término "replacement theory" para encontrar millones de entradas, a cuál más delirante, para justificarla. Muchos leeremos esto y cerraremos la página pensando que se necesita ser muy bobo y muy cabrón para creerse esta imbecilidad. Pero de repente alguien lo cree a pies juntillas, porque es bobo y cabrón y porque nadie impide que esta mierda circule libremente, y decide armarse y matar a la mayor cantidad de gente posible.

No me creo que Amazon o Twitch o Twitter o Facebook o Instagram censuren sistemáticamente los pezones de una mujer y no puedan localizar el origen de esta basura y al menos, impedir que se propague. Por desgracia no #estápasando.

La peligrosa inutilidad de los gestos

Los gestos. Hay algunos dramáticos: quemarse a lo bonzo me ha parecido siempre el más desesperado de todos. Es un gesto que te lleva a pensar en un sufrimiento sin vuelva atrás. Se quitan la vida con fuego públicamente aquellos que no han encontrado ninguna otra salida y es un gesto que demuestra hasta qué punto alguien ha tenido que pasar por penalidades sin cuento. Cuando ves esas imágenes, puedes comprender algo de lo que ha llevado a un individuo a cometer tamaña atrocidad consigo mismo. Algo.

En 2011 se produjeron en Argelia, varias muertes así, en protesta por las condiciones de vida y la situación política y murieron quemados por su propia mano quince hombres en una ola sin precedentes (hubo también muchos intentos frustrados) que fue paralela a las protestas de la Primavera Árabe.

En nuestros días, estamos asistiendo a otra ola de gestos, afortunadamente no tan dramáticos, pero que también hacen pensar en las situaciones que han llevado a sus ejecutantes a cometerlos. Me refiero a la serie de activistas que atacan obras de arte con ketchup o pintura, o se pegan con pegamento a los marcos de pinturas famosas para protestar por la pasividad de las autoridades ante el empeoramiento del medio ambiente. La última acción conocida ha consistido en tirar ocho kilos de harina encima de una obra de Andy Warhol. Puedo simpatizar con su desesperación y compartirla, pero si lo que querían es atraer simpatías para su causa, han fallado estrepitosamente: ni las autoridades van a mover un dedo porque se ensucie temporalmente una obra de arte ni el público en general va a entender nada, más allá de pensar que son personas profundamente equivocadas en sus estrategias y, por ende, ¿no estarán también equivocados en su mensaje? Como oí el otro día en el metro "estos lo único que han conseguido es que las señoras de la limpieza y los guardias de los museos hagan horas extras, lo único". Llamar la atención, ya no llama la atención: estamos saturados de gestos inútiles, de acciones sin sentido que se suman al

sinsentido general, en este caso del fracaso en tomar medidas para salvar lo que nos queda de este planeta.

El último de los gestos absurdos del que he tenido noticia ha sucedido en Inglaterra. El cómico y actor Joe Lycett ofreció donar diez mil libras a organizaciones sin ánimo de lucro si David Beckham renunciaba a su papel como embajador honorario de Catar. Si Beckham no aceptaba su desafío, el actor destrozaría con una máquina las diez mil. Su argumento era que Beckham siempre había apoyado a organizaciones LGTB y que como *gay icon* no podía ser cómplice del gobierno de un país donde la homosexualidad (entre otras muchas cosas) está castigada. Beckham, por supuesto, ha ignorado este desafío y continúa ocupando su cargo y apoyando el mundial de fútbol en Catar. Veo el vídeo de Joe Lycett introduciendo una a una las libras en una máquina de destruir papel. Y mientras vuelan las tiras de papel sin valor, me pregunto por el sentido de tanto y tanto gesto inútil y no sé qué responderme.

La rareza de lo normal

Un día estás hablando de *La Gioconda* con un taxista y bajas del taxi y entras en un edificio y subes a un ascensor y entras en una oficina y te dicen que un tipo le ha tirado un plato de nata a *La Gioconda* y te da la risa porque no te lo crees y resulta que es verdad.

Otro día, te registras en un hotel y arrastrando tu maleta pasas por delante de varios salones consecutivos donde se celebran comuniones y enlaces matrimoniales y suena Rauw Alejandro en todos menos en uno donde suena María del Monte, y bajas una planta en un ascensor y empiezas a dar vueltas y eres incapaz de encontrar tu habitación y arrastras la maleta sobre tus pasos otra vez, intentando seguir las indicaciones y te cruzas con alguien que también arrastra su maleta y está perdido y no decís nada la primera vez, solo os miráis a hurtadillas porque os da vergüenza que el otro piense que sois incapaces de encontrar vuestra habitación, pero la tercera vez que os cruzáis ya os reís y una camarera que tararea una canción de María del Monte, "tú me dices cántameeeee", y empuja un carrito con una cubitera y copas os ayuda a encontrar la habitación diciendo que "todo el mundo se pierde la primera vez". Yo me perdí todo el tiempo que estuve en el hotel hasta que entendí que había que hacer justo lo contrario de las indicaciones, porque las indicaciones solo indicaban las habitaciones del hotel que no existían: acababan de cambiar la numeración y no se lo habían dicho a la gente de recepción que, claro, como no lo sabían, no te lo decían. Y me vino a la cabeza el tirador de platos de nata y entendí de repente a ese hombre que tiraba una tarta de nata a *La Gioconda*, porque cuando en la vida te ocultan las reglas del juego y te dan unas cartas marcadas con un código indescifrable reaccionas de la peor manera posible y atacas el cuadro más bello del mundo, aunque solo sea para fastidiar un rato la vida de un turista de Seúl que ha estado ahorrando la mitad de su vida para ir a París y ver el Louvre, y mientras limpian de nata el cristal que cubre *La Gioconda*, vacían la sala y te quedas sin ver ese cuadro y solo te dio tiempo a hacer una foto desenfocada de la nata en el cristal que cubre el cuadro. Al turista de Seúl no le cabe en la cabeza que alguien haya hecho algo así, y cuando vuelve a su país afirma que él vio al hombre disfrazado con peluca y silla de ruedas, que a él ya le pareció raro ese hombre, pero no más raro que todas las cosas que estaba viviendo en la ciudad de la luz, como el precio astronómico del agua con gas Perrier en las terrazas o la persistencia en desmagnetizarse de las llaves de su hotel o la imposibilidad de encontrar buen kimchee en París.

A todo esto, me he vuelto a perder en el hotel, hoy han quitado todos los números de las habitaciones y los huéspedes nos cruzamos como sonámbulos por los pasillos, soñando con tirarle platos de nata a *La Gioconda*, al *David* de Miguel Ángel o al gracioso de turno que nos hace la vida un poco más absurda, un poco menos vida.

La realidad sándwich

Muchas veces me pregunto si sirve para algo hacer documentales. Ponemos un espejo ante una realidad (casi siempre una realidad que no nos gusta) y la mostramos a un público que desconoce esa realidad para que la miren, la tengan presente y reaccionen. Lo que ocurre es que hay tantas realidades indeseables y tantos espejos frente a ellas que se nos hace difícil, tanto a los que

mostramos como a los que miran lo que mostramos, reaccionar de una manera que sea algo más que exponencial. Todas las cadenas y plataformas rebosan de documentales o series que nos permiten ver las caras más oscuras del mundo. Yo misma, después de una inmersión en una serie documental, empiezo a percibir la realidad como un sándwich danés, de esos de decenas de capas, que cuando los muerdes ya no sabes exactamente qué estás comiendo, si tocino o lechuga o pepinillos. En los últimos días he visto cómo hay sectas mormonas donde las mujeres son esclavizadas ("Sé dócil, reza y obedece"), documentales sobre los abusos del clero católico a monjas (un fascinante documental que se puede ver gratuitamente en Arte), un *film* sobre cómo una mujer, Martha Mitchell, denunció el Watergate y fue silenciada y desprestigiada, y así un sinnúmero de cintas que cuentan el mundo que nos rodea sin ahorrarnos nada de su parte más oscura. Pienso que, si pudiera embotellar la indignación que siento tras ver todas estas piezas, podría hacer *cocktails* molotov letales. Pero no es así: mi indignación se reduce a un vago molestar cuando recuerdo determinados detalles o imágenes y a brotes de furia compartida cuando comento lo visto con otros espectadores. Nos convertimos progresivamente en testigos impotentes de un mundo del que cada vez sabemos más, pero paradójicamente ese conocimiento nos da menos claves para cambiarlo. Es como si, a fuerza de capas, el sándwich se hiciera tan pesado que no podrías cogerlo ni aun cuando tuvieras cuatro manos y una boca como la de los hipopótamos.

Y esa dinámica ha sido perfectamente entendida por todas las cadenas y plataformas de televisión que te permiten descender a los infiernos de la naturaleza humana para luego obsequiarte con un concierto de Nick Cave, una serie sobre las virtudes del pulpo, las aventuras de un puñado de cretinos en una isla paradisíaca. Todas las contradicciones insufribles de estar vivo y ser consciente del lugar en el que estás se hallan en la pantalla que todos tenemos en casa o en la que llevamos en la mano. Y yo me pregunto cada vez más a menudo, si el cambio a mejor no vendrá al alejarnos de todo esto, al desconectar de todas las pantallas que poseemos y a mirar lo que nos rodea sin filtros ni *flashbacks*, ni *flashforwards* ni capítulos ni recaps. A salir de este sándwich inacabable que nos anestesia. Igual entonces nos dedicamos a indignarnos menos y a actuar más. Ojalá no sea demasiado tarde.

La vida del cementerio

Para los vivos, un cementerio es, a menudo, un lugar donde pasear y fantasear. Conocí a una pareja que disfrutaba recorriendo los cementerios de Europa y especulando sobre las vidas de los allí enterrados. "Fíjate —decían— ese matrimonio de ahí: murieron con dos días de diferencia y no tuvieron descendencia". "Como nosotros —decía ella— pero yo pienso sobrevivirte unos cuantos años. Y torturar a un par de maridos mas". "Por supuesto". Y reían. Se cogían de la mano, al salir del cementerio, sintiéndose seguros, felices y bañados en una curiosa santimonia. Llenos de vida y esperanza. Cada tumba un recordatorio de todo lo que les quedaba por vivir. Un símbolo de que lo suyo iba a ser todo lo eterno que ellos desearan.

El destino, el alcohol y mil otras cosas, hicieron que, a pesar del amor que se tenían, se separaran y ya nunca volvieron a visitar cementerios con sus nuevas parejas. Fueron enterrados en lugares diferentes. Pienso en ellos, cuando visito cementerios, en la convicción con que

proclamaban su amor y la idea de que envejecerían y quizás morirían juntos. Sé que lo intentaron, lo sé.

En el Cementerio de los Ingleses de Málaga, quizás uno de los más bonitos que conozco, hay tumbas cubiertas de conchas blancas que son a menudo restauradas por los esforzados voluntarios que se encargan de su conservación y que no dudan en frotarlas con vinagre del Mercadona para que conserven su blancura. Paseo por esas tumbas guiada por alguien que conoce todos los secretos de este lugar, quién traicionó a quién, quién no quería ser enterrado aquí y aquí está, familias en guerra (¿no son acaso todas las guerras, guerras de familia?), celos, pasiones, poemas, envidias, rencores. Pequeñas tumbas de niñas que se llamaban Violeta y que no vivieron más que unos meses hace cien años. Siempre conmueven esas tumbas diminutas, como de juguete, por las que reptan las lagartijas y de las que nacen modestas flores silvestres. Todo lo contrario de la pomposa ridiculez de los panteones. Creo que esa sería la peor venganza con que alguien podría castigarme, que me enterraran en un pastel de nata enmohecida rodeada de ángeles de escayola y sonrisa falsa. Yo solo quiero que en el pósit de la urna con mis cenizas diga algo así como que lo intenté, que intenté hacer las cosas lo mejor que pude, que me esforcé en dar el menor coñazo posible, que en mi confusión había honestidad y algún engaño inocente e inevitable. O quizás mejor que nadie diga nada y escuchen una *playlist* que ya tengo preparada donde se dice todo o casi.

La tumba que yo busco no está aquí, como me habían dicho, la tumba está en otro cementerio que hoy está cerrado. El guía diligente me hace ver todos los detalles que se me pasan: esas inscripciones cuyos misterios quizás nunca se desvelen, porque el misterio principal, el que nos trae aquí, a unos bajo tierra y a otros encima de ella momentáneamente, ese nunca se desvelará, mientras vivamos.

Levantarse o caer

El 26 de diciembre de 2022, el escritor británico Hanif Kureishi sufrió una caída en Roma y como consecuencia de esta amaneció en un hospital con todos sus miembros paralizados y con solo la capacidad de hablar y escuchar intacta. Desde ese momento, con la ayuda de su hijo, escritor también, cuenta en un blog las desventuras y miserias de un cuerpo que no responde a sus órdenes, un cuerpo que ya no le pertenece, sino que pertenece a la esforzada legión de cuidadores y médicos que le mueven, le limpian, le rascan y le diagnostican. Hace un par de meses, pudo regresar a Inglaterra y ahora está ingresado en un centro de rehabilitación sin saber si finalmente podrá recuperar el dominio de piernas y brazos y regresar a su vida de antes. En las primeras entradas de su blog hace hincapié en lo primero que pasó por su cabeza cuando tuvo lugar el accidente: "No quiero morir todavía, hay muchas cosas que quiero hacer…". A medida que pasan las semanas, la angustia y la frustración de cargar con un cuerpo que siente ajeno y de depender de otros "hasta para rascarse el culo" (en sus propias palabras) le va sumiendo en una depresión aguda que le impide disfrutar hasta de una de sus mayores pasiones, la música. Afirma que escuchar música le sobrepasa de emoción, que es una puerta a su pasado y que siente que la música rompería las compuertas de las lágrimas que almacena.

Leo puntualmente las entradas del blog de Hanif Kureishi, que fue precisamente quien escribió el guion de *My Beautiful Laundrette*, de Stephen Frears, título de la película que esta sección del

XLSemanal ha tomado prestado. No puedo evitar ponerme en el lugar del escritor. ¿Cómo reaccionaría yo ante esa pérdida total de intimidad, de movilidad, de libertad? ¿Me hundiría en la desesperación como Kureishi cada vez que una enfermera me cambiase el pañal? ¿Escucharía a la orquesta de Max Raabe *non stop* o por el contrario me pondría una *playlist* de música oscura con Nick Cave, Morrisey, M. Ward, Tindersticks? ¿Me apetecería ver películas alegres o tristes o ninguna? ¿Escucharía audiolibros, pódcasts de comedia o de intriga? ¿Cómo acogería a los amigos o familiares que vinieran a verme? ¿Sabría aceptar las muestras de cariño de los que vinieran a darme conversación? ¿Vería en ellos todo de lo que carecería en esos momentos? ¿Sabría ser paciente, sumisa, resignada? ¿Conservaría el sentido del humor? ¿Cómo asumir de la noche a la mañana que un resbalón tonto en una acera romana te cambia a mucho peor la vida sin que puedas recobrar el control sobre esta? Esta última cuestión me reconcome: vivimos bajo la falacia de que poseemos el control sobre nuestra existencia, cuando la más leve insignificancia —una acera irregular, un piso todavía húmedo, un conductor despistado, una palmera en un vendaval— nos parte en dos. Para seguir adelante hacemos planes a dos años vista en aras del pensamiento mágico: si en el 2025 tengo que estar en Nueva York dando clase, eso supone que deberé estar viva para entonces, ¿no es así? Los planes, los proyectos, las aspiraciones y las ilusiones nos ayudan a vivir porque nos dan una idea del porvenir en el que necesitamos creer para seguir adelante. Sin la ilusión del control, somos barcos a la deriva que se saben a la deriva. Y es muy difícil navegar así.

No me sorprenden ninguno de los estados por los que ha pasado este año el autor de *El buda de los suburbios*, excepto quizás su rechazo a escuchar música. En todo lo demás seguramente me sentiría como él: vulnerable, indefensa, perpleja. Quiero, necesito creer, que aún encontraría consuelo en una canción de Sufjan Stevens. O de Nick Drake, que antes de morir a los veintisiete años, escribió en su última canción, "este es el día en el que nos levantamos o nos caemos".

Libros usados

Es un pueblo en el que hay dieciocho librerías y ochocientos habitantes. Todas son librerías de libros usados, algunos prácticamente nuevos, como si los que los adquirieron se hubieran arrepentido al instante de su elección. Otros tienen páginas dobladas, portadas polvorientas, tarjetas a modo de punto, frases subrayadas, flores secas que se deshacen nada más las tocas. Entrar en estas librerías es siempre una aventura. No puedo hacerlo sin encontrar algún tesoro, las más de las veces solo de interés para mí. Una edición de los 80 de las *Crónicas marcianas* de Bradbury con marcianos violetas en la portada, que me recuerda a la edición con la que descubrí al autor. Fotonovelas francesas de los 7O con personajes insufribles que pierden la memoria y no reconocen a sufridas novias que lo han dado todo por ellos y frases como "Gastón, aunque no sepas quién soy, yo te esperaré siempre". Tratados de enfermedades infecciosas de 1910 con fotografías espeluznantes de granos, pústulas y otros espantos, con una tarjeta de "Chez Fred, *catering* para bodas y celebraciones" en medio. Una edición con portada de piel bordada primorosamente de cuentos de Maupassant y una dedicatoria: "A Louise, que me devolvió la fe en el amor, afectuosamente, tu tío Cyrill", que me hace pensar en turbios entramados familiares, porque ¿quién en su sano juicio (a menos que no haya leído a Maupassant) regala esos cuentos crueles a alguien a quien dice amar, por muy sobrina que sea? Un nuevo Simenon (pero ¿cuantos

escribió y cómo lo hacía?). Una biografía de la cantante Barbara que solo habla de sus primeros años en Bélgica. Un libro ensalzando a Jacques Cousteau. Otro denostándolo. Libros que reúnen fotografías de los mejores bares tiki del mundo. Libros con bocetos de los sombreros de Elsa Schiaparelli, que parecen salidos de su propia mano. Un libro que desconocía de Marguerite Duras con textos suyos y fotos de sus playas favoritas en Trouville. Libros con recetas de postres de gelatina que probablemente nadie ha probado en los últimos cuarenta años.

Salgo cargada invariablemente con cinco o seis libros ante la mirada estupefacta de mi pareja, que sabe que ya no sé dónde poner los libros que tengo. Una de las cosas que me prometí cuando gané mi primer sueldo a los diecisiete años fue que ahorraría en todo, salvo en libros. Esa es una de las pocas promesas cumplidas de mi vida. Cuando alguien me dice que debería regalar los que ya no leo, siempre respondo que, aunque no los lea, me hacen compañía.

Me gusta comprar libros de autores que no conozco y aventurarme en ellos buscando cosas que ni sé qué son. Me gusta volver a comprar libros que ya leí en ediciones diferentes para hacerme la ilusión de que *son* diferentes. Me gusta perderme en una librería y dejar que pase el tiempo fuera y sentirme a salvo de la vida real porque, para mí, la real estará siempre aquí dentro.

Lo que más me gusta de los vampiros

Una vez, cuando mi hija era muy pequeña, me preguntó, mirándose al espejo, si había alguien detrás de ella imitando sus movimientos. No, le dije, es solo tu reflejo, tú eres única, tú eres tú, esta niña que abrazo ahora así, ¿lo ves?, la del espejo es solo una imagen. Se quedó pensando y me preguntó acto seguido, "¿y cómo se fabrican los espejos?". No supe qué contestarle. Aún no lo sé. Pero si sé que un espejo solo te devuelve lo que le das: alegría, tristeza, hastío, sombra, luz. Sé que a veces alguien te mira y no ve tu cansancio, ni ve tus poros abiertos, ni ve tus ganas de no estar allí ni tu torpe fingimiento, ve a alguien que fabrica en su imaginación, temperada por el cariño o la admiración. Tú entonces floreces y dejas de ser consciente de esa otra imagen cruda y ominosa que el espejo te devuelve algunas mañanas aciagas en las que sientes que tienes doscientos años y los poros como cráteres. Ser inconsciente es una virtud que nunca pensé que envidiaría: jamás la he poseído y atesoro los momentos de inconsciencia y de levedad como los esquimales hacen acopio de naranjas. Flotar libremente, sin el peso de esa envoltura de piel y pelo y uñas y cartílagos y globos oculares que me devuelve el espejo. Que no me importe nada de lo que yo veo en mí para que no me importe lo que piensen los demás de mí: una meta a la que me voy acercando y que siempre creí inalcanzable.

Me hacen gracia las caras que ponen las personas que se hacen *selfies* mientras se prueban alguna prenda en el probador de una tienda. Sonríen, sí, pero con la mueca dudosa del que no sabe dónde mirar, en qué superficie se verán más bellas, más jóvenes, más esbeltas. Por no hablar de las que añaden filtros que liman cualquier asomo de humanidad: bocas desbocadas, pieles de porcelana, ojos de personaje de manga, cintura de avispa, tetas descomunales, piernas kilométricas. Estamos en la era en que aparentemente queremos ser de manera rotunda nosotros mismos: de ahí toda esa corriente "autoayudista" que te conduce a ser "la mejor versión de ti mismo", cágate lorito. Y, sin embargo, no vacilamos en tunearnos a lo grande hasta que desaparece lo que nos convertía en únicos. Nos miramos al espejo y con las manos nos subimos los mofletes y planchamos las arrugas, fantaseamos con ser otro o creemos que escondido en

nosotros se halla quien realmente somos, que es mil veces mejor que quien —aquellos que carecemos de autoestima, digo— creemos ser. O también evitamos cuidadosamente cámaras, *selfies*, espejos, cualquier cosa que nos devuelva esa imagen traicionera que pone en evidencia el abismo entre realidad y deseo. Ya lo dijo magistralmente Borges, un hombre que quizás porque no veía, supo mirar como nadie: "Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos".

Lo que más me gusta de los vampiros es que los espejos y las cámaras les hacen el vacío.

Los días chicle

Se estiran y se encogen, los días. Algunos parecen inusitadamente largos: nos da tiempo a hacer todo lo que pensamos hacer el día antes, todo lo de la lista de cosas para hacer, lista que elaboramos a sabiendas de que igual no lo tachamos todo ni en un mes. Pero, nadie sabe cómo, hay jornadas elásticas que parecen multiplicar el tiempo. Y aún nos sobra. Pasamos por el banco a firmar algo que la *app* no admite desde casa, tomamos café con alguien a quien llevamos posponiendo el encuentro desde hace semanas, escribimos un prólogo para un libro, grabamos un pódcast, comemos con nuestra madre, vamos a un estudio de sonido a hacer una mezcla, hacemos un Zoom con dieciocho personas (aquí reprimiendo a duras penas el bostezo, es verdad), pasamos a comprar un regalo para un recién nacido y otro para que la hermanita no tenga celos y un tercero para la madre de las criaturas, para finalmente cenar con un amigo que vive fuera, al que hace años que no vemos, que justamente hoy está en la ciudad. Vemos con asombro cómo hemos podido ir tachando una a una todas las tareas de la lista y a la cama llegamos felizmente agotados y caemos en un sueño de esos profundos y vacíos como pozos. Hacer muchas cosas puede ser estresante, sobre todo si quieres hacerlas bien. Pero te libera de mirarte demasiado el ombligo y te libera de darle vueltas a las cosas hasta que las cosas ya no tienen ningún sentido. Estar en la acción más que en la reflexión puede ser hasta salutífero. Ya sé que no es lo que los nuevos gurús del bienestar recomiendan, pero yo personalmente lo que no recomendaría nunca a nadie es hacerle caso a un gurú del bienestar (y por supuesto tampoco le recomendaría a nadie que me hiciera caso a mí).

Otros días, los más, las veinticuatro horas del día no nos sirven para mucho más que malcomer, empezar *e-mails* que no enviamos y perder la paciencia por cualquier cosa. Días en los que el chicle está duro como una piedra y no se estira nada.

Una de las cosas que me reprocha (a veces incluso cariñosamente) mucha gente es que hago muchas cosas. Es curioso, porque en mi cabeza yo siento que hago poquísimas, de hecho, hago muchas menos de las que me propongo y muchísimas menos de las que me gustaría. Mi chicle de vida no se estira todo lo que quiero y sospecho que cada vez se estirará menos. Eso es lo que me digo a menudo, que, si no es ahora, ¿cuándo? Y pienso en Fassbinder, que decía que ya dormiría cuando estuviera muerto, que dirigió cuarenta largometrajes, otras tantas obras de teatro y murió antes de cumplir los cuarenta. ¿Intuía Rainer Werner que moriría joven y se dio una prisa extraordinaria en escribir, dirigir, enamorarse de las personas equivocadas, beber, comer y drogarse todo lo que pudo? ¿Planeaba hacer aún más cosas y se le hizo corto su periplo en esta tierra? ¿Qué haría cuando no hacía nada? Un tanguillo de Diego Clavel ya lo decía: "Que las horitas del día son venticuatro, las mismas que me tienen acorralao".

Lugares comunes

Una de las ventajas de cumplir años, habiendo hecho los deberes, es que no te quedas sin cosas que decir, pero pierdes la urgencia por decirlas. Ya no se te escapan las palabras de la boca como potros desbocados ante cualquier cosa, ahora te reservas tus opiniones para cuando crees que lo que vas a expresar va a tener un mínimo de sentido y va a servir para algo. Para algo útil, quiero decir. Cuando me preguntan mi opinión sobre algo, cosa que sucede más veces de lo que sería de recibo, reconozco que me invade un sentimiento paralizante. Para empezar, no sé ya muy bien qué es tener opinión, porque las opiniones en un mundo de informaciones contradictorias, sesgadas y volátiles son más bien suposiciones o conjeturas. Me sorprende siempre la vehemencia de muchas personas que son capaces de articular opiniones rotundas, sin vacilaciones. Yo la vehemencia la reservo para esas cosas de las que estoy absolutamente segura: alabar la calidad de unas anchoas que están en el punto justo de sal, la belleza de los vencejos cruzando el cielo en escuadrón, las notas de una melodía que me retrotraen a otro momento y a otro tiempo, cómo la singular armonía de un rastro evoca un retrato menor de Rembrandt. Y pocas cosas más. Y aún esas pueden cambiar. Como Groucho Marx, estos son mis principios, pero si no le gustan tengo otros. A veces, añoro el aplomo de la ignorancia, pero solo a veces, cuando me supera la atorrante verborrea de los que afirman tener las claves de las cosas. En un momento de mi vida, yo también creí tenerlas. Sí, fui una ilusa que repartía opiniones como los que reparten folletos de centros de depilación a la salida del metro. Opinaba hasta de cosas de las que tenía una idea muy poco aproximada. Ahora me resulta hasta difícil opinar si prefiero el día a la noche, o la barra de pan con cereales o con semillas. Cada vez más dejo en manos de otros ciertas decisiones, porque sé que, en el fondo, por ejemplo, da igual tomar el agua fría o del tiempo, ya que podemos encontrar toneladas de literatura científica que afirmen que para el organismo es perjudicial el agua fría y otras tantas que loen sus beneficios. Y así todo. Cuando veo o escucho la palabra "vacuna" emito un alarido escalofriante. Por dentro. Temo que un día salga y me encierren por destrozar los cristales de bloques enteros de edificios.

Por eso, cada vez más creo en la ficción como el mejor campo posible del pensamiento. En un mundo donde triunfan los ensayos y la autoayuda, la ficción hace comprensible y hasta coherente las pulsiones de esta cosa inasible, gaseosa y oscura en la que vivimos. Hay más verdad en cualquier novela negra que en bibliotecas enteras de tratados históricos (sí, esto es una opinión vehemente, lo es).

Ahora confieso que leo los periódicos con temor, intentando sortear como mejor puedo los tópicos, las fútiles y furibundas críticas, las agotadoras controversias, las palabras gastadas por el uso inmisericorde de los opinadores profesionales, los lugares comunes en los que nos bañamos todos, como hipopótamos en las charcas putrefactas del hastío. O del cansinamiento (y perdón por la autocita).

¿Me subes el brillo?

Indefectiblemente, cuando presento mi teléfono para que escaneen el billete de tren o avión, me piden que suba el brillo de la pantalla y vivo atemorizada con la posibilidad de que mi pantalla estalle y mi teléfono se vaya a la porra y el billete no sirva. Creo que, para los que crecimos entre papeles y cosas tangibles, los códigos de barras y los códigos sin barras, las tarjetas de pago en el

móvil y esas cosas que, según los anuncios, te hacen la vida más fácil, nos dan mucho reparo: siempre esperamos que la cosa no sirva, que nos rechacen al último puesto de la cola, que no nos dejen montar ni en un auto de choque, que no nos acepten. Confieso que los auriculares sin cables también me asustan: pienso siempre que el *bluetooth* no va a funcionar y que, si funciona, igual se pierde en esas ondas raras de por ahí y se me va a meter en los auriculares el último engendro de Machine Gun Kelly. Y lo peor es que una vez me ocurrió, lo cual confirmó mis peores temores sobre la tecnología. Todavía tengo escalofríos cuando lo pienso.

La vida más fácil no te la hacen ni los teléfonos, ni las *apps*, ni el *bluetooth*, ni los tutoriales de YouTube. La vida no es fácil por definición, eso para empezar. Podemos intentar simplificarla un poco, podemos desear menos cosas, trabajar menos, domesticar nuestras ambiciones, conformarnos con menos. Y aprender a desaprender, admitir que la ambición desmedida no ha llevado a nadie a ser más feliz ni estar más tranquilo ni más contento ni más nada. Hay miles de manuales por ahí predicando todas las maneras posibles de arreglarnos la vida con múltiples variaciones del enunciado anterior. Podríamos pasar toda una vida leyéndolos. Leí un cuento hace muchos años en el *The New Yorker* que era la historia de una escritora de manuales de autoayuda y su romance con una fotógrafa que tenía que hacerle la foto de la contraportada. Había un momento en la historia, cuando la fotógrafa revelaba los retratos, en que aparecía la verdadera cara de la fotografiada y era la de alguien terriblemente cínico que la última cosa que haría es comprarse un libro de autoayuda y menos aún hacerle caso. Ahora los manuales de autoayuda no son el problema: son los miles de *apps* y tutoriales que aseguran que pueden hacernos más equilibrados, más fuertes, más zen, menos lerdos, más políglotas, con una microbiota como los chorros del oro, sin traumas y con unos gestos a la hora de bailar el tango que flipas.

El dinero que se mueve con estas *apps* es ingente. He picado muchas veces porque debajo de mi coraza de escéptica/cínica, yace un corderito que quiere creer que su vida cambiará a infinitamente a mejor si paga ochenta euros al año a un señor de Corea que en sus ratos libres pretende ser un maestro de zen o capoeira o taichí o algo. O que unos simples ejercicios practicados ancestralmente por los aborígenes australianos combinados con pastillas de raíces de baobab harán desaparecer mi desafortunada tendencia a la procrastinación o a la vagancia más pura.

El revisor me pide por segunda vez que suba el brillo, miento, hago ver que lo subo y le presento el mismo, esta vez con mucha más fe. Esta vez el escaneo funciona y me deja pasar. La actitud lo es todo.

Mercado de sueños

Nacer en Gràcia, mi barrio, en el que ya nació mi padre, imprime carácter. Es un barrio obrero, que resiste los embates de la gentrificación gracias a su estructura de casas bajas y calles estrechas. Y a la resistencia de sus vecinos a través de asociaciones centenarias y recientes que luchan por que no se pierdan ciertas tradiciones y maneras de entender la vida. Aún es posible recoger caramelos en la fiesta de Sant Medir y acudir a barbacoas populares en la calle algunos domingos. Mi memoria está plagada de olores y sabores diseminados por estas calles: el olor a vermut a granel saliendo de algunos bares y bodegas, el olor a estiércol viniendo de vaquerías que ya no existen, donde iba con mi madre a comprar leche y la lechera me dejaba acariciar las vacas, las

vendedoras sonrientes y efusivas de los mercados, con sus delantales impolutos de volantes, que me daban trocitos de jamón o queso, el bullicio de las plazas…

Los barceloneses que nacimos aquí nos consideramos un pueblo aparte, no llegamos a decir eso de "bajar a Barcelona" como tantos de nuestros conciudadanos de otros barrios cuando bajan al centro, pero sí que sentimos una especie de orgullosa insularidad: en Gràcia lo tenemos absolutamente todo y podemos pasar días o hasta semanas sin pisar otra zona de la ciudad. Lo cierto es que lo de que lo tenemos todo no es exactamente así, carecemos absolutamente de zonas verdes, de árboles y plantas que desintoxiquen nuestras calles estrechas, nuestras plazas de asfalto donde los niños a duras penas pueden jugar en un rincón a la pelota mientras sus padres preocupados vigilan para que no derriben a nadie (¡y no ocurre!). El derribo del mercado de l'Abacería, cuya magra estructura campa desde hace ya dos años en el corazón del barrio, parecía una gran oportunidad para dotar a este de un pequeño pulmón verde, de un lugar con sombra en el verano para refugiarse y de sol en el invierno para tomarlo tranquilamente. El plan es empezar una gran obra, como las que ya se han llevado a cabo en otros espacios de la ciudad, para tener *parking* y supermercado y plaza dura. Es un plan que debió de tener sentido en otras épocas y en otros lugares, pero que no lo tiene aquí y ahora. Un plan obsoleto ya sobre el papel. Toda una vida en el barrio sé que quizá no me da crédito suficiente para opinar al respecto, pero sí me da un cierto acopio de sentido común: cualquier persona que pasee por este barrio puede ver que le sobran supermercados y *parkings* y plazas duras, lo único que no tiene son árboles, y el espacio que ahora es un solar sería el lugar ideal para darle a la gente del barrio lo que necesita. Sé que se barajan cifras astronómicas para crear el conglomerado que ya es un comodín en la ciudad (véase Mercat de Sant Antoni), pero igual estamos a tiempo de crear otra cosa que seguramente costaría muchísimo menos y que sería una inversión con auténtica visión de futuro: una isla verde dentro de esta isla de Gràcia, un lugar donde respirar. Y soñar.

Mi aspiradora me mira raro

Gladys Winston, una mujer en Inglaterra, ha descubierto en internet fotos suyas orinando en el baño de su casa, tomadas sin que ella lo supiera. Tras poner los hechos en manos de las autoridades, descubrió que las imágenes habían sido tomadas por su robot aspiradora Roomba y transmitidas por satélite a China, donde algún funcionario, suponemos, decidió publicarlas unilateralmente no sabemos muy bien con qué fin, como no fuera el de hacer pasar a Gladys Winston un mal rato. Al parecer , no solo las Roomba nos espían: cafeteras, microondas, hervidores de agua, neveras, coches, rizadores de pelo, etc., poseen la capacidad de enviar imágenes y sonido de nuestras vidas cotidianas a servidores instalados en China que, me imagino, seleccionarán el material que les interese para saber, por ejemplo, si leemos en el baño y, de hacerlo, si optamos por *thrillers* o novela victoriana, si somos gente puntillosa que pasa la fregona con abrillantador después de que pase el robot aspirador o si apuramos hasta la última gota del café en nuestras cafeteras y nos gusta más el de Colombia que el etíope. Que todas las informaciones provenientes de China están envueltas en un manto de misterio es innegable: hace un mes admitían tan solo cinco mil muertos por covid, y hace una semana sesenta mil. Y todavía existe ese mismo misterio alrededor de los orígenes de la enfermedad, de la que por más tiempo que pase, cada vez ignoramos más detalles. Reconozco que durante meses estuve obsesionada, me

imagino que como mucha gente, por saber cosas sobre el virus. Hoy admito que no quiero volver a oír hablar de él y me importa un pimiento como surgió, lo único que quiero es que no mate más gente y que nadie me vuelva a meter un palito por la nariz ni por ningún otro sitio. Somos a veces como un personaje de *Los monederos falsos* de André Gide, que decía que de tanto reducir sus ilusiones, ya no le quedaban. Y las pocas ilusiones que nos quedan se ven definitivamente empequeñecidas tras ver un documental en la cadena Arte sobre el ascenso de Xi Jinping y sus planes para el mundo. Como todos los dictadores, Xi Jinping siente un enorme complejo de inferioridad y todas sus decisiones parecen dictadas por él: devolver a China el estatus imperial, controlando primero a sus ciudadanos, luego al mundo. Copar todos los puertos estratégicos del planeta es otro de sus objetivos, y, según el documental, pocos le quedan ya por comprar u ocupar, tras realizar tratados y acuerdos con políticos corruptos que venderían a su madre tranquilamente si Xi Jinping lo exigiera. Y volvemos al mundo doméstico: ¿Qué demonios saca Xi Jinping espiando nuestras casas y almacenando millones de horas con las imágenes más anodinas de nuestra vida cotidiana? Alguien debería decirle que los humanos somos absolutamente predecibles y que quizás, al sabernos espiados, sintamos cierta indignación durante un rato y tapemos con fundas negras nuestros electrodomésticos. Pero yo le aseguro al señor Xi Jinping que nuestra indignación se evaporará en pispás y que nos olvidaremos, como de tantas cosas indignas, al cabo de un rato. Lo digo por si quiere ahorrarse el microchip espía en mi plancha: desde aquí se lo digo, la plancha no es lo mío, nunca he dominado la raya del pantalón ni los cuellos de las camisas y me temo que ya no lo haré.

Molinos de viento

Los molinos tradicionales de La Mancha siempre me parecían más grandes en las películas, especialmente en esas adaptaciones aciagas que se han hecho de *El Quijote*. Recuerdo que la primera vez que vi uno en la realidad, sentí un poco de decepción, porque yo me lo había imaginado más alto y con las aspas más largas. Me sucede lo contrario con los modernos molinos para producir energía eólica: que desde el tren o desde el coche, los ves pequeños y, cuando llegas a su lado, te parecen descomunales. Pasa algo parecido con las personas, en la distancia corta hay gente que decrece en grandeza, mientras que otros que de lejos no te parecían gran cosa, al acercarte les encuentras más y más cualidades. La fama dota a las personas de luces y brillos que, sin ella, no tendrían. Como dice la canción de The Weeknd y Rosalía "es mala amante la fama". Cuando tienes un poco de fama, no es que tú cambies (ojo, que hay gente que también), es que cambia la mirada de los otros sobre ti. Se preguntan por qué ellos no y tú sí. Ponen en entredicho tu talento, tus motivos. Comparan para mal. No disimulan con éxito sus celos. Y no te perdonan una, porque cualquier signo de debilidad, cualquier error es una señal más de la injusticia que se ha cometido con ellos, que merecían mil veces el sitio que tú ocupas y que, según ellos mismos, les estás quitando. Por más que insistas en que tú eres el mismo de antes de tu fama transitoria (porque siempre es transitoria), los otros se niegan a verlo así y te fuerzan perversamente a evitarlos, cuando no son ellos los que te evitan a ti. Te evitan porque tu sola presencia es la evidencia del fracaso de sus aspiraciones o de lo que ellos creen que lo son. Por eso los famosos solo se relacionan con famosos, hay también celos, pero es más cómodo, menos problemático, todo ocurre en el mismo hemisferio. Son extrañas, por lo comunes, las percepciones sobre lo que es éxito y sobre lo que es fracaso. El éxito se mide por una amalgama de reconocimiento social y

dinero. El fracaso no es solo no haberlos conseguido, sino tenerlos y perderlos: ese es, con mucho, el peor fracaso. No hay nada que satisfaga más a un envidioso que el poder decir en tono misericorde: "Con lo que él/ella ha sido". He oído pronunciar esas palabras en toda clase de contextos. Se acaba por entender perfectamente a Greta Garbo.

Muchas veces oigo a la gente decir de alguien que es carismático y ya me echo a temblar, carismáticos han llamado a casi todos los dictadores de este siglo y del anterior (menos a Franco, cuyo carisma quizás fue carecer de él). Carisma tienen todos los sumos sacerdotes y gurús de las sectas más absurdas, los asesinos en serie, Rasputín, los telepredicadores, los estafadores, los depredadores, los mentirosos, los iluminados. Hay que huir del carisma como de la peste. Porque mata y envilece casi como esta.

No soy un robot… creo

Nuestra consciencia: es probable que no exista una cuestión más íntimamente ligada al ser humano y peor comprendida. Desde John Locke, el estudio de la consciencia ha constituido un doble reto para la ciencia y para la filosofía contemporánea. Desterrada de la investigación científica por corrientes psicológicas como el conductismo, el interés por su estudio ha crecido exponencialmente en los últimos treinta años.

Una carta, firmada por ciento veinticuatro académicos y publicada en línea la semana pasada, ha causado revuelo en la comunidad científica que investiga la consciencia. Sostiene que una teoría destacada que describe lo que hace que alguien o algo sea consciente —llamada teoría de la información integrada (IIT)— debería etiquetarse como seudociencia. Desde su publicación el 15 de septiembre, la carta ha provocado que algunos investigadores discutan sobre la etiqueta y otros se preocupen porque la carta aumentará la polarización en un terreno que ha lidiado con problemas de credibilidad en el pasado. "La IIT es una teoría, por supuesto, y por lo tanto puede estar empíricamente equivocada", dice Christof Koch, un prestigioso investigador del Instituto Allen de Ciencias del Cerebro en Seattle, Washington, y defensor de la teoría. Pero dice que parte de suposiciones, por ejemplo, que la consciencia tiene una base física. Y en esa base física estriba el dilema: ¿Dónde se alberga? ¿Qué la genera, qué la anula? ¿Y, si no sabemos dónde está, aunque sintamos claramente los efectos que provoca y sus consecuencias, podemos afirmar que existe? ¿A qué nos estamos enfrentando en un mundo en el que existe la inteligencia artificial? ¿Puede ir esa inteligencia artificial acompañada de consciencia artificial?

Miro esas caras de personas que no existen, generadas por la IA. Es casi imposible distinguirlas de una persona real: tienen poros, arrugas, rojeces, imperfecciones, van despeinadas. Ninguna de esas cosas está causada por el tiempo, el viento, la tristeza o las alergias. A veces, un pliegue raro, un pendiente sospechosamente idéntico o una disonancia en la manera en que la luz las toca, te puede dar una pista de que no son reales, pero no menos reales que cualquier foto retocada del clan Kardashian. Esas caras tan dolorosamente reales de gente que no existe me hacen pensar lo cerca que estamos de crear consciencias igual de reales. O no: quizás justamente esa ausencia de pruebas científicas de la consciencia la hace imposible de generar artificialmente.

Cada vez que tengo que jurar que no soy un robot en determinados lugares del ciberespacio, mientras pongo una cruz en las fotos donde te piden que señales un puente, un autobús o una bicicleta, o deduzco que en unas letras torcidas se esconde la palabra "sirena", pienso en si estas

preguntas tan banales son las únicas que me separan de ser una creación de la inteligencia artificial. Y pienso que el que supervisa esto igual tampoco es humano y me siento tentada de decirle, "no, no soy un robot, creo", con la esperanza de que lo hayan programado con sentido del humor.

Pastor de cabras viejas

Tienen el pelo a clapas, los cuernos medio caídos, las barbas (o lo que yo creo que son barbas) hirsutas. Parecen cruces de esculturas a caballo entre Picasso y Modigliani. Son ocho. El pastor las mira, apoyado en su cayado, luego me mira a mí. ¿Qué se me ha perdido a mí haciéndoles fotos a estas cabras geriátricas que parecen a punto de exhalar el último suspiro? Le pregunto cuánto tiempo lleva siendo pastor. Tarda en responder. Me escruta entre curioso y desconfiado. Cuarenta años me dice sin titubear, más de cuarenta años. Cuarenta años el invierno que viene. Él tiene setenta. Empezó tarde en el pastoreo, cuando su padre murió de repente. Él iba a venderlas, tenía una vida en Lille, trabajaba en una fábrica de plásticos. Un buen trabajo. Un piso. Un coche. Una novia. Iba camino de ser el encargado. Cuando muere el padre, decide seguir con el rebaño, aún no sabe por qué. ¿Usted no ha hecho en su vida cosas así? Por supuesto, le digo. Todo el tiempo. Pues antes de vender las cabras del padre y volverse a Lille, cuando el comprador ya estaba de camino, decidió que se quedaría, él, que nunca había mostrado el menor interés en las faenas del campo, como le reprochaba su padre. Se quedó. No vendió las cabras, no. Se quedó en el pueblo, liquidó rápidamente su vida en Lille. Llegó a tener doscientas cabras. Siempre ha tenido cabras. Son mucho más listas que las ovejas. Huelen mejor, me dice, se ríe. Ahora ya… Estas son las que han quedado, no dan leche, nadie las querría para un asado. Ya no van a parir. Recorre con ellas los campos de los vecinos, le dejan que pasten y así desbrozan terrenos. A veces le dan un billete de veinte euros, a veces nada. O una botella de aguardiente casero. O un trozo de queso, aunque sus cabras ya no dan leche. ¿Qué va a hacer? No las querrían en ningún matadero. No va a dejar que se mueran de hambre y sed. No, no se aburre. Lleva el transistor. Aunque a veces tiene que apagarlo, le da dolor de cabeza. Le gustan mucho las voces de las locutoras, las voces y algunas músicas. No todas las voces. A veces se imagina a las mujeres detrás de esas voces. Él tuvo una mujer en Lille, de eso ya hace mucho. A ella no le gustaba esto. Tampoco lo intentó, decía que vendría a verle y nunca vino, ni una sola vez. Desde entonces ha estado solo. Con las cabras. Me repite que tuvo doscientas, quizás más. Son fáciles de ordeñar. Más fáciles que las ovejas. Las ovejas nunca le gustaron. ¿Que si tienen nombre? Por supuesto: Belle, Clara, Lili, ese es un macho, Louis, Rosemarie, Sabrine, Delphine, Lola. Cuando tenía más, también les ponía nombres, nunca protestaron las cabras, debían de gustarles los nombres. Todavía se acuerda. No de todos, claro. ¿Qué hará cuando muera la última? No lo ha pensado. Pero siempre hay cabras viejas a las que nadie quiere pasear, siempre, porque vamos a ver, ¿qué sentido tiene? Pero él siempre estará ahí para hacerlo. Sí, puede tomarme una foto. ¿Así?, pero no me haga sonreír. Nunca me ha gustado sonreír, ¿sabe? Y menos en una foto.

Pistolas de agua

Una de las escenas de la película de Terry Gilliam *12 monos* que se me quedó grabada fue en la

que Bruce Willis, deambulando por las calles de una Nueva York en ruinas, invadida por la maleza, encuentra un oso y otros animales salvajes que vuelven a ocupar los territorios que los humanos les arrebatamos. Durante la pandemia, y aún ahora, son cada vez más numerosas las apariciones de animales en grandes centros urbanos, como si hubieran decidido de una vez que la presencia humana sobra. Osos deambulando por las calles de Italia. Pumas merodeando ciudades de California. Las cabras apoderándose de ciudades de Gales. Jabalíes, mapaches, topos en parques urbanos de Barcelona, Madrid, París.

Ahora, un estudio masivo de datos de seguimiento por GPS de osos, ciervos, elefantes, jirafas y unos cuarenta mamíferos terrestres más en todo el mundo confirma que muchos animales deambulaban más lejos y parecían actuar más a gusto sin humanos alrededor durante la crisis del covid. Ahora, a esto se añade el cambio climático que está forzando a especies periféricas a dejar su hábitat e invadir el nuestro: los murciélagos invaden las farolas, las cigüeñas los basureros y las ratas… todo lo demás. La última plaga urbana son los chinches, que poblaban las novelas de Zola y parecían una plaga del pasado y ahí están moviéndose a sus anchas por camas de hotel, butacas de cines, asientos de trenes y metros no solo en París, sino en Londres y Nueva York. Y ya ha llegado a España: la empresa antiplagas Anticimex habla de un aumento del 70 por ciento del número de chinches en nuestro país. Basta ver la cinta por la que pasan las maletas en los controles de seguridad de los aeropuertos para darse cuenta de que si no hay más plagas es porque Dios no quiere. Y hablando de aeropuertos, el Marco Polo de Venecia, hace unas semanas, se vio obligado a cerrar brevemente después de que un número inusualmente grande de gaviotas "invadieran" la pista, lo que provocó retrasos o desvíos de vuelos. Para ahuyentarlas se utilizaron varias herramientas, incluido un halcón y un disuasorio acústico, según Save, la empresa gestora del aeropuerto. El halcón fue atacado por varias gaviotas a la vez y huyó. El disuasorio no consiguió ahuyentarlas.

"Cuando se descubrió el problema, se iniciaron las actividades habituales necesarias para garantizar la plena seguridad de los pasajeros y operadores", afirmó la compañía, subrayando que los elementos disuasorios utilizados "respetan la fauna garantizando al mismo tiempo la seguridad". Supongo que al halcón le dieron un seminario para que asustara a las gaviotas sin lastimarlas y le salió el tiro por la culata porque se dio a la fuga.

En uno de los vuelos desviados, que regresaba a Venecia desde Roma, viajaba el presidente de la región del Véneto, Luca Zaia. El vuelo dio vueltas durante unos veinticinco minutos antes de ser desviado a Trieste, según informa la prensa italiana. Zaia dijo que unas doscientas gaviotas habían bloqueado la pista. Otros testigos hablan de hasta quinientas.

En un incidente el año pasado, una gaviota le arrebató un helado a una turista mientras caminaba por la Plaza de San Marcos. Aunque la escena resultó entretenida para los espectadores, algunos hoteleros se sintieron tan frustrados que equiparon a sus huéspedes con pistolas de agua. Las gaviotas se acostumbraron tanto a ellas que, en plena canícula de este año, casi reclamaban el chorro vivificante de las pistolas de agua y protestaban cuando los turistas no las rociaban con ellas.

Portátil

Recibí mi primera máquina de escribir portátil como quien recibe un vale por un viaje de lujo con

todos los gastos pagados, solo que era un vale que servía para mil viajes. Arrastré mi Olivetti Lettera 32 verde por muchos lugares y países. En aquel momento se me antojó liviana, hoy cuando la bajo del armario donde ha estado almacenada tantos años, me parece increíble que la llevara a cuestas tanto tiempo, cruzando con ella tantas fronteras, depositándola en las mesas de tantas habitaciones. En el maletín que la contiene, encuentro una foto: salgo con pelo corto y expresión entre concentrada y enfurruñada, escribiendo con ella en una habitación blanca, creo que era Menorca, pero no estoy segura, no recuerdo quién me tomó la foto. Fue hace mucho tiempo. Otro siglo. Otra era. El sonido de la máquina de escribir me gustaba. Y me gustaba escribir en ella y me gustaba pasearme con ella por el mundo. Ese olor familiar de tinta y de típex. Y el papel de copia manchando las manos. Me costó desterrar mi máquina de escribir, pero al final lo hice. Abracé la manzana y no miré atrás. A veces echaba de menos los errores y el rigor que escribir a máquina requiere. Y claro, no podías jugar con los párrafos, ni borrar ni hacer con limpieza y sencillez. Un trillón de cosas, ya sé, ya sé. Y ya sé que escribir es escribir sea con pluma, lápiz o dictándole a tu iPad. ¿Cómo escribíamos cuando no existía internet? ¿Cómo hablábamos de otras épocas, de otras épicas? ¿Cómo comprobábamos datos, nos inspirábamos, sacábamos ideas? A veces, en plena búsqueda de efemérides olvidadas, me paro y pienso: en los cinco años que pasé en la universidad, nunca tuve esta herramienta, nunca. Solo había jornadas interminables en bibliotecas, en hemerotecas. Codos. Muchos codos. Pero cada hallazgo, por pequeño que fuera, pasando las páginas de periódicos antiguos encuadernados, era un triunfo, una luz que llevaba a otros hallazgos, a otros lugares. Uno leía entre líneas, sumaba hechos aparentemente distantes, sacaba conclusiones.

Probablemente todos mis años de hemeroteca se verían reducidos a una nimiedad si yo me hubiera licenciado en esta otra era, en el ahora que vivimos. No me arrepiento de haber perdido el tiempo en un mundo sin digitalizar, al contrario, creo que me sirvió de mucho, comprobar de primera mano el abismo entre los discursos oficiales y las cosas que realmente pasaban. Me hizo descreída, me imprimió carácter, me hizo poner en tela de juicio todos los lugares comunes de la historia. Siempre me resulta hasta tierno ver como otras generaciones, que tampoco crecieron con internet, en el transcurso de una conversación en la que se duda de la procedencia de un autor o el año en que se produjo tal obra, se apresuran a buscar en sus teléfonos la respuesta correcta. Luego te acercan, ufanos, con gesto triunfal la pantalla a la cara para que veas lo que han encontrado, como si Wikipedia fuera el Oráculo de Delfos. Y en esos momentos, precisamente en esos, echo de menos mi máquina portátil en cuyas teclas volqué muchos más datos e historias inventadas de las que puedo recordar.

Romper el tiempo

Llego a Calanda el Jueves Santo, cuando la ciudad se está preparando para las jornadas que vendrán: esta noche la procesión de penitentes hacia el Calvario, mañana la ceremonia de la rompida de la hora, cuando miles de personas, cofrades o no, tocarán durante horas tambores y bombos, grandes y pequeños. Recuerdo estas calles vagamente: con doce años vine de niña con mis padres y mi cámara de super-8 y filmé estos tambores un Viernes Santo y también filmé la entonces flamante placa que recordaba que Luis Buñuel nació aquí. Recuerdo la vibración en el pecho del retumbe de tambores, recuerdo la emoción en la gente, recuerdo las manos

ensangrentadas de algunos y la piel tirante de algunos tambores también manchada: hoy eso se considera más postureo que otra cosa y la gente pasa meses aprendiendo a tocar hábilmente el instrumento con los diferentes ritmos y tonos que cada acto de la semana pide. Las cosas desde entonces han cambiado para bien en Calanda, se nota en las calles, en las tiendas, en las casas, en la gente que abraza amigablemente a los forasteros que llenan estos días el pueblo, atraídos por los melocotones, las rosquillas, el aceite, el queso, los tambores y Luis Buñuel, cuyo busto preside un fascinante museo que despertará la curiosidad de los que no conozcan su obra y revivirá el interés de los que ya la conocen. Amanece soleado este Viernes Santo y me dirijo, esta vez solo con mi madre a la plaza del ayuntamiento. Hombres, mujeres y niños de todas las edades vestidos con la túnica morada llenan a rebosar las calles, hay un ambiente festivo, alegre, rotundo y solemne en el aire. Ya en el Ayuntamiento me entregan una maza de madera con mi nombre. Me sorprende el peso y me pregunto si haré bien la misión que hoy se me ha encomendado: "romper la hora", esto es, dar el primer golpe de tambor que dará lugar al toque al unísono de los miles de tambores que lo esperan. El diligente alcalde de Calanda, José Ramón, un hombre que no descansa en ningún momento de esta semana (y me temo que tampoco el resto del tiempo), me explica otra vez que cuando él baje la vara yo tengo que agarrar la maza con fuerza y darle al tambor. Pero entonces me lo señala y solo veo un objeto gigantesco como de cinco veces mi tamaño. Desde el balcón del ayuntamiento, se ve que en la plaza ya no cabe un alfiler. Sacan el tambor gigante a la plaza y me señalan que lo han puesto debajo del balcón de la casa de Buñuel, que él, en los últimos años, veía la rompida desde allí y que, en su último año, cuando no quería homenajes, salió al balcón, todo el pueblo tocó, mirándole, sin decir nada: probablemente el mejor homenaje con el que podía soñar. Todo el mundo me pregunta si estoy nerviosa y, aunque digo que no, lo cierto es que lo estoy. El alcalde y los encargados de la ceremonia me dicen que ha llegado la hora. Salimos y se hace un corredor entre la gente. Poco a poco, a medida que nos acercamos, un silencio estremecedor se apodera de la plaza. Miro a la derecha y, por encima del enorme tambor que me hace sentir muy pequeña, veo el balcón de Buñuel y pienso en la niña de doce años que soñaba con hacer películas. Sigo siendo pequeña, sigo queriendo hacer películas, pero ahora tengo una maza en la mano y cuando el alcalde baje la vara, tocaré con todas mis fuerzas para que todos toquen conmigo y juntos rompamos la hora, el aire, el tiempo: por la vida, por la muerte, por Buñuel, por todos nosotros. Allá vamos.

Setecientos millones de parpadeos

Si mueres antes de cumplir ochenta años, habrás llegado a parpadear setecientos millones de veces, excepto si tienes tendencia a parpadear mucho (mi caso), entonces es posible que esa cifra llegue a los novecientos millones.

En la consulta del oculista, hay personas que se quitan las gafas para leer, otras se las ponen. Sale gente a la que le acaban de operar de cataratas, otros entran. Muchas personas hablan de sus dolencias con los ojos, otras aprovechan para quejarse del tiempo de espera o se quejan de lo quejicas que son los franceses. Una mujer habla a grito pelado con los auriculares puestos. De su boca salen auténticas perlas: "Yo me cago en el dinero entre comillas" y "qué poca pena me da de él". En otras circunstancias le sugeriría que guardara sus brillantes pensamientos para ella misma o se los enviara a algún autor de letras de *reggaeton*. En esta sala de espera, me limito a colocarme los auriculares para escuchar a Ryuichi Sakamoto, concretamente el tema de la película *Babel*, que

me lleva lejos de la mujer de las perlas y de aquí, mientras me hacen efecto las gotas para dilatar la pupila.

Conocí a Sakamoto en la Barcelona del 92, en la Rambla de Catalunya, delante del cine Alexandra. Me acuerdo porque yo era una fan de la Yellow Magic Orchestra y de *Merry Christmas, Mr Lawrence* y Ryuichi me parecía el hombre más atractivo y talentoso del planeta. Nos presentó Pepo Sol, que le había traído para que compusiera un tema para las Olimpiadas de Barcelona. Le vi tres veces más y entre nuestras respectivas timideces, su escaso inglés y mi escaso, en ese momento, japonés, solo alcanzamos a hablar de las bellezas de Tokio y Barcelona y de nuestro amor compartido por Robert Bresson, interrumpiendo largos silencios. Atesoro esos momentos vacíos con cariño. El peso de lo que no dijimos llenaba el tiempo con significados que solo eran explícitos cuando sonaba ese tema que compuso para Barcelona y que no puedo recordar si se utilizó alguna vez.

Nunca volví a verle hasta hace cuatro años en un *coffee shop* en Nueva York. Tenía el pelo blanco y mostraba en su cara las huellas de la enfermedad que padecía en aquel momento. No le dije que nos habíamos conocido en otra época, en otra ciudad, en otra vida. No me atreví a decirle cuán importante su música había sido para mí. No me atreví a recordarle que la última noche que pasó en Barcelona, le enseñé que "watashi" en español se dice "yo" y fue la primera vez que le vi reír y repetir "yo" mientras yo repetía "watashi" y que cuando escucho muchos de sus temas musito "watashi" y entonces me pongo a llorar y pienso en todas las cosas que no he visto porque parpadeo demasiado. Afortunadamente, la gente de la sala de espera atribuye mis lágrimas a las gotas para dilatar la pupila y no me hacen caso.

La mujer del dinero entre comillas sale del despacho de la doctora y ya es mi turno.

Tímida defensa de la química

Autocuidado parece ser el término de moda. Para estar bien hay que hacer yoga, pilates, détox, cartas astrales védicas, ayuno, limpieza de colon, masajes y automasajes y, sobre todo, ir a terapia. ¿Que tienes un ataque de furia porque el paquete que llevas un mes esperando ha sido entregado en otra dirección? Ve a terapia. ¿Que estás ecoangustiado cada vez que tiras las cosas al contenedor de los plásticos porque no sabes si terminarán en la planta del reciclaje o en un *slum* en Filipinas? Terapia. ¿Que sospechas que tu pareja vive como si tuvierais una relación abierta pero no se ha dignado comunicártelo? Terapia y media. ¿Que te angustian las reuniones de vecinos, las fiestas, las llamadas intempestivas, los petardos de las verbenas, los restaurantes demasiado ruidosos, los actos sociales, abrir el periódico cada día, la vida en general? ¿A qué esperas para hacer terapia? La terapia parece ser la panacea para cualquier aflicción: los problemas de autoestima, las relaciones con la familia, la angustia difusa… todo lo que no entra directamente en el campo de la psiquiatría. Pero los límites entre ambas disciplinas son cada vez más confusos y parecería que pueden resumirse en uno: si tienes pensamientos suicidas vas a un psiquiatra, si solo estás triste, desanimado, desalentado y desorientado vas al terapeuta. El psiquiatra te escucha y te da química, el terapeuta te escucha y… te sigue escuchando. A mí la química me ha funcionado, la definiría como un parche práctico. ¿Me gusta tomarme el antidepresivo? No. ¿He intentado otras maneras de sobrellevar la existencia sin meter la cabeza en el horno? Todas. Sin éxito.

Supongo que hay muchas clases de terapeutas y me imagino que habrá gente muy capaz por ahí ayudando a gente que realmente lo necesita. Quizás simplemente yo he tenido mala suerte, pero lo cierto es que la pandilla de indocumentados que me he encontrado por ahí es sencillamente descorazonadora: palabras huecas, cero empatía, conceptos anacrónicos, prejuicios, tópicos a mansalva, y, como diría mi señora madre, un morro que se lo pisan. Nadie dirá que no lo he intentado, pero, en el mejor de los casos, cada vez que he salido de ver a un terapeuta, me he sentido mucho peor de lo que he entrado, con setenta euros menos en el bolsillo y la sensación de haber malgastado una hora de mi vida delante de alguien muy pretencioso disfrazado de ser de luz. Y algo peor: un sentimiento de impotencia ante mi propio estado mental. ¿Soy un caso perdido? Al menos cuando voy a la farmacia, con setenta euros tengo para tres meses de un relativo equilibrio. Repito: seguro que hay gente muy capacitada por ahí, pero me atrevo a afirmar que el porcentaje es escaso. La desesperación, y es perfectamente comprensible, nos lleva a buscar remedios para el malestar en cualquier rincón. Numerología, astrología, tarot, lectura del aura, psicomagia, terapia clásica, terapia corta… Puedo afirmar que lo he probado todo, y a veces todas esas cosas juntas, lo cual hasta ha sido divertido. Pero no siento que nada de eso me haya reportado en alguna ocasión nada más que un (muy) momentáneo consuelo. Igual eso, ese breve entreacto tranquilo, es todo a lo que se puede aspirar.

Todo el mundo es un museo

Hay dos cosas que me atrevo a afirmar que sobran en el mundo: estupidez y museos. Y tanto la primera como los segundos poseen el don de la ubicuidad, pocos son los lugares que se libran de ellos. En España, sin ir más lejos, no hay localidad, aldea o villorrio que no posea un emplazamiento para enseñar alguna especialidad local: boinas, cafeteras, máquinas de coser, morcilla, trufa, pan, fragmentos de menhires, ruedas de molino, dientes infantiles, rocas en forma de pene, cáscaras de avellana, restos mozárabes, pinturas en granos de arroz. Son infinitas las posibilidades, que siempre, en teoría, constituyen un reclamo turístico para visitantes tranquilos que han renunciado al senderismo o a las bajadas de río en kayak, entre los que me hallo. Un lugar para llevar a los niños antes de la merienda o para pasar esas horas tontas en vacaciones antes de la cena. Siento una enorme simpatía por los custodios de estos lugares, a menudo polvorientos, y por el entusiasmo con que los celadores, que a menudo han contribuido de alguna manera en los contenidos museísticos, nos enseñan el par de salas cedidas por el ayuntamiento en las que yacen piedras, dioramas, objetos o esforzados murales explicativos hechos por los niños de la escuela local. Junto con los centros de observación de la naturaleza, esos lugares donde animales disecados conviven con fósiles y hojas secas, los museos locales son una afirmación de personalidad, de carácter. No puedo evitar recordar a mi abuela Isabel cuando entro en uno de ellos, ella siempre decía, cuando le comentaban el comportamiento poco común de algún allegado, "cada uno es cada uno y tiene sus *cadaunadas*".

En Ciudad Rodrigo (Salamanca) se halla la mayor colección de orinales del mundo, 1320 piezas reunidas por su fundador José María del Arco Ortiz. Es una interesante muestra que abarca siete siglos de historia, desde el XIII hasta el XX, donde podemos ver los diferentes materiales, formas y decoraciones con las que se hacía esta pieza fundamental del ajuar de una casa, antes que el agua corriente fuera de uso común. Sorprende la belleza y colorido de algunas piezas de porcelana, que

además nos hace pensar en la monotonía de nuestros inodoros, casi indefectiblemente blancos. ¿Desde cuándo esa uniformidad en los baños? ¿Por qué han evolucionado tan poco? Incluso en un país como Japón, en el que el acto de ir al baño se ha estudiado tanto, el sacrosanto TOTO (con sus chorritos de agua caliente) es blanco. Aquí dejo esta reflexión que espero no deje indiferentes a los responsables de diseño de las empresas de inodoros como Roca o Porcelanosa. Las bellas ilustraciones campestres de los orinales de Ciudad Rodrigo pueden servirles de inspiración. No descartaría que hasta la nueva colección otoño/invierno 2022 de Gucci encontrara aires nuevos en los magníficos orinales del siglo XVII. Al tiempo.

Todo va a salir bien

En la película *45*, el matrimonio formado por Charlotte Rampling y Tom Courtenay ve cómo los cimientos de su matrimonio, en apariencia de una solidez a prueba de bomba, se derrumban tras una noticia que resquebraja la confianza y el cariño que se habían profesado. Esa noticia pone de relieve la profunda fragilidad sobre la que se asentaba la pareja y abre una vía de preguntas en la mente del espectador: ¿Es la persona que tenemos al lado realmente la persona que creemos que es? ¿Nos acostamos al lado de un desconocido? ¿Creemos saberlo todo de quien comparte nuestra vida y, en realidad, nada sabemos? Todos los que hayan pasado por una ruptura en su vida sentimental, se han preguntado una y mil veces estas cuestiones y, probablemente los que no la hayan pasado, también.

Ayer tuve un encuentro con una mujer que me remitió de una manera oblicua, durante nuestro breve intercambio, al personaje de Charlotte Rampling. Me paró en la calle, hacía tiempo que no nos veíamos y tras las banalidades de rigor, vi cómo se le humedecían los ojos cuando le pregunté por su marido. "Me ha dejado. A mí y a los niños. Se ha ido con otra. Nos ha abandonado". Enmudecí: era la clase de pareja que parecía ferozmente unida contra el mundo. La clase de pareja que había borrado el "yo" de su vocabulario y solo utilizaba el "nosotros". La clásica pareja por la que uno pondría la mano en el fuego: sólida, unida, incombustible. No supe qué responder. "Lo siento" es todo lo que se me ocurrió decir. Me abrazó, la abracé. Empezó una retahíla de agravios: el engaño que se había prolongado, los sms y los emails encontrados en una carpeta marcada con un corazón en el ordenador de él. Las ausencias. Las mentiras. Las promesas rotas salidas de un catálogo de tópicos: "No la volveré a ver", "la dejo", "te elijo a ti y a los niños", "no sabía lo que hacía". Y finalmente el derrumbe, no menos tópico que el catálogo de promesas rotas: "Te quiero, pero estoy enamorado de ella", "necesitamos un cambio. Los dos", "tengo que vivir, me estaba ahogando contigo". El momento en que ella vio, como si fuera una película en blanco y negro y a cámara lenta, como él hacía la maleta, dejaba el anillo en la mesilla de noche al lado de un libro sin terminar (la biografía de Steve Jobs) y se alejaba por el pasillo. El odio. "Nos ha destrozado la vida". Hacía diez meses de todo aquello, pero ella lo contaba como si hubiera pasado hace diez minutos. Lo contaba como si no se lo hubiera contado a nadie antes y contándolo volviera a revivirlo, volviera a sentir el abismo que se abrió bajo sus pies cuando él se fue por el pasillo y cerró la puerta y ella se quedó sentada en el suelo del comedor, desmadejada como una flor marchita. Repito que lo siento, que no sabía nada, que la llamaré y tomaremos un café y me lo contará todo con más detalle. Y mientras me alejo, repaso las cosas que me hubiera gustado decirle pero que ella no hubiera querido oír aunque se las gritara al oído hasta dejarla

sorda: que cuanto más tiempo alimente este odio, más le costará soltarlo; que si alguien no te quiere, no hay nada que puedas hacer para que lo haga; que no deje que los momentos malos borren todas las cosas buenas que pasaron juntos; que se olvide del rencor, de los reproches, de las venganzas que inevitablemente está urdiendo en su cabeza. Que es mejor saber ahora quién es de verdad la persona con la que ha compartido un tramo de la vida que dentro de cuarenta y cinco años. Que, aunque ahora no se lo parezca, todo va a salir bien.

Tóxico no es un sinónimo

Antes eran malas personas, cabrones, hijos de su madre, chungos… ahora los llamamos tóxicos. Como si intentáramos con un vocablo más o menos neutro amortiguar la violencia de nuestras opiniones. Noto una ola de "sanitización" de las palabras, un intento de exorcizar la rabia que a menudo sentimos. Lo mismo pasa con otros lugares comunes que reconozco me sacan de mis frágiles casillas. "Gestionar las emociones". ¡Arggggg! Las gestiones son cosas que hacen los gestores: los que te ayudan con la declaración de la renta o te orientan por las procelosas aguas de las administraciones públicas. Las emociones se sienten. Las podemos maquillar, arrinconar, enterrar, hacer como si no estuviesen, pero ¿gestionar? De nuevo, una palabra cuya intención es desmontar la fuerza de lo que sentimos. Como si camuflándola, pudiéramos permitirnos pasar de puntillas por encima de ella, de la emoción. El esquelético vocabulario de los manuales de autoayuda escritos por un *coach* con ayuda de sus colegas, los *chatbots* ha invadido todas las esferas del lenguaje. Escuchas o lees entrevistas de famosos cantantes, o filósofos de nuevo cuño, y solo afloran ristras de tópicos y lugares comunes: salud mental, superación, proactividad, los peligros de las redes (esas redes que siempre arden, aunque llueva), autocuidado, naturalidad. No quiero aquí alabar el exabrupto, pero reconozco que prefiero los tacos a las palabras vacías que dicen aún menos de lo que enuncian.

El lenguaje político es asombroso en ese sentido: ningún portavoz o representante político escapa a esta catarata de necedad, empezando por las fórmulas que inician los discursos: "los ciudadanos y las ciudadanas", "la situación de bloqueo institucional", "la rica y plural realidad democrática", "el bienestar de todos gracias a las políticas sociales", "España en el punto de mira", "el bien común". Este último concepto me hace siempre saltar de mi asiento: ¿De qué hablamos cuando hablamos de bien común? ¿Puede existir un bien común cuando las desigualdades sociales son abismales? ¿Hablamos en realidad de un "regular común"? ¿De un "ir tirando común"? Otra cosa que me hace dar vueltas a la cabeza tipo niña de *El exorcista* es cuando escucho el baile de cifras que utilizan todos y cada uno de ellos. De hacer caso a todas las cifras, viviríamos a la vez en el país más próspero del mundo y en el más miserable, en el lugar donde más igualdad existe y en el que menos. Lo peor es la sensación de que la verdad sobre estas cifras está en otro lado. Igual que ese "bien común" que se escurre cuando queremos acotarlo, como el jabón mojado en la bañera. Y la sensación de que ellos, los que utilizan las cifras en un sentido o en otro, saben perfectamente que esta dialéctica de besugo no convence a nadie. Estamos ante un desfile donde todos, incluido el público, estamos desnudos. Una vez más, es triste acercarse a las urnas con desgana, con desaliento y con pereza, para votar a los que menos urticaria nos provoquen.

Tres caras (o mil) de Japón

Hay un proverbio que dice que todos tenemos tres caras, la que mostramos al mundo, la que mostramos a los amigos y amores y una que no le mostramos a nadie. La cocina japonesa tiene muchas más caras de las que le atribuimos, aquí una mínima muestra de su increíble diversidad:

1. Un chef japonés que no hace comida japonesa, pero sí.
Atsushi Tanaka insiste en que él no hace cocina japonesa y, sin embargo, basta ver su creación "Camouflage" o la manera que tiene de utilizar el humo o el *hinoki* o la delicadeza con que construye una pirámide de coloristas obleas para sentir algo inequívocamente japonés en su manera de tratar el producto. Ahora bien, su paso por Pierre Gagnaire, Quique Dacosta, o por prestigiosas cocinas de Holanda, Suecia y Dinamarca dotan a su cocina de un espíritu abierto, rebelde y creativo que hace de su restaurante AT en París una experiencia memorable.

Tanaka se define como artista y la belleza de los platos que podemos degustar en AT dan fe de ello: pocos cocineros se atreverían a experimentar con el color gris como hace él y, sin embargo, su plato gris, servido con una especie de crema gris que se extiende libremente, con un sabor a golosina y fruta infantil, es una delicia. Gris y discreta es también la puerta de su restaurante, que irónicamente se encuentra muy cerca de "La tour d'Argent", su absoluta némesis. Atsushi sirve dos menús en AT con la posibilidad de maridaje. Cada plato es una pintura en miniatura: desde el erizo servido con zanahorias y *tonka*, hasta el cangrejo ahumado con *yuzu*, y un plato cuya sola evocación me hace salivar, el calamar con berenjena y *shiso*. En la carta se puede encontrar un *champagne* muy especial de Etienne Calsac, que se llama "Les revenants", un *champagne* hecho con pinot blanc, petit meslier y arbane que casa a la perfección con la cocina de Tanaka y que recomiendo vivamente a todos los que no se dejan seducir por las grandes *maisons* clásicas del *champagne*. AT tiene una estrella Michelin (quiera decir eso lo que quiera decir a estas alturas). Merece la pena la visita, si nos agotamos de recorrer París y sus bistrós por muy *bistronomiques* que sean. Restaurante AT 4. Rue du cardenal Lemoine. info@atsushitanaka.com

2. Yoshi Suto, un chef japonés (que ya es medio español).
Curiosamente, Yoshi Suto, como Atsuri Tanaka, tambien pasó por el restaurante de Quique Dacosta. Yoshi, nacido en la prefectura de Gunma, salió a los veinte años de Japón, y empezó una vida de viajero que le llevó a Perú, Nueva York, Italia, París y España. Hace apenas un año que ha abierto su primer local donde él lo hace (casi) todo, y lo más importante, lo hace muy bien y con una alegría contagiosa que se refleja en sus platos. El local es una joya escondida en el barrio de Sants en Barcelona, hecho con materiales nobles traídos de Japón, con una iluminación de *ikebana* y un espacio en el que ocho comensales pueden estar en la barra, mientras otros ocho pueden ocupar las mesas. A Suto hay que venir a disfrutar de la cocina de Yoshi, a conversar con él, a pasar unas horas en un Japón que no se conoce, desenvuelto, bromista y muy pero que muy *oishi* (sabroso). El menú de Suto se abre con un delicioso *temaki* de toro con una salsa de soja casera que da paso a unas piezas de *sushi* espectaculares, el *tartare* de dorada con puré de alcachofa y *shiso* envueltos en espinaca, la cajita con foie marinado en miso y caramelizado con azúcar moreno (espectacularmente bueno), gyozas de merluza y gamba con *lemongrass* y aire de coco (una revisitación muy inteligente del manido mundo gyoza)… y así hasta terminar un perfecto menú degustación que se sucede como un suspiro, hasta llegar a los postres, que incluyen un refrescante *kakigori* (hecho delante del comensal con una máquina japonesa) con naranja, pomelo,

sake y menta. Una comida o una cena en Suto es un pequeño y concentrado viaje a Japón que merece mucho la pena. Y a un precio absolutamente imbatible. Si me pierdo alguna vez, ¡buscadme allí! Suto. Calle Violant d`Hongria Reina d`Aragó, 134 .08028 Barcelona. 610908651. IG @suto_barcelona

3. Yoka no está loka

La simpática propietaria de Yokaloka, Yoka Kamada, llegó a España hace quince años, creando un lugar que, probablemente es el más parecido en atmósfera a esos lugares escondidos en los mercados que se pueden encontrar en Tokio o en Osaka. Descubrí Yokaloka por casualidad, en el Mercado de Antón Martín, en Madrid, y desde el primer momento me enamoró su atmósfera desenfadada, la disposición de sus mesas, esa intimidad que se crea en una mesa de dos, cuando ves pasar a los clientes del mercado con sus carritos de la compra, su *ramen* y su *sashimi* de toro, además de la simpatía y eficacia de Yoka y su equipo. Es de esos lugares que propician la sobremesa y la charla, si vas con amigos. Y también es un gran lugar cuando uno come solo, porque nunca te sientes solo. Siempre he reconocido que el capítulo "La gyoza de Proust", de mi serie *Foodie Love*, está directamente inspirado en este lugar, donde empecé a escribir las primeras líneas del diálogo, mientras sorbía un buen *ramen*, un mediodía de invierno. Recomiendo siempre este lugar porque para mí tiene el espíritu de un Japón divertido, canalla, sabroso, un Japón cálido y acogedor, mi Japón. YOKALOKA. Mercado de Antón Martín. Calle Santa Isabel, 5. 28012 Madrid. 610602722.

Tres pies al gato

Creo que toda mi vida ha sido una lucha más o menos titánica por esclarecer la verdad oculta de las cosas: me interesa lo que no se ve, lo que no se dice y lo que no se explica. Los intersticios por los que se cuela la luz, lo que está detrás de las apariencias, las esquinas de la oscuridad. En esa búsqueda a veces me he dado de bruces con muchos muros y he cometido errores estrepitosos. Y sé que he pagado muy caro ese no conformarme con lo obvio, aunque siento una especie de orgullo por no haberme dejado arrastrar por ninguna corriente de opinión: errado o no, lo que pienso y siento me pertenecen y no los cambio por nada. Bueno, no nos vengamos arriba por casi nada. Afortunadamente me gustan las cicatrices. Soy muy cabezota (siempre), soy infantil (a veces) y soy una agonías (¡todo el tiempo!): una combinación letal.

Me apena y me reconforta al mismo tiempo pensar que ya no viviré otras vidas: que no seré monitor de surf en Santa Cruz, ni batería de una banda emo, ni abriré un chiringuito de paellas en una playa paradisíaca, ni descubriré una fuente casi regalada de energía ni ejerceré de zahorí en Madagascar, donde son muy respetados. Muchas veces sueño con esas vidas que no viviré y cuando me despierto tardo un rato en darme cuenta de que todo ha sido un sueño: que sigo siendo yo y no uno de los protagonistas de esas otras vidas. Esos minutos de duermevela en que por un momento creo ser otra persona, o hasta un animal, me desconciertan, pero me gustan. Parecen absolutamente reales porque el cerebro nos engaña todo el tiempo. Aterrizar, despertar, siempre es duro, a menos que tengas pesadillas todo el rato. En el último disco de M83, la formación de Anthony Gonzalez, se habla, entre otras muchas cosas de la infancia y de los traumas, de esta. "Hola *freak*, ¿puedes ver la escalera al cielo, bajo el café del limbo?". Llevo pensando en esa línea de la canción desde que la escuché por primera vez. Cada vez que la

escucho, esas palabras resuenan en mí, como si yo sola pudiera adivinar su sentido, aunque sospecho que igual no tienen ninguno. Nada como una canción pop para perforarte la nuca y depositar en tu cerebro un río de incalculables posibles significados. Y la honda sospecha de que nadie conoce la auténtica dirección del café del limbo, aunque esté bajo la escalera al cielo. Me siguen pareciendo mágicas las canciones pop, no así los videoclips, que cada vez son más deprimentes. No necesitamos saber el alcance de los besos del artista de turno ni el número de quilates del diamante con que ha sido obsequiado.

A veces esta columna provoca que algunas personas se pongan en contacto conmigo y me cuenten sus afectos y desafectos, sus cuitas, sus afinidades con lo que escribo, también sus sueños. No puedo contestarles a todos como querría, pero sí me gustaría decirles que, aunque a veces sea agotadora, la vida buscándole tres pies al gato es mucho más interesante.

Una velada francesa y campestre

El entorno es idílico: caserón francés aislado construido a mediados del siglo XIX en una colina, enorme jardín que se pierde en el horizonte, donde el aperitivo se sirve en una larga mesa con manteles que pertenecieron a la bisabuela, candelabros de plata, música de cámara, perros de pelaje reluciente que pululan entre los invitados, *champagne* servido en copas de cristal fino… Todo induce a la conversación superficial, a la broma inocente, al "has leído/visto/escuchado…?" y al "… ¿y qué te ha parecido?". Y, sin embargo, es imposible sustraerse a que, en las grandes ciudades cercanas, hay bandas de jóvenes protestando violentamente por la muerte de Nahel a manos de la policía, cuyo nombre será difícilmente olvidado. Como extranjera en este mundo francés que no es el mío, me permito mostrarme más ignorante de lo que soy y, entre canapé y canapé, pregunto directamente qué está pasando y cómo mis amables anfitriones se lo explican. Hay encogimientos de hombros y ganas de hablar de otra cosa, pero mi insistencia vence. Como sucede a menudo en estos casos, no hay una ni cien explicaciones, hay un puñado de viñetas que pintan un panorama sombrío que me hace como siempre preguntarme por qué los franceses se quejan todo el tiempo y los españoles no nos quejamos bastante. O no protestamos bastante. Aparece la brutalidad policial, por supuesto. Alguien se queja de que, a ella, mujer de mediana edad, blanca, de clase alta, la policía francesa también la trata mal. Nadie más la secunda. Pero lo que pesa es la inadaptación. Cómo los barrios están llenos de jóvenes inmigrantes inadaptados que utilizan cualquier excusa para quemar autobuses o vandalizar tiendas de zapatillas. Cómo nadie les ha enseñado a amar a su país de acogida. Cómo —y eso es secundado por varios invitados— hay un empeño en respetar demasiado las culturas y religiones que llegan a Francia y no hay ninguna intención de transmitir los valores de la cultura francesa. De ahí pasamos al tema del velo, de las ganas de trabajar, los subsidios, el miedo de una policía que no está lo bastante preparada (eso lo rebaten algunos). Hay alguien —un artista prestigioso— que dice que en la *banlieue* de las grandes ciudades hay grupos armados con lanzallamas y metralletas. Manifiesto mi asombro ante este hecho, me resulta muy difícil de creer. ¿Dónde está todo ese armamento justamente en este momento, el más álgido de las protestas? ¿Por qué no se ha utilizado? Pregunto si las diferencias entre estas protestas y las de hace apenas unos meses por el retraso de la edad de la jubilación son simplemente demográficas. Aquí las opiniones se dividen: aquellas protestas sí eran legítimas, las de ahora por parte de chicos muy jóvenes, no tanto. Un empresario se muestra horrorizado tanto por estas protestas como por aquellas y zanja con un "en este país,

nadie quiere trabajar, nadie, ni los jóvenes ni los mayores". Alguien le responde: "¡Siempre nos quedarán los *chatbots*!" La mayoría ríe. Nuestra amable anfitriona nos llama a cenar desde el interior de la casa y los *collies* empiezan a dar saltos. Antes de entrar en la casa, miro el sol que se esconde tras la última colina del horizonte tiñendo el cielo de púrpura: a ver qué nos depara el mañana, a ver.

Un toro es un toro es un toro

A veces tengo la sensación de que escuchar, leer y comprender son conceptos completamente superados. Como si los que todavía leemos, escuchamos y al menos intentamos comprender estuviéramos relegados a un gueto que cada vez más se parece a un gulag. Un gulag donde no se pasa hambre, pero donde el frío de la incomprensión te hiela cada día más los huesos y el alma. Reconozco que lo que voy a relatar a continuación, y mi reacción a ello, quizás a algunos les pueda parecer un pelín exagerado. Pero creo que la suma de las cosas que me han pasado en las últimas semanas (incluido lo que ya relaté en otro artículo acerca de mi perplejidad ante críticas por comentarios que yo no he hecho) justifica la susodicha sensación de aislamiento, gueto y hasta gulag.

Hace unos seis años le compré a un payés vecino de un pueblo de la provincia de Barcelona siete olivos centenarios de un campo de su propiedad que planeaba talar para hacer leña, dado que no podía atenderlo. Trasplanté los ejemplares a un campo cercano que me pertenece. Huelga decir que el rescate de los olivos me costó la torta un pan, pero desde que era una niña me han fascinado estos árboles y me hacía ilusión darles una nueva vida. Todos, menos uno, sobrevivieron al traslado. Seis años después están florecientes y este año, por fin, han dado muchísimas aceitunas.

Se me ocurre poner un vídeo en Instagram manifestando mi alegría porque después de seis años de cuidados, los olivos volvieron a la vida. Y entre *likes* de gente que, como yo, ama los olivos, recibo una serie de insultos e improperios (el más suave de los cuales me trata de imbécil) criticando que le compre los olivos a "una empresa de la Terra Alta" en Tarragona y que contribuya al tráfico de olivos en Tarragona y casi casi me acusan del asesinato de Lincoln. En las imágenes de Instagram, ponía claramente las cosas como fueron: el vecino que iba a cortarlos, la provincia de Barcelona y no mencionaba nada de ninguna empresa ni de Tarragona ni de nada por el estilo. Me pregunto si los que han hecho tales comentarios quizás no sepan leer. O quizás no quieran leer. O probablemente lo único que quieren es meterse conmigo y les da igual si enseño olivos o la receta del pastel de pera de mi tía Filomena.

Otro caso, aún más triste: posteo una foto de la silueta del toro que podemos encontrar aún algunas carreteras de España. Esa silueta me recuerda a *Jamón, jamón*, a la entrañable figura del añorado Bigas Luna, un director excepcional y un amigo generoso con el que tuve la fortuna de compartir muchas tardes y sobremesas. Pues bien, entre *likes* de admiradores de Bigas y su cine, se cuela un puñado de comentarios de gente que no tiene ni idea de quién es Bigas Luna y que me acusan de antifeminista (?), protaurina, y claro, fascista.

Quedan tan solo ochenta y nueve toros en España. Directores como Bigas ya no quedan. Por desgracia, la estupidez nunca va a escasear.

Vladivostok

Me dejan sumamente perpleja y llena de admiración las personas que programan sus viajes a años vista: de aquí a un año y dos meses, te cuentan, harán un viaje a Vladivostok para ver un festival de esculturas de hielo, ya tienen los billetes y las reservas de hotel y hasta el nombre del guía que los llevará a dar una vuelta por los alrededores de la ciudad, que dicen son espectaculares. Nunca he sido capaz de nada por el estilo: me invade una sensación de opresión y desaliento paralizantes cuando he comprado un billete de avión a más de un mes vista (sí, ya sé que se consiguen mejores tarifas) o cuando en mi agenda aparecen eventos en los que se supone he de estar el año que viene. Pienso: ¿Me apetecerá dentro de tres meses algo a lo que he accedido hoy? Y sobre todo, ¿estaré viva?

Hacer planes a largo plazo es siempre una muestra de ciega confianza en el futuro: de aquí que los bancos, que claramente no confían en él, les nieguen hipotecas a los mayores de cincuenta años, a menos que sus propios hijos les avalen. Que unos chicos de veintiún años que no se han estrenado en el mercado laboral y poseen como único capital una consola Xbox estropeada y el carnet caducado del Club Super3, sean aceptados como avaladores de hipotecas concedidas a sus padres es una prueba más, por si nos hacían falta, de la insania de unas instituciones financieras que un día, de la noche a la mañana, pasan de valer millones a no valer nada, como le ha pasado a aquella en la que tengo una hipoteca. Confieso mi absoluta ignorancia en temas de dinero y matemáticas (nunca conseguí entender la regla de tres ni los logaritmos), pero todos estos últimos vaivenes en el tinglado bancario me han llevado a hacerme varias preguntas que me están quitando el sueño. Porque, vamos a ver, si este banco que me concedió la hipoteca se vende por un euro, que viene a ser lo que cuesta una cajita de chinchetas en los chinos, será que los más de cien mil euros que yo le debo por la casa que nunca debí comprarme vendrían a ser como tres céntimos, ¿no? Bueno, seamos justos, pongámosle que son cinco céntimos. Ahora mismo podría saldar mi deuda. Podría llegar incluso a pagar dos euros y superar la oferta de esa otra institución financiera a la que también debo dinero. Es un negocio redondo: cancelo la hipoteca, me quedo con el banco, lo dejo en manos de los trabajadores y me voy a mi casa que ya no estará hipotecada. No entiendo cómo no se le ha ocurrido antes a nadie. Con lo que ahorraré, quién me dice a mí que no pueda ir a Vladivostok al festival de esculturas de hielo y a visitar los alrededores, que dicen son espectaculares.

Vuelve el Grinch

Mi fobia a la Navidad se remonta a mi niñez. En el momento en que descubrí a Dickens en una edición ilustrada de *Canción de Navidad*. Las ilustraciones de los espectros del pasado, presente y futuro me daban un miedo pavoroso y el personaje de Mr. Scrooge me horrorizaba. Nunca creí en su redención, en que de la noche a la mañana cambiara debido a las visiones que le mostraba el espectro del futuro y se pusiera a repartir su dinero. Siempre he imaginado como lo peor del mundo a ese personaje despreciable que mata de hambre a todos los que le rodean y que lleva una vida ruin en una habitación mal iluminada, rodeado de bolsas de dinero y ratas. Mi visión de la Navidad está ligada para siempre al universo dickensiano, a sus desgraciados personajes arruinados, a los frágiles niños lisiados de pelo rizado, y a la miseria en la que viven,

contemplando desde la calle como las familias opulentas trinchan pavos inmensos, a la luz de cientos de velas que se reflejan en pirámides de manzanas rojas y relucientes.

Ya sé que la Navidad no es como en las novelas de Dickens y que ningún espectro del futuro podrá mostrarme estampas peores de las que yo soy capaz de imaginar, pero tiemblo cuando veo que nuestros previsores ayuntamientos preparan las guirnaldas de luces que durante mes y medio van a constituir nuestro hábitat y cuando los bares del barrio empiezan a vender décimos de lotería con dibujitos de niños con bufanda y manoplas. No hay nada que me deprima más que la voz de Judy Garland saliendo por los altavoces de un centro comercial, cantando "Have Youself a Merry Little Christmas", probablemente la canción más triste del mundo. Escuchándola te dan ganas de sentarte en la acera, poner la cabeza sobre el regazo y llorar hasta que llegue un empleado del centro comercial que te señale que ahí no se llora, que si quieres llorar te vas al *parking*. Otra canción de Navidad que nunca he entendido: la de "mira cómo beben los peces en el río". Cuando escucho lo de "beben y beben y vuelven a beber" no puedo evitar visualizar un montón de peces hinchados en el lecho seco de un río. Por no mencionar a la inefable Mariah Carey, la autocoronada reina de la Navidad. ¿Y qué decir de las películas de Navidad? ¿Hay algo más trágico que James Stewart corriendo en la nieve en "It's a Wonderful Life" (*Qué bello es vivir*) de Frank Capra? O la escena de *Enamorarse* en la que Meryl Streep y Robert De Niro se encuentran en una librería, al final de la película, el día antes de Navidad y apenas se saludan, y ella sale de la librería y está nevando y se oyen canciones navideñas en la estación y ella está muy triste y se te encoge el corazón porque está sola y hace frío y es Navidad… en fin, no sigo.

Como en nuestros días es imposible tener algún tipo de manía sin que le pongan un nombre, resulta que esta fobia a la Navidad tiene un nombre: el síndrome del Grinch, el personaje verde y cascarrabias, creado por Dr. Seuss que detestaba la Navidad y quería suprimirla del mundo. Yo no quiero suprimirla del mundo: me conformo con no escuchar el villancico de los peces en el río más de tres o cuatro veces durante las fiestas. Y una ligera afonía (¡nada grave!) para Mariah Carey, si puede ser.

Ya están ahí

Ya están ahí siguiendo (y equivocándose) la bolita azul de Google Maps. Ya están ahí con sus mochilas, con sus sandalias, con sus libros de frases para decir "café con leche de avena". Ya están ahí con su sinfonía de maletas de ruedas retumbando sobre el empedrado. Los turistas. Franceses, italianos, alemanes, rusos, suecos, noruegos, americanos. En cruceros, aviones, trenes, coches. Como si el pasado año hubiera sido tan solo un espejismo. Como si nunca hubieran faltado. Y no solo en España. Este puente del Pilar, Lisboa ha sido la ciudad europea que más visitantes ha recibido: literalmente era imposible abrirse paso por las calles del centro y no se escuchaba una palabra de portugués. Era tal el gentío que mi pareja y yo decidimos refugiarnos en nuestro hotel hasta la hora de la cena, toda la belleza de la ciudad oscurecida por el fragor de los miles de personas que lo invadían todo: bares, restaurantes, iglesias, librerías, tiendas, museos. Cuando hay que pelearse a brazo partido por ocupar una terraza, debería ser la señal de hacer una tregua. Nunca conseguiré ver el encanto de una ciudad entre grupos de gente siguiendo a un guía con una banderita. Es algo que me deja perpleja. Me pregunto si esos turistas disfrutarán verdaderamente de su visita, o soy yo la que proyecto mis propias fobias en los demás. No consigo que me quepa en la cabeza que "eso" sea el turismo: seguir las explicaciones, a menudo genéricas y con escasa personalidad de un guía exhausto, junto a cincuenta personas más, recorrer rodeado de conciudadanos las mismas franquicias que puedes encontrarte en tu propia ciudad o hacerte un *selfie*, en el que apenas se divisa detrás de ti, en el acueducto romano que ha aguantado dos mil años en pie, tan solo para salir desenfocado en una foto tuneada para tu *feed* de Instagram. Es como si la experiencia real de visitar otro país se fuera descafeinando hasta que no quedara nada ni de experiencia ni de real. Y, sin embargo, nada más acabarse las moratorias y las prohibiciones de la pandemia vuelven a producirse los atascos, las colas, el gentío invadiendo los centros históricos de ciertas ciudades, colapsando transportes y siendo, en general, lo que mi abuela llamaba una murga. Nada ha cambiado tras año y medio de pandemia. Ni siquiera se respira un aire de victoria contra la enfermedad. No hay alegría tras nuestra aparente supervivencia. ¿Para esto queríamos seguir viviendo y viajando? ¿Para hacer cola delante de una franquicia de helados? ¿Para dejarnos los ojos y las rodillas intentando descifrar las instrucciones de Google Maps mientras una bolita azul se ríe de nosotros? ¿Para abrirnos camino entre despedidas de solteros y solteras que por fin podrán celebrar la boda de sus sueños mientras vomitan la mezcla criminal de chupitos de *limoncello* y *jägermeister* en todas las ciudades a las que llegan los vuelos *low cost*?

Así estamos, siguiendo a un guía con banderita que está aún más perdido si cabe que nosotros.

Ya no llueve como antes

Me he obsesionado con los patrones de la lluvia. Se me ha metido en la cabeza que ahora, en estos últimos años, de repente cae un chaparrón fortísimo de golpe, y después de diez minutos o así, se para y ya no vuelve a llover en todo el día. Esto antes no pasaba, digo a quien quiera escucharme, de verdad que no. Antes caía un chaparrón y luego seguía lloviendo más flojito, pero seguía. Las personas que se han dignado a escucharme me miran con conmiseración, como si yo desvariara, como si me estuviera inventando las cosas. Alguno dice que, en el otoño, siempre ha

sido así y yo le digo que no, que precisamente en el otoño la lluvia era más compacta, más sostenida, que era la primavera la estación de los chubascos repentinos. Acabamos cambiando de tema. El tiempo es un dragón con un lanzallamas en el estómago, que se lo traga todo, lo destruye todo, lo pulveriza todo hasta que no queda nada salvo *flashbacks* repentinos de cómo eran las cosas, cómo las vivíamos. Y con esas briznas construimos los recuerdos. Muchas novelas atribuyen a sus protagonistas recuerdos de una precisión desbordante: hombres septuagenarios recuerdan el color del camisón de su madre, que falleció cuando apenas los había destetado, mujeres interrogadas por la policía afirman que el capó del coche que intentó agredirlas tenía restos de hojas secas y cagadas de pájaro. Cuando leo estas cosas, me pongo a intentar sin éxito recordar qué cené ayer o la última canción que puse en la *playlist* semanal. Siempre me asusta pensar que iba a fracasar absolutamente como testigo de un acto delictivo. Otra cosa que me asombra: ¿Cómo podemos recordar las cosas de manera tan diferente aquellos que las vivimos al mismo tiempo? ¿Por qué yo recuerdo con espanto cosas que a la persona que estaba conmigo en un momento determinado le dejaron totalmente indiferente? ¿Qué hay en ese procesador de la cabeza que hace que coloquemos una misma cosa en dos lugares completamente diferentes? Quizás, como ocurre con las interpretaciones de la historia, lo que ocurrió y sus efectos no pueden definirse ni con mi espanto ni con su indiferencia, ni con el asombro o la cólera o la hilaridad de otros que también compartieron esos acontecimientos, sino con una especie de magma que aglutina todas esas reacciones, las suma, las contiene, pero no se deja definir por ninguna de ellas. Recuerdo cómo me marcó el ingenio de Philip K. Dick. al atribuir a sus androides Nexus memorias fabricadas que les dotaban de una genealogía, de un pasado. Los Nexus, como Rachel, recuerdan con precisión fiestas de cumpleaños, regañinas de los padres, atardeceres, paseos en barca. Ni siquiera su plena conciencia de ser androides les impide por un momento dejar de creer a pies juntillas en la fiabilidad de esa memoria que les han implantado. A veces me pregunto si soy yo la que se equivoca al pensar que la lluvia era diferente antes, o si son todos los demás androides los que recibieron recuerdos diferentes de su ingeniero de turno.

¿Y qué pensaría Martin Luther King?

Ante la inminencia del juicio a los políticos presos, arrecian los tambores de guerra de la admirable campaña internacional de relaciones públicas que el *statu quo* independentista lleva organizando con el dinero de todos los catalanes, lo queramos o no. Son muchos años de *lobby* destinados a ridiculizar, desprestigiar, machacar y anular al Estado español y a todos los que, como yo, no comulgamos con las ruedas de molino de su república imaginaria. Desde Joan Baez hasta Ai Weiwei, pasando por Angela Davis y el Pen Club el gobierno catalán ha convencido a multitud de personalidades internacionales de reconocido prestigio de que aquí vivimos en un país esclavizado, oprimido y antidemocrático donde no se respeta la lengua catalana, ni el hecho diferencial ni la cultura catalana ni a los catalanes, a los que poco falta, de hacer caso a la imagen que les están vendiendo a las susodichas y bienintencionadas personalidades, para que nos pongan grilletes nada más salir de casa. Cada vez que leo las declaraciones de alguien a quien admiro, como Angela Davis o Ai Weiwei, siento una mezcla de estupor y tristeza: me causa estupor que les hayan vendido la moto tan fácilmente y tristeza que, a gente coherente como ellos, no se les haya ocurrido contrastar los hechos que sus anfitriones tan elocuentemente les deben de haber contado. Confieso que leyendo las declaraciones de un informe del Pen Club, en mi inocencia,

pensé que al hablar de "… contraer el espacio para opiniones disidentes" se referían a los que nos atrevemos a disentir del discurso impuesto en estos pagos, pero rápidamente me di cuenta de mi error: se refieren a lo suyo, a lo de siempre, porque para eso existe un Pen Club *català* que les explica a sus honónimos americanos las indignidades de ese espacio contrahecho y asfixiante en el que se ven obligados a existir.

No sé quién ha escrito el informe, pero desde aquí ya afirmo que no es que sea una *fake news*: es, lisa y llanamente, mentira. Y cualquiera con dos dedos de frente y que esté mínimamente despierto y sobrio, puede darse cuenta de que lo que ocurre es justamente lo contrario: que somos los disidentes los que estamos expulsados del espacio público y de todas las manifestaciones culturales, sociales y políticas promovidas por el gobierno catalán, que somos ciudadanos de segunda categoría en nuestra tierra, que se nos tolera con el desdén reservado a los niños díscolos a los que siempre hay que dar un par de azotes, que se nos califica de "fascistas exaltados" por aquellos que tienen un auténtico comportamiento de fascista exaltado.

Es lastimoso que cada dos por tres haya que recordar que España es un país democrático, con una Constitución que costó sangre, sudor y lágrimas y que el sector independentista está constantemente amenazando esta democracia con insultos, proclamas, manifestaciones y continuas faltas de respeto al juego democrático. Que, como maestros del populismo, estén aupando a la extrema derecha española es ya la amarga guinda de este pastel de odio en que quieren convertir la vida de los que lo único que queremos es vivir libres y en paz.

La última jugada maestra es colocar a Quim Torra, presidente de rebote del Gobierno catalán, alguien que tiene todas las características, el comportamiento y las palabras de un político sumamente racista, dando una conferencia en el Instituto Martin Luther King. ¡*Chapeau*! Son hábiles, astutos y comprendo que la estampa de "pueblo oprimido" es sumamente fotogénica. Solo pido a quien quiera escucharme, de aquí, de allá o de donde sea, que indague, que pregunte y que contraste. Y luego, hacemos un informe. O mil.

IV. *Bonus track*

Sonora

Escuchamos una voz de mujer algo ronca medio cantando/hablando/susurrando la canción "Reloj no marques las horas", a veces la tararea como si no se acordara de la letra, a veces casi es un suspiro: "… porque voy a enloquecer…".

Ahora escuchamos la voz grabada de la operadora de una compañía telefónica: "Para responder a este mensaje, pulse 1, para borrarlo, pulse 2, para guardarlo, pulse 3…".

Volvemos a escuchar desde el principio el fragmento de canción que hemos escuchado.

Pausa.

De nuevo la voz de la operadora. De nuevo el mensaje.

Una respiración entrecortada (de **Ana 2**)

Ahora escuchamos un tono de teléfono. Tres toques.

Voz de operadora: "Nuestras líneas están ocupadas, en breve contestaremos su llamada". Música de espera.

Otra voz: "Por su seguridad esta llamada está siendo grabada".

Ana 1.- Buenos días, le atiende Ana, ¿en qué podemos ayudarle?

Ana 2.- (un hilo de voz) Hola… (una fuerte respiración). Yo también me llamo Ana.

Ana 1.- Disculpe, ¿puede hablar un poco más alto?, no la entiendo.

Ana 2.- Ana, que yo también me llamo Ana, que yo también me llamo… que ya es casualidad.

Ana 1.- Sí… ¿En qué podemos ayudarle hoy, Ana?

Ana 2.- Sí, claro por eso llamaba.

Ana 1.- ¿Sí? ¿En qué podemos ayudarle hoy?

Ana 2.- Eso ya lo has dicho. ¿Os dicen que repitáis las cosas tantas veces?

Ana 1.- (respiración) No, no nos lo dicen, estoy aquí para ayudarle, Ana. Si me dice en qué…

Ana 2.- ¿Dónde estás? Quiero decir, o sea, estás en tu casa, sois varias, como las chicas del cable, así juntas en una sala, con cascos todas y esos micrófonos chiquititos como los de Madonna en los conciertos… o … estás, yo qué sé, en Marruecos o en Galicia o en tu casa en Madrid y tienes un gato que se llama Félix en tu regazo cuando hablas…

Ana 1.- … No nos permiten dar esa información… (con cansancio) ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

Ana 2.- Algo… claro, pero me ayudaría saber quién eres, o dónde estás o algo… algo concreto, tengo que tener algo concreto en la cabeza sobre ti para que me puedas ayudar, es que si no… Yo no puedo funcionar si no me imagino… si eres de tacones o zapatillas, si te gusta más lo dulce que lo salado, o si hay mañanas que no puedes con tu alma y como no hay nadie que te coja por los hombros, te dices, ya me cojo yo y tiras de ti… si no, no puedo.

Ana 1.- No (traga saliva), no nos permiten dar detalles personales.

Ana 2.- Pues impersonales, yo que sé, inventa algo, que llevas extensiones o mechas o los pies planos o los dientes un poco torcidos, que nunca te ha importado un pimiento Eurovisión, yo qué sé…

Ana 1.- (respiración) No nos permiten dar esa información.

Si tiene algún problema en la línea, si quiere ampliar el bono o dar de alta una segunda línea, tenemos en estos momentos una oferta muy interesante: le ampliamos totalmente gratis hasta treinta gigas y le obsequiamos una freidora de aire al dar de alta la segunda línea.

Ana 2.- Es muy poético ese concepto de freidora de aire, ¿verdad? Porque te imaginas al aire en llamas, el aire que quema y ¡pum!, ya tienes unas patatas fritas hechas… No me tientes con una freidora de aire, Ana, no me tientes… que me pasaría el día con ella y venga patatas fritas, que eso es lo que pasa con estas cosas que te dices, coño, es una freidora de aire, no hay grasa, ¡genial! Voy a hacerme un kilo de patatas fritas y luego te crees que no engordas y te pones hecha un tonel. Las cosas *light* son las que más engordan, créeme, Ana, sé de lo que hablo.

Ana 1.- Disculpe Ana, ha escuchado el mensaje que dice que para su seguridad esta conversación está siendo grabada, ¿verdad?

Ana 2.- ¿Para mi seguridad? No lo entiendo. Para mi seguridad tendría que dejar de comer patatas fritas para siempre.

Ana 1.- Escuche…

Ana 2.- Escúchame tú: bollicaos *light*, patatas sabor barbacoa *light*, pasta *light*, bocaditos hechos de harina de guisante que saben a jamón, ¿qué no habré probado yo? Todo sabe a rayos, pero te llena ese agujero que no se llena nunca y un día te das cuenta de que si es *light* te comes el triple, un día te das cuenta de que ese agujero no se va a llenar y vuelves a lo que no es *light*, al menos engordar a gusto, Ana, que nos dejen al menos eso, engordar a gusto…

Ana 1.- (carraspea) Sí.

Ana 2.- ¿Sí? ¿estás de acuerdo?

Ana 1.- Sí…

Ana 2.- ¿También tienes un agujero?

Ana 1.- ¿Hay alguien que no lo tenga?

Ana 2.- Yo no he conocido a nadie todavía.

Ana 1.- Oiga, Ana, yo… hablaría con usted de… de… todo… la vida, las patatas fritas, las freidoras de aire, la thermomix, pero … en un bar, con un café o una birra y unas aceitunas… del agujero del corazón, de los agujeros negros del universo, de todos los agujeros que se le ocurran, pero estoy trabajando y mi trabajo consiste en… en… saber si tiene algún problema con la línea, con la compañía, con el contrato que tiene con nosotros…

Ana 2.- Claro, claro, Ana, perdona, claro que lo entiendo, es que por eso llamaba, por lo del teléfono…

Ana 1.- ¿Sí? ¿Y qué puedo hacer por usted?

Ana 2.- Te da un poco de vergüenza, ¿verdad?

Ana 1.- ¿El qué?

Ana 2.- Las cosas que te dicen que digas. Eso del "contrato que tiene con nosotros", eso te da corte decirlo, "nosotros", ¿quién coño es ese "nosotros"? Tú no eres ese nosotros, tú sabes la hipocresía lamentable que se esconde tras ese "nosotros", dime la verdad.

Ana 1.- ¿La verdad?

Ana 2.- Sí. Que te da corte, que te lo noto, que sabes que eso de "nosotros" es penoso… a mí no me engañas.

Ana 1.- Están grabando esta conversación, ¿no se acuerda?

Ana 2.- La graban. Sí. Pero ¿crees de verdad que alguien la está escuchando? ¿Te imaginas que hay un puñado de hombrecitos ahí muy cerca tuyo, (sonido: rumor de toses, de pasos, de palabras que se cuchichean en susurros) quizás en el sótano (sonido de sillas que se mueven en un espacio con eco) donde estás, que escuchan lo que decimos, que analizan cada palabra (Sonido palabra "dar de alta una línea" que se repite ad infinitum con eco), cada respiración, (sonido de respiraciones desacompasadas) cada vez que se ha producido un silencio un poco raro entre nosotras, que escriben (sonido de máquinas de escribir antiguas) luego un informe, un informe de muchas páginas, que producen un documento que es como la guía telefónica (sonidos de teléfonos antiguos) de las de antes y que lo fotocopian (sonido de fotocopias) y lo llevan a un consejo (sonido pasos en un pasillo) donde hay más de esos pequeños hombrecitos alrededor de una mesa (rumor de voces agudas de hombre) donde no solo escuchan otra vez esta conversación, sino que escudriñan minuciosamente el informe que han hecho los hombrecitos que escuchaban.

(Sonidos mezclados de pasos, cuchicheos, teléfonos antiguos que empiezan sonando bajo y van subiendo hasta crear una barahúnda desagradable y molesta que se para de repente para dejar paso a un sonido de acordeón lejano con las notas de "Historia de un amor").

Ana 1.- No me los imagino así.

Ana 2.- ¿A quien?

Ana 1.-A ellos, a ellos, Ana.

Ana 2.- Ellos.

Ana 1.- Los hombrecitos.

Ana 2.- ¿Cómo te los imaginas?

Ana 1.- Como… Pero yo no puedo hacer esto. Yo no puedo imaginar…

Ana 2.- Sí puedes.

Ana.1 - Necesito este trabajo.

Ana. 2.- Ya. Lo entiendo… Perdona. No tenía que… No tenía que haber dicho nada de los hombrecitos.

Ana 1.- No.

Ana 2.- Ni de lo otro. Lo de las patatas fritas.

Ana 1.- No

Ana 2.- Lo siento. De verdad. Tú estás trabajando y yo… Pero es que…

(sonido lejano de acordeón)

Ana 1.- Yo me los imagino como, como un coro de pequeños hámsteres (sonido *in crescendo* de pasos de roedores) con pequeños auriculares que van caminando con pequeños blocs, caminan muy rápido en círculos, pero no chocan entre ellos, como esas golondrinas que vuelan en formación, ¿sabes las que te digo?

Ana 2.-Sí, esas que no chocan y te preguntas cómo lo hacen, cómo no chocan a esa velocidad…

(Sonido de golondrinas)

Ana 1.- Sí, eso te preguntas, pues estos hámsteres, hay muchos también y tampoco chocan,

(sonidos animales, como un rumor) y apuntan todo lo que decimos y luego se reúnen todos (rumor de pequeños animales) y…

Ana 2.- ¿Y?

Ana.1.- Y nada, Ana. **Ana 2**.- ¿No?

Ana 1.- Tiran sus pequeños blocs en algo, un sitio, un sitio que es como un pequeño horno crematorio y hay fuego y arrojan todas las notas de las cosas que hemos dicho allí.

Ana 2.- Y se queman.

Ana 1.- Y se queman. (sonido abrupto de fuego)

Ana 1.- Porque a nadie le importa lo que decimos.

Ana 2.- Supongo que no.

Ana 1.- Me han dicho que alguna vez ha ocurrido, que a alguna compañera le han dicho algo alguna vez, pero a mí no. (carraspea y vuelve a su tono profesional) ¿Hay algo que podamos hacer por usted hoy?

Ana 2.- Ah… otra vez esa voz rara que pones…

Ana 1.- ¿Cuál es el motivo de su llamada?

Ana 2.- Creí que ya habíamos pasado esa fase. La fase de trabajadora de la compañía atendiendo a cliente psicótica.

Ana 1.- No. Este es mi trabajo.

Ana 2.- ¿No te dan ganas a veces de gritar? ¿De gritar hasta que se te rompa la garganta y gritar más todavía con la garganta rota?

Ana 1.- Las nuevas tarifas no van a afectarle, si acepta nuestro nuevo bono amigo al contratar la segunda línea, son treinta gigas de alta velocidad y una tarifa plana para siempre.

Ana 2.- ¿Y la freidora de aire?

Ana 1.- La freidora de aire de regalo y una tarifa plana para siempre.

Ana 2.- Mi madre creía que el infierno era un lugar frío con un reloj, no con relojes, con miles de relojes de cuco con pajaritos que salían cada hora y decían "para siempre, para siempre, para siempre".

(Canción "Reloj no marques las horas, versión de Lucho Gatica".)

Ana 1.- No conocí a mi madre.

Ana 2.- ¿Murió antes de que nacieras?

Ana 1.- Me dejó con dos tías solteras y se fue, dijo que volvería a por mí. Mis tías me dijeron que había muerto. Luego descubrí que vivía en el pueblo de al lado, que se había casado con el carnicero, que tenía cinco hijos y que nunca le había dicho a nadie que yo existía.

Ana 2.- ¿En serio?

Ana 1.- En serio.

Ana 2.- Lo… siento. Yo lo siento mucho.

Ana 1.- Eran simpáticas mis tías, creo que salí ganando.

Ana 2.- De verdad que lo siento.

Ana 1.- (se empieza a reír).

Ana 2.- ¿Estás riendo o llorando?

Ana 1.- ¿Tú que crees?

Ana 2.- No lo sé.

Ana 1.- (ríe un rato) Es demasiado fácil engañarte.

Ana 2.- (se ríe) O sea que no hay tías, ni carnicero, ni cinco hermanos.
Ana 1.- Carnicero sí, mi padre tiene una carnicería.
Ana 2.- ¿Y tu madre?
Ana 1.- Mi madre es funcionaria de correos.
Ana 2.- ¿Vive?
Ana 1.- Sí.
Ana 2.- ¿Te quiere?
Ana 1.- Sí. Creo que sí.
Ana 2.- ¿Y tú? ¿La quieres?
Ana 1.- Sí.
Ana 2.- Sí crees o sí.
Ana 1.- Sí, sí.
Ana 2.- Eso está bien. Una madre y una hija que se quieren. Es bonito
Ana 1.- ¿Y tú?
Ana 2.- ¿Yo? ¿Yo qué?
Ana 1.- Tu madre.
Ana 2.- Mi madre. (se pone a llorar).
Ana 1.- ¿Estás llorando o riendo?
Ana 2.- No lo sé… (solloza), llorando, creo…
Ana 1.- ¿Vive?
Ana 2.- No.
Ana 1.- Lo siento.
Ana 2.- Gracias.
Ana 1.- Bueno, no sé si lo siento.
Ana 2.- Ya, ya, si yo no pensaba que lo sintieras de verdad.
Ana 1.- Son esas cosas que se dicen y que yo me dije que nunca diría… fuera del trabajo.
Ana 2.- Ahora no te entiendo.
Ana 1.- Aquí tengo que decir estas cosas. Las que me han dicho que diga. Tres días. Fueron tres días. Éramos ochenta y pico. Todas mujeres. El instructor no, él era un hombre. Un PowerPoint. Con un puntero láser de esos con los que la gente juega con sus gatos, ¿sabes los que te digo, esos que venden en los chinos?
Ana 2.- Sí, los he visto. Hay gente con gatos que se divierte con el puntero láser. Cabrones.
Ana 1.- Vídeos, nos enseñaron un montón de vídeos también de mujeres como nosotras, pero que no eran como nosotras. Mujeres que no sudan. Mujeres con los poros cerrados. Mujeres con flujo menstrual que cabe hasta la última gota en la copa menstrual.

Mujeres peinadas. Mujeres levemente pixeladas. Mujeres que nacen con el filtro puesto. Mujeres que salen de fábrica con la copa correcta de sujetador. Mujeres a la que nunca se les marca el sostén en la espalda. Mujeres sin rollitos en la espalda. De hecho, casi sin espalda. Esas mujeres de los vídeos con instrucciones.

Mujeres que te dicen que, a pesar de las barbaridades o insultos que te digan, hay que mantener la compostura. Hay que sonreír, te dicen, aunque el cliente no te vea, porque la sonrisa se refleja en la voz. Nunca entrar al trapo. El cliente siempre tiene razón aunque no tenga razón ni tenga

nada, aunque se cague en la compañía y en ti, aunque quiera hablar con tu supervisor, aunque empiece a gemir como si se pajeara.

Ana 2.- ¿Eso te ha pasado?

Ana 1.- Pregúntame por lo que no me ha pasado desde que trabajo aquí.

Ana 2.- ¿Te encuentras muchas como yo?

Ana 1.- Alguna.

Ana 2.-Lo siento.

Ana 1.- No pasa nada.

Ana 2.- ¿Tú has visto la película *Taxi Driver*?

Ana 1.- Me suena… sí, me suena…

Ana 2.- Es la historia de un taxista en Nueva York. La vi hace muchos años. No me acuerdo de muchas cosas. Sale Jodie Foster con una pamela y Robert De Niro con un corte de pelo punki. Pero me acuerdo muy bien de una escena de él, el taxista que va conduciendo de noche en cámara lenta, las luces en cámara lenta, las ruedas que entran en un charco y salpican y las gotas caen en cámara lenta y oímos su voz, la voz de su cabeza y dice "la soledad me ha perseguido desde siempre" y desde entonces tengo esa frase en mi cabeza, y veo la soledad como esas gotas que salen de un charco en el asfalto, las veo, ¿sabes? Las veo en cámara lenta persiguiéndome.

(Notas musicales de Taxi driver con acordeón)

Ana 1.- (suspira) Ya…

Ana 2.- (suspira) ¿Te parezco un cliché con patas?

Ana 1.- Sí.

Ana 2.- Joder.

Ana 1.- Nooooo, mujer, no me lo pareces. Te sientes sola ¿y quién no? Hasta la mujer de los vídeos de cuando me entrenaron para esto se siente sola. Hasta el hombre del PowerPoint con el puntero láser. Hasta yo. Tú ves la soledad como las gotas del charco. Otros la ven como una rueda gigante en la que están metidos como los hámsteres en sus jaulitas, otros la sienten como una urticaria en los brazos y no pueden dejar de rascarse. Otros… qué se yo. Hay gente a la que le gusta.

Ana 2.- ¿Sí? ¿De verdad crees que les gusta?

Ana 1.- Sí. A ratos. La soledad a ratos está bien. Luego sales y hablas de ella y también está bien. O no hablas. Es mejor hablar de otra cosa.

Ana 2.- O llamas al teléfono de la compañía telefónica.

Ana 1.- Eso. O llamas al teléfono de la compañía telefónica.

(poniendo voz profesional). Mi nombre es Ana ¿En qué puedo ayudarle?

(suena el acordeón con las notas de "Reloj no marques las horas").

Ana 2.- Qué casualidad, yo también me llamo Ana.

Ana 1.- ¿Y qué podemos hacer por usted hoy, doña Ana?

Ana 2.- Me he levantado triste.

Ana 1.- La oferta de la freidora sin aceite y el bono de treinta gigas caduca en una semana.

Ana 2.- ¿Pueden ser cuarenta gigas y pasamos de la freidora?

Ana 1.- Me temo que no. Treinta y la freidora de aire, su familia nos lo agradecerá, la fritura sin aceite es mucho más sana, además del ahorro considerable en aceite. Además, ¡tiene una garantía DE POR VIDA!

Ana 2.- Me lo voy a pensar.
Ana 1.- ¿Hay algo más que podamos hacer hoy por usted?
Ana 2.- Hummmm…
(vuelven a sonar las notas de acordeón de "Reloj no marques las horas).
Ana 1.- Déjeme adivinar.
Ana 2.- A ver…
Ana 1.- No…
Ana 2.- ¿Por qué no?
Ana 1.- Porque… creo que no me equivocaré.
Ana 2.- Seguramente no, ya sabes, soy un cliché con patas
Ana 1.- Todos lo somos. Especialmente los que se creen especiales. Los que creen que solo a ellos les sucede lo que les sucede.
Ana 2.- ¿Y a mí? Qué me sucede.
Ana 1.- ¿Quieres que te lo diga?
Ana 2.- Sí… No, mejor no.
Ana 1.- Entonces me callo.
Ana 2.- Vale.
Ana 1.- No digo nada.
Ana 2.- Qué más da… dímelo, sí, dímelo.
Ana 1.-¿Estás segura?
Ana 2.- No. Sí. No. Sí. Sí.
Ana 1.- ¿Sí?
Ana 2.- Sí, sí. Por favor.
Ana 1.- Es alguien que te importa, puede ser que te importe bien o te importe mal. No sé quién es. Un amor. Una madre. Un padre.

Una amiga. Un amigo. Ha muerto. Seguramente ha muerto. Diría yo. O se ha ido. O te ha dejado. O os habéis dejado. Podría ser. Y estás triste. Y te sientes sola. Y no tienes a nadie a quien hablarle de esto porque sabes lo que te van a decir. Te van a decir que es ley de vida. Te van a decir que lo superarás. Te van a decir que no es para tanto. Te van a enviar whatsapps con corazones. Con emojis con una lagrimita. Te van a enviar memes. Te van a enviar fragmentos de poemas sobre fotos en blanco y negro. O citas de Bertrand Russell o de Eminem o de Maya Angelou. Te van a decir que tenéis que quedar para hablar. Te van a decir que tenéis que quedar muy pronto a hablar. Pero no quedáis nunca y tú ya no sabes qué hacer porque ya no sabes si le quieres hablar a alguien de esto o si te queda alguien a quién quieras hablar o que pueda escucharte o quieres solo callar y llorar. Y entonces te das cuenta de que lo único que quieres es escuchar los mensajes que te dejó y los escuchas por la mañana muchas veces, menos veces por la tarde, y luego por la noche vuelves a escucharlo muchas veces hasta que te sabes de memoria las palabras, las toses, los ruidos de fondo, las vacilaciones de esa voz, y piensas que esa voz es lo único que te une a esa persona y una mañana te entra el pánico, te entra el pánico a borrar el mensaje por error o porque simplemente se borre, porque hay un momento en que los mensajes desaparecen y te ves a ti misma sentada en un sofá, acurrucada en un sofá mirando con desesperación el teléfono donde estaba lo único que te unía a esa persona, el último vestigio de esa persona en la tierra, salvo las cenizas y el polvo y un libro con la esquina de una página

doblada y un calcetín suelto en el cajón de los calcetines y un blíster de diazepán caducado, y llamas a la compañía telefónica y empiezas a hablar de cómo aborreces los productos *light* y cosas así, que en realidad te dan igual, porque la única cosa importante, la única cosa de la que querrías hablar, de esa no puedes hablar.

Silencio.

Ana 2.- ¿Eso también os lo enseñan en las clases de preparación?

Ana 1.- No.

Ana 2.- Ya. No me imagino al hombre del puntero láser para gatos hablando de esto.

Ana 1.- Yo tampoco.

Ana 2.- Todo es muy extraño, ¿verdad?

Ana 1.- Sí. Y muy normal al mismo tiempo. Por eso es tan extraño.

Ana 2.- ¿Tú sabes lo que es querer a alguien?

Ana 1.- Y no querer a alguien también.

Ana 2.- ¿Y qué podemos hacer cuando no sabemos si queremos o no porque solo sabemos sentir dolor y el dolor es más grande que todo?

Ana 1.- ¿Cuando no sabemos si queremos o no y solo sabemos que duele?

Ana 2.- Eso.

Ana 1.- Supongo que si duele es porque, fuera quien fuera, le querías. O te importaba.

Ana 2.- Ya no estoy tan segura.

Ana 1.- Te importaba. Eso es casi como querer.

Ana 2.- Eso creía yo. Ya no. Bueno, ya no sé muy bien en lo que creo o dejo de creer.

Ana 1.- Nos pasa a todos.

Ana 2.- (súbitamente enfadada) ¿Desde cuándo decir eso ha ayudado a alguien? Es como decirle a alguien que se relaje cuando está tenso o que se tranquilice cuando está hecho un flan. Saber que todos pasamos por las mismas cosas, que lo que te pasa a ti, a ti solo, no te pasa a ti, a ti solo, que en el mundo hay miles de personas a las que les está pasando exactamente lo mismo, hasta en el mismo instante y a mí me hace sentir aún peor. Ni siquiera soy original en este dolor que siento aquí detrás del esternón, es tan común como los mocos o el mal aliento. Me da rabia.

Ana 1.- ¿Y para qué quieres ser original? ¿Por qué estás tan preocupada de ser un "cliché con patas"? Ni siquiera nuestros nombres son originales. ¿Sabes que en el mundo hay cincuenta y siete millones de Anas?

Ana 2.- ¿En serio?

Ana 1.- Bueno. O cuarenta y seis millones, no sé, muchas.

Ana 2.- ¿A ti te da igual?

Ana 1.- ¿Que seamos tantas Anas en el mundo?

Ana 2.- No. Que tanta gente sienta la mismo y eso no le sirva de consuelo a nadie.

Ana 1.- Creo que yo no me tomo las cosas como tú.

Ana 2.- ¿Y cómo me las tomo yo?

Ana 1.- Muy a pecho.

Ana 2.- ¿Hay otra manera de tomárselas?

Ana 1.- Sí.

Ana 2.- ¿Sí?

Ana 1.- Sí. Pero no creo que quieras aprender.

Ana 2.- Ponme a prueba.

Ana 1.- No tengo porqué.

Ana 2.- Es verdad.

Ana 1.- ¿No vas a decirme para qué has llamado?

Ana 2.- No.

Ana 1.- ¿Puedo decirte yo algo?

Ana 2.- Si quieres.

Ana 1.- Si lo que quieres es conservar un mensaje, no tienes que preocuparte. Las voces de las personas que amamos están siempre en nuestra cabeza. Sus rostros, sus gestos, sus manías, sus virtudes, sus defectos, la ropa que llevaban cuando los conocimos, se van borrando poco a poco. Pero basta cerrar los ojos para que sus voces se queden con nosotros, con todos sus matices, sus tonos, sus acentos, sus pausas, su respiración.

Créeme. Las voces son la última cosa que se olvida, y las olvidamos muy muy despacio.

Ana 2.- Eso tampoco te lo enseñaron en el curso del hombre del puntero láser.

Ana 1.- No. Vine enseñada de casa.

Ana 2.- (llora).

Ana 1.- Hay algo que quiero decirte.

Ana 2.- (con voz llorosa) ¿Qué?

Ana 1.- Que la freidora de aire que regalamos con el bono de treinta gigas es un desastre y deja las patatas medio crudas. Y que el bono de treinta es en realidad de veinticinco.

Ana 2.- (se echa a reír).

Ana 1.- ¿Puedo hacer algo más por usted? Si está satisfecha con el servicio prestado, apriete la tecla numérica del uno al cinco. Uno: poco o nada satisfecha. Dos: poco satisfecha. Tres: Satisfecha. Cuatro: muy satisfecha. Cinco: satisfacción excepcional.

Ana 2.- Cinco.

Ana 1.- Pues si eso ha sido todo por hoy, le recordamos que nuestras líneas están abiertas veinticuatro horas y, en caso de querer conectar con facturación, marque el 677.

Ana 2.- Gracias Ana. Y perdona.

Ana 1.- Para eso estamos.

Ana 2.- No, no estás para eso, por eso te lo digo.

Ana 1.- Recuerda lo que te dije. Sobre las voces.

Ana 2.- No lo olvidaré.

(sonido de colgar el teléfono).

(sonido de un mensaje de voz: la misma voz del principio cantando el bolero “Reloj, no marques las horas” unos segundos y luego diciendo: “Nunca me han gustado los boleros, pero esteBonus mola, ¿verdad? Es cursi como él solo, pero cada vez que lo escucho pienso en ti).

Este libro terminó de imprimirse en abril de 2024. Trescientos dieciocho años antes, en 1706, la correspondencia pasó a ser responsabilidad del Estado de la mano del rey Felipe V. Sus antecedentes se remontan al Imperio Romano. Con las primeras estaciones postales y el primer servicio de postas público en España, se creó el Cuerpo de Carteros en 1756. Los primeros buzones datan de 1762. El Cuerpo de Correos de España, creado en 1889, permitió la llegada de cartas a todas las poblaciones del territorio nacional. Hasta 1979 las mujeres no pudieron acceder a plazas de carteras urbanas por medio de oposiciones.
Relegadas hoy apenas a un ejercicio de nostalgia, las cartas han dejado de circular por las entrañas del servicio que, durante siglos, hizo posible que viajaran de un extremo a otro del mundo.

Nos gusta recibir las opiniones de nuestros lectores sobre este y otros títulos de Círculo de Tiza.
Visítanos y mira nuestro catálogo en:

www.circulodetiza.com

y síguenos en:

/circulodetiza
X @CirculoDeTizaEs
@circulodetizaeditorial

